Una señorita muy poco victoriana



Los diarios de EMMA M. LION

vol. 5

Beth Brower

Una señorita muy poco victoriana



Los diarios de EMMA M. LION

vol. 5

Beth Brower

Los diarios de EMMA M. LION

vol. 5

Beth Brower

Traducción de Laura Vidal

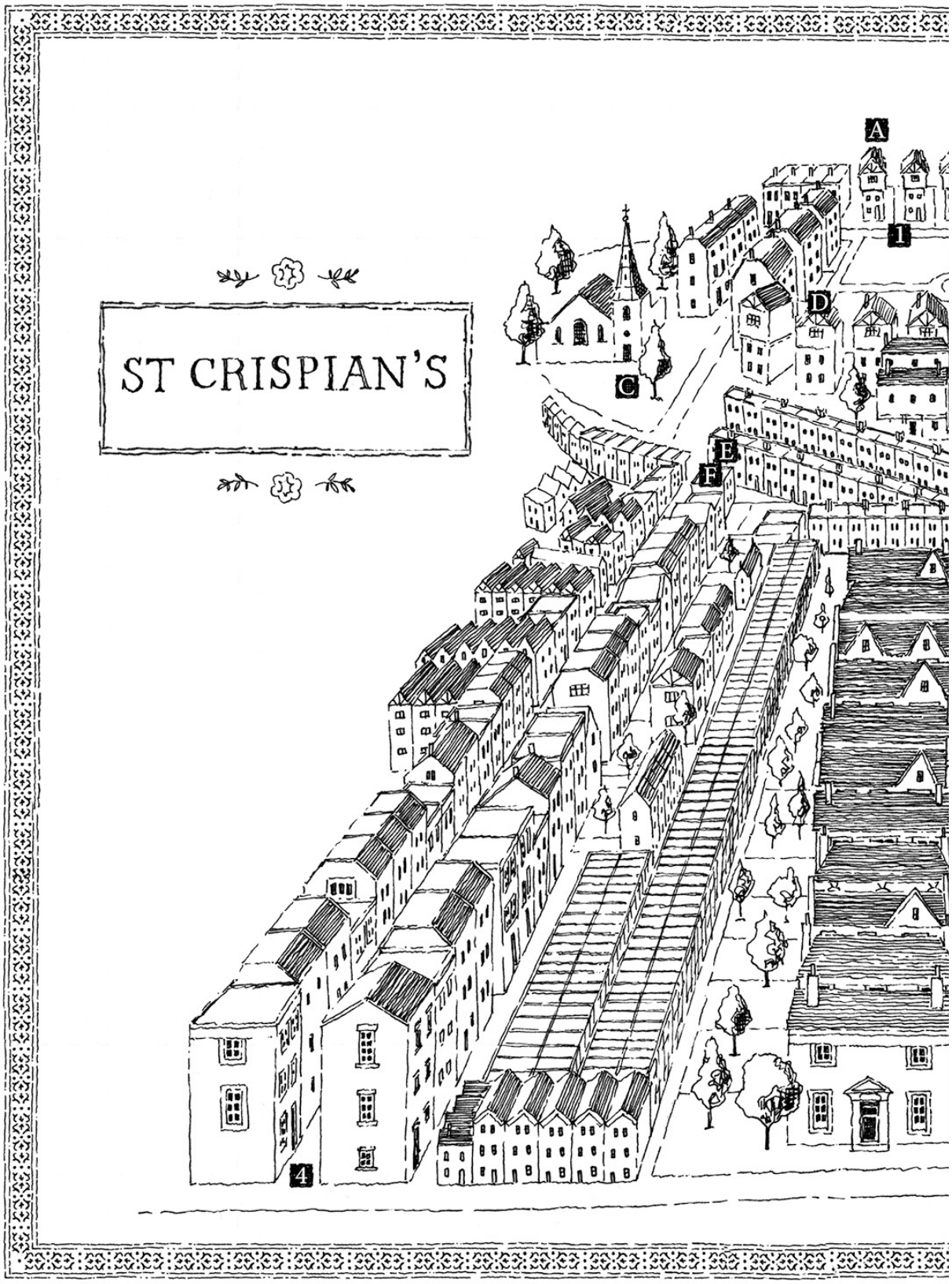
SUMA de letras

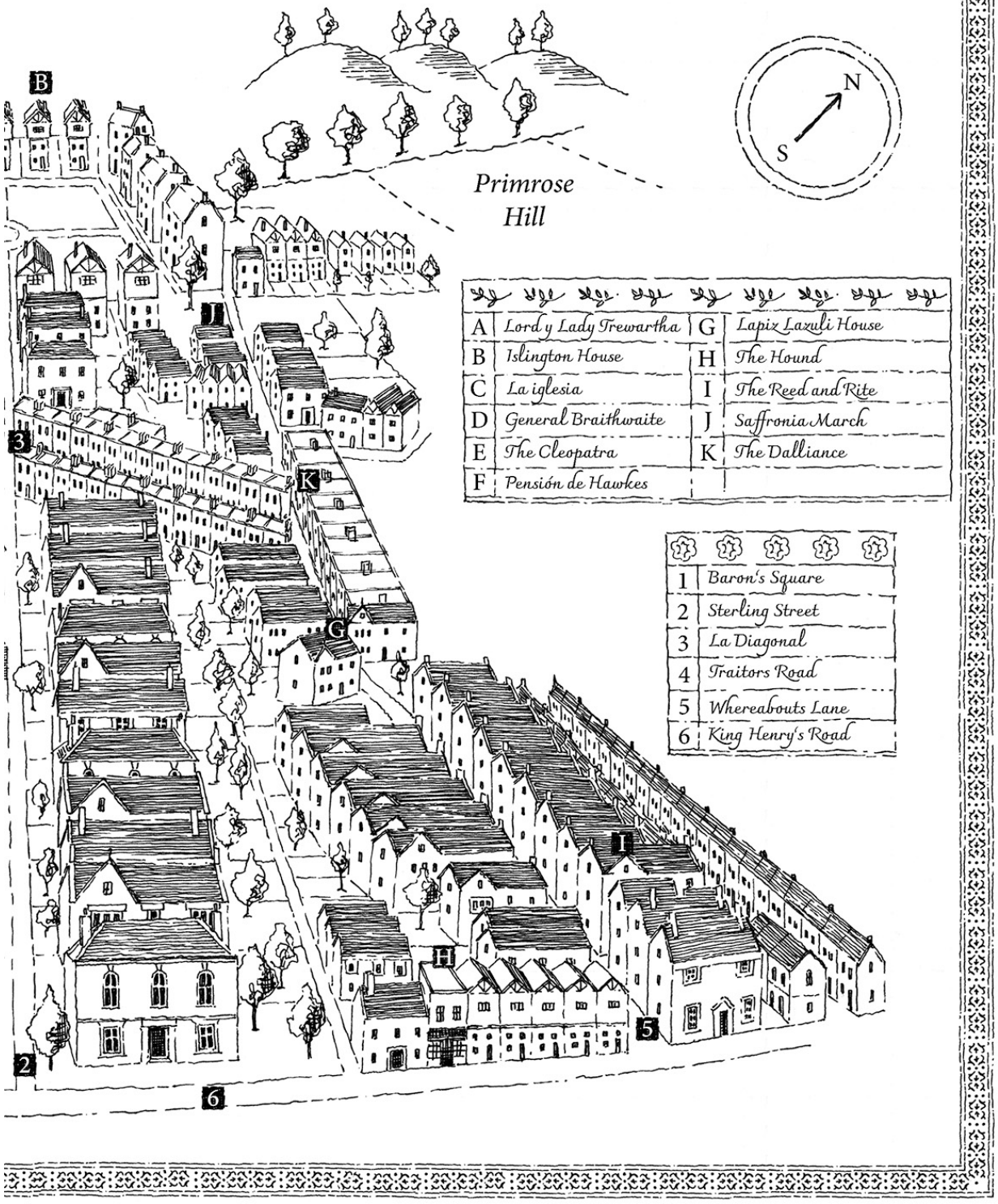
Emma M. Lion

querría dedicar sus diarios a todos aquellos
que tengan la osadía de leerlos.

Comprende la tentación de hacerlo.

Estas páginas en particular están dedicadas a Maxwell Stuart. *In memoriam*.


ST CRISPIAN'S
A
1
D
C
E
F
4



A	Lord y Lady Trewartha	G	Lapiz Lazuli House
B	Islington House	H	The Hound
C	La iglesia	I	The Reed and Rite
D	General Braithwaite	J	Saffronia March
E	The Cleopatra	K	The Dalliance
F	Pensión de Hawkes		

1	Baron's Square
2	Sterling Street
3	La Diagonal
4	Traitors Road
5	Whereabouts Lane
6	King Henry's Road

Personas de interés mencionadas con anterioridad

Emma M. Lion: *Yo, por supuesto. En vías de recuperar Lapis Lazuli House.*

Archibald Flat: *Tramposo, ladrón, villano. Una plaga universal para la humanidad.*

Prima Matilde: *Hermana mayor de Archibald. Ogresa.*

Lady Eugenia Spencer: *Mi imponente tía. Leal, aunque no cariñosa.*

Damian Spencer: *Primo mayor, actualmente huyendo de su madre*.

Arabella Spencer: *Diosa divina. Belleza radiante. Mi cómplice*.

Parian: *Ayuda de cámara, mayordomo, hombre insufrible. Encima, haragán.*

Agnes: *Fregona, cocinera. Escocesa. Encontrando su camino.*

Niall Pierce: *El Inquilino. Amigo leal, aunque gótico. Sigue rodeado de misterio.*

Joven Hawkes: *Insólito vicario de St. Crispian's. Lee en voz alta en cementerios.*

Duque de Islington: *Alto el fuego, amistad incipiente*.

El Romano: *Fantasma residente de St. Crispian's al que aún no he visto en persona.*

Mary Bairrage: *Compañera superviviente de Fortitude, escuela preparatoria para señoritas.*

Jack Hollingstell: *Primo ficticio de Mary. Un libertino. Aún le debo un*

favor.

Roland Sutherland: *Némesis de la infancia convertido en apuesto dios Sol*.

Saffronia March: *Vieja amiga. Artista. Por fin de vuelta en St. Crispian's.*

George West: *Posible marido para Arabella. Le encantan los mapas y los guisantes de olor.*

Charles Goddard: *Alto, delgado, un palillo. Mi pretendiente no pretendido.*

Señor Penury: *Banquero muy serio.*

Señora Penury: *La silenciosa pero adorable esposa de mi banquero*.

Lady Sheridan: *Amiga de mi tía Eugenia.*

Evelyn Stuart: *Hermano mayor de Maxwell.*

Maxwell Stuart: *31 de enero de 1861 – 27 de julio de 1880.*

1 de noviembre

Me han despertado las campanas de la iglesia de St. Crispian's.

Es el día de Todos los Santos.

Sonaban casi idénticas a las del entierro de Maxwell.

Nueve días. Han pasado nueve días desde entonces.

El tañido retumbó en mi afligido pecho. Igual que un grito después de demasiado silencio, o una canción después de algo aterrador. Y temo entender por qué es como una puerta y que cruzarla es necesario. O quizá es más como los bordes de una herida: rebasarlos resultará doloroso, pero hace falta limpiarlo y curarlo todo para después… dejarlo ir.

Me había quedado medio dormida con el insistente ovillo de pelo conocido como Teobaldo pegado a las piernas.

Escuchando, escuchando.

No sé si las campanas suenan en otros lugares como suenan en St. Crispian's, pero, siguiendo una estricta tradición, el día de Todos los Santos nuestras campanas repican cada media hora desde la madrugada hasta que dan la medianoche. Se encomienda a los niños la vigilancia del campanario y hacen turnos. Hasta esta mañana mi conocimiento de esto era estrictamente teórico. Ahora estoy sentada junto a la fría ventana escuchando la demostración.

Ah, Pierce está despierto. Le oigo cerrar sus ventanas de golpe.

Más tarde

¿QUÉ HE HECHO YO PARA MERECER ESTAS CAMPANAS DEL

DEMONIO?

Es el día de Todos los Santos. Tocamos las campanas para celebrarlo.

HACE SOLO DOS HORAS QUE ME FUI A LA CAMA.

La comunidad de St. Crispian's no es responsable de sus desordenados hábitos de sueño, Pierce.

SI ME QUEDO AQUÍ MUCHO TIEMPO, LO SERÁ.

Muy astuto. No nos censure. Debemos respetar la Tradición.

¿DE VERDAD? QUÉ RINCÓN DEL MUNDO TAN PERVERSO.

Eso es de muy mal gusto. Si no puede dormir, reúnase conmigo en la sala del desayuno para lo que tenga a bien servirnos Agnes.

Más tarde

Estaba sentada en la sala del desayuno clavando distraída el tenedor en un *crumpet* con un cansado, soñoliento y algo irritado fotógrafo enfrente.

—Reconozca que tiene cierto encanto despertarse con el sonido de las campanas —lo pinché cuando las susodichas campanas empezaron de nuevo a tocar.

Ante lo cual Pierce procedió a llenarse los pulmones de aire y a soltarlo despacio.

—Si me he levantado —apuñaló los huevos que tenía en el plato—

es porque me han pedido que fotografíe Westminster y quiero llegar temprano para estudiar la luz.

Su voz era ronca.

—¿Quieren que fotografíe Westminster? —pregunté—. Parece peligroso. No irá a convertirse usted en Guy Fawkes, ¿verdad? Podría ser perjudicial para Lapis Lazuli House.

—No tengo intención alguna de volar el Parlamento —contestó Pierce dando un sorbo al café humeante que nos había servido Agnes. A continuación me miró—: De momento.

Resoplé y me contuve de preguntarle por qué no había dormido a nuestra vuelta del cementerio la noche anterior.

Me pareció una pregunta poco espartana.

Yo tampoco me había dormido nada más llegar a casa. Acostada y en la oscuridad, había repasado nuestra incursión nocturna al mundo de los muertos; Pierce e Islington cada uno a sus anchas, Hawkes recitando antiguas gestas y tragedias. Un verso de Shakespeare se abrió paso por entre mis pensamientos errantes: «Guarda a tu amigo bajo la llave de tu propia vida».

Lo que sí dije, cuando Pierce se preparaba para irse, fue:

—Debo advertirle. Mañana es Fiesta de Difuntos y el día 5 celebramos Guy Fawkes.

Pierce hizo una mueca de desagrado.

—¿Es que lo celebran todo?

Buena pregunta. Yo personalmente no tengo demasiada objeción a tal costumbre.

Los contornos de la vida pueden teñirse de negro más rápidamente de lo que una espera. ¿Por qué no tocar todas las campanas?

Mi respuesta verbal omitió toda reflexión filosófica.

—¿No es maravilloso? Alégrese de no ser el Joven Hawkes.

—¿A qué se refiere? —preguntó mientras se ponía de pie.

—Ya lo verá.

Pierce fue a abrir la puerta.

—No necesita usted a nadie para divertirse, y mucho menos a mí… —empezó a decir. Entonces se interrumpió y me miró a la cara antes de empujar la puerta un palmo o dos con la mano y añadir—: No importa. Termine de desayunar. Casi no ha comido.

Se fue y yo miré mi *crumpet*, admirablemente aplastado.

Llevo aquí una hora mirando al vacío. Habría sido más productivo sentarme junto a la ventana del salón de recibir y espiar a los viandantes.

2 de noviembre

¡Qué de problemas causa este hombre!

No hablo del primo Archibald, no. Él sigue en Bath.

Su ridícula y pusilánime sombra, sin embargo, continúa con nosotros.

En resumen, que Parian derramó un bote de pintura violeta a la entrada de sus habitaciones esta mañana.

El estrépito y las maldiciones me hicieron soltar mi libro de Emerson encima de la mesa y correr escaleras abajo.

—¿Se puede saber qué está pintando? —exclamé mientras contemplaba la terrible escena de pintura empapando la alfombra y manchando el suelo de madera de debajo.

—No es más que… Pensé… —tartamudeó como el tonto inepto que siempre le he considerado.

—¡Déjese de explicaciones y ayúdeme!

Limpiamos. Con presteza.

Y desastrosos resultados.

Menos mal que Agnes acudió al rescate y una hora después quedó todo ~~perfectamente~~ más o menos solucionado. Sigue habiendo manchas en el suelo. Y en cuanto a la alfombra, está moteada, traumatizada y secándose en el jardín trasero. Dudo de que se recupere.

Cuando exigí a Parian que me dijera lo que había estado haciendo, se mostró avergonzado.

—Puesto que el señor Flat sigue fuera, se me ocurrió arreglar mis habitaciones. Embellecerlas un poco.

—Veamos sus habitaciones, Parian.

Me abrió la puerta y entré.

Puesto que esas habitaciones habían pertenecido a servidora, tenía curiosidad.

Lo cierto es que llamarlas «habitaciones» es generoso. Se trata de un dormitorio con un armario y un cuartito de estar cuya pared ha sido eliminada y por tanto tiene más de rincón de estar.

El papel de las paredes era el mismo —capullos blancos sobre fondo verde pálido—, pero además había un secreter desportillado, un banco y, en el cuartito de estar, junto a la ventana, un sillón azul marino casi malva, de tan desvaído.

Al lado y sobre una banqueta había amontonadas cinco novelas bien manoseadas.

Al verlas se me ablandó el corazón.

Solo un poquito.

La puerta del armario estaba abierta y dejaba ver una colección pulcra pero pequeña de zapatos, levitas y otras prendas.

En cuanto a la víctima de la pintura violeta…

—Está usted pintando las molduras —aseveré con los brazos en jarras y mirando a Parian, que seguía ruborizado por la situación.

—Sí, me pareció buena idea. La pintura estaba rebajada y la he pagado con mi salario. No me gusta el invierno. Quería algo que me alegrara. Siempre me han gustado las violetas…

—Queda sorprendentemente bien —reconocí—. Pero habría preferido que me lo consultara antes.

Parian vaciló entre una humilde inclinación de cabeza y un bufido de desaprobación. El resultado fue como si le hubiera dado un breve ataque de nervios.

Suspiré.

—¿Cuándo exactamente le dio permiso el primo Archibald para mudarse aquí?

Quiero dejar constancia de la respuesta en caso de que aparezca mi cadáver en sospechosas circunstancias.

—Hace unos años, cuando se fue usted a cuidar a la señora Matilde, el señor Flat dijo que había muerto usted en un terrible accidente.

—¡Que había muerto! —exclamé mirando con furia a Parian.

No doy crédito.

¿El primo Archibald le dijo a Parian que yo había muerto?

Si mi vida fuera una novela, sospecharía que había planeado mi defunción confabulándose con esa víbora de hermana suya para poder reinar con plena libertad sobre Lapis Lazuli y todos sus moradores. Puesto que no es una novela, me abstengo de especular. Que conste en acta, no obstante, que, aunque creo capaz a mi primo de planear el asesinato de Emma M. Lion, no dudo de su ineptitud a la hora de llevarlo a cabo.

Quizá esas ciruelas pasadas que me negué a comer en casa de la prima Matilde contenían un atroz veneno. Ella tampoco quiso comerlas.

Estoy divagando.

—¿De manera que se instaló aquí sin pensárselo dos veces? —pregunté a Parian.

Se encogió de hombros en señal de total indefensión.

—Estaba usted muerta, señorita. Llevé un brazalete negro en su honor. Y cubrí con una tela negra su retrato junto a la ventana. Me

parecía muy triste que una persona tan joven y pecadora hubiera pasado a la otra vida sin ocasión de expiar sus faltas.

Me volví hacia él con el ceño fruncido.

—¿De manera que me suponía en el infierno?

—No tuve tiempo de decidir qué castigo podía haberle impuesto Dios Todopoderoso. Al poco llegó una carta suya, lo que indicó que no había sido aún relegada a un estado irreversible.

Reí sombría y Parian huyó.

Puede que Dios Todopoderoso tenga algo reservado para Emma M. Lion, pero que nadie se atreva a decirme que ese algo es Parian colgando crepé en mi memoria.

Más tarde

Como es Fiesta de Difuntos, entré en la iglesia y escribí los nombres de aquellos por quienes quiero que se rece.

Declan Lion
Mirabel Lion
Maxwell Stuart

Sentada en el banco con reverencia fingida, me pregunté si, cuando muera el primo Archibald, me molestaré en escribir su nombre para que se rece por él y se le recuerde.

Lo dudo.

En cuanto a su hermana, Matilde…

No creo que las plegarias le sirvan de nada.

Más tarde

Acabo de presenciar algo asombroso.

Me sentía confinada entre las paredes de la buhardilla, así que decidí aprovechar la última hora de luz y subí hasta Primrose Hill. Las nubes dejaban pasar débiles rayos de sol y me encontré a Saffronia March sentada en un banco, con el cuaderno de bocetos en una mano y una bandeja de lápices y pasteles al lado.

—Bien hallada —dije mientras me hacía un gesto con la mano para que me reuniera con ella.

—¿Has venido a ver la puesta de sol? —me preguntó.

—Sin proponérmelo.

—O sea, que anoche no te fijaste.

Había intensidad en su expresión.

—¿Tendría que haberme fijado?

La señorita March emitió un murmullo de asentimiento. A continuación dijo:

—Quédate, Emma. Vas a presenciar algo extraordinario.

Así que mientras ella abocetaba el parque yo esperé sentada y casi sin hablar. Transcurrió media hora hasta que vi que la luz adquiría un extraño tono. Cálido, misterioso, como si alguien hubiera apuñalado el cielo con una daga oxidada, llegó el atardecer color rojo sangre.

De inmediato me puse de pie.

La tierra entera parecía desangrarse.

—Inquietante, ¿verdad? —dijo Saffronia después de seleccionar un pastel rojo y embadurnar con él su hoja—. Ayer fue igual.

El cielo entero estaba encendido como la hoguera de una bruja. Todos los que estábamos repartidos por Primrose Hill nos quedamos hechizados.

—Pero ¿qué lo causa? —pregunté.

—Dicen que ha sido el volcán.

Clavé la vista en Saffronia mientras recordaba la tarde que pasamos Pierce y yo leyendo el periódico en las escaleras de Lapis Lazuli.

—¿El que entró en erupción en agosto? ¿El Krakatoa?

Asintió con la cabeza.

—Están llegando cablegramas de todas partes. Nueva York, París, Oslo. El mundo entero está inundado de atardeceres vibrantes. ¿No has leído las noticias?

Negué con la cabeza.

Nos quedamos mirando hasta que el rojo dio paso a un borgoña triste y apagado con reflejos azules.

Sí que era inquietante.

Crucé los brazos delante del pecho.

Saffronia terminó de capturar lo que había presenciado y a continuación me enseñó el boceto de la tarde anterior. Un cielo naranja fuego.

—Me sorprende que no lo vieras ayer. Todo St. Crispian's parecía en llamas.

—Es extraordinario —murmuré.

La tarde anterior me había quedado dormida y no me había despertado hasta después de que hubiera oscurecido.

—Podría durar meses —me informó Saffronia—. Quizá incluso años.

Fruncí el ceño.

—Sospechan que han muerto treinta y cinco mil personas por causa del volcán. ¿Lo sabía? —pregunté.

Su mano se detuvo y las comisuras de su boca se curvaron hacia abajo.

—Sabía que había víctimas, pero no cuántas.

Seguimos sentadas treinta minutos más antes de bajar por Whereabouts; Saffronia en dirección a La Victoria de Thrush, yo a Lapis Lazuli House.

Más tarde

¿Ha visto hoy la puesta de sol?

KRAKATOA.

Krakatoa.

3 de noviembre

Esta mañana limpié la buhardilla.
Acto seguido llegó Teobaldo con las patas llenas de barro.

Más tarde

Querida Arabella:

Espero que todo vaya bien en Spencer Court. Te echo de menos. A tu madre no. Quedaos donde estáis.

¿Cómo son los atardeceres en Berkshire?

Lapis Lazuli House disfruta la ausencia de su espíritu llorón. El primo Archibald está en Bath. Destino natural de todos los espíritus llorones.

Y ahora al grano. Parece ser que he adquirido…, en fin, no sé cómo llamarlo. ¿Un conjunto? ¿Un juego? ¿Una colección? Ha ido ocurriendo poco a poco, pero es posible que una noche en el cementerio haya convertido una insólita confluencia de conocidos en una forma de asociación más concreta.

En suma, que he adquirido a un duque, un fotógrafo y un vicario.

Ruego consejo.

Tuya,

Emma

4 de noviembre

Domingo. Y un deleite inesperado.

El sermón de hoy empezó con Hawkes repasando las reglas para Guy Fawkes en St. Crispian's. Con aire de mártir desengañado, miró dos veces a la congregación antes de anunciar:

—Mañana es la Noche de Guy Fawkes y tendrán lugar las celebraciones habituales. La hoguera se encenderá a las ocho frente al patíbulo en Traitors Road. La Asociación de Damas Auxiliadoras de St. Crispian's llevará estofado, pan y pastel. La Asociación de Caballeros de Pequeños Auxilios colaborará con The Cleopatra para sufragar la sidra, tanto alcohólica como no alcohólica; por favor, vigilen la que se da a los niños. A las diez menos cuarto, si St. Crispian's no logra capturarme —una vez más—, se procederá a la nefasta tradición de quemar a Guy Fawkes en efigie. Si soy capturado, entonces se me ahorcará a mí en efigie después de la quema. Algo que satisfará enormemente a muchos de ustedes. —Carraspeó—. Que la congregación tenga por seguro que mañana no estaré en mis habitaciones en ningún momento y por tanto agradeceré que permanezcan intactas.

Hubo algunas risitas, pero la mayoría de los presentes tuvo la decencia de adoptar una expresión avergonzada. La Revuelta de 1877 —el segundo Guy Fawkes en St. Crispian's— permanece viva en el recuerdo de muchos miembros de la congregación.

Acto seguido, Hawkes dio un sermón titulado «Bienaventurados sean los conciliadores».

Más tarde

Siento cierta expectación a pesar de mi estado de ánimo ~~contemplativo reflexivo introspectivo~~ abstraído. Mi padre tenía anécdotas maravillosas de cuando participó en la Noche de Guy Fawkes siendo estudiante. Cuenta la tradición que el vicario de St. Crispian's en el Año de Nuestro Señor de 1605 era, y no miento, amigo de Guy Fawkes, y, cuando se descubrió la infame Conspiración de la Pólvora, los parroquianos lo apresaron y ahorcaron. Hemos mantenido viva esa herencia asesina. Nuestro vicario debe pasar el día entero escondido, pero no puede abandonar el vecindario. Si lo encuentran, es atado, amordazado y paseado por las calles como un reo. A continuación permanece preso en el rincón de The Cleopatra y no es liberado hasta el momento de la hoguera, cuando es ahorcado en efigie.

Dicen las crónicas —es decir, me lo contó una vez mi padre— que el padre May, el predecesor de Hawkes, era especialmente torpe en el juego, confiaba en las personas equivocadas, corría de una casa a otra y nunca lograba escapar de la turbamulta.

Hawkes, en su primer año, cometió la equivocación de pensar que podría quedarse todo el día en la cama leyendo. Craso error. Echaron abajo su puerta y una docena de hombres lo apresó, por lo que tuvo que pasar el día entero en camisón y sin nada que leer.

El segundo año desapareció por completo. Los vecinos fueron en tropel una vez más a derribar la puerta de sus habitaciones. Al no encontrar al vicario, hicieron algunos destrozos. Y así fue cómo La Revuelta de 1877 entró en los ~~nobles~~ innobles anales de St. Crispian's. Desde entonces Hawkes no ha sido aprehendido y el pueblo lo está deseando.

Después del servicio, Charlie Cross, de Los Diez Réprobos, dijo que tenía un conflicto de lealtades.

—Estamos en deuda con Hawkes —dijo pensativo—, pero puede ser tan divertido verlo maniatado en The Cleopatra…

Más tarde

¿Le apetece ir a la Noche de Guy Fawkes?

NECESITO MÁS INFORMACIÓN.

¿Duda usted?

PUES SÍ.

Será encantador.

¿POR QUÉ TENGO LA SENSACIÓN DE IR A CAER EN UNA TRAMPA PARA OSOS?

¿Eso siente?

¿NO DEBERÍA?

No en mi opinión.

¿EN QUÉ CONSISTE EXACTAMENTE LA NOCHE DE GUY FAWKES EN ST. CRISPIAN'S?

Una hoguera, comida deliciosa y un ahorcamiento en efigie.

¿AHORCAMIENTO DE GUY FAWKES? TENÍA ENTENDIDO QUE SE LE QUEMA EN LA HOGUERA.

Se ahorca al Joven Hawkes. Siempre que se le atrape, claro. A Guy Fawkes por supuesto que lo quemamos. No somos unos paganos, Pierce.

¿MAÑANA POR LA NOCHE?

Sí.

DE ACUERDO.

Espléndido.

¿LO ES?

Bastante.

5 de noviembre

Me he tomado muy en serio la orden del señor Penury de buscar un empleo. Lo demuestra mi decisión de ayudar a Agnes a limpiar la plata, arreglar el jardín trasero y quitar el polvo de todo el salón de recibir en lugar de leer ofertas de colocación en una revista femenina en el Reed and Rite.

Mientras limpiaba el polvo oí a gente recorriendo la calle llamando al Joven Hawkes.

—Santo cielo —murmuré asomándome a la ventana y deseando todo el éxito del mundo a Hawkes.

Más tarde me arreglé para tener aspecto de Joven Dama Respetable pero Humilde y salí a dar un paseo. Agnes me siguió corriendo con unos cuantos trozos de tarta.

—No ha comido nada, señorita.

—Eso ya no tiene arreglo, Agnes. No se puede ir por la calle comiendo tarta sin una razón de peso.

(Algo que tal vez debería cuestionarse).

Fue un paseo largo y reconstituyente y me siento bastante virtuosa. Lo cierto es que no tenía ganas de volver a casa. Bajé por Traitors Road tomando nota de las insólitas farolas en las puertas y subí por Sterling, donde los jardines lucían sus mejores galas de noviembre. Al llegar a Baron's Square, di varias vueltas a la plaza con el estómago rugiendo y a continuación me senté junto a la fuente y miré las lágrimas brotar de la cabeza decapitada de Medusa.

Todo muy festivo.

Ni que decir tiene que al volver a casa le supliqué a Agnes que me sirviera el té.

Más tarde

Querida Emma:

Siempre me alegra tener noticias tuyas, pero ¿se puede saber de qué hablas? ¿Cómo que un duque, un fotógrafo y un vicario? Suena a adivinanza ingeniosa. ¿Qué es eso de que has adquirido una colección? ¿Los tienes dentro de una vitrina en el pasillo? Por favor, dime que sí, me encantaría.

Y, ya que me pides consejo, cualquiera con sentido común se casaría con el duque, pediría al vicario que oficiara la ceremonia y encargaría el retrato de bodas al fotógrafo. Como te conozco, sé que no harás algo tan provechoso, y por tanto necesito más detalles. No sé si atreverme a preguntar por el cementerio.

En cuanto a mamá, se ha resfriado y ahora solo tiene ganas de criticar a los franceses. Calculo que estará indispuesta al menos siete días, si no más. Mi lista de maridos potenciales ha perdido un nombre, puesto que mamá, ahora que está enferma, ha decidido que lord Stansbury es demasiado apuesto. «Con una persona apuesta en un matrimonio es suficiente».

Sé que fuiste al entierro de Maxwell. Lo mencionó lady Stewart la semana pasada cuando vino a tomar el té. ¿Por qué no me lo contaste?

Arabella

Más tarde

Parian y Agnes se han ido ya a la hoguera. Yo estoy en el salón de recibir sin leer el ensayo de Emerson sobre la Experiencia. (En ocasiones la experiencia no figura en el orden del día).

Esta tarde Pierce me advirtió de que estaría ocupado hasta la hora de irnos. «Antes de salir a intentar ahorcar a alguien debo terminar un trabajo para mañana —me dijo—. Y ya he tenido un pequeño desastre, así que la mala suerte se duplica. Si lo prefiere, podemos vernos allí».

Yo estaba sentada en el sillón de cuero de su estudio, medio mirando por la ventana, medio pendiente de la lista que él estaba confeccionando antes de irse a revelar sus placas fotográficas.

—¿No es un poco excesivo? —preguntó.

—¿Su trabajo?

—El día de Guy Fawkes.

—No es un simple carnaval callejero —argüí como si estuviera en presencia de la Reina y la Patria—. Es casi un deber solemne de todo inglés hacer una hoguera.

—¿También ahorcar al vicario?

—En efigie, Pierce. No ahorcamos de verdad a nuestros vicarios. Hace años que no. Pero, en contestación a su pregunta, no, no es excesivo. La vida es para vivirla. Y si además podemos disfrutarla, mejor que mejor. Aquí en St. Crispian's no nos doblegaremos ante los vientos de la adversidad… —Hice un alto en mi encendido discurso… en la medida en que puede ser encendido un discurso si se pronuncia cómodamente sentada en un sillón, cruzada de brazos y con los ojos casi cerrados—. Desde luego protesta usted más de lo necesario —añadí.

—Ah, ¿sí? —preguntó divertido.

Abrí un ojo para mirarlo.

—Sí.

Se inclinó hacia atrás contra su mesa de trabajo con las manos vueltas de manera que las palmas se apoyaban en el borde.

—Usted disfruta cuando me quejo, Emma. Le da un motivo para sentirse superior.

—Bobadas —contesté.

Pero sonreí.

—Intentaré no retrasarme mucho —prometió.

Poco después me fui a hablar con Agnes.

Esta tarde Pierce tenía especial buen aspecto.

6 de noviembre

He aquí mi crónica de la hoguera:

Inexistente.

No llegué a ir.

Recuerdo a Pierce diciendo mi nombre y no querer despertarme del sueño profundo en que me había sumido. Oí a Pierce sirviéndose algo de beber. Y yo…, pues no estoy segura. Después de lo que pareció una eternidad, oí a Agnes hacer una pregunta a Pierce.

De pronto, la constatación de que no estaba donde había tenido intención de estar me sustrajo de los recovecos de mi mente. Me desperté y descubrí que estaba tumbada en el sofá verde con una manta que no había visto nunca extendida sobre los hombros y el corsé clavándoseme como un demonio en la parte izquierda de las costillas. Pierce estaba sentado en el sillón rosa leyendo un periódico y sosteniendo distraído un vaso lleno de alguna clase de líquido.

Estiré los pies y me quedé muy quieta cuando encontraron algo caliente y que respiraba. Traté de enderezarme de manera tan abrupta que estuve a punto de caer al suelo.

—Con cuidado —dijo Pierce acudiendo en mi ayuda.

Recuperé el equilibrio, desorientada, y vi a Teobaldo hecho un ovillo.

—¿Qué ha pasado? —murmuré de forma pastosa y extrañada.

—Se quedó dormida.

—¿He oído a Agnes?

—Así es. Está en la cocina preparándole una infusión de manzanilla.

—No quiero una infusión de manzanilla.

—Tal vez le siente bien beberla.

—Ya estoy medio dormida, Pierce.

—Puede que se haya quedado dormida, pero no estaba tranquila. No hacía usted más que murmurar. Bébase la infusión.

Me la bebí. Cuando me la trajo Agnes (a juzgar por sus aspavientos cualquiera habría dicho que yo estaba mortalmente enferma), me llevé la taza a los labios y sorbí despacio, lo bastante espabilada para sentir cierta ~~vergüenza~~ humillación por cuál debía de ser mi aspecto.

Teobaldo cambió de postura, se sentó como la Esfinge y procedió a taladrarnos a Pierce y a mí con la mirada.

Pierce siguió leyendo su periódico y se terminó su bebida antes de que me terminara yo la mía. A continuación, y sin levantar la vista, dijo:

—Disculpe mi…, ¿cómo lo ha llamado Agnes?, mi «pasmoso exceso de confianza» al quedarme aquí mientras usted dormía. Quería asegurarme de que estaba usted bien.

—Bendita Agnes —dije frotándome los ojos.

Semejante intimidad no es decorosa, lo reconozco. Pero hace dos semanas lloré sobre el hombro de este hombre durante media hora en un tren a Londres, así que el «pasmoso exceso de confianza» no es nada nuevo. Por no hablar de los mensajes intercambiados a través de la pared. Ni de los ratos que paso en su estudio.

Cielos.

Soy una mujer de costumbres relajadas.

Oh, desventura. Pero había evidentes consideraciones médicas, puesto que Pierce creía que estaba enferma.

—Nos hemos perdido a Guy Fawkes —fue mi única respuesta.

—Lo superará.

Reí. Pierce me dirigió una sonrisa.

—¿Lo han pasado bien Agnes y Parian?

—Creo que Agnes sí. Hasta que entró y pensó que estaba usted muerta. Tardé cinco minutos en convencerla de lo contrario. En cuanto a Parian, aún no ha vuelto. —Pierce dobló el periódico y lo tiró al suelo, junto a sus pies—. Pido disculpas por no haberla despertado.

—No tiene mayor importancia —murmuré extrayendo todo el consuelo posible de mi último sorbo de manzanilla—. Tampoco es que sea el acontecimiento más importante del calendario.

—No es eso lo que dijo Charles Goddard.

De la sorpresa, se me cayó la taza vacía.

Antes de que dejara de rodar por la alfombra, Teobaldo saltó y la atrapó con las garras.

—¿Cómo dice? —pregunté ya totalmente espabilada.

—Un hombre llamado Charles Goddard llamó a su puerta hace una hora. Su desilusión habría resultado trágica de no ser él tan ridículo.

Pedí explicaciones.

—¿Cómo que ha venido Charles Goddard?

La última vez que vi a Charles Goddard fue en mi visita al campo en septiembre, cuando intentó cogerme la mano en la iglesia.

Hui.

Al parecer no lo bastante lejos.

Pierce acarició su vaso como si tratara de decidir si debía llenarlo otra vez.

Se contuvo.

—Alguien aporreó la puerta y, puesto que ni Agnes ni Parian estaban, abrí yo. Me tomó por el mayordomo.

Miré la indumentaria de Pierce y reprimí una carcajada. Camisa arremangada. Chaleco y pantalones negros, sí. Pero no tenía ningún aspecto de criado.

—¿Puedo preguntar qué le dijo usted?

Pierce pellizcó distraído una hebra del sillón y se encogió de hombros.

—Le dije que estaba usted ocupada. Entonces se puso a parlotear sobre haber leído algo sobre la fiesta en el periódico, y que habían quedado en encontrarse en la hoguera. Algo sobre preciosos minutos en su amena compañía dado que su compromiso no puede anunciarse hasta dentro de un año al menos. Acto seguido procedió a afirmar que tiene usted los ojos de Diana, los labios de Afrodita y la voz de Atenea. A lo que añadió algo sobre Romeo y Julieta, momento en el cual me crucé de brazos y me recliné contra el marco de la puerta con la esperanza de que así se callara.

Maravilloso y terrible.

Por no hablar de que Charles confunde panteones. Diana es el nombre romano.

Me ardían las mejillas.

—¿Lo logró?

—No del todo. Había comprobado que no estaba usted en la hoguera y consideraba su deber de caballero inglés asegurarse de que no se hallaba indispuesta. Cuando le informé de que se encontraba usted perfectamente, me preguntó cuánto tiempo llevaba a su servicio.

Me tapé la cara con las manos y miré a Pierce por entre los dedos.

—¿Qué le dijo?

—Que no era asunto suyo, demonios. —Como si no hubiera otra manera de responder a semejante pregunta—. Es posible que tenga usted que limar asperezas si quiere que el romance perdure.

Lo que me faltaba.

—No diga tonterías. El romance solo está en su cabeza. Tendré que decirle a Charles que es usted un… lacayo. O… un primo. ¡O el sobrino del señor Flat! Eso podría ser. Solo espero que no escriba a mi tía. Porque desataría los tormentos del infierno sobre nuestra cabeza.

A Pierce no pareció perturbarlo semejante posibilidad. Ah, bendita ignorancia.

Poco después, los dos —los tres, más bien, puesto que Teobaldo siguió a Pierce— salimos al vestíbulo y yo empecé a subir las escaleras. A medio camino me volví.

—¿De verdad tengo la voz de Atenea? —pregunté.

Si no recuerdo mal, Roland me ha hecho el mismo cumplido. Lo cierto es que la idea me agrada.

—No sabría decirlo —contestó Pierce—. Atenea y yo no nos hablamos.

—Lástima —dije.

—Buenas noches.

Teobaldo fue con él a su estudio.

Subí para acostarme, me desvestí y me dormí inmediatamente.

Una velada ajetreada, teniendo en cuenta que la pasé casi entera durmiendo.

Me pregunto cómo le habrá ido a Hawkes.

Más tarde

Estoy sentada en la mesa del rincón del Reed and Rite. Se me ha enfriado el té ya dos veces mientras miro por la ventana. Me he traído *Jane Eyre* y lo único que hago es mirar al vacío.

Por lo que he oído, no encontraron a Hawkes, que no apareció hasta que Guy Fawkes empezó a arder. Según el dependiente del piso de arriba, Hawkes se sentó en un banco junto a su efigie y empezó a leer un libro.

Bueno, ya está bien.

La vida no es solo esperar junto a una ventana.

Da la casualidad de que acabo de oír algo de Gran Interés. Dos mujeres cerca de mí estaban hablando de, cosa inaudita, ¡El Romano!

Me dediqué a escucharlas mientras picoteaba mi *scone* con aire inofensivo.

Una conversación referida a El Romano
que ha levantado enormemente la moral a Emma

Mujer de malva: Que sepas que lo hace a menudo.

Mujer de azul: Bah.

Mujer de malva: No te pongas así, Esther. El Romano lleva años visitando su jardín. No es inusual que pase una velada en su compañía. Y ella jamás presume de ello. Apenas dice una palabra.

Mujer de azul: No sé qué ve en ella. Si no vale nada. Esas ridículas gafas, flaca como una inclusera, pelo prematuramente

cano; de verdad te lo digo. Su manera de comportarse en The Dalliance es más rara que un gato del revés. Es educada, sí, pero ¡la manera en que mira esos libros! La encuentro indecente. ¡Una mujer de su edad y soltera! ¡Pero si debe de andar por la treintena! ¿Qué puede tener que decir una solterona que interese a El Romano?

Mujer de malva: Su padre fue un historiador famoso. Algo tendrá que decir.

Mujer de azul: Supongo. Y hablando de jardines, me acaban de llegar de Ámsterdam los bulbos de tulipán. Albert los va a plantar mañana…

La mujer de malva y la mujer de azul se han puesto a hablar de variedades de tulipán y a mí me da vueltas la cabeza.

¡Por fin!

¡Algo mínimamente interesante!

¡El Romano!

Llevo semanas sin pensar en él. Y, de ser ciertos los rumores, está pasando tiempo en el jardín de la hija de un historiador. Que puede tener el pelo prematuramente gris.

Ah, el escarnio a las solteronas.

Más tarde

Querida Arabella:

Lamento que tía Eugenia esté indispuesta. Se me acaba de ocurrir que quizá mi acompañante quiera enviarle sus deseos de pronta recuperación. Tía Eugenia tiene en gran estima a aquellos que escriben a los enfermos cuando la enferma es ella.

En cuanto a tu pregunta, cuando digo «colección» me refiero

más bien a esa que se va formando al fondo del cajón con los calcetines desparejados. Residen todos en St. Crispian's y no sé muy bien cómo, pero hemos formado una suerte de… sociedad unida por el destino. No sufras por lo del cementerio. Fue todo de lo más espartano. No te miento. El vicario habló de Esparta. Y, aunque el duque y el fotógrafo se recostaron en la hierba entre lápidas, yo me senté con gran recato en un banco. Estate segura de que mi comportamiento fue recto e intachable a más no poder.

Emma

Más tarde

Es casi medianoche. He estado en la ventana, espiando la calle. Ni rastro de El Romano.

Ojalá conociera la identidad de la hija del historiador.

Desde luego parece que el fantasma pasa mucho tiempo con ella.

7 de noviembre

He reunido valor para abordar La Gran Cuestión.

A saber: para qué clase de colocación soy apta.

En muestra de buena voluntad y para tener algo que decir a mi banquero, envié una nota a Mary invitándola a cenar esta noche. En lugar de una nota, la respuesta llegó en forma de espantoso golpe en la puerta a primera hora de la tarde.

Parian había pedido permiso para terminar de pintar sus molduras y por tanto no estaba disponible para atender a ningún golpe en la puerta, fuera o no espantoso.

Yo estaba echada en el sofá verde estudiando *Frases en latín para los impenitentes* y deseando que el latín no fuera una lengua tan sumamente muerta. Me incorporé, me arreglé el pelo y alisé la falda mientras iba al recibidor y abría la puerta.

Allí estaba Mary en su encarnación corpórea.

Oh, cielos. Parece que estoy hablando de la Virgen María.

No, no era una manifestación divina de Nuestra Señora, solo Mary Bairrage, mecanógrafa de excepción.

—¡Hola, Emma!

—¿Se puede saber qué haces en la puerta de mi casa a mitad del día?

Mary estaba triunfal.

—Hoy hace tres años que me vine a vivir a Londres. Así que me he pedido el día libre. Que sepas que te he usado de excusa. Una amiga enferma. Por cierto, te veo alicaída. ¿Te encuentras bien?

Espero que sí. No puedo venir a cenar esta noche, pero quizá podemos tomar el té y pasar un rato juntas.

Invité a Mary a entrar y, después de gritar a Agnes para que nos trajera té, bizcocho y lo que tuviéramos rico en la cocina —con la finura de un animal de granja, habría dicho tía Eugenia—, nos acomodamos en el salón de recibir.

—Me encuentro perfectamente, Mary —dije cuando me preguntó de nuevo si había estado enferma.

—¿Seguro? Te veo más delgada.

Mary no es de preocuparse sin motivo, así que, ahora que estoy de vuelta en mi desván, he hecho una inspección severa de mi aspecto ante el espejo.

Puede que Mary tenga razón.

Estoy algo demacrada.

Tengo los pómulos más marcados. El hoyuelo en mi barbilla no resulta tan encantador. Hay una poco favorecedora sombra violeta bajo mis ojos.

En fin. Estoy divagando.

Después de que Agnes nos sirviera té y bizcocho de fresas, nos pusimos manos a la obra.

Saqué dos copias del documento titulado *POSIBLES VÍAS DE EMPLEO para una tal EMMA M. LION*, consignadas el 5 de octubre. Lo estudiamos con detenimiento.

Encabezar una insurrección:
¿Contra quién, a favor de quién?

Mary: Es improbable que algo así acabe bien, con independencia de la causa.

Emma: Bueno, sí. Puede empañar mis perspectivas de futuro. Incluso si la susodicha insurrección tuviera éxito…

Mary: Y lo habitual es que no lo tenga.

Emma: … podría terminar convertida en adalid del movimiento. Los adalides no tienen un momento de descanso.

Mary: En ocasiones hasta pierden la cabeza. Y no lo digo en sentido figurado.

Emma: Hum, sí. A los franceses conviene imitarlos en la moda, pero no en política.

Mary: Es lo que digo siempre.

~~Trabajo en la cocina:~~

Prescindiría de mi personal antes de probar algo así.

Emma: No me gusta preparar comida.

Mary: No creo que te desenvolvieras bien en una situación así.

Emma: Estuve tres años atendiendo a la prima Matilde.

Mary: Una mujer de escaso gusto. No lo olvidemos.

Secretaria personal de alguna clase:

Anodino pero posible.

Mary: Posiblemente.

Emma: Posiblemente.

Mary: Podría ser interesante.

Emma: Posiblemente.

Mary: Podrías convertirte en la secretaria personal de un vizconde disoluto que tuviera mucho dinero y muchos negocios, pero ningún

principio. Podrías ser su redención. Y se enamoraría perdidamente de ti.

Emma: Tengo aptitudes para un plan así.

Mary: Las tienes.

Emma: Así pues, ¿hemos dado con una solución viable?

Mary: Eso creo.

Emma: Ya me encuentro más animada.

Lo que hace Mary:

Máquinas de escribir; modernas, poco comunes, caras.

Mary: Cuando viniste el mes pasado a conocer La Máquina, te vi aptitudes. Aunque no estoy segura de que sea lo más indicado para ti. Y requiere una gran inversión.

Emma: Presiento que el vizconde disoluto se me daría mejor.

Lavandera:

Véase ~~Trabajos en la cocina.~~

Mary: No.

Emma: No.

Plantarme en una esquina y hacerles comentarios ingeniosos a los transeúntes:

Mi verdadera fortaleza.

Mary: Beneficioso para el espíritu, pero no para generar fondos.

Emma: Esta sociedad moderna y desalmada ya no valora el trabajo honrado.

Mary: Si te hubieras hecho pregonera…

Emma: Ni que lo digas, Mary.

Mary: Habrías sobresalido.

Emma: Muy cierto.

Tesorera de una sociedad benéfica femenina:
Siendo malversar fondos el objetivo.

Mary: Esto sería una idea fabulosa de no tratarse de una noble causa.

Emma: ¿Como alimentar a huérfanos?

Mary: Exacto.

Emma: ¿Y si fuera alimentar a mujeres adineradas?

Mary: Eso nos ahorraría más de un dilema moral.

Emma: Sería como Robin Hood.

Mary: Serías como Robin Hood.

Dependienta:
¿Las dependientas ganan lo suficiente como para justificar tener dos sirvientes?

Mary: No lo creo.

Emma: ¿No dependerá del tipo de tienda?

Mary: Es posible. Es improbable.

Emma: Estoy cobrando el alquiler de Lapis Lazuli Minor y del estudio.

Mary: Cierto. ¿Qué tipo de tienda te gustaría?

Emma y Mary a la vez: ¡Una librería!

Bailarina en The Drunken Duck:

Soy una verdadera chica pato. Pero ¿bailar…?

Mary: ¡Emma!

Emma: Era una broma.

[*Mary taladra a Emma con la mirada*].

Emma: Igual podría hacerme mendiga.

Mendiga:

Aceptaré monedas o libros.

Mary: Jamás en mi vida he visto a nadie dar un libro a una mendiga.

Emma: Lo que me convertiría en una novedad.

Mary: Necesitas dinero, Emma. Libras esterlinas.

Emma: Aceptaría oro egipcio.

Mary: Eso por supuesto.

Casarme con Roland Sutherland:

Cada día me parece más aceptable.

Los dos nos merecemos algo mejor que un matrimonio de inconveniencia.

Sin embargo, ¡los libros!

Mary: ¿Conozco al señor Sutherland?

Emma: Es un antiguo archienemigo.

Mary: No será el muchacho que te puso una salamandra en el té, ¿no?

Emma: El mismo.

Mary: Semejante conducta no merece una recompensa.

Emma: En realidad ahora es adorable.

Mary: ¿Lo puedes demostrar?

Emma: Tengo testigos.

Mary: ¿Modales?

Emma: Refrescantes y correctos.

Mary: ¿Ocupación?

Emma: Caballero.

Mary: ¿Situación?

Emma: Rico como Creso. Hijo único. Los padres ya han muerto.

Mary: ¿En circunstancias sospechosas?

Emma: De causas naturales, ambos.

Mary: Será feo, entonces.

Emma: Parece un dios griego. De los que deslumbran.

Mary: Emma…

Emma: No… quiero… casarme… con él.

Mary (*Calla. Toma aire*): Es razón suficiente para mí.

Emma: Por eso somos amigas.

Mary: Aunque si cambiaras de opinión en algún momento…

Emma: Le aceptaría sin pestañear. ¿Te imaginas lo grande que debe de ser su biblioteca?

Al final Mary prometió leer los anuncios de empleo publicados en las revistas femeninas a las que está suscrita su compañía telefónica.

Teléfonos y máquinas de escribir. Mary es la mujer más moderna que conozco.

En muestra de mi buena voluntad y mediana iniciativa, voy a poner al día al señor Penury de mis esfuerzos.

Señor Penury:

Adjunto una lista de posibles ocupaciones. Tengo intención de empezar a hacer entrevistas para encontrar algo adecuado. Si sabe de alguna colocación que me convenga, por favor, hágamelo saber.

Nunca desanimada,

Señorita Emma M. Lion

8 de noviembre

Emma:

Mamá parece encontrarse mejor de su resfriado. Y, puesto que estamos teniendo mucha lluvia, me prohíbe salir. Circular por el barro y mojarse el sombrero te pone en desventaja. Algo que solo le resulta aceptable en otras personas.

En cuanto a tu carta, si el duque al que te refieres vive en St. Crispian's, debe de ser Islington. Te felicito por tu inmerecida conquista. Es ahora mismo uno de los dos duques solteros en toda Inglaterra, y el otro tiene sesenta y cinco años y varios hijos. Mamá ha incluido al carcamal en mi lista, pero me niego a ser más joven que media docena de los hijos de mi marido. Prefiero que la adoración hacia mi persona tenga escasa o nula competencia.

Supongo que el fotógrafo es el que vive en tu casa. Y no, que no te preocupe que mamá pueda leer esta carta. La llevará Nancy, como siempre.

Puedo entender que colecciones a Islington y al fotógrafo. En cuanto al vicario, ¿se puede saber qué te pasa? Seguro que es aburrido y está desesperado porque lo invites a cenar dos veces al mes. Admito que puede ayudarte a guardar mínimamente las apariencias, pues siempre podrás argüir estudios religiosos, pero, en serio, Emma, incluso yo estoy un poco escandalizada. De tener una acompañante de carne y hueso podrías frecuentar caballeros sin reproche, pero ambas sabemos que esa persona no existe. Por lo menos mantén intacta tu reputación hasta que me case;

después, mi rico esposo y yo te colmaremos de tantos favores que lo demás no importará.

No me has contado nada del entierro de Maxwell, algo que haces siempre con lo que te resulta insoportable. Estuviste años sin hablar de tus padres. Lo entiendo, a mi manera. Pero guardar luto por él durante tres años no es comparable a tener que enterrarlo. Vi la inscripción en la lápida. No me cabe duda de que es tuya. Por favor, sé sincera conmigo.

Arabella

Más tarde

Es tarde. He estado leyendo *Hamlet* y mirando la calle. Ni rastro de El Romano.

Empiezo a sentir una envidia malsana por esa hija del historiador.

Algo que no me favorece.

Agnes acaba de llamar a mi puerta. Qué raro. Es casi medianoche.

Más tarde

¡Eso sí que no me lo esperaba! Creo que todos pasamos un rato agradable, incluso Islington.

Debo consignar todo lo ocurrido.

Cuando abrí la puerta, encontré a Agnes con un pastelito.

—Es casi medianoche —dije—. ¿Qué haces trayéndome un pastelito?

Aunque no tengo nada que objetar a una idea así.

Agnes tragó saliva y sostuvo el pastel con ambas manos.

—¿Ocurre algo? —pregunté cuando se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Ay, señorita, es que pensé… Verá, ha sido mi cumpleaños todo el día y dentro de un cuarto de hora ya no lo será, así que cuando vi luz debajo de su puerta…

—¡Agnes! ¡Feliz cumpleaños! ¿Cómo se me ha podido pasar?

Esbozó una leve sonrisa.

—Le dejo aquí esto. Que lo disfrute.

—De eso nada —declaré.

Golpeé la pared para despertar a Pierce en caso de que no estuviera ya despierto, cogí la mano de Agnes y la arrastré escaleras abajo. Al pasar por el tercer piso, aporreé la puerta de Parian.

—¡Parian, póngase un batín y baje! ¡Dese prisa!

Llevé a Agnes al recibidor.

—Bien, Agnes. ¿Con qué vamos a celebrarlo? ¿Con té? ¿Con madeira? No, eres un poco joven para eso. ¡Pasa al salón de recibir! Yo iré a la cocina a ver qué…

—¡No, señorita Lion! —repuso Agnes enderezando su cuerpo menudo—. Déjeme a mí la cocina y ocúpese usted del salón.

—Bien dicho, Agnes. —La despedí en el preciso instante en que un Parian adormilado bajaba las escaleras.

—¿Qué ocurre, señorita?

—¡Una fiesta, Parian! Es el cumpleaños de Agnes y vamos a celebrarlo. ¿Puede encender la chimenea del salón de recibir y también las lámparas? —pregunté mientras me dirigía al estudio de Pierce.

—¡Pierce!

Se oyeron unas pisadas largas y a continuación Pierce abrió la puerta con un vaso de whisky en la mano libre.

—Bien —declaré—. Está despierto y bebiendo. Vamos a hacer una breve fiesta en honor a Agnes. Si es posible antes de medianoche. Es su cumpleaños.

Pierce me miró un instante y dio un paso atrás.

—¿Qué dice, Islington?

Creo conveniente dejar constancia de lo que sentí en ese momento.

En primer lugar, que tía Eugenia quedaría consternada de saber que he invitado a un duque a una celebración de cumpleaños improvisada de la cocinera/criada.

En segundo lugar, que yo no estaba convenientemente ataviada para tan ilustre compañía.

En tercer lugar, que Agnes pensaría que le había hecho el mejor regalo posible si Islington aceptaba.

Antes de que el duque tuviera tiempo o el buen juicio de declinar, crucé el umbral y lo miré.

—Hola, Islington. Precisamos de sus servicios. Hay una damisela en apuros.

Parecía a sus anchas, sosteniendo su vaso con elegancia mientras me miraba.

—¿Es usted la damisela en apuros?

—Es Agnes.

—En ese caso, la sigo.

Las poco caballerosas implicaciones me hicieron medio sonreír, medio fruncir el ceño.

Poco después estábamos los cuatro (Parian se cerró el batín en

cuanto entró el duque) delante de la chimenea esperando a Agnes.

Esta entró justo tres minutos antes de medianoche sonriendo de oreja a oreja, con un bonito surtido de pastelitos dispuestos en una bandeja de plata, y se puso como la grana en cuanto vio a Islington.

—¡Oh! —balbució.

Los hombres se levantaron. Bueno, se levantaron Pierce e Islington.

Parian los imitó de mala gana.

—Perdone la intromisión, señorita Agnes —dijo Islington levantando el vaso que había traído del estudio de Pierce—. Espero que no le importe que me tome unos momentos para homenajear a la cocinera más encantadora de St. Crispian's.

Agnes casi se desmayó allí mismo.

Levantamos los vasos y brindamos. Agnes quedó tan halagada como incrédula.

9 de noviembre

Esta mañana he caminado más de lo que era mi intención. Había planeado sentarme con *Frases en latín para los impenitentes* y ampliar mi lista de *Palabras latinas que creo conocer.*

Ejemplo:

Sic semper tyrannis
«Así siempre con los tiranos»

Deduzco que *semper* es «siempre».

Y así lo he consignado en mi lista.

Debería incluir también *tyrannis*, porque una nunca sabe cuándo puede resultar de utilidad, si no absolutamente necesario, saber decir «tirano» en latín. (Al fin y al cabo, tengo a Islington en mi vida).

Estoy divagando.

Mi latín quedó tristemente olvidado porque terminé sentada en un banco, hambrienta pero sin ganas de comer.

Es posible que esté enfermando.

Más tarde

Arabella:

No quiero hablar con nadie del entierro de Maxwell. Ni siquiera conmigo misma.

En cuanto a la situación que nos ocupa, si no tienes nada que

decir aparte de manifestar un ligero escándalo, prefiero dedicar mi tiempo a leer cartas llenas de historias tontas sobre Damian.

Tus comentarios sobre el vicario no pueden estar más errados. Hawkes no es mayor. Tiene veintisiete años y aspecto de amigo descarriado de un hermano recién llegado de la universidad y del que una se enamora locamente. ¿Majestuoso? ¿Desesperado? Con aspecto de alguien que debería estar jugando a los dados en su club. Sus sermones son poesía.

Somos afortunados de tener un vicario así.

Emma dixit.

P. S.: No me imagino a Hawkes oficiando mi boda con nadie.

P. P. S.: Reconozco que mi defensa ha sido encendida, pero es que no soporto la idea de que Hawkes sea tomado por quien no es. Todos le profesamos un gran afecto.

10 de noviembre

Señorita Lion:

Acuso recibo de su lista de posibles colocaciones. He empezado a preguntar a mis amistades. ¿Me da su permiso para enseñar la lista a mi mujer de modo que pueda consultar a sus conocidos?

Señor Penury

Por supuesto que se lo doy.
Cualquier ayuda es poca.

Señor Penury:

Desde luego que sí.

Señorita Lion

Más tarde

Esta tarde, cuando llevé una cesta con objetos varios que han aparecido en Lapis Lazuli House a El Recaudo, oí a un hombre decir a su acompañante: «No sabes nada de la contienda gótica».

Es todo lo que oí. Subían hacia la tienda, mientras que yo bajaba. Después de intercambiar los objetos perdidos por algunos de nuestra propiedad —me pregunto quién encontraría nuestro paragüero, al que, cosa sospechosa, le falta un paraguas—, subí por

Whereabouts Lane preguntándome si sabía yo algo de la contienda gótica.

No he llegado a ninguna conclusión.

11 de noviembre

Sé lo que debo hacer.

Está decidido.

Pasarme los días sentada junto a la ventana no basta. Si quiero ver a El Romano, debo ser audaz. He ideado un plan astuto, posiblemente agradable y emocionante.

Más tarde

El sermón de hoy versaba sobre no entrometerse en los asuntos de los demás. Hawkes ha citado extensamente las Escrituras.

Proverbios 26, 17: *Meterse en discusión ajena es como agarrar a un perro por las orejas.*

1 Timoteo 5, 13: *Y, al mismo tiempo, como además están ociosas, se acostumbran a ir por las casas; con lo cual, además de ociosas, se hacen también charlatanas y entrometidas, hablando lo que no conviene.*

1 Tesalonicenses 4, 11-12: *Esforzaos por vivir con tranquilidad, ocupándoos de vuestros asuntos y trabajando con vuestras propias manos, como os lo tenemos mandado, para que os comportéis honestamente con los no cristianos y no tengáis necesidad de nadie.*

Por un momento pensé que quizá debería aplicarme la lección, pero el pensamiento racional y una buena dosis de certeza cortaron de raíz cualquier afán de superación. Después del último himno y el

último amén, rehuí la mirada del Joven Hawkes y esperé fuera al señor Harper.

—Señor Harper —dije caminando a su lado mientras él se ponía el sombrero—. Buenos días. O quizá debería decir buenas tardes. Tengo una pregunta que hacerle si dispone de tiempo.

—Desde luego —contestó a la par que se ponía los guantes.

El señor Harper debe de rondar los cincuenta años de edad y trabaja para algún periódico londinense. Tiene ese aire mundano de los hombres de prensa. Moderadamente apuesto. Con cierto encanto. O eso me pareció. Bien vestido, pero discreto. Tiene una buena cabellera que empieza a encanecer en las sienes y ojos castaños y despiertos. No sé qué es lo que hace exactamente en el susodicho periódico, pero da la impresión de hacerlo bien. También presta generosamente sus servicios de editor en la *Gazette* de St. Crispian's, razón por la que lo abordé.

—Cuando yo era niña, señor Harper, St. Crispian's tenía un periódico. Una gaceta trimestral. Bien, llevo aquí desde marzo, más de siete meses, y no le he visto el pelo… Bueno, en caso de que lo tuviera. Porque un periódico no tiene pelo. No es un animal… Lo que quería preguntarle es si la *Gazette* sigue publicándose.

Me había escuchado con total atención y pareció ofenderse a medida que yo hablaba. (Deduzco que, en tanto hombre de prensa, habría editado mucho mi disertación).

—Hay una gaceta trimestral, sí. Sale los días 5 de marzo, junio, septiembre y diciembre.

—Espléndido. Quisiera suscribirme y poner un anuncio.

Asintió con la cabeza, pero también frunció el ceño.

—¿Y usted es…?

—Señorita Lion. Aquí está mi tarjeta.

Y saqué una tarjeta crema y oro de mi ridículo.

Me miró de arriba abajo y a continuación se fijó en el león dorado de la tarjeta antes de darle la vuelta.

—Señorita Lion. ¿Reside usted en Lapis Lazuli House?

—Así es.

—Lapis Lazuli House ha sido declarada proscrita.

—¿Proscrita? —Estaba atónita—. ¿Por qué motivo?

—Mal comportamiento. La *Gazette* excluye a suscriptores que muestran falta de respeto. Lapis Lazuli House ha cometido varias infracciones y hace seis años la declaramos *non grata*. Lo siento mucho.

Abrí y cerré la boca. Cuando el señor Harper se tocó el sombrero con gesto de «que tenga un buen día pero no puedo hacer nada por usted», lo cogí del brazo.

—Por favor, señor Harper. Deduzco que mi Desafortunado Pariente el señor Flat ha ocasionado caos y congoja, pero yo soy la propietaria legítima de Lapis Lazuli House y me he instalado de forma permanente en St. Crispian's. Le ruego que readmita mi suscripción y prometo atar corto al señor Flat. O maniatarlo, si fuera necesario.

El señor Harper tuvo la elegancia de sonreír.

—¿Sigue residiendo el señor Flat en Lapis Lazuli?

—Pues… sí —reconocí.

—He ahí el problema. No podemos recompensar un comportamiento así.

—¿No hay nada que pueda hacer?

—Lo lamento mucho, señorita Lion.

Después de tomarme un momento para maldecir al primo Archibald y compadecerme de mí misma —excluida de la *Gazette* y de The Cleopatra; ¿qué habría hecho el primo Archibald?—, recurrí a la puerta de atrás.

—¿Al menos puedo publicar un anuncio?

—No sin una suscripción.

—Pero si dicha suscripción me está prohibida.

—En efecto.

—Señor Harper, no le pido mucho a la vida. Dos paseos al día, una biblioteca y algún que otro té fortificante. Pero la vida parece divertirse a mi costa y últimamente no hace más que ponerme a prueba. De manera que se lo pregunto otra vez: ¿No Hay Nada que Pueda Hacer?

Creo que vio un residuo de octubre en mis ojos, porque su expresión se ablandó.

—Puede usted recurrir.

—Recurrir —repetí.

—Sí. Comparecer, por así decirlo, ante el consejo de administradores de la *Gazette.* Necesitará usted dos testigos de carácter.

—¿Residentes en St. Crispian's?

—Sí.

Asentí con firme determinación.

—Nos reunimos este miércoles, día 15, en King Tut. Venga a las dos.

—¿King Tut?

—La habitación que hay encima de The Cleopatra.

—¡Cielo santo! De acuerdo, pues. Iré preparada.

—Asegúrese de hacerlo, señorita Lion. En toda la historia de la *Gazette* hemos revocado una única prohibición.

—¿Y por qué fue?

—El hombre murió. —Sonrió—. Buen día, señorita Lion.

Y el señor Harper se alejó por el camino llevándose con él ese encanto que ahora me resulta engreído.

12 de noviembre

Emma:

Había cierta vehemencia en tu última carta, pero no pienso discutir contigo sobre el vicario. Estoy segura de que es maravilloso a su manera, pero me temo que poco más. De lo contrario no habría ingresado en la iglesia. Mamá desaprueba a los vicarios jóvenes o a los que juegan a los dados. Dice que alteran el orden natural de las cosas. Claro que no se lo vamos a contar, de lo contrario escribiría al arzobispo de Canterbury y tendrías que conformarte con la clase de vicario aburrido que hemos de sufrir todos los demás.

En cuanto a nuestro Damian, está en París y decidido a seguir la senda de todos los jóvenes tontos y dedicarse a enamorarse y desenamorarse de una actriz joven y prometedora. Tengo entendido que la está buscando. Hasta el momento ha visto un buen número de mujeres mediocres, pero varias obras de teatro agradables.

Permíteme que haga un comentario sobre tu situación: Islington lleva diez años esquivando a las Matriarcas de este reino. A mamá le encantaría incluirlo en una lista de posibles candidatos a ser mi marido, pero creo que no se atreve. Dicho esto, quizá tú podrías presentarnos. Me tienta el desafío personal…

Mamá empieza a impacientarse y me temo que tu nombre ha sido pronunciado dos veces en la última hora. Te sugiero que hagas algo para tranquilizarla respecto a tu envilecida situación.

Que tu «acompañante» envíe esa carta que mencionaste, querida mía.

Arabella

¿Presentarle a Islington? ¿Un desafío personal?

Islington no existe para diversión ~~de nadie~~ de Arabella.

No es que me crea propietaria en exclusiva del derecho a intercambiar chanzas con ese hombre, pero se ha convertido en amigo mío y me siento de lo más… protectora. Quizá hacer partícipe a Arabella de las peculiaridades de mi vida en St. Crispian's no sea la mejor idea. Sin duda ella se divertiría con lo que traiga el destino como resultado de esta alquimia, pero no creo que entendiera ese «algo» que yace debajo de todo. Que yo fuera capaz de bajarme de un tren en uno de los peores días de mi vida y me encontrara rodeada por la geometría de esta inexplicable hermandad.

No tengo intención de sacrificarla en el altar de alguien que está dispuesto a dejarse consentir por el lujo y la facilidad, descartando alegremente lo que pueda sentir o no su corazón. Incluso si ese alguien es Arabella.

Creo que Mary lo entendería.

Y sin embargo me siento reacia a intentar definírselo a alguien ahora mismo.

En cuanto a las palabras de Arabella sobre Hawkes, heréticas.

Más tarde

Vengo de visitar a Saffronia March. Escribió una carta a tía Eugenia de parte de Agnes Dowd, mi acompañante de naturaleza inexistente,

deseándole una pronta recuperación.

—¿Estás segura de que quieres que escriba «He sometido a Emma a mi férreo control. Sabe que cualquier acción impropia de su estimada aprobación, lady Spencer, será corregida usando un cinturón»?

—Tía Eugenia es partidaria de los castigos corporales siempre que no se inflijan a sus propios hijos —contesté.

—Emma, tienes veinte años. Nadie debería azotarte con nada.

—Estoy de acuerdo. Pero saber que habrá castigo si me paso de la raya mantendrá a tía Eugenia tranquila, contenta y, a ser posible, bien lejos.

Saffronia frunció el ceño. Escribió la carta que echaré mañana al correo.

Acabo de caer en la cuenta de que se me olvidó pedir a Saffronia que venga a mi comparecencia y sea mi testigo de carácter para que avale mi integridad moral. Pero quizá debería buscar a alguien que no sepa quién es Agnes Dowd.

13 de noviembre

Anoche soñé que me precipitaba al vacío. Estaba todo oscuro. Y, cuando extendía las manos, mis dedos no encontraban asidero, solo aire frío. Me desperté cuando aún era de noche, sudorosa y sin aliento, y me senté en el borde de la cama hasta que empezó a amanecer.

Es una verdadera pesadez.

Emma, haz el favor de tranquilizarte.

Más tarde

Esta tarde he visitado a Islington. Su mayordomo, a mi llegada, me llevó a la biblioteca.

Allí estaba Islington sentado a su mesa y con aire importante.

Se levantó, aún con la pluma en la mano.

—La infame señorita Lion.

—El insigne duque de Islington —contesté, optando por no ofender hasta haberme asegurado un testigo de carácter.

—¿A qué debo este honor? —preguntó.

—Me alegra que reciba mi presencia por lo que es.

—Estaba siendo cortés.

Levanté una ceja.

—¿Me va a invitar a sentarme?

—Eso depende.

Me miró con superioridad y también suspicacia.

Como si no hubiera participado en una celebración a medianoche con mi criada.

—Ah —contesté con tono despreocupado—. ¿De qué depende?

—De lo que vaya a pedirme.

—¿Quién dice que venga a pedir nada?

—Siempre sé cuándo alguien quiere algo de mí.

—¿Lo husmea como si fuera usted uno de sus perros sabuesos?

Islington se limitó a mirarme.

—Muy bien. Vengo a pedirle un favor, aprovechándome abiertamente de su título y de la alta estima en que le tiene nuestro querido vecindario.

—En ese caso, por favor.

Señaló una silla frente a su mesa antes de tomar asiento él.

Me senté.

—¿No se siente ofendido porque quiera usarlo en beneficio propio?

—Me gusta la franqueza. Y no desconfío por completo de usted.

Todo un cumplido.

Emma M. Lion

No del todo indigna de confianza

Descanse en paz

—¿Qué necesita, Lion?

Ah. Aquel sí se parecía más al Islington del cementerio.

—Necesito una referencia de mi carácter.

Aquella combinación de palabras pareció tener un efecto peculiar en Islington, duque de. Yo lo llamaría deleite amenazador. Hay quien lo llamaría sencillamente diversión. Islington se recostó en su silla.

—Continúe —dijo, concediéndome su real beneplácito para proseguir.

Fruncí el ceño. O al menos di mi versión de ceño fruncido que se disfraza de sonrisa curvada de una manera extraña.

—A mi carácter no le ocurre nada, Islington.

—Creo que podemos convenir en que lo tiene.

—¿Es delito dar una tunda a un duque? —pregunté.

—Solo en domingo.

Resoplé.

—¿Quién pide la referencia? —preguntó.

—La *Gazette* de St. Crispian's. Verá, Lapis Lazuli House ha sido proscrita. De por vida. No debido a mi mal comportamiento, Islington. No me mire así. Debido a mi primo y otrora villano, el señor Flat. Voy a apelar la decisión y por ello necesito dos testigos de carácter para una reunión el día 15.

Islington tiró su pluma sobre el escritorio.

—Eso es dentro de dos días.

—En efecto.

—¿Cómo voy, en justicia, a dar un testimonio positivo de su carácter si solo tengo dos días para observarla?

—¿Observarme?

—Sin duda no pretenderá que responda de su buen nombre con el mío sin investigarla antes a fondo.

—Por supuesto que lo pretendo.

—¿En qué fundamenta dicha pretensión?

—En el hecho de que no hace ni dos semanas estábamos en un cementerio casi a medianoche hablando de Esparta.

La sonrisa de Islington —la sincera, por lo que alcanzo a discernir — es bastante suave. Y es la que me brindó.

—Por supuesto. La ayudaré, Lion. Estoy siendo difícil solo por

diversión.

—Un pasatiempo que le produce disfrute.

—Así es.

—Bueno, pues me alegro por usted.

—No finja que no hace lo mismo.

Abrí la boca y acto seguido la cerré. Tenía razón.

Entonces Islington dijo:

—No hago amistades a la ligera, Lion. Me gusta saber dónde me meto. Reconozco que con usted siempre hay sorpresas, pero conozco lo bastante su carácter como para testificar ante el comité de la *Gazette* de St. Crispian's. ¿A qué hora?

—Se reúne a las dos. En The Cleopatra. En concreto en el salón King Tut.

—Allí estaré.

—Gracias —dije jugueteando nerviosa con las manos enguantadas en el regazo.

—Solo tenía que pedírmelo —contestó.

—Y soportar de paso unas cuantas chanzas…

Me sonrió con los ojos.

—¿Té?

—Me encantaría, pero tengo que resolver unos asuntos antes de la cena. Otro día, si le parece.

Me acompañó a la puerta.

Antes de despedirse, Islington ladeó la cabeza.

—Ha dicho que necesita dos testigos de carácter. ¿Quién es el segundo?

—Aún no lo tengo. Iba a decírselo a una amiga, pero, puesto que acabo de pedirle que falsifique un documento, me pareció hipócrita.

Islington se quedó callado; pareció deliberar consigo mismo y a continuación dijo como si tal cosa:

—Se lo pediré a Hawkes. Me va a prestar un libro.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué libro es?

—*Manual de manejo de mujeres inglesas entrometidas*.

Reí.

Y se me ocurrieron unas cuantas maldades.

—Sea serio —dije.

—Polibio —fue la respuesta—. Sus opiniones sobre la Constitución romana.

—Una lectura ligera, vaya.

—Bastante.

Al salir imaginé un mundo en el que si se me antojaba leer las opiniones de Polibio sobre la Constitución romana solo tendría que recorrer el pasillo hasta mi biblioteca…

14 de noviembre

Esta mañana había un peculiar zumbido en el aire. Como el lamento de un pequeño insecto. La sensación fue en aumento hasta que, cuando estaba en la cocina con Agnes ayudándola a hacer pan (qué doméstico) y meditando sobre mi plan dependiente de la *Gazette* de St. Crispian's (qué encantador), llegaron gritos de la calle.

Había vuelto el primo Archibald.

Bath no ha podido retenerlo más tiempo.

Me preocupa que tampoco pueda el infierno.

Más tarde

Hoy me ha llegado por correo un sobre bastante delgado, con unas ornadas letras D e I en el membrete. Probablemente es una queja.

Posponerlo no será de ayuda.

Voy a ser valiente y a abrirla ahora mismo.

Lion y Pierce:

¿Cenamos el jueves próximo?

Islington

¡No es una queja entonces! Tendré que deslizar la invitación por debajo de la puerta del estudio de Pierce (es un poco demasiado grande para el agujero de la pared).

¡También por correo me ha llegado una inesperada y financieramente prometedora nota de la señora Penury!

Señorita Lion:

Mi marido me ha enseñado su lista de colocaciones posibles. Pago por que me entretengan y disfruto asistiendo a revistas y obras de teatro. Su lista era las tres cosas. Adjunto diez libras por sus talentos. Empiece a buscar empleo después de la noche de Reyes y disfrute de las fiestas. Mientras tanto, preguntaré a mis amistades.

Reciba un saludo,

Rebecca Penury

¡Diez libras!

¡Una pequeña fortuna!

Quizá nada comparado con los hábitos de juego de un Réprobo, pero estoy atónita.

Diez libras. No puedo no aceptarlas. Devolverlas sería embarazoso para ambas.

Y ofensivo.

Y una no quiere ser ofensiva.

Tendré que meditar cuidadosamente en qué voy a emplear mi pequeña fortuna. De momento la he escondido dentro de la costura rota de un cojín de colores que está sobre la silla que tengo junto a la ventana.

No es que desconfíe de los habitantes de esta casa. Pero sí del espíritu llorón que he heredado con dicha casa.

Más tarde

¿Ha visto usted nuestra invitación?

SÍ. NO PUEDO ASISTIR. ESTARÉ EN NORFOLK.

¿En Norfolk? Cielos. ¿Por qué?

ME HAN INVITADO A UNA FIESTA EN UNA CASA PARA QUE FOTOGRAFÍE A LOS INVITADOS. DESPUÉS PASARÉ UNA SEMANA EN ESCOCIA VISITANDO A UN AMIGO.

¡Una fiesta! Espero que no se estén aprovechando de su buena disposición.

PEDÍ UNA CANTIDAD RIDÍCULAMENTE ELEVADA POR MI TIEMPO QUE EL CABALLERO ACCEDIÓ A PAGAR. NO ME PREOCUPA RECONOCER QUE SOY YO QUIEN SE APROVECHA.

¿Cuándo se marcha?

ME VOY EL DÍA 18. NO REGRESO HASTA PRINCIPIOS DE DICIEMBRE.

¿Me abandona usted a merced de una cantidad de compañía del señor Flat aún por definir?

Y DE UNA CENA EN CASA DE ISLINGTON.

Lo echaremos de menos. ¿Tengo que dar de comer a Teobaldo?

CHAMBERS HA ACCEDIDO A DARLE DE COMER. NO TIENE USTED QUE PREOCUPARSE.

El Pirata.

EL PIRATA.

Envíeme una carta encantadora.

¿CUÁNDO HE DADO YO A ENTENDER QUE PUEDO SER ENCANTADOR?

Me encanta su estudio.

¿PROTEGERÁ USTED MI CORREO DE LAS MANOS DEL SEÑOR FLAT?

Sí, mi capitán.

Espere. Pierce, ¿ha abierto el señor Flat sus cartas?

LO ENCONTRÉ LEYENDO MI CORRESPONDENCIA ESTA TARDE EN EL VESTÍBULO. AFIRMÓ QUE ESTABA ABIERTA Y EN EL SUELO.

Estoy avergonzada. Y le recuerdo que no es mi pariente sanguíneo.

MI DESAGRADO FUE SUFICIENTEMENTE DISUASORIO, PERO AUN ASÍ…

No lo decepcionaré.

LE ESCRIBIRÉ UNA CARTA.

15 de noviembre

Tengo pendiente el juicio funesto. Comparezco en The Cleopatra a las dos.

En Fortitude, escuela preparatoria para señoritas, fui suplente para el papel de Juana de Arco. Al parecer, momentos antes del juicio, Juana declaró:

> *Decís ser mi juez; ignoro si lo sois, pero guardaos de juzgarme mal, pues podríais correr grave peligro. Y os advierto, de modo que, si Dios os castiga, yo habré cumplido mi deber diciéndooslo.*

Aunque no llegué a subirme al escenario, memoricé el texto al dedillo. En los días lluviosos en Bournemouth solía repasar la obra entera mientras miraba por la ventana. De igual modo, apelando a mi trovador interior, he practicado las frases del juicio citadas arriba una docena de veces esta mañana, en caso de que dicha escena resulte necesaria para la victoria.

Más tarde

¡Readmitida!

Lapis Lazuli House ha salido victoriosa.

No fue tan monstruoso como me había imaginado.

Tampoco tan sencillo como debería haber sido.

Es un escándalo. Se le da a un hombre el control de una gaceta y termina borracho de poder.

Entré en The Cleopatra con la esperanza de localizar las escaleras

y subir sin llamar la atención. No hubo suerte. Gibbs, el infausto camarero, me dirigió una sonrisa ladeada.

—Señorita Emma Lion.

Unos pocos hombres que habían sido testigos de mi triunfo en The Cleopatra en julio me dieron la bienvenida con una canción tabernaria en la que una mujer joven de apellido Lion se emborracha debajo de la mesa.

Debería abochornarme oír mi nombre arrastrado por el fango —literalmente, si el hombre está lo suficientemente borracho—, pero en lugar de ello siento un ligero placer.

¡He sido inmortalizada!

Después de escuchar cortésmente y aplaudir con modestia, me disponía a preguntar por las escaleras —respuesta: al otro lado de la barra, a la izquierda— cuando detecté una desaprobación en el aire que me resultaba familiar.

Recompuse el gesto y di media vuelta.

Detrás de mí estaba Islington, con el sombrero y los guantes en la mano y una expresión de incredulidad mezclada con una desdeñosa ausencia de sorpresa.

¿Se puede expresar la ausencia de sorpresa? Probablemente no. Pero viene al caso.

Lo diré con otras palabras. Islington me miraba, aceptando con ~~reticencia~~ fastidio el hecho de que yo estuviera destinada a ser el objeto de un himno tabernario.

—Hola, Islington.

Consultó su reloj de bolsillo y se limitó a contestar:

—¿Vamos?

—Por mucho que me apetezca una pinta, tengo un juicio al que

asistir.

—Ingenio, tienes nombre de mujer —citó Islington erróneamente y con sarcasmo.

Subimos las escaleras. Había una mesa cerca de una pared con una silla detrás. Enfrente, a diez pasos de distancia, había otras tres sillas.

Resultaba un poco siniestro.

—¿Tendrán intención de ejecutarme?

—En St. Crispian's perdimos el derecho a organizar nuestras propias ejecuciones en 1625 —declaró Islington.

Qué inesperado.

—¿Lo dice en serio? —Me volví para mirarlo.

—A Carlos I no le gustó nuestro sistema de justicia. Previamente la Corona nos había dado permiso para manejar…, eh…, determinados asuntos. ¿No conoce usted la historia de St. Crispian's?

—Al parecer no toda —dije en el momento preciso en que el señor Harper subía por las escaleras. Me ~~dio la bienvenida~~ saludó y pareció impresionado por el hecho de que me hubiera sacado un Islington de la manga.

Se estrecharon la mano.

—Señor Harper.

—Islington —reparé en que no decía duque o su señoría—, no creo que lo recuerde, pero nos conocemos.

—En la ópera hace varios inviernos, si la memoria no me falla.

—Exacto. Es usted aficionado, ¿verdad?

—Sí. Herencia de mi madre.

Aproveché una pausa en la conversación para preguntar:

—¿Van a venir los otros miembros del comité?

—Ah, no —dijo el señor Harper con despreocupación—. La reunión oficial ya ha tenido lugar. Me han investido de plena autoridad en este asunto. Deberá convencerme a mí, señorita Lion. Soy su Destino.

Válgame Dios.

Qué soberbia.

En lugar de hacer un comentario inapropiado en el sentido de que el Destino requiere una encarnación más magnífica aún que la de un Hombre de Información como el señor Harper, contesté:

—Mi segundo testigo debe de estar a punto de llegar.

El señor Harper consultó su reloj de bolsillo.

—El juicio comenzará en tres minutos. Si su testigo no está presente, el juicio se declarará nulo.

Es posible que yo cuestionara una política tan estricta.

Es posible que el señor Harper me explicara que el tiempo es dinero.

Es posible que yo protestara.

Es posible que el señor Harper insistiera en su postura.

Es posible que Islington me convenciera de tomar asiento.

Lo hice, contando nerviosa los minutos.

—Vendrá, Lion —susurró Islington inclinándose hacia mí.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque Hawkes tiene un talento misterioso para estar siempre donde tiene que estar.

—¿Y si hay una anciana moribunda? ¿O un carro ha atropellado a un niño? —susurré en respuesta.

—Entonces le prestaré mi ejemplar de la *Gazette.*

Lo fulminé con la mirada.

Islington no se dejó intimidar.

—El hipotético niño del carro vivirá y las ancianas moribundas suelen estar acompañadas. Vendrá.

El señor Harper miraba su reloj.

—Me temo…

Y sin que hubiéramos oído siquiera sus pisadas en las escaleras, apareció el Joven Hawkes con aspecto de ángel Gabriel apresurado.

Dedicó un momento a saludar al señor Harper, dijo hola a Islington y se sentó a mi izquierda.

—Espero no haberla preocupado. Sé que el comité valora mucho la puntualidad.

—Islington tenía fe, pero yo dudaba.

Hawkes me miró un instante y a continuación sonrió sereno.

El juicio a Lapis Lazuli House fue un asunto de lo más sórdido.

Cierto, puedo estar exagerando.

Cierto también, la hipérbole está justificada.

El señor Harper, con sus modales suaves de hombre de prensa y su pelo teñido de refinado color plata, se recostó en su silla como si supiera que aquel teatro era una farsa pero me exigiera representar un papel.

Había tres cargos de Ofensas a la *Gazette*.

Uno por acoso, algo fácil de imaginar.

El segundo por lo que denominó Engañar al Comité. De nuevo, que el primo Archibald engañe a alguien es el pan de cada día.

El tercero era por Exhibicionismo. No pedí detalles, pues decidí que en tanto mujer joven de sensibilidad delicada había cosas con las que no debería cargar.

Resultó que exhibicionismo significa hacer circular la *Gazette* de St. Crispian's fuera de los límites de St. Crispian's.

Tras el relato pormenorizado de los delitos mencionados, contesté:

—Permítame señalar, señor Harper, que todos esos cargos son contra el señor Flat, pero que yo, verdadera propietaria de Lapis Lazuli House, he vuelto. Las infracciones no las cometió la casa, sino el hombre. La casa es completamente inocente. Al igual que yo.

—¿Qué méritos aporta para la admisión, por no decir readmisión? —preguntó el señor Harper.

—Soy un ser humano, una persona que reside en el vecindario. No sabía que hubiera un examen de ingreso.

—La insolencia, señorita Lion, no la llevará a ninguna parte.

—La insolencia ha sido lo que nos ha traído hasta aquí, ¿cierto?

Sentí una leve presión en el brazo procedente de Hawkes y me mordí la lengua. Sin embargo, Islington taladraba al señor Harper con una mirada que sin duda le hizo agujeros en el cuello de la chaqueta.

Y así prosiguió el juicio. ¡Qué digo juicio! ¡El escarnio público, más bien! Tuvimos que debatir a fondo las tres infracciones mientras yo proporcionaba argumentos convincentes de por qué no volverían a producirse. Hasta que Islington no empezó a consultar su reloj de bolsillo, el señor Harper no dio la palabra a los testigos de carácter.

Islington, duque de, fue breve, conciso y al grano. Yo era una amiga de su familia desde hacía tiempo, con parientes respetables, raíces en St. Crispian's, etcétera, etcétera. No cabía duda de que soy una persona con reputación. Me fijé en que omitía la palabra «buena». Me digo a mí misma que fue una casualidad.

El testimonio de Hawkes fue incluso más lacónico.

—Prácticamente no hay alma más merecedora de recibir la *Gazette* de St. Crispian's.

Eso fue todo.

Por supuesto que a caballo regalado no se le mira el diente, pero, con tan tibias alabanzas, quién necesita críticas.

Al final, después de sermonearme sobre comportamiento, chusma y decoro, el señor Harper cedió.

—La voy a readmitir de forma provisional. No obstante, Lapis Lazuli deberá abonar una multa en concepto de daños.

—¿Qué daños? —exigí saber—. ¡Nadie ha sido perjudicado! ¡Nadie lo sabe siquiera!

—Una pequeña cuota de readmisión es razonable.

Antes de que pudiera decir palabra, vi a Islington haciendo ademán de intervenir. Como lo último a lo que estaba yo dispuesta era a permitir que pagara la multa en mi nombre, abrí la boca para mostrar mi conformidad con el pago.

Sin embargo, fue Hawkes quien habló.

—La iglesia abonará la multa en prueba de solidaridad y buena voluntad.

El señor Harper me miró, a continuación miró a los dos hombres que me acompañaban y luego a mí de nuevo.

—Vaya fortuna tiene con sus amistades, señorita Lion.

Creo que lo dijo en sentido literal.

16 de noviembre

Me pregunto si no debería estudiar matemáticas. Quizá podría sentarme en la buhardilla y proponer complejas teorías que me procuraran una pensión de la Corona por mi excelencia. Un poco como le ocurrió al doctor Johnson cuando escribió su diccionario.

Mientras tanto, correspondencia.

Señora Penury:

He recibido su regalo y su generosidad me ha dejado poco menos que atónita. Gracias. Le daré un buen uso. He desatendido mis obligaciones. Tenía intención de invitarla a tomar el té en Lapis Lazuli House a finales de octubre. Por desgracia, unos acontecimientos imprevistos han exigido todo mi tiempo. Le pido que me perdone y que me regale su compañía tomando el té conmigo el próximo jueves.

Atentamente,

Señorita Emma M. Lion

La envié con Toff cuando lo vi pasar corriendo.

Más tarde

He revisado el correo restante en la mesita del recibidor —casi todo es para Pierce— ¡y ya ha llegado la contestación de la señora Penury!

Verdaderamente rápida.

Señorita Emma M. Lion:

Creo en los acontecimientos imprevistos. Todos los tenemos. Espero que los suyos no fueran en exceso engorrosos. Tengo compromisos lo que queda de mes. Mi primer día libre es el 5 de diciembre, cuando estaré encantada de visitarla en Lapis Lazuli House, salvo que me indique lo contrario.

Rebecca Penury

Vaya.
Asunto solucionado.

Más tarde

Estaba sentada en la mesa del salón de recibir y vi a los clientes de Pierce salir de Lapis Lazuli Minor.

Para alegrarme un poco, le llevé el correo.

Estaba metiendo cosas en un baúl.

—Su cesta de cartas —le dije dejándolas caer en la mesa.

Las revisó e hizo dos montones distintos. Entonces vio una que le hizo reír.

—Tome. —Me la lanzó—. Léala en voz alta mientras hago el equipaje.

—¿En voz alta? ¿Está seguro?

—Sí —contestó.

—¿Y si contiene información personal?

—Es de Maggie, la hermana de Islington.

—Ah.

Estudié el sobre —qué caligrafía tan firme— y lo abrí para sacar la carta.

Carraspeé y empecé a leer:

Pierce, sinvergüenza:

¿Qué es eso de que se ha hecho amigo de mi hermano? ¿Cómo puede soportarlo? Yo le quiero, es un hecho innegable. Los hermanos ante todo. Pero ¿Henry? Es más soso que un caldo de habas. No los imagino a ninguno de los dos divirtiéndose de manera alguna. Me es imposible. Aquí estoy tratando de imaginarlo en una de sus más interesantes correrías y soy del todo incapaz.

Ese hombre es la viva imagen de la compostura. No tiene un pelo fuera de su sitio.

No intente convencerme de que es interesante. Puede que esté interesado en cosas interesantes, si exceptuamos los perros. Pero no es igual. Él mismo estaría de acuerdo. En cuanto a qué ve usted, precisamente, en su compañía: ¡QMASPNSILOSÉ!

Le quiero más que a nada en el mundo. Me refiero a más que a nada a ese lado del Atlántico, claro. Y, sin embargo, estoy perpleja, Pierce, y ya sabe que detesto la perplejidad.

Johnny está furioso esta mañana. Ha tenido que disparar a una yegua. La culpa ha sido solo suya. Le dije que no estaba lo bastante recuperada para saltar un seto. Le he preguntado si tenía algún mensaje para usted. Es este: váyase al cuerno, Pierce.

Deje esa vida de poca monta y háganos una visita de una puñetera vez. Con afecto, como siempre, mi Johnny.

Me han preguntado por usted en Nueva York, Boston y Baltimore. Nadie me cree cuando les digo que está haciendo retratos de londinenses ricos. Todos dicen que debería usted volver a casa.

Maggie

Terminé de leer y me recosté en la silla completamente escandalizada. Pierce sonreía.

—Esta Maggie… —murmuró.

—¿Esta carta la ha escrito la hermana de Islington?

—Ni más ni menos.

—¿El nombre de pila de Islington es Henry?

Pierce se encogió de hombros.

—Eso parece.

—Dice cosas bastante crueles de él.

—Maggie es así.

—Sí, bueno. Pues, por mucho que afirme conocer a Islington, no estoy segura de que así sea.

—¿Por qué lo dice?

—No es tan estirado ni tan aburrido. Quiero decir, sí, se irritó mucho al verme bailando en The Drunken Duck, pero una vez le…

Pierce se quedó muy quieto y yo me contuve de dar una patada a algo después de mi involuntaria confesión y adopté expresión inocente.

—¿The Drunken Duck?

—Lo que quiero decir, Pierce, es que Islington tiene intereses

loables. Ahora mismo está leyendo la Constitución romana.

—Maggie diría que eso es el colmo del aburrimiento.

—¿Qué sería más interesante en su opinión?

—Las carreras, la música, el juego, el exceso, la aventura. Artistas que dicen lo que no deberían. ¿Qué es eso de bailar en The Drunken Duck?

—Olvide The Drunken Duck, Pierce. ¿Qué quiere decir con eso de QMASPNSILOSÉ?

Pierce sonrió.

—Que me aspen si lo sé.

—Es evidente que sí lo sabe.

—No, Emma. Es lo que significa.

Ah.

Apreté los labios y releí la carta. Estaba escrita a gran velocidad y el tono era afectuoso. Algo en mí se puso a la defensiva al ver que se refería a Estados Unidos como el hogar de Pierce. El hogar de Pierce está aquí, en Lapis Lazuli.

—Me cuesta creer que Islington y ella sean familia —dije.

—Si la conociera en persona no pensaría así. Por mucho que le divierta hablar como el pueblo llano, sus aires son tan aristocráticos como los de cualquier noble. No puede evitarlo. Peor aún: le gusta. Su superioridad pone nerviosas a las personas. Se sienten desconcertadas ante esa belleza con títulos nobiliarios que fuma cigarrillos y dispara pistolas, que cría caballos y se comporta como si solo la reina estuviera por encima de ella.

—Creo que Islington es mucho más abierto de miras de lo que ella le reconoce.

—Por supuesto que lo es. Pero en ocasiones la familia tiene ideas

preconcebidas de cómo es una persona de las que les cuesta deshacerse. Ha cogido una parte de Islington, se ha hecho un retrato de su personalidad y se lo ha llevado con ella a Estados Unidos.

Me recosté en mi asiento con la carta entre los dedos. Parte de mí tenía unas ganas locas de conocer a Maggie. La otra parte tenía un miedo atroz a que me comiera viva.

—¿Tiene usted hermanos, Pierce? —le pregunté pasados unos minutos.

Su expresión se ensombreció. Entornó los ojos y fingió concentrarse en lo que estaba haciendo. Al cabo respondió:

—Una hermana. Llevamos años sin hablarnos.

—¿Cree que entiende quién es usted?

Pierce tardó un buen rato en contestar, y cuando lo hizo fue casi en un susurro.

—En absoluto —dijo.

17 de noviembre

Pierce y yo estamos en un callejón sin salida.

Casi me alegro de que se marche mañana de viaje.

Porque su apreciación de la situación es errada.

No es lo mismo.

Es posible que tenga razón en lo referido a la letra. Pero no al espíritu.

Sobre el papel podría ser una muestra de agitación interior. Pero la realidad intangible (si es que algo así existe) es simplemente que Emma M. Lion se está divirtiendo un poco.

Una distracción.

Un muy necesitado entretenimiento.

Ergo Niall Pierce se equivoca.

Para el caso da lo mismo. Hace un día frío y lluvioso.

Esta tarde estábamos en su estudio. Había terminado con el baúl de ayer y estaba empezando otro a la par que yo, sentada en el sofá color ciruela, redactaba el anuncio que voy a poner en la *Gazette* de St. Crispian's. Pronto terminé el borrador y lo dejé en la mesa, acto seguido abrí *Frases en latín para los impenitentes* y, mientras lo miraba trabajar, le fui haciendo preguntas. Fue un intercambio desenfadado.

Por ejemplo

Emma: ¿Le gustaba la comida en América?

Pierce: Depende de la comida, como en todas partes.

Emma: No parece que sea tiquismiquis comiendo.

Pierce: No demasiado, la verdad.

Emma: Me voy a aburrir muchísimo sin su compañía a la hora de la cena.

Pierce: Siempre puede cenar con el señor Flat.

Eso lo dijo con maldad. Y así se lo hice notar.

Emma: ¿Marcha su negocio en Londres tal y como esperaba?

Pierce: Mi reputación está despertando el interés de la sociedad.

Emma: Se refiere a la alta sociedad, supongo.

Dirigió la mirada hacia mí; había diversión en sus ojos grises.

—Sí.

Todo de ese estilo.

Muy agradable.

En algún momento, la conversación decayó y yo me dediqué a leer mientras Pierce organizaba en silencio su material. Había abierto la ventana para que pudiéramos oír la lluvia, y mi anuncio para la *Gazette* de St. Crispian's revoloteó en la brisa y se posó delicadamente en el suelo. Pierce, al pasar junto a él, lo cogió y ~~lo dejó en la mesa.~~ No, en realidad no hizo eso.

Estuvo a punto de dejarlo en la mesa hasta que leyó lo que yo había escrito.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Ah, sí. Pues un anuncio. Lo voy a publicar en la *Gazette* de St. Crispian's. Hemos sido readmitidos. De manera provisional, claro. Toda una hazaña, considerando que el único hombre que lo logró antes tuvo que morir para ello. ¡Ahora ya puedo poner un anuncio! ¿A que es una maravilla?

—Encantador —dijo, dando a entender todo lo contrario—.

Aunque me preocupa lo que veo aquí.

—¿He escrito mal alguna palabra? —pregunté en tono desenfadado mientras pasaba la página de mi libro simulando una indiferencia que habría merecido la aprobación de Hawkes.

Pierce leyó mi anuncio en voz alta.

—«Topografiando a El Romano. Se busca información referida a El Romano y a su paradero en St. Crispian's, de día o de noche. Si dispone de información relativa al patrón de sus movimientos, ¡por favor, envíe una nota a Lapis Lazuli House!».

—Me parece que ha añadido signos de exclamación en la última frase —dije—. Sin necesidad.

—¿Se puede saber qué está haciendo? —preguntó tirando mi anuncio encima de la mesa.

— Topografiar a El Romano —contesté enderezando la espalda—. ¿No suena divertido?

Pierce, sin embargo, no parecía contento.

—¿Qué pasa? Parece amargado.

—¿Demasiado señor Rochester para su gusto? —preguntó cortante.

—Eso no es justo —contesté. Y tenía razón—. Conoce mis sentimientos por Rochester.

Pensé que eso le haría sonreír.

Pero lo que hizo fue levantarse.

—¿Se puede saber qué tiene dentro de esa cabeza? —preguntó antes de ir a su armario a buscar algo.

—¿Por qué se enfada? No es más que un juego. Algo que hacer. Por lo que sé, nadie ha trazado nunca un mapa de los movimientos de El Romano. Es interesante. Un misterio. ¡Es ciencia!

—Olvídelo —gruñó—. No es asunto mío.

—Pues no se nota —contesté.

Me ardían las mejillas.

—Muy bien, de acuerdo.

Bajó uno de los baúles de la mesa al suelo, se enderezó y me miró a los ojos en el preciso instante en que un fuerte trueno retumbó en la ventana.

—¿Qué? —insistí.

—Acaba de enterrar a Maxwell.

Fue como si hubiera arrojado una piedra contra mi ventana.

Tampoco ayudó que justo entonces la lluvia empezara a aporrear el pavimento de la calle.

Sentí una opresión en el pecho.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Es usted una mujer inteligente, Emma. No se haga la tonta.

Fue entonces cuando me puse de pie.

—¿Hacerme la tonta?

—Después de tres años infernales, por fin lo ha enterrado.

—Así es.

Fue un momento espantoso. Como si algo se desgarrara. Pero Pierce no había terminado de hablar.

—¿Y qué es lo primero que hace? —preguntó en tono desafiante —. Perseguir otro fantasma.

Lo miré fijamente.

Intentó cambiar de conversación.

No funcionó ni para él ni para mí.

El momento se había vuelto verdaderamente espantoso. Yo me sentía como si estuviera hecha de aristas rotas.

El Romano siempre había sido una curiosidad deliciosa. Una realidad increíble que no tiene sentido pero simplemente es.

Desde que era una niña me ha encantado la idea de que existiera.

No tiene nada que ver con Maxwell.

Nada en absoluto.

Lo único que tienen en común es que ambos son soldados muertos.

Los dos jamás han ocupado el mismo pensamiento en mi cabeza.

Es más probable que Pierce tenga sus propios demonios. Se siente amenazado. Sé que no le tiene simpatía a El Romano. El Romano dijo que Pierce sería el fin de esta casa. Bobadas. Pero se lo ha tomado como algo personal.

—El Romano no tiene nada que ver con Maxwell. Nada —dije por fin.

—Estoy preocupado por usted —se disculpó.

—No lo esté.

—Parece exhausta.

—No especialmente —fue mi respuesta. No demasiado sincera—. Pierce, si pudiera…

—No vamos a ponernos de acuerdo en esto —me atajó.

—¿Ni siquiera va a intentarlo?

—Lo único que he hecho es expresar mi desacuerdo, Emma.

—Lo único que ha hecho es coger algo agradable y cubrirlo de cenizas. Le felicito.

Pierce entornó los ojos.

Yo me crucé de brazos.

Estuve a punto de desearle buen viaje e irme de allí.

Pierce habría salido por la noche. Yo habría contemplado

sentarme a leer a Shakespeare, pero el libro se habría abierto por *Hamlet* y lo habría cerrado de golpe.

Demasiados fantasmas.

Pero lo que sucedió es que Pierce meneó la cabeza y rodeó la mesa olvidando que había puesto un baúl en el suelo. Se golpeó la espinilla. Puesto que era su pierna mala, volteó por encima del baúl y cayó al suelo perjurando durante y después como un marinero.

Corrí en su ayuda, pero ya se había puesto de pie con una mueca de dolor. Miró furioso el baúl, pero estaba demasiado dolorido para vengarse. Así que dio un puñetazo en la mesa.

Sentí que era mi deber dar una patada al baúl y eso hice. No lo bastante fuerte para lastimarme los dedos del pie, pero sí lo bastante para hacer ruido.

—¿Se puede saber qué demonios hace?

Yo me preguntaba lo mismo, pero no estaba de humor para reconocerlo.

—Quería vengarlo.

—¡Tengo mi maldito equipo de fotografía en ese baúl!

—¡Pierce! Mire mi zapato. —Me subí la falda—. Mire ese baúl. Si se ha estropeado algo, me comprometo a no cobrarle el alquiler de un mes. ¿Le ayudo a sentarse en el sofá?

—Estoy bien.

—Pues, si está usted bien, me marcho —contesté recogiendo el anuncio del suelo, que Pierce había soltado al caerse.

—No se enfade.

Sus palabras me ablandaron, pero no del todo.

—No estoy enfadada.

—Sí lo está.

—Estoy recobrando la compostura. No es la misma emoción.

—Me gustaría que dejara en paz a El Romano.

—Pues estamos en un callejón sin salida —contesté tras suspirar.

—Lo estamos.

—Al menos ya no me siento como si estuviéramos peleados.

—No es más que una diferencia de opinión entre amigos.

—Buen viaje, Pierce.

Pero, antes de que pudiera salir de la habitación, Pierce aprovechó astutamente su situación. Cojeó hasta acortar el espacio entre los dos, me puso una mano en el hombro y la mantuvo allí un momento. Fue una manera de restablecer lo que había entre nosotros.

—No es asunto mío, qué demonios —dijo—. Lo siento.

—Y yo siento que se haya caído.

Trató de sonreír, pero no lo logró.

Subí a mis habitaciones sintiéndome bastante triste.

18 de noviembre

El Fotógrafo Polemista se marchó esta mañana temprano.

El ruido que hizo me despertó, pero, como tenía jaqueca, me quedé un rato en la cama.

Agnes me subió el desayuno, pero no fui a la iglesia.

Más tarde

Me siento resarcida, triunfal incluso.

Consigno aquí mi conversación con Agnes.

—¿Se ha enterado, señorita?

—¿De qué, Agnes?

—El Romano fue visto anoche en El Recaudo.

Levanté la vista.

—¿De verdad? ¿En El Recaudo?

—Es una sorpresa, puesto que llevaba dos semanas en Traitors Road.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo una amiga que trabaja de fregona en una de las casas de la calle.

—Agnes, ¿puedo encargarte algo?

—Dígame, señorita.

—¿Te interesaría llevar un registro de los diferentes paraderos e interacciones de El Romano?

Agnes se quedó callada y frunció el ceño.

—Nunca lo había pensado, señorita.

—¿No te parece divertido hacer un mapa?

—Pues… más bien me da escalofríos. ¿No va contra los preceptos de la iglesia?

—No veo por qué. A la iglesia le interesa especialmente la vida después de la muerte.

—Supongo que sí. ¿Puedo servirle un trozo de pastel, señorita?

—Sí, Agnes. Puedes.

19 de noviembre

Emma:

Necesito tu apoyo moral mañana por la tarde.
¿Puedes dármelo?

Mary

Mary:

Necesito distraerme.
Por consiguiente, ofrezco mi apoyo.

Emma

Más tarde

Parian me ha informado con voz nasal de que Archibald quería que bajara al salón de recibir para un cónclave.

—Ay, Parian, ¿así que es verdad? No hay paz para los malvados.

Dejé escapar un suspiro entrecortado mientras Parian miraba la corona y el cetro —que parecen impresionantemente reales— posados en el asiento de la ventana.

Benditos sean Los Diez Réprobos.

Apenas los había visto desde mi coronación el mes pasado.

—¿Se puede hacer un cónclave con solo dos personas? —inquirí.

Parian pareció tomarse en serio la pregunta.

—Creo que sí.

—Qué lástima.

Si bien la mayoría de las personas van a Bath a restablecerse, al primo Archibald se le ve claramente demacrado. Algo enfermizo, como si dijéramos. Estaba sentado en la mesa redonda junto a la ventana. Me senté frente a él y mantuve erguida la espalda.

—Buenos días, primo. ¿Tienes algo que decirme? —pregunté.

—Lo tengo. —Carraspeó y arrugó la nariz mientras resoplaba—. Me parece que se me debe una disculpa, y una asignación. He sido maltratado emocionalmente y despojado económicamente, y echo en falta determinadas comodidades que exige el modo de vida al que estoy acostumbrado. Lo mismo opinan los Erickson de Great Pulteney Street. He escrito…

Fue entonces cuando me eché a reír. Fue una risa algo histérica.

No la pude contener.

Creció hasta convertirse en una erupción de regocijo burlón. Me llevé las manos a la cara y a continuación las apoyé en la mesa buscando apoyo, agarrándome a ella de una manera que solo puede describirse como cólera risueña. Mi aspecto debía de ser algo enloquecido, porque Archibald empujó su silla hacia atrás presa de un pánico nervioso tal que tuvo que ponerse de pie para evitar caer con ella al suelo.

—Basta, señorita Lion.

Retrocedió un paso más.

Resoplé.

—Mi querido primo, te gastaste tu asignación hace años y desde entonces has estado malgastando la mía. Te daré de comer. Me ocuparé de que no pases frío en invierno. Y ambos sabemos que ropa no te falta. No hay nada más que hablar respecto al

funcionamiento fiscal de esta casa, de mi casa. Nada más. Y me importan un bledo los Erickson de Great Pulteney Street y sus opiniones erradas. ¿Me he explicado bien?

Sonreí. Una sonrisa lo bastante desquiciada para que mi primo se apresurara a coger su bastón.

—Eres una mujer cruel y despiadada —exclamó.

—Guárdate tus insultos para quien los merezca —repliqué—. El hecho de que me haya preocupado de que tengas un techo sobre tu miserable y calva cabeza me garantiza un lugar en el cielo. Puedes consultarlo con Hawkes si no estás de acuerdo.

Me puse de pie y, mientras el primo Archibald hacía aspavientos, intimidado, salí de la habitación dignamente.

Habría resultado más impresionante si no me hubiera tropezado en el primer escalón y no me hubiera precipitado contra el pasamanos.

20 de noviembre

Mary y yo nos citamos hoy en la puerta del Museo Británico. Teníamos la intención de entregar el último borrador mecanografiado de *Historia de la Compañía de las Indias Orientales*.

—Tengo que llevarlo al King's College London, al despacho del profesor Fletcher, esta tarde. Quiere conocerme en persona —me dijo mientras nos dirigíamos al colegio.

—Fantástico —repuse.

—Necesito tu apoyo moral.

—Eso me halaga, pero ¿puedo preguntar por qué?

Mary respiró hondo y balanceó su paraguas.

—Cree que soy un muchacho.

Sus palabras me hicieron pararme en seco.

—¿Un muchacho?

—Sí.

—¿Que se llama Mary Bairrage? ¿Estás segura de que este hombre se encuentra en su sano juicio?

La sonrisa de Mary le iluminó espléndidamente el rostro.

—Mary Bairrage es una mujer. Martin Bairrage, en cambio, es un joven oficinista.

—Dime que no lo has hecho.

—¿Hacerme pasar por un hombre para conseguir un trabajo que necesitaba para vivir? Desde luego que sí.

Me eché a reír. Con regocijo, debo confesar.

—¿Y has elegido hoy para revelar tu verdadera identidad?

—Dijo que quería conocerme. En persona. Que si podía llevarle el

manuscrito mecanografiado a su despacho. Que le gustaría pedir mi opinión sobre algunos detalles antes de proseguir con lo que denomina «nuestro pequeño proyecto».

—¿Te preocupa quedarte sin más encargos?

—Pues no lo sé.

Me vino a la cabeza un pensamiento, posiblemente malvado. Lo expresé en voz alta.

—¿Y qué hay de Jack?

—¿Qué hay de Jack?

—¿No podría hacer el papel de Martin? Imagino que ya está de vuelta en Londres.

—Sí, ya ha vuelto. Y no, Jack no va a interpretar el papel de Martin Bairrage. No es él quien se ha pasado el último año mecanografiando hoja tras hoja, hasta la coronilla de la Compañía de las Indias Orientales. Y, además, no es buena idea dar acceso a Jack a todos los rincones de mi vida. Por muy gracioso que sea.

—¿En qué abyecta experiencia te basas para decir eso?

—Es instinto de conservación.

—Ah.

—Últimamente lo dices mucho —comentó entonces Mary.

—¿Instinto de conservación? Jamás en la vida había pronunciado esas palabras juntas.

—No, tonta. Ah. *Ah*. No tengo ni idea de quién te lo ha pegado.

—Ah —contesté, provocando la mirada furiosa de Mary—. Pues… un amigo. La usa de manera muy efectiva y me temo que es bastante contagioso, como un resfriado.

—Ah —dijo Mary.

A lo que repliqué:

—Salud.

Mary encabezaba la marcha, puesto que tenía la dirección escrita en un trozo de papel. Resultó de lo más estimulante caminar por la universidad y pensar en tantos estudiantes aprendiendo tantas cosas. Tengo un sueño, que mantengo secreto y a salvo, en el que Emma M. Lion es admitida en uno de los colegios universitarios femeninos recientemente creados en Oxford o Cambridge. Costea sus gastos, por supuesto, un rico benefactor (es posible que un vizconde disoluto). Aunque nuestra intrépida huérfana va retrasada en sus estudios, pasa las noches en vela y apenas descansa para comer. Y al final Emma triunfa. Es la primera de su clase y su trabajo —algo de lo más erudito, tipo *En defensa de Shakespeare frente al populacho*— será publicado y recibido como una gran contribución a la lengua inglesa.

Estoy divagando.

Nos cruzamos con varios estudiantes —varones todos— y entramos en un edificio de pasillos reducidos y angostos por los que desfilaban personalidades académicas. Mary se detuvo ante una puerta, comprobó otra vez la dirección y murmuró «Allá vamos» mientras llamaba. Apretaba los labios hasta formar una línea tensa y, por cómo sujetaba su cartera con las hojas de papel cebolla, supe que tenía miedo.

Miedo de perder una de sus dos fuentes de ingresos que tanto necesitaba.

—En la compañía telefónica sí saben que eres mujer, ¿verdad? —susurré.

—Chis. Pues claro que lo saben. ¿Crees que podría ir vestida de hombre cada dichoso día?

Siguió un momento de silencio y a continuación nos miramos.

—Podría.

—Podrías.

Lo dijimos con la precisión simultánea de un buen reloj. Lo que nos hizo sonreír.

Entonces oímos:

—Adelante.

—Tranquila —susurré.

Mary recompuso su expresión, giró el pomo y entramos.

Era una habitación atestada, con una rendija a modo de ventana gótica, una alfombra tan gastada que no conservaba rastro alguno de color y pilas y pilas, montones y montones de papeles y libros. Había una puerta que daba a otra habitación. Estaba cerrada.

—Cielo santo —musité.

—Por favor, siéntense —dijo una voz.

Mary y yo miramos a nuestro alrededor, no localizamos ni un solo mueble sin ocupar, y nos quedamos de pie. Pronto detectamos movimiento en el centro de la habitación. Una inspección más detenida reveló una mesa repleta de cosas y una figura detrás de la susodicha mesa.

Mary, que el cielo la ayude, carraspeó.

—Sí, sí —se oyó decir a la voz masculina—. Un momento.

Entonces se produjo un pequeño terremoto.

Con lo que quiero decir que la figura detrás de la mesa se puso de pie y hasta el último montón de papeles tembló ante la amenaza de un completo derrumbe.

Dio igual.

Estábamos demasiado pendientes de la figura misma.

El hombre era pura presencia física. Con lo que quiero decir que era alto, ancho de espaldas y tenía aire imponente. Muy poco profesional de su parte. Mary y yo abrimos mucho la boca. Algo que él no vio, pues toda su atención estaba puesta en el desastre de su escritorio.

—Disculpe el retraso, Martin —dijo el profesor Fletcher—. Es que acabo de dar con la idea central de un artículo de lo más inconexo y me pareció que era conveniente anotar mis pensamientos antes de que se me escaparan.

Entonces levantó la vista para mirarnos. Bueno, más bien la bajó.

Se había cortado el pelo recientemente y, aunque no era un mal corte, tampoco estaba bien hecho. (¿Autoinfligido quizá?). Pero tenía una mandíbula fuerte y decidí que un hombre así desentonaría menos con un traje de caza hecho de tweed y paseando por el campo. Las espantosas gafas que usaba no lograban ensombrecer las bellas facciones de su cara; eran de lentes tan gruesas que, cuando parpadeó sorprendido, magnificaron el movimiento. Mary me dio un pisotón para impedir que yo, y es posible que también ella, resoplara de risa.

—¿Hola? —dijo él.

Por singular que fuera la estructura de la pregunta, su potencial humorístico no podía pasarse por alto.

—Hola —contestó Mary.

Yo me limité a sonreír.

—Perdonen —balbució el profesor—. Estaba esperando a un amigo. ¿Ustedes son…?

—Mary Bairrage con mi distinguida colega, la señorita Emma Lion.

La expresión del profesor se relajó; se quitó las gafas y con los

dedos se masajeó el puente de la nariz.

—Una hermana. Creo en las hermanas. Tengo ocho.

—¡Ocho! —exclamé.

Dejó sus gafas en la mesa.

—¿A que es extraordinario? Una para cada día de la semana, con otra de repuesto para las vacaciones. Mis hermanas me inundan de afecto, instrucción y me atrevo a decir que también de distinción. Un hombre no es importante si no tiene al menos media docena de hermanas. Qué gran institución.

Mary estaba completamente quieta. (Cosa rara).

También miraba embobada, como si Apolo hubiera aceptado un puesto de profesor en King's College London para mantenerse ocupado cuando no estuviera inspirando a poetas o guiando al sol a su sitio.

—¿Martin no podía traerlo? —preguntó el profesor Fletcher con un gesto hacia lo que tenía Mary en las manos—. Qué lástima. Quería hablar con él sobre las notas que ha incluido. No solicitadas, pero he de admitir que inteligentes.

Mary, Mary, Mary.

Astuta impostora.

Empecé a sonreír como una auténtica tonta. Tuve la sensación de no haberlo hecho en mucho tiempo. Me refiero a sonreír. Tonta soy un día sí y otro no.

—Las notas —repitió Mary—. Verá…

—Es audaz, su hermano —prosiguió el profesor Fletcher—. Tiene un sinfín de opiniones. Le pido que transcriba mis notas y decide jugar a ser editor. No se preocupe, le he perdonado. En realidad me gustó. Qué lástima. Cabría pensar que un valor así merecía un

encuentro cara a cara. Aunque me siento honrado de conocer a su hermana.

Sé que la sonrisa de mi cara no era la ideal.

Oh, desventura. Pero es que no la pude contener.

Era un aprieto encantador.

Y que no tenía nada que ver conmigo.

Una maravilla.

Una absoluta maravilla.

El profesor estudió la cara aparentemente petrificada de Mary y dijo con amabilidad:

—Por favor, siéntense.

—Profesor Fletcher.

—Ese soy yo.

—Tengo que hacerle una pequeña confesión. —Mary carraspeó.

—¿Sí…?

Qué felicidad.

—Martin Bairrage no tiene una hermana.

—Ah, ¿no? ¿Es usted su prima…? No, por supuesto que no. ¡Qué tonto he sido! ¡Es su mujer! Nunca habría imaginado que Martin estuviera casado. Es tan joven… Señora Bairrage, me alegra…

—Profesor Fletcher.

—Dígame, señora Bairrage.

Mary tomó aire para darse fuerzas y meneó la cabeza de forma casi imperceptible para situarse.

—Martin no tiene ni hermanas ni mujer. De hecho, Martin no existe.

—¿Es esto un ejercicio metafísico sobre la identidad?

—Me temo que no —afirmó Mary—. Tan solo un claro ejemplo de

fraude. Yo soy Martin Bairrage. O más bien Mary Bairrage, que empleó un subterfugio para conseguir el empleo como su mecanógrafa.

El profesor Fletcher se quedó muy quieto y con los músculos de la cara paralizados. Su cabeza sí parecía funcionar y la estaba usando —se le veía en los ojos—, por mucho que su presencia física estuviera inmóvil como una montaña.

Mary consideró oportuno esgrimir su defensa.

—Una institución como esta valora el intelecto con independencia de su envoltura. Sea el hombre alto o bajo, guapo o feo, se lo juzga por sus aptitudes, ingenio e inteligencia. Y, sin embargo, el sistema se avería cuando el individuo es una mujer. El colmo del disparate. Mientras que Martin Bairrage es digno de empleo, respetado y merecedor de oportunidades, a Mary Bairrage no se la considera apta para nada relativo al intelecto. Tengo intelecto, profesor Fletcher. Y bastante lúcido, por cierto. Y sí, me pareció conveniente incluir unas notas editoriales. Si voy a mecanografiar infinitos borradores de su libro, no pienso permitir que lo que es susceptible de mejora se perpetúe amparado por mi silencio.

Fue un discurso bastante glorioso.

Aparté la vista de Mary —que parecía echar tanto fuego como la zarza de Moisés— y la posé en el incauto profesor.

Su boca había adoptado una mueca de consternación. Los ojos, en cambio, le brillaban.

—¿Ha acabado usted, señorita Mary Bairrage? Es señorita, ¿verdad?

—Así es. Y sí, he acabado.

—Ha acabado y es posible que esté acabada —murmuré.

Mary me dio otro pisotón.

El profesor no se dio cuenta. Solo tenía ojos para Mary.

—Entonces permítame decir que está en lo cierto. Si Mary puede desempeñar las tareas de Martin, ¿por qué no debería?

—No quiero perder este trabajo…

—No lo va a perder.

—… solo por ser una mujer…

—No se me ocurriría algo así.

—…. que aspira a vivir con dignidad en un mundo…

—Por supuesto.

—… donde le está vedada la estabilidad basada en sus propios méritos.

—¿Señorita Bairrage?

—¿Sí?

—Tengo ocho hermanas. Valoro su causa y me atrevo a decir que la comprendo. Y ahora, ¿es demasiado pedirles que tomen asiento?

—¿Dónde? —preguntamos Mary y yo al unísono.

—Ah. —Miró dos montones de aspecto sospechoso que había detrás de nosotras—. Veo que la situación se me ha ido de las manos. ¿Por qué no pasamos a la habitación contigua?

La habitación contigua estaba tan limpia y despejada como atestada estaba la otra de papeles y libros. Era pequeña, con unos cuantos cuadros en las paredes, una chimenea —preparada para un té como es debido— y unas cuantas sillas cómodas. Había una estantería con varios volúmenes bien ordenados. Mary y yo nos sentamos y el doctor Fletcher hizo lo mismo junto al fuego.

—¿Un té antes de empezar? —preguntó mirando a Mary, después a mí y de nuevo a Mary.

Mi amiga abrió la boca, pero de ella no salió sonido alguno, así que contesté:

—Por supuesto.

—Les advierto —señaló el profesor Fletcher— que lo preparo en la chimenea, como un escolar. Es más sencillo.

Y con esto aquel cazador desubicado empezó a preparar un muy modesto té. Vertió agua de una jarra tapada en un hervidor con aspecto de lo más baqueteado.

—Hay galletas en esa lata —dijo señalando la estantería con libros.

Cogí las galletas, se las di al profesor y volví a la estantería para inspeccionarla mientras Mary seguía muy quieta en su silla.

—Estoy deseando comentar algunas de sus notas —le dijo el profesor Fletcher conforme avivaba el fuego—. En especial su opinión de que debería haber una conexión más fuerte entre los capítulos cuatro y diez.

Cosa extraña, Mary parecía incapaz de distinguir el capítulo diez de una jirafa. Me preocupó que el profesor pudiera pensar que era boba.

Mary es cualquier cosa menos boba.

Pero parece ser que el destino velaba por ella.

Y hacía caso omiso de otra persona.

—¿Hola? —dijo una voz juvenil.

—Estamos aquí —repuso el profesor Fletcher.

Entró un niño de unos once años.

El profesor Fletcher pareció más que sorprendido por la aparición de aquel granujilla con las manos en los bolsillos y una gorra ladeada despreocupadamente sobre la cabeza.

—¿William? ¿Se puede saber qué haces aquí?

—Johnny se ha caído del tejado.

—¿Otra vez?

—Se ha roto el brazo.

—Pero si ya lo tiene roto.

William negó con la cabeza.

—Hablo del otro. El derecho. El izquierdo parece estar bien, como lo lleva enyesado…

—¿Dónde está la señora Handkerchief? —preguntó el profesor Fletcher antes de ponerse de pie y palparse los bolsillos en busca de las gafas que había dejado en la mesa.

William se encogió de hombros.

—Y yo qué sé.

—No lo sé —le corrigió el profesor.

—Ya sé que no lo sabes. Yo tampoco —contestó William.

—No, me refería a que lo educado es decir… Da igual. ¿Hay alguien con él? ¿Dónde está Tad?

—Tad fue quien lo encontró. Le pedimos a la vecina mayor, la señora Jones, que nos ayudara a llamar al médico.

—¿Te ha dicho ella que vinieras a la ciudad?

—No —contestó William—. Quería hacer algo, así que me escapé.

La mención de un brazo roto parecía haber devuelto cierta compostura a Mary, pues se puso de pie.

—Váyase, profesor. Tome. —Le dio la cartera con el último borrador de su libro—. Yo recojo las cosas del té.

—Sí —dijo el profesor mientras seguía buscando sus gafas—. ¿Le importa si dejamos nuestro debate para otro momento?

—En absoluto. Y las gafas están encima de su mesa.

—Excelente, excelente.

Volvió con William al despacho, donde encontró las gafas; se puso un sobretodo encima de la chaqueta y metió varios papeles que cogió de su mesa en la cartera de Mary.

—Gracias, señorita Bairrage, señorita Lion —nos dijo desde la otra habitación—. Charlaremos en otro momento.

¡Y se fue!

Miré a Mary.

—¿Y bien?

Mary levantó las manos en gesto de asombro.

—No sé qué decir.

—¿Así que este es el viudo?

—Eso parece.

—No tiene aspecto de viudo.

—No tiene aspecto de profesor —añadió Mary—. Debería estar cazando.

—Podría estar recorriendo un páramo a grandes zancadas con una escopeta al hombro.

Mary, que estaba apagando el fuego, se interrumpió.

—Sí, tiene aspecto de caminar a zancadas.

—Lo tiene.

—¿Cuántos perros? ¿Tres? ¿Cuatro?

—Ah, pues por lo menos seis o siete —contesté.

—Con una gorra en la cabeza —continuó ella—. De tweed marrón.

—Que le resalte los ojos castaños —contesté—. Caza solo, por supuesto. Nadie daría la talla a su lado.

—Pero con esas gafas tan espantosas puestas… —empezó a decir mi amiga.

Resoplé.

—La verdad es que le quitan romanticismo.

—Así que este es el hombre obsesionado con la Compañía de las Indias Orientales —se asombró Mary.

—Con tres hijos traviesos.

Cuando terminamos de recoger, abrí la lata.

—Creo que nos merecemos una galleta.

—Por supuesto.

Nos quedamos un momento de pie, masticando.

—Muy raro —dijo Mary.

—Mucho —contesté.

—¿Cuántos años crees que tiene?

—No más de cuarenta —sugerí.

—No tiene ni una pizca de señor Rochester.

—Estoy tan sorprendida como tú.

—¿Quién será esa señora Handkerchief? —se preguntó Mary.

—Señora Pañuelo, nada menos. ¿Su ama de llaves?

Y, entre risas, salimos y cerramos la puerta.

—No ha ido en absoluto como me esperaba —dijo Mary, claramente perpleja.

Lo curioso es que parecía bastante afectada por lo sucedido.

No sabría decir qué piensa de este profesor.

Y es muy probable que él no sepa qué pensar de ella.

Más tarde

Agnes sirvió un té tardío en el salón de recibir.

El primo Archibald se me unió, dejando el bastón a su lado…, imagino que para protegerse.

No intercambiamos una sola palabra.

Tan solo una mirada de desaprobación cada vez que uno de los dos consideraba que el otro hacía demasiado ruido al comer.

Creo que fue lo más acertado.

21 de noviembre

He leído la carta de lady Sheridan tres veces. Asombrada y bastante ofendida.

Estuve a punto de escribir una nota a Pierce que dijera: «¿Mi dificultad para recuperar el control de mi vida se debe a las maquinaciones de mis parientes? ¿A mi pobre gestión de mis asuntos? ¿O es que en el gran proyecto de la sociedad de dotar de libertad y poder a unos pocos Emma M. Lion está excluida?».

Entonces me acordé de que estaba en el norte.

Transcribo la mencionada misiva.

Señorita Lion:

He estado escribiéndome con su tía y, puesto que no se encuentra en Londres, me ha cedido sus servicios. Voy a dar una cena que requiere una mujer soltera de modesta estatura social, que no sea una belleza pero tampoco desagradable de mirar. Le sorprendería saber, querida Emma, lo difícil que es encontrarla.

La reunión será el día 17 del mes próximo. Es temprano para enviar las invitaciones, pero quería asegurarme de que me reservaba la velada. Enviaré mi tercer mejor coche a buscarla.

Suya,

Lady Sheridan

En fin.

Siempre puedo negarme. Claro que eso haría precipitar la Gran Furia de Eugenia Spencer sobre mi cabeza. Si la Gran Furia se precipitara, impondría su persona en cada aspecto de mi vida para librarme de toda influencia sospechosa.

Enero. En enero seré mayor de edad. Tía Eugenia no tendrá autoridad alguna sobre mi persona. El primo Archibald no tendrá autoridad alguna sobre mis posesiones. De momento me pliego a las suposiciones de lady Sheridan, decidida a resplandecer con gloriosa independencia llegado el día 13.

Cuando Tennyson escribió «El hombre es hombre, dueño de su destino», evidentemente no estaba teniendo en cuenta a las mujeres.

22 de noviembre

No es propio de mí olvidarme de mis compromisos, pero esta tarde estaba sentada junto a la ventana, mirando ausente una página de *Jane Eyre*, cuando entró Agnes.

—¿Qué vestido le preparo para la cena, señorita?

No tenía intención alguna de vestirme para cenar y así se lo comuniqué.

—No, señorita. Para la cena con el duque de Islington.

Bendita Agnes. ¡Es jueves!

Me había olvidado por completo.

Fue una carrera contra el tiempo, puesto que no había preparado nada. Por suerte, Agnes había lavado y planchado una camisa y unas enaguas. Un proceso elaborado, la necesaria superposición de capas de ropa interior.

—El rojo oscuro, creo —sugirió para el vestido.

Es de seda tornasolada, color merlot por un lado y casi negro por el otro. Elegante, apropiado para el invierno. Me senté para que Agnes me peinara. Frunció el ceño.

—¿Qué ocurre, Agnes?

—Pues es que el vestido no le queda como debería. Las prendas de una dama, dice siempre mi madre, deben quedarle como un guante. Y esta es demasiado grande. Hace un mes llenaba más el escote.

Era la primera vez en mi vida que alguien hablaba de mi escote.

—¡Agnes!

Pero Agnes estaba últimamente envalentonada y se mantuvo en

sus trece.

Estaría al servicio de una dama —o de mí— aunque se dejara la vida en ello.

—Perdone, señorita, pero cada vez come usted menos. Me preocupa sobremanera.

¿Le preocupa *sobremanera*?

Supe que había estado practicando la frase. Sonaba igual que un actor de la compañía Lord Chamberlain's Men.

—No seas boba, Agnes. Lo que pasa es que últimamente no tengo apetito.

—Pronto habrá que arreglarle toda la ropa. Esta ropa tan bonita. ¿Debería llamar al médico?

—Lo que deberías es olvidarte del asunto.

—Pero sus platos vuelven a la cocina a medio comer casi todas las noches.

—¿Y a ti qué te importa? —salté—. No creo que tu madre aprobara este interrogatorio.

No debería haber dicho eso.

Agnes es la mejor persona de Lapis Lazuli House. Leal como el amanecer y no me da jamás el más mínimo problema. Y por el espejo vi que había herido terriblemente sus sentimientos.

—Ay, Agnes, soy una desconsiderada. Y te pido disculpas. Tienes razón al decir que mi apetito no ha sido… normal. No te molestes en arreglarme nada. Pronto estaré fresca como una lechuga.

Agnes, que tenía la mirada un poco vidriosa, se sorbió la nariz.

—Dice mi madre que no todas las lechugas son frescas, señorita.

—Y tiene mucha razón —contesté con calma.

A partir de ese momento fui una dama modelo e incluso dejé que

Agnes me hiciera un recogido un poco más a la moda de lo que me suele gustar. Una vez limamos asperezas, terminó parloteando sobre la clase de personas que me encontraría en la cena del duque. No me molesté en corregirla. Lo último que necesita saber la madre de Agnes es que va a ser una cena para tres.

Tenía intención de ir caminando, pero, cuando abrí la puerta para salir, allí, en la creciente oscuridad, esperaba el coche de Islington.

Tanta condescendencia me irritó.

Pero, como Agnes me miraba desde la ventana como si yo fuera Cenicienta, sonreí y no protesté. Parian, que venía de atender al primo Archibald, quedó lo bastante impresionado como para ofrecer sus servicios y me ayudó a subir al coche.

Me acomodé y murmuré:

—Qué fastidio.

Alguien carraspeó en la oscuridad.

Di un respingo.

El Joven Hawkes estaba sentado en el rincón opuesto con el brazo izquierdo apoyado en el costado del coche y pasándose la mano por el pelo con gesto distraído. Tenía abierto un libro en el regazo.

Me sobresalté. Cosa que quedó bastante clara cuando exclamé «¡Hawkes!» con más brío del que habría querido.

—Buenas noches —dijo con media sonrisa.

Al ver su apariencia aseada y cómodamente desaliñada, sentí que yo iba demasiado recargada.

—No esperaba ir acompañada a la cena —señalé.

Hawkes no me miraba cuando contestó:

—Islington pensó que debía proporcionarnos medio de transporte puesto que usted no iría con Pierce. Pero predijo que, si la obligaba

a subirse a un coche y yo en cambio iba andando, se indignaría. Y esta noche no está de humor para indignaciones.

Reí.

—Así que no está de humor. Bueno, yo he agotado casi todas mis reservas de indignación con la pobre Agnes.

Hawkes pasó la página de su libro, aprovechando la escasa luz que había, y dijo:

—Agnes es un encanto.

—Lo es. Reconozco humildemente mis pecados —contesté, preguntándome cómo de bien conocería Hawkes a Agnes, puesto que no va a esta Iglesia Pagana Londinense nuestra—. Si quiere, puedo confesarlo todo detrás de esa ridícula cortina que puso para el primo Archibald. ¿Supongo que sigue haciéndole perder el tiempo?

Fue más bien una afirmación.

No tanto una pregunta.

Hawkes sonrió. Cerró su libro y su cara era un baile de luces y sombras mientras el coche bajaba por Whereabouts y giraba a la derecha por King Henry's. Me estudió atentamente.

—Dice el señor Flat que a usted le gusta pasear de un lado para otro como al demonio.

Sonreí.

—Sí que me gusta pasear de un lado a otro.

—Me he dado cuenta.

—Para ser justos —añadí—, a usted también.

—Me he dado cuenta —repitió Hawkes.

Estábamos torciendo por Sterling cuando dije:

—Siempre parece usted impertérrito, Hawkes. ¿Cómo lo hace?

No contestó hasta que nos detuvimos delante de la casa de Islington.

—Todos tenemos nuestros demonios, señorita Lion.

—Y también nuestros ángeles, supongo.

—En ocasiones son los mismos.

Cuando dijo eso, pensé en Pierce.

Me… ¡aaaah!

Más tarde

Teobaldo trajo un ratón a la buhardilla y lo soltó.

Encima de mi mesa.

Parece ser de la variedad de campo, que Teobaldo considera un regalo espléndido.

Ahora hay huellas de patitas embarradas en todas las páginas de mi diario.

Teobaldo lo persiguió y el pobre ratón huyó por debajo de la puerta. Tardé casi una hora entera en encontrarlo. Una vez lo atrapé dentro de un tazón, conseguí deslizar un libro —*Frases en latín para los impenitentes*— por debajo y sacar el ratón al jardín.

Por consiguiente, agotada, dejo la pluma.

La cena en casa de Islington debe ser relegada a un recuerdo incompleto de agradable reminiscencia.

Aunque debo consignar que la tía de Islington —mi acompañante — lloraba con desesperación desde alguna habitación cercana.

—Está escribiendo —explicó Islington sin inmutarse.

—No sabía que fuera una lucha de gladiadores —comenté.

—La escritura a menudo lo es —murmuró Hawkes.

23 de noviembre

Tal y como convinimos anoche, Islington y yo hemos paseado esta mañana por Regent's Park. Llegó a la hora acordada con un aspecto de lo más correcto e hizo un comentario sobre lo inusuales que eran mis guantes rojos.

Pensé en decir que necesitaba darle un motivo de desaprobación.

Pero me contuve.

Hacía más frío del que parecía, pues el sol era tímido. Algo que me contrarió. Islington tomó mi irritación por sufrimiento.

—¿Hace demasiado frío? —preguntó—. Podemos ir a tomar un té a alguna parte.

—Por supuesto que no. He aprendido que, si soporto el dolor durante un cuarto de hora, casi se vuelve tolerable.

Una práctica de lo más sana en lo referido al clima.

Islington, ajustándose los guantes más por costumbre que por otra cosa, dijo, con cierto Tono de Voz, eso sí:

—¿Es su lema en la vida?

—Ahora que lo pienso, supongo que podría serlo.

—Una noble aspiración, sin duda —contestó con una dosis nada atractiva de sarcasmo.

Respondí con:

—¿Ha tenido noticias de su mayordomo en Stonecrop? ¿Cómo están los perros?

—Sabuesos, Lion. Son sabuesos.

—Lo sé. —Sonreí—. Me gusta provocar. Siempre sé cuándo me va usted a corregir.

Su reacción fue abrir la boca, cerrarla y seguir andando con la dignidad de un hombre que, magnánimo, decide no espantar una mosca.

Terminamos ~~comparando~~ discutiendo sobre *La tempestad* y *Sueño de una noche de verano*, interrumpidos varias veces por conocidos del duque. La inclinación de cabeza, la mano al sombrero, alguna que otra palabra. Me comporté y atraje la menor atención posible.

Casi todo el tiempo estuvimos solos.

En una ocasión, Islington preguntó:

—¿Qué es eso que no deja de buscar?

Estuve a punto de preguntarle a qué se refería, pero, tal y como dijo una vez el Bardo: «No hay legado más precioso que la sinceridad».

Y por tanto decidí confesar la verdadera respuesta.

—A alguien que ya no está aquí.

El duque no contestó y tampoco insistió.

En lugar de ello, paró un coche de punto y nos fuimos a tomar el té.

Más tarde

Esta noche he encendido una vela por mi padre.

Continúan los anocheceres rojo sangre.

24 de noviembre

EMMA:

LE PROMETÍ UNA CARTA Y AQUÍ ESTÁ. LAS FIESTAS EN CASAS DE CAMPO TRADICIONALES ME TALADRAN EL CRÁNEO IGUAL QUE LA METRALLA DE UN CAÑÓN. SI ESO NO LE RESULTA ENCANTADOR, NO TIENE USTED REMEDIO. ME ENCARGARON HACER RETRATOS DE LOS INVITADOS Y UNAS CUANTAS FOTOGRAFÍAS MIENTRAS INTERPRETABAN NO SÉ QUÉ TRAGEDIA GRIEGA. EN LAS CENAS SE ESPERABA DE MÍ QUE DIERA CONVERSACIÓN.

HE PASADO UNOS DÍAS DE LO MÁS TEDIOSOS.

UNA VEZ CUMPLIDO MI DEBER, PUDE EMPAQUETAR MIS COSAS Y ESCAPAR. AHORA ESTOY EN ABERDEEN CON UN AMIGO, EDWARD MANSEL, TAMBIÉN FOTÓGRAFO. ESTA MAÑANA, MIENTRAS HABLÁBAMOS DE NUESTRO TRABAJO, ENTRÓ UN PÁJARO POR LA VENTANA ABIERTA. ERA UNA GRAJILLA.

POR ALGUNA RAZÓN ME HIZO PENSAR EN USTED.

PIERCE

25 de noviembre

El domingo de Emma ha consistido en

Un Teobaldo.

Dos acusaciones de que estaba intentando acabar prematuramente con un determinado pariente de cierta edad.

Tres tazas de té mientras una tal señora Burns se quejaba sobre los chiquillos del vecindario que hacen estragos en su jardín.

En cuatro ocasiones el sermón de hoy fue interrumpido con gritos y aullidos de los tarambanas de la última fila. Traducción: Los Diez Réprobos han vuelto de una sucesión de bulliciosas fiestas privadas y están endemoniadamente decididos (sí, madre, sé que desaprobarías la expresión) a disfrutar de las diversiones que ofrece Londres.

Cinco contiendas verbales con Islington.

Debería explicarlo de forma más detallada.

Uno

Con Pierce fuera, Teobaldo pasa mucho tiempo en mi buhardilla. Sobre todo mirando por la ventana y moviendo la cola. El Pirata entra en Lapis Lazuli Minor dos veces al día —en ocasiones lo oigo moverse por la casa— e imagino que da de comer a Teobaldo. Como no quiero provocar la ira de El Pirata existiendo en el mismo espacio, lo evito. En el Reed and Rite se les había acabado ayer el betún y estuve a punto de acercarme a The Hound, segura de que un establecimiento para caballeros vendería un artículo así. Cuando caí

en la cuenta de que El Pirata podía estar detrás del mostrador, me volví a casa sin el betún.

Dos

Las acusaciones del primo Archibald de que estoy intentando acabar con él prematuramente se explican por sí mismas.

Tres

La señora Burns vive al otro lado de la calle del Reed and Rite. Vigila desde su ventana delantera y —ese es el rumor— toma nota de quién entra y con qué frecuencia, además de si han subido a la tienda o han ido a tomar el té abajo, cuántos artículos parecen haber retirado de El Recaudo, etcétera. No es tan aburrida como suena y tiene talento para componer su puzle, cuyas piezas somos nosotros. Su naturaleza atenta a lo que sucede en Whereabouts Lane, sin embargo, deja su jardín trasero indefenso gran parte del día.

—A todas horas, señorita Lion, encuentro huellas de que han saltado la valla y cruzado por entre las rosas. Del árbol del jardín trasero aparece colgado un columpio una semana sí y otra no, y el viernes encontré un agujero en mi mata de lirios para ¡jugar a las canicas! Tiene usted que pensar en algo.

—¿Yo? ¿Por qué cree que yo puedo tener una solución al problema?

—Los Vigilantes de Whereabouts le profesan gran admiración.

—¿Los Vigilantes? —pregunté.

—Unos seis vecinos estamos atentos a las idas y venidas. Nos

reunimos una vez al mes para comentar lo que hemos visto.

¡Fascinante!

Otra persona podría pensar: inquietante.

—¿Podría asistir yo a dicha reunión? —pregunté.

—Es solo para miembros, y usted es demasiado joven para dedicarse a espiar desde la ventana. Aunque nos hemos fijado en lo a menudo que mira la calle desde su buhardilla. Hemos deducido que su primo la ha obligado a vivir allí.

Abrí mucho la boca.

—Me… Sí, pero no. Le tengo cariño a mi buhardilla.

—Es una de las razones por las que nos gusta usted.

—No entiendo.

—Archibald Flat, aunque divertido, nos ha causado enorme desasosiego. Llevamos varios años observando sus acciones y está en nuestra Lista Negra.

—Oh, cielos. Estoy segura de que se lo merece, pero suena muy siniestro.

A lo que la señora Burns añadió:

—Cuando alguien se compromete a ser Vigilante, debe tener una voluntad de hierro. Es posible que las Listas Negras no sean gratas, pero sí necesarias. Estoy segura de que lo entiende.

Así es, puesto que tengo mi propia Lista de Enemigos.

Cuatro

Los Diez Réprobos decidieron que era su deber atosigar a su errante y décimo miembro. Mientras Hawkes daba un sermón sobre Ezequiel, se dedicaron a concederse puntos cada vez que usaba palabras que habían escrito previamente en una lista. Cada palabra

mencionada valía dos puntos. Si la palabra tenía más de ocho letras, cinco puntos.

El sermón resultó muy emocionante, puesto que todos los congregantes nos esforzamos al máximo por descubrir qué palabras daban puntos y a quién.

Lo que nos lleva al número Cinco

Hoy Islington se ha sentado a mi lado en la iglesia. Flotaba un leve aire de admiración por su presencia entre Los Réprobos y, cuando se sentó a mi lado, aplaudieron. El resto de miembros de la congregación miraron a su alrededor, algo confusos. Islington fijó la vista al frente.

—Hola, Lion.

—Hola, Islington. Me honra con su presencia.

—No diga bobadas —contestó con su sombrero (caro) en la mano. El verde del pañuelo que llevaba al cuello le resaltaba agradablemente los ojos. Se lo hice saber.

Levantó una ceja.

—Gracias.

No sonó sincero.

Al cuarto de hora de haber empezado el sermón, una vez habíamos deducido todos que Los Diez Réprobos estaban jugando a su juego —Hawkes hizo un alto y los fulminó con la mirada antes de seguir—, Islington me susurró en tono amargo:

—Se supone que a la iglesia no se viene a reír.

Tenía razón. Me estaba riendo.

—Es un sermón jubiloso, Islington.

—Sonría entonces.

—La risa no es más que una sonrisa decidida a ir más allá.

Y reí con el resto de la congregación cuando tres réprobos recibieron cinco puntos cada uno después de que Hawkes dijera la palabra «santificación».

Tras el sermón —Hawkes arqueó una ceja cuando El Chico se levantó y se declaró ganador—, Islington y yo paseamos por el cementerio que hay detrás de la iglesia y lo ocurrido durante el sermón propició una *ligera* discusión acerca de la Conducta Pública Apropiada.

En un momento determinado, algo que dijo sobre el decoro me hizo resoplar.

—¿Se corresponde ese sonido a una palabra de verdad o es que la conversación ha degenerado en lengua salvaje?

Siguió otro resoplido.

—Déjeme decirle algo, querido Islington. Cada vez que me sermonea sobre cómo debería comportarme, pienso en Juana de Arco.

—¿Juana de Arco? —Islington rio.

—¡La misma!

—¿Está usando a Juana de Arco para justificar su comportamiento?

—No, ¡estoy señalando que otras mujeres han hecho cosas mucho más audaces de las que se me pueden achacar a mí! Soy mansa como una monja.

—¡Una monja! Eso es mucho decir, se lo aseguro. No podría ser una monja aunque quisiera.

A lo que respondí:

—Nunca se sabe.

26 de noviembre

Paseando por Regent's Park esta tarde vi una figura de lo más desvalida sentada sola en un banco, con los ojos arrasados en esas lágrimas de que están hechas las novelas tristes y expresión dolorida.

Se me encogió el corazón.

Y entonces la apariencia de cochinilla de la humedad de aquel hombre me trajo a la cabeza el guisante de olor y el mapamundi, y comprendí que se trataba nada menos que de lord West, marido potencial de Arabella Spencer.

Pensé en seguir mi camino para darle intimidad. Pero, cuando me acercaba, se sorbió la nariz y empezó a palparse en busca de un pañuelo. Despertaba tanta lástima que fui incapaz de pasar de largo sin brindarle mi ayuda. Después de devanarme los sesos en busca de algún dato arbitrario sobre cartografía que pudiera ofrecerle —no se me ocurrió ninguno—, me senté y le tendí en silencio mi pañuelo.

Lo aceptó mientras yo miraba cortésmente hacia otro lado y, una vez terminó de sonarse, me aventuré a mirarlo a la cara.

Vi su dolor y tuve que parpadear dos veces para recobrar la compostura.

—Lord West, me alegro de verlo.

—Perdón. ¿Nos…?

—Señorita Emma Lion. Nos hemos visto una o dos veces en casa de mi tía, lady Eugenia Spencer. Tengo más o menos la misma edad que Arabella, mi prima.

—Ah. Ah, sí, sí.

Se sorbió de nuevo la nariz.

—Por favor, disculpe mi intromisión, lord West, pero parece usted disgustado.

—Perdóneme —dijo en voz baja—. He perdido… Se ha ido. Ella… ha muerto.

—¿Se refiere a su hermana? —pregunté no sin cierta sorpresa.

Su expresión se endureció.

—Está más viva que nunca. No, mi… mi… ¡mi guisante de olor favorito!

Y dejó escapar medio sollozo.

Era una combinación tal de dolor auténtico y ridiculez absoluta que yo no sabía qué hacer.

—¿Su guisante de olor?

Me contó su triste historia.

—Dejé Great Travail para visitar a un amigo en Hampshire. Él también cultiva esas bellas damas que tanto admiramos. Pasé una —hipó— semana muy feliz y volví a casa con unos cuantos especímenes nuevos. Aunque ninguno era comparable a Ella. Nada más llegar, corrí al invernadero, donde crecía vigorosa. Había dado instrucciones a mi hermana para que la cuidara. Los tesoros familiares no pueden confiarse a los criados, entiéndame. Me lo prometió. ¡Me lo prometió! —Fue entonces cuando se volvió hacia mí y sus manos buscaron las mías—. Pero, en cuanto entré, supe que algo iba mal. No podía sentir su belleza. Corrí al banco donde habita y… —Se atragantó con sus propias palabras—. El cristal estaba roto. Alguien había lanzado una piedra. Y estaba volcada y sin regar. ¡Tan seca y quebradiza como la tierra a la que fue a parar!

—Gimió—. Así que he venido a Londres a encargarle un féretro adecuado. Un ejemplar así no se merece menos.

—Un féretro —repetí.

—De nogal negro, oscurecido, con su nombre inscrito en una placa de latón. Mi intención es tenerla en la biblioteca después del funeral.

Pronuncié todas las Expresiones Adecuadas de Pésame, y a continuación pregunté, con toda la empatía de que fui capaz:

—¿De manera que va a hacerle un funeral?

Fue entonces cuando el semblante de aquel pobre hombre con aspecto de cochinilla de la humedad se endureció inexplicablemente.

—Mi hermana se niega. Dice que es un sacrilegio. Que la vida de Elizabeth ha de quedar sin reconocimiento y caer en el olvido.

—¡Elizabeth! —exclamé disimulando mi incontenible risa con un sollozo entrecortado—. ¡Qué nombre tan bonito!

Asintió con la cabeza.

—Y de lo más majestuoso para un guisante de olor.

Entonces, en mis esfuerzos por mitigar su dolor y expiar mi culpa por estarme divirtiendo cada vez más, verbalicé el plan descabellado que se me pasaba por la cabeza.

—Quizá podríamos honrar a Elizabeth en Lapis Lazuli House. Estoy segura de que podríamos decir unas palabras frente a sus… restos mortales… para que luego pueda regresar en paz a Great Travail.

Fue como si hubiera arrancado la luna del cielo y la hubiera puesto en las manos de lord West.

—¿Haría usted eso por mí?

Al parecer sí.

—Lo haría, convencida como estoy de que es lo que haría mi prima Arabella de encontrarse aquí.

Este añadido fue una manera de honrar mi compromiso con tía Eugenia. Aunque me pregunto si Arabella sabe que la heredad de este caballero se llama Great Travail. Gran Tribulación.

—En principio el féretro estará terminado mañana por la tarde —dijo lord West—. El día después sería perfecto.

—¿Pasado mañana? Me… Sí, desde luego. ¿Por qué no? Pediré a mi cocinera que prepare un refrigerio. ¿Vendrá usted con su hermana?

Su cara se ensombreció de nuevo.

—No. Con ella no. Solo unos pocos amigos que querrán darme consuelo en este trance. Les escribiré hoy. Todos deberían poder estar en Londres para… ¿Le parece a las once?

—Sí, a las once está bien.

—Me está resultando difícil encontrar a un hombre de iglesia que oficie el servicio.

Aquí reconozco que sonreí.

—Lord West, tengo al hombre que necesitamos.

27 de noviembre

No imaginé que preparar un pequeño funeral para un guisante, por muy de olor que fuera, requeriría tal esfuerzo.

Envié a Toff con una nota al taller de madame Tasset preguntando si estaba terminado mi vestido de luto y si podían enviármelo antes de las demás prendas. A continuación consulté el significado del guisante de olor en mi ejemplar de *El significado de las flores*. Tiene dos. Uno es para despedidas y adioses: apropiado y triste. El segundo es para placeres delicados. No tan sencillo de incorporar, pero algo se me ocurrirá.

Lo siguiente fue reorganizar el salón de recibir de manera que la mesa redonda, por lo general junto a la ventana que está más cerca de la puerta, ocupe ahora el centro de la pared contraria. El sofá y el sillón rosa están dispuestos de modo que la habitación parezca más espaciosa, y hemos colocado sillas del comedor a lo largo de las paredes. Parian se lamentó de la Historia Prolongada y Brutal de los sirvientes no remunerados. Me ofrecí a cambiar su condición de empleado por la de sirviente no remunerado, pues de esa manera no tendría que pagarle.

Cerró la boca.

Hacia mediodía, madame Tasset no solo me envió mi traje de luto, sino todo el guardarropa. Llegó un artefacto sobre ruedas. No era un coche ni un carro, sino una elegante combinación de ambas cosas.

Madame Tasset

Confecciones de calidad

—Oh, cielos. —Fruncí el ceño al ver tanta prenda.

Agnes parecía encantada.

Parian, a quien mandé subir todos los paquetes a la buhardilla oeste, no tanto.

Si este hombre fuera capaz de emocionarse con un volante, es posible que me resultara más simpático.

Había una nota:

He terminado, mademoiselle*. Trate bien estas prendas.*

Prometí al espectro de una airada modista francesa que así lo haría y eché un vistazo somero a las novedades de mi guardarropa. En total, siete vestidos: uno de té, tres de tarde, dos vestidos para estar en Sociedad y uno negro para el luto; las faldas y los corpiños son intercambiables. También hay dos prácticas faldas para caminar, a petición mía; cuatro blusas; enaguas; un camisón; medias; ropa interior, e incluso un juego de pañuelos almidonados.

Si logro evitar accidentes, ¡mi recién adquirido guardarropa puede durarme años!

En cuanto a la comida, Agnes está preparando un auténtico banquete, dulce y salado.

—Agnes, querida, ¿estás segura de que no te has dejado llevar por el entusiasmo?

Negó con la cabeza mientras se limpiaba las manos en el delantal.

—Señorita Lion, el pecado capital cuando se es anfitrión de una reunión solemne es quedarse sin comida. —Luego añadió con un marcado acento escocés—: ¿Lo entiende?

Cuando abandona su acento inglés adquirido es que habla en serio, de manera que sí, me di por enterada.

—Supongo que podremos alimentarnos de sobras lo que queda de semana —dije— y ahorrar en la compra.

—Señorita, tal vez debería habérselo dicho antes, pero llevo bastantes meses sin preocuparme por la factura de la tienda de comestibles —contestó Agnes mientras comprobaba algo que tenía al fuego a punto de hervir.

Contemplé nuestro futuro común en el arroyo.

—¿Y eso? —conseguí decir.

—Pierce contribuye generosamente. ¿No se ha fijado en que algunos días sirvo dos carnes para cenar?

No.

—¿Qué quieres decir con que Pierce contribuye?

—Cena con usted la mitad de las noches de la semana, si no más, así que hace unos meses me dio dinero para la compra. Sin duda se habrá fijado usted en que le preparo uno de sus platos preferidos al menos una vez por semana.

De nuevo, no.

—Ay, Agnes. Eso no podemos permitirlo.

—Señorita Lion, alimentamos a ese hombre con lo que sale de nuestra cocina. Ayuda a pagar los gastos. Es algo Muy Normal.

Y, con una mezcla de apuro y gratitud, dejé trabajar a Agnes.

Solo me restaba conseguir un Hombre de Iglesia para el funeral.

Me puse el vestido verde de tarde, guantes y sombrero, y di un paseo hasta la iglesia. No estaba por ninguna parte. Entré en The Cleopatra. Desperté vivas de alegría, a los que respondí con una reverencia. Alguien me ofreció una pinta, que decliné cortésmente,

pero nadie sabía dónde estaba Hawkes. Caminé arriba y abajo por St. Crispian's hasta que, por fin, un anciano caballero me informó de que había visto a Hawkes no hacía ni media hora entrando en el domicilio de una tal señora Ribbits.

—¿Una tal señora Ribbits?

—En la Diagonal, la última casa de la derecha antes de Sterling. Puerta verde. Ventana con rosas.

Y con tan claras, si no ebrias, indicaciones, fui en busca de la casa de la señora Ribbits.

La encontré.

Casa verde.

Cortinas con estampado de rosas.

Y el llamador de la puerta era… una rana.

Qué delicia.

Llamé con la rana. La rana hizo un buen trabajo y un momento después la puerta se abrió. La abrió Hawkes en persona.

Estaba algo encorvado —el marco de la puerta era más bien bajo — y no pareció sorprendido de verme.

—Hola —dijo.

—Hola —contesté.

Entonces frunció el ceño. Sin apartar sus ojos de los míos, se metió la mano en el bolsillo, sacó algo y me lo dio.

Era un tofe.

—¿Gracias? —fue mi contestación.

Asintió con la cabeza.

—Una vez se haya comido ese tofe, vuelva a llamar.

¡Y me dio con la puerta en las narices! Me quedé un momento perpleja con el tofe en la mano antes de quitarle el envoltorio y

metérmelo en la boca. Allí estaba yo en la calle Diagonal, comiéndome un tofe de lo más pegajoso y untuoso. Se me hizo eterno. Desde luego no es un mal modo de pasar la eternidad, pero desperté más de una expresión extrañada.

Una vez me lo hube tragado y me hube limpiado los dientes sirviéndome de la lengua, levanté de nuevo la rana y la dejé caer.

Se abrió la puerta. Salió Hawkes a la Diagonal, cerró la puerta de la señora Ribbits detrás de él y echó a andar hacia The Cleopatra. Pestañeé, me lamí el sabor dulzón del tofe de los labios y lo seguí.

—¿Cómo está la señora Ribbits? —pregunté cortésmente cuando le di alcance.

—Está algo indispuesta.

—¿De verdad? Qué espanto.

—Parece que tiene lo que los estadounidenses llamarían una rana en la garganta.

Reí un poco.

—¿De dónde ha sacado esa expresión?

Hawkes, con sus preocupados ojos azules fijos en la calle ante él, contestó:

—De la caja de un medicamento. Al parecer significa tener tos. ¿Se ha comido el tofe?

—Estaba delicioso.

—Bien.

—Hawkes —dije casi sin aliento; caminaba más deprisa que de costumbre—, necesito su ayuda. —Decidí interpretar su ausencia de respuesta como un «continúe» implícito—. Necesito que oficie un funeral mañana en Lapis Lazuli House.

Aquello lo hizo detenerse. Se pasó una mano por el pelo (con la

otra sujetaba firmemente su poco habitual sombrero) y miró al frente.

—¿Un funeral?

—No es para un vecino. Ni siquiera para un… humano. En realidad es para un espécimen excepcional de *Lathyrus odoratus*.

Esto hizo que Hawkes girara la mirada hacia mí.

—¿Quiere que oficie un funeral por un guisante de olor?

En lugar de felicitarlo por su conocimiento de Nombres Latinos de Flores, dije:

—Su cuidador, y principal allegado, dice que no se parecía a ningún otro.

—¿A qué hora tengo que estar?

—La reunión es a las once, así que ¿quizá un poco antes?

Hawkes asintió con la cabeza. Es poco habitual que el Joven Hawkes te dedique toda su atención. Es menos habitual todavía que no lleve un libro bajo el brazo. Pero en aquella ocasión así fue. Me miró y…, bien, de haberse prolongado su mirada, habría sido un ceño fruncido. Rebuscó en un bolsillo —después en el otro— y sacó un segundo tofe.

Me lo puso en la mano, dio media vuelta y se fue.

28 de noviembre

No había imaginado que hubiera tantas personas deseosas de dar el último adiós a Elizabeth.

Lord West llegó a las diez y media con el féretro de nogal oscuro bajo el brazo y una placa con la elegante nomenclatura pulcramente inscrita. Parian había tenido la buena idea de proporcionar crepé negro, que le sobraba de cuando vistió sus habitaciones con motivo de mi fallecimiento. El primo Archibald estaba esperando. Imposible impedir su asistencia en cuanto supo de qué se trataba.

—Un funeral. ¡Siempre he soñado con celebrar un funeral en Lapis Lazuli!

Después de unas negociaciones ~~menores~~ de cierto calibre, lo autoricé a asistir siempre que se sentara en un rincón, junto a la chimenea.

Para mi enorme sorpresa, en cuanto dejaron a Elizabeth en la mesa, el primo Archibald procedió, con gran boato, a consolar a nuestro afligido botánico. Los dos hombres se sentaron en un rincón y juro que aquel fue el momento estelar de Archibald Flat. Oí retazos de frases del tipo «pérdida insoportable», «sacar fuerzas de flaqueza» o «compensación del seguro».

Y a menos cuarto llegó Hawkes. Tenía tal aspecto de Autoridad Eclesiástica que tardé en reconocerlo. Pero no había nada que temer. Una vez dentro, se quitó el sombrero —revelando su encantadora y desaliñada cabellera— y se acercó a las dos almas contritas del rincón.

El primo Archibald estuvo encantado de hacer las presentaciones,

y yo estuve encantada de permitírselo. Por fin le he encontrado utilidad al hombre.

¿Quizá Lapis Lazuli House podría emprender el noble (¿lucrativo?) negocio de los servicios funerarios?

Nota: «Hablar con el señor Penury sobre la remuneración que procuran las artes funerarias».

Para cuando empezaron a llegar los invitados, lord West prácticamente resplandecía de emoción.

¡Cielo santo, sí que había gente! Esta tarde he aprendido que existen una Sociedad Londinense del Guisante de Olor y una Sociedad Inglesa de Admiradores del Guisante de Olor. En su mayoría eran hombres, con la excepción de dos mujeres: una acompañando a un hermano, otra acompañando a un marido. Se aferraron la una a la otra como si fueran náufragas de una tormenta, y yo —como anfitriona sin parangón que soy— las acomodé con amabilidad en la esquina más alejada y coloqué una mesita auxiliar entre las dos, proporcionándoles el refugio perfecto para que pudieran compartir sus confidencias.

—Señoras, aunque puede que estén muy interesadas en el guisante de olor y… en la que parece ser la gran tragedia de un hombre más bien solitario, si prefieren otros temas de conversación, daré órdenes a mi criada para que las provea de té, tarta y lo que se les antojare.

Jamás en mi vida había usado yo la palabra «antojare», pero aun así la dije con solemnidad bíblica.

Las mujeres se mostraron aliviadas y las oí charlar felizmente —y en voz muy baja— sobre patrones de vestidos y trencillas. ¿O eran rencillas?

La reunión marchaba bien. Hawkes interpretó al clérigo más atento de la historia del mundo civilizado.

Cuando de pronto… ¡Islington!

Islington estaba a mi lado con expresión consternada.

—Perdóneme, pero Parian me ha abierto la puerta y me ha dicho que me reuniera con usted en el salón de recibir, donde al parecer estoy interrumpiendo un…

—Un funeral, sí.

—Lo siento muchísimo.

—Yo también. Se llamaba Elizabeth. Lord West la quería con locura —dije en tono despreocupado.

Juntó las cejas y dio un paso atrás apartándome del resto de la gente.

—Tanta ligereza me parece poco apropiada.

No me había dado cuenta de que estaba sonriendo.

—No me sea usted campanudo, Islington.

—¿Campanudo?

—Sí.

—¿Sabe lo que significa esa palabra?

—¿Un rasgo de su personalidad?

—Es un adjetivo usado para describir prendas con forma de campana.

Pues claro.

Yo creía que era otra cosa. Estos duques con su refinada educación, blandiendo sus conocimientos ante el resto de nosotros igual que un estandarte. Islington añadió:

—Aunque en ocasiones denota también pomposidad en la escritura o el habla.

—¡Ah! —exclamé—. Ahí quería llegar yo.

—Emma, de verdad que no es el momento…

—Ay, Islington. Elizabeth tuvo una vida fértil. Tiene hijas repartidas por todo el país, así como por Europa.

Islington parpadeó.

—¿Qué tienen que ver los hijos con honrar la muerte de esta mujer?

Le pasé la mano por el brazo y lo llevé hasta la mesa.

—He aquí Elizabeth.

Islington se inclinó hacia delante.

—¿Ha sido incinerada?

—Me temo que era inevitable. Se convirtió en polvo antes de que pudiera hacerse nada.

Se me escapó la risa por la nariz y lo oculté de inmediato con un falso sollozo, simulando estar sobrepasada por la emoción. Me apoyé en Islington en busca de sostén. Se puso muy rígido, incómodo por mi comportamiento.

Cuando de pronto… Hawkes.

—Me envía lord West —dijo con gran solemnidad—, quien, al verla tan afectada, desea que la consuele con la promesa de la resurrección.

Se me volvió a escapar la risa por la nariz.

Hawkes sonrió, irónico.

—La muerte nos afecta a todos por igual —afirmó.

—¿Se puede saber qué les pasa a los dos? —siseó Islington.

—Es una flor, Islington —susurré—. Elizabeth no es más que los restos secos de una muy amada planta de guisante de olor.

—Que descanse en paz —apostilló Hawkes.

El desconcierto de Islington dio paso a una comprensión absoluta del humor inherente a la situación.

—No se atreva, Islington —susurré—. Lord West es uno de los posibles pretendientes de mi prima. No puedo permitirme que su funeral se tuerza.

En ese preciso instante, con los tres de pie ante el féretro de Elizabeth, se nos acercó el posible pretendiente. Lord West intercambió inclinaciones de cabeza con Islington y a continuación permaneció allí, con la cabeza baja y las manos juntas, deseoso de… No, decidido a oír nuestros panegíricos.

Islington carraspeó.

—Era una belleza difícil de olvidar. En una época asfixiada por la rosa y la dalia, siempre recordaremos su elegancia sin par, oh, Elizabeth.

Hawkes citó las Escrituras.

—«Mas os digo que ni aun Salomón con toda su gloria fue vestido así».

Lord West dejó escapar un grito angustiado, un sollozo que impuso en la habitación un silencio reverencial seguido de conversaciones susurradas.

—«Muchas son las flores nacidas para florecer sin ser vistas, y malgastar su dulzor en el aire desierto» —cité yo copiando a Thomas Gray—. Pero no nuestra Elizabeth. No. Como sin duda diría Arabella, Elizabeth resplandece cual faro de esperanza en un mundo atenazado por la maleza. Nos esforzaremos por ser dignos de su memoria.

Hawkes musitó un amén.

Islington movió los labios como diciendo «¿Atenazado por la

maleza?» cuando nadie nos miraba.

Lord West hincó la rodilla en el suelo, tomó mi mano en la suya y depositó en ella un beso.

Después de que Hawkes oficiara la ceremonia más formal que autorizaría la Iglesia de Inglaterra para una flor, y se hubieran dado los últimos pésames, los invitados empezaron a marcharse, con Hawkes en la puerta mientras los asistentes se aventuraban de nuevo al mundo gris de la muerte mortal.

Por desgracia, lord West se había adherido a mi persona.

Islington nos observaba con un brillo indecoroso en los ojos.

—Creo que es momento de dejar intimidad a la familia —me dijo con cara de falsa conmiseración.

—No se atreva a abandonarme —susurré furiosa.

Pero mi atención era reclamada por lord West, quien sentía la necesidad de comentar la ceremonia.

Islington hizo ademán de alejarse, pero lo sujeté por la muñeca.

Cuando conseguí meter baza, dije:

—Vamos, lord West. Está usted agotado. Debería irse a descansar.

Miré furiosa a Islington.

—Desde luego, lord West —convino—. Elizabeth descansa ahora en paz y en silencio, un silencio que, me atrevo a decir, es la mayor de las bendiciones.

—Reconozco que estoy exhausto —dijo lord West mirándome a mí y a continuación a Hawkes, quien para entonces se había reunido con nosotros.

—Me alegro —contesté—. Quiero decir, que sí lo está.

Ay.

Ay, ay, ay.

La despedida no iba a ser fácil. Porque los ojos de lord West se hicieron más redondos y tomó mi mano libre entre las suyas.

—¿Me permite escribirle, señorita Lion?

—Por supuesto —contesté, pensando que si me mostraba lo más amable posible no parecería descortés cuando lo acompañara a la puerta.

—Con honradas intenciones, usted me entiende.

—Lord West, sin duda debe de tener usted a alguien con quien compartir…

Pero antes de que pudiera decir «nuestro dolor», lord West añadió:

—Elizabeth no querría que yo sufriera en silencio. Debe ser reemplazada dignamente.

—Estoy de acuerdo.

—Que Dios nos ayude —oí murmurar a Islington.

Hawkes pestañeó.

Permanecí ahí, mirando con empatía, boquiabierta, como la tonta que soy.

—Después de un periodo de luto apropiado, entiéndame. Después de Año Nuevo.

—Sería lo apropiado —contesté amablemente.

—Lord West, tengo algo más que decir sobre el alma inmortal de Elizabeth —intervino Hawkes, y los sacó a él y a su difunta del salón y los condujo hasta el vestíbulo y hacia el coche que esperaba.

Islington y yo nos quedamos solos entre el crepé negro.

—Emma —dijo.

—¿Sí?

—Creía que lord West estaba destinado a ser su primo.

—Lo está. Bueno, al menos es candidato.

—Acaba de prometerle que le escribirá.

—Sí, acerca de la sustituta para Elizabeth.

—Lion, ¡la sustituta de Elizabeth va a ser usted!

Y se hizo la luz.

Cielo rojo al amanecer, el mar se ha de mover.

—¡No! —exclamé—. ¡Desde luego que no! ¡Todo esto lo he hecho en nombre de Arabella! —Justo entonces entró Hawkes y fijó en mí sus ojos azules—. ¿He…?

—Los Diez Réprobos se sentirán terriblemente decepcionados —contestó—. Por mucho que admiren cómo sigue usted los pasos de una flor.

Islington murmuró algo entre dientes. Después dijo:

—Si quiere, puedo ocuparme de solucionar este asunto.

Fijé mi mirada de comprometida por accidente en la suya.

—¿Cómo exactamente?

—Iré a su casa antes de que se marche de Londres y le transmitiré que solo estaba usted brindándole consuelo amistoso, pero…

—¿Pero qué?

—Pero no tiene intención de casarse con él de momento.

La seguridad de Islington —por correcta que fuera— le granjeó mi mirada furiosa.

—¿Y eso cómo lo sabe? Podría perfectamente estar buscando un marido rico.

—Porque, Lion —declaró Islington—, si se compromete usted, no podrá cenar con Pierce, Hawkes y conmigo.

—¿Es una invitación?

—Posiblemente. Si decide honrarnos con su presencia.

—Supongo que depende del menú.

Islington frunció el ceño ante mis malos modales.

—Por supuesto, pida lo que quiera.

Sonreí.

—En ese caso, espero que el menú incluya una biblioteca sustancial.

—Virgilio pues, con Goethe de postre. ¿Quiere entonces que despache delicadamente a lord West?

Las consecuencias en mi propia vida, la de mi prima y la de la gorgona que tengo por tía obraban todas a favor. Contesté afirmativamente. Con Charles Goddard ya tenía pretendientes no pretendidos de sobra.

—Si es usted capaz.

—Muy capaz.

Cuando se fue, me desplomé en el sillón rosa.

—Islington tiene un talento excepcional para eludir compromisos. Estoy seguro de que hará un trabajo excelente.

Levanté la vista sobresaltada y encontré a Hawkes sentado en el rincón más alejado con un libro abierto.

—¡Hawkes! Se me había olvidado que estaba usted aquí.

—Señal de que soy un buen clérigo.

—Gracias por un servicio tan memorable.

—Es más sencillo hacer un panegírico de flores que de personas —dijo.

—Probablemente tenga razón— contesté con tristeza—. ¿Puedo ofrecerle algo?

Se recostó en su silla y dio golpecitos con el dedo en la página

abierta de su libro.

—¿Té?

Hawkes estaba de verdad pidiendo algo.

Un pequeño milagro.

—Se lo diré a Agnes.

Y así fue como Hawkes y yo —después de devolver los muebles a su sitio— nos sentamos delante del fuego del salón de recibir, él en el sofá verde y yo en el sillón rosa, y disfrutamos de un té *post mortem*.

Fue como una bendición, una consagración de Lapis Lazuli.

Agnes trajo té recién hecho y, después de servir a Hawkes su segunda taza, bajé mi Emerson y leímos en silencio.

Alrededor de una hora después, el vicario cerró abruptamente su libro y se levantó.

Alcé la vista, medio esperando un «gracias». Pero lo que dijo fue:

—Necesita otro sillón. Aquí, cerca de la chimenea.

—¿Y eso por qué?

Hawkes esperó un instante, como si la respuesta fuera obvia. Cuando no dije nada, ladeó un poco la cabeza.

—Islington, Pierce, Hawkes y Lion.

Y, sin añadir palabra, se dirigió al vestíbulo y salió por la puerta principal.

29 de noviembre

Hoy ha vuelto Pierce.

Al ver abierta la puerta del estudio, lo llamé.

—Pierce, ¿es usted?

—¡Emma!

Pongo los signos de exclamación para indicar entusiasmo aparente, y, aunque pueda no ser la marca gramatical indicada para representar su tono de voz, sí denota metafóricamente que sonaba contento de verme.

Esto es, hasta que realmente me vio.

Nos encontramos en el umbral. Y su cara, que mostraba alivio por estar en casa, adoptó una mueca de enfado.

—Ha arruinado usted las Navidades.

Así, de sopetón. Sin saludarme. Con esa única afirmación, yo, Emma M. Lion, al parecer había arruinado la Navidad al mundo entero.

—No sea absurdo —contesté—. Hacen falta muchas personas para arruinar las Navidades. No sé por qué tengo que cargar yo con toda la culpa.

Pierce caminó —cojeó— de vuelta al estudio. Lo seguí.

—¿Qué le ha pasado en la pierna?

Se detuvo.

Caí en la cuenta de mi error.

Le preguntaba por su lesión reciente, no por el suceso original que causó todo. De eso no hemos hablado. No me he atrevido a preguntar.

—Lo que quiero decir —aclaré— es si le ha ocurrido algo estando en el norte.

—Tengo los músculos un poco agarrotados. Me caí. —Se volvió a mirarme con los brazos cruzados—. ¿Usted qué ha estado haciendo?

Sonaba más a acusación.

—He estado haciendo muchas cosas. Celebramos un funeral en Lapis Lazuli. No de nadie que usted conozca. En realidad fue por una flor. *Lathyrus odoratus*. Una ocasión muy solemne. Hawkes fue el guía espiritual, por supuesto. Todo salió según lo planeado, si exceptuamos mi accidental aceptación de una propuesta de matrimonio. Por suerte, he enviado a Islington a informar a lord West de que no puedo casarme con él ni aunque Elizabeth hubiera preparado el camino. Después Hawkes y yo estuvimos leyendo junto al fuego. Dicho todo esto, ¿cómo exactamente he arruinado yo la Navidad?

Pierce estaba perplejo.

—No he entendido nada de lo que acaba de decir.

—Donde las dan las toman, porque yo no tengo ni idea de lo que me está hablando usted.

Pierce se metió las manos en los bolsillos y me miró furioso, con la cabeza algo inclinada hacia delante.

—Iba a hacerle un retrato. Como regalo.

Pestañeé.

Qué atento.

Qué inesperado.

—¿Le rompí la cámara al dar aquella patada a su baúl? —pregunté.

—No. —La expresión de Pierce se suavizó—. Pero no puedo

fotografiarla con ese aspecto.

—¡Pierce! ¿A quién se le ocurre decir algo así?

—A un amigo.

—Permítame que disienta.

—Está cansada, demacrada y ha perdido unos tres kilos de peso en el último mes. No ha estado comiendo.

—¿Qué no he estado…? Tres kilos… Pero ¿de qué está hablando? ¡Claro que he comido!

—No es eso lo que me escribió Agnes.

Agnes.

Escribió.

A Pierce.

Esto pasa de Castaño Oscuro.

Exigí saber de qué hablaba Pierce. Resulta que le dio a Agnes la dirección de su amigo, por si acaso.

—¿Por si acaso qué? —quise saber.

—Por si acaso no estaba usted bien. No sea boba, Emma. ¿Tengo que deletreárselo?

Las palabras que dijo a continuación fueron como un disparo a quemarropa. Ni siquiera las recuerdo todas, pero fueron algo como que estaba viviendo tres años de duelo a la vez. Siguió una enumeración de indicios. Ojeras oscuras, falta de apetito, distraída o mirando por la ventana. Traté de reír cuando terminó con:

—Y se comporta como si no hubiera pasado nada.

Me crucé de brazos.

—No me mire así. Lo hace constantemente. ¿Sabe por qué soy un fotógrafo tan solicitado? —preguntó—. Hago siempre dos retratos a las personas, uno para ser expuesto, que refleje su fachada pública.

Hermoso, elegante, a su gusto. Pero siempre hay un segundo retrato, privado, que nunca veo colgado en la pared. Es la fotografía que hago cuando no se dan cuenta de que se han despojado de la careta y puedo captar su interior. En ocasiones es extraordinariamente feliz, otras maravillosamente triste. No sé por qué ni cómo, pero logro encontrar lo más genuino en su interior. Así que, cuando le digo que no puedo hacerle un retrato en este estado, es porque cualquier fotografía revelaría todo ese dolor que con tanto cuidado esconde. Por discreto que sea su dolor, Emma, será lo único que vea la cámara.

Así pues, lo desafié a que me hiciera una fotografía. En ese mismo instante. Para demostrar su hipótesis.

La hizo.

Preparó su cámara. Me colocó delante de la pared oscura, sacó una placa; el relampagueo me hizo pestañear.

—¿Eso es todo?

—Solo necesito una —declaró.

Después de aquello no tuvimos gran cosa que decirnos.

30 de noviembre

Tenía muchísima razón.

Pierce me enseñó el retrato esta tarde. Muy oportuno, pues ha llovido torrencialmente todo el día y desde luego no iba a escampar. Un ambiente sombrío para un asunto sombrío. Me llamó a su estudio y, cuando me senté en el sofá color ciruela con cara expectante, dejó su revoltijo de cartas en su mesa de trabajo, vino hasta mí, me entregó una fotografía de pequeño tamaño y volvió a lo que estaba haciendo.

Allí estaba yo en espantoso blanco y negro.

Solo que no era la cara que veo cada mañana en el espejo. Era Emma M. Lion demacrada.

Triste. Y desvalida.

Pierce me miraba por el rabillo del ojo mientras fingía leer sus cartas.

Como no quería convertirme en un melodrama, dije:

—Me asombra que reciba usted encargos con trabajos así.

Creo que sonrió, pero yo ya había apartado la vista.

—También sé fotografiar una máscara bien compuesta —contestó —. Sé halagar.

—¿Por qué no me ha halagado a mí? —pregunté.

—No halago a mis amigos.

Entonces me preguntó si quería que tirara el retrato. Estuve a punto de contestar que sí, pero lo que hice fue levantarme y cruzar la habitación para abrir el armario que contenía cajas con sus

trabajos. Levanté la tapa de la etiquetada AFGANISTÁN 1880 y guardé dentro la fotografía.

Se había pagado un precio y sería una vergüenza que el alcance total de las víctimas quedara sin consignar.

No solo los rostros en el campo de batalla cuentan la historia de una guerra.

—Bueno —Me limpié las manos en la falda como para sacudirme las telarañas—. Agnes está sirviendo té en el salón de recibir. Está lloviendo y hace un frío espantoso. ¿Por qué no trae su correspondencia y sus periódicos y se sienta conmigo?

Nos llevó casi una hora, pero recuperamos el buen humor.

Pierce me habló de su viaje por el norte y yo le hice las preguntas adecuadas. Mientras leía sus cartas, eché un vistazo a sus periódicos. Él me imitó y nos pusimos a leer, con cuidado de agitar las hojas de forma que hicieran el mayor ruido posible. Leímos en voz alta los titulares particularmente graciosos. Llevábamos leídas las noticias de tres días cuando recibimos una visita inesperada.

Hawkes.

Agnes lo hizo pasar con el ceño fruncido.

Venía chorreando.

Me puse de pie de un salto.

—¡Hawkes! ¿Ha salido con esta tormenta?

Se retiró el pelo empapado de la frente y el azul de sus ojos resaltaba contra el gris del día.

—He pensado en refugiarme aquí hasta que escampe un poco.

Pedí a Agnes que trajera una toalla y más té e intenté acercar una silla al fuego para Hawkes. Rechazó mi ofrecimiento y se instaló en la mesa redonda cerca de la ventana. Saludó con la cabeza a Pierce,

quien le devolvió el saludo y le ofreció un periódico, que el vicario rechazó.

Pierce siempre mira a Hawkes con expresión interrogante, fruto sin duda de un desdén contenido por su profesión.

Me senté en la mesa con Hawkes.

—Parece usted un gato mojado —dije.

—Y usted parece necesitar el mar.

—Qué remedio georgiano tan peculiar.

Pierce nos miró.

—Lo que necesita son diez comidas como es debido.

Hawkes arqueó una ceja.

—No —disintió—. Creo que necesita el mar. El apetito vendrá después.

Nuestro severo fotógrafo emitió un sonido.

—No sé a qué viene este pensamiento tan encantador —dije—, pero estamos casi en diciembre y hace un frío terrible. Ir a la costa no me sentaría muy bien.

Entonces llegó Agnes y me puse a servir té a Hawkes. Cuando se lo di, cerró los dedos alrededor de la taza —los tenía rojos de frío— y contestó:

—Yo no he dicho nada de costa, señorita Lion. Necesita un barco.

—¿Un barco?

—Sí.

¿Cómo se contesta a una afirmación así?

—Un barco —repetí.

—Entre otras cosas.

—¿Qué cosas?

—Piratas.

—¿Piratas?

—Sí. Unos cuantos giros favorables del destino. Estrellas. Y una pizca de suerte.

Me puse a pensar cómo podría ordenar tan imprecisa lista mientras Hawkes daba un sorbo al té. Cerró los ojos y suspiró como si quisiera derramar su agotamiento por la habitación. Parecía tener mucho frío.

Luego me miró a los ojos y dijo:

—Tengo que irme.

—Pero si acaba de llegar.

—Me reclaman.

—¿Chorreando y sin terminarse el té?

Se puso de pie y se estiró las ropas empapadas antes de ponerse la chaqueta que había dejado doblada en el respaldo de su silla. Lo seguí al vestíbulo, con Teobaldo pisándome los talones, y abrí la puerta principal sin disimular mi desaprobación por la lluvia. Lo obligué a aceptar un paraguas y le di las gracias por la visita.

—Señorita Lion —dijo mientras salía y abría el paraguas—. Es el último día del mes.

—¿Sí? —repuse, convencida de que Hawkes no se había detenido bajo la lluvia solo para decir una obviedad.

—Me queda aún algo de suerte. No demasiada, pero suficiente para una o dos cosas agradables.

Reí.

—¡Cielos! ¿Es que la suerte se asigna mensualmente?

—El primer día del mes siempre es propicio —contestó sin sonreír.

—Eso pensaba mi madre también.

—Están preocupados por usted, ¿sabe? Pierce e Islington, Agnes.

Incluso la señorita March, aunque ella no intuye el motivo.

Por un mínimo instante temí que estuvieran hablando de Maxwell a mis espaldas.

—¿Qué es lo que dicen? —interrumpí—. ¿Se lo ha contado Pierce?

Hawkes negó con la cabeza.

—Sus secretos son suyos. Pero la pesadumbre es visible aunque se ignore qué la provoca.

Mi media risa buscaba disimular mi incomodidad.

—¿Tan desesperada parezco?

Y entonces Hawkes dijo algo que no me he quitado de la cabeza desde entonces.

—Algunas cosas deben exprimirse hasta el final. Pero su temple ha quedado demostrado, señorita Lion. Pesada ha sido en la balanza, y no hallada en falta. Los recuerdos se preservan, los sacrificios se honran y ningún instante vivido ante ventanas entreabiertas se olvida. Al final todo es reparado.

Pestañeé varias veces y me cosquillearon los dedos por las palabras de Hawkes. Fue como una bendición, como un hechizo. Una magia sagrada.

Me sorbí la nariz.

—¿Así que me está dando suerte?

—Un poco.

—¿Y un barco?

—Y un barco.

—La verdad es que no tengo ni idea de a qué se refiere, pero suena bien.

Entonces Teobaldo hizo lo que ningún gato ha hecho jamás. Salió corriendo a la lluvia, se colocó bajo el paraguas de Hawkes y arqueó

el lomo, gimiendo lastimero. Hawkes se inclinó y le acarició con cariño las orejas, después lo levantó con una mano y le susurró algunas cosas. Teobaldo abrió mucho los ojos y se quedó quieto. Me di cuenta de que Hawkes hablaba en gaélico irlandés. Me estremecí. Me recordó a mi padre.

Teobaldo, después de recibir lo que fuera que había conferido Hawkes a su espíritu felino, saltó al suelo y entró corriendo en la casa. Levanté la vista para decir alguna cosa, pero Hawkes ya se había marchado y bajaba por Whereabouts con su paraguas prestado.

Cerré despacio la puerta y volví al salón.

—¿Se ha ido Hawkes? —preguntó Pierce sin levantar la vista de su periódico.

—Sí.

—Ese hombre está un poco loco.

No pude evitar pensar que quizá no se trataba de locura, sino de que entendía cosas que los demás no comprendíamos.

1 de diciembre

Siempre he disfrutado del pequeño cambio que se produce cuando un mes da paso a otro. La sustitución de los muchos por el uno, del final por el principio, una y otra y otra vez. Mi madre solía animarme a buscar cosas brillantes al comenzar un nuevo mes: «Primer día, Emma. ¿Qué ves destellar?».

Lo que Hawkes dijo ayer ha sido el destello en mi cabeza durante toda la mañana.

Más tarde

Hoy empezó como cualquier otro día.

Agnes echó a Parian de la cocina por un Desprecio Flagrante de las reglas; también revisó el correo dos veces —incluso la cesta de Pierce— y pareció decepcionada. Después, tanto Parian como Agnes se fueron a disfrutar de su medio día libre. El primo Archibald rompió todos sus viejos programas de carreras y los arrojó al vestíbulo desde la escalera —en un alarde de (falta de) dignidad— y luego salió, pues no podía «soportar ni un solo momento más de tu descarada presencia».

La descarada presencia en cuestión era la mía.

Pierce también abandonó la casa a primera hora de la tarde. Y así fue como me encontré en la insólita situación de estar completamente sola en Lapis Lazuli House. Bueno, sola con Teobaldo.

A última hora de la tarde, cuando el día presenta su batalla final antes de ceder a regañadientes su lugar a la noche, sonó el timbre.

Rara vez se usa, ya que contamos con la aldaba para anunciar a cada visitante. Pero desde mi buhardilla pude oír el tintineo ascender por las escaleras, y sonó igual que las estrellas.

Como algo a lo que pedir un deseo.

Bajé. Cuando abrí la puerta, un libro atado con un lazo azul cielo cayó en el umbral. Lo cogí. En una tarjeta blanca sujeta con la cinta, había unas pocas líneas trazadas con presteza formando un león.

Era para mí.

Lo llevé al salón de recibir, encendí las lámparas y me senté.

El libro era azul intenso. ¿El título? *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson.

¡Di un grito triunfal!

La revista *Young Folks* (*Mocedades*, pésimo nombre) había publicado por entregas una historia titulada *El cocinero del mar*. Yo estaba en Bournemouth, cuidando a la temible prima Matilde, cuando di por azar con un ejemplar, y leí dos capítulos de la parte central del relato. Aquello fue poco antes de La Gran Quema de 1882 y, en fin, mi ejemplar fue consumido por las llamas. Nunca encontré otro. Había leído, en uno de los periódicos de Pierce, que la novela se publicaría completa bajo el título *La isla del tesoro*.

Y aquí está.

En mi poder.

¡En forma de libro de verdad!

Subí las escaleras y me encerré en mi buhardilla antes de que el destino o cualquier otra fuerza me tendiese una trampa. Me instalé en el asiento junto a la ventana, dispuse los cojines con todo cuidado y abrí la primera página.

El señor Trelawney, el doctor Livesey y los demás caballeros me

han pedido que ponga por escrito todo lo referente a la Isla del Tesoro, de principio a fin, sin omitir detalle, excepto sus coordenadas, y eso solo porque aún quedan allí tesoros sin desenterrar; por ello tomo mi pluma en este año de gracia de 17… y mi memoria se remonta al tiempo en que mi padre era dueño de la posada Almirante Benbow, y el viejo y curtido navegante, con su rostro cruzado por un sablazo, se alojó por primera vez bajo nuestro techo.

Así empecé la historia de Jim Hawkins.

En las páginas apareció el Capitán, de temperamento inflamado por el ron. Los pobres y atribulados padres de Jim. El doctor Livesey… Hay algo en Livesey que me recuerda a Islington.

¿Su habitual actitud desaprobatoria? Eso debe de ser.

Estaba absorta.

Aquel capitán malvado con sus malvadas canciones. La impaciencia que despertaban en el doctor Livesey. La llegada del ciego y, me atrevo a decir, aterrador Pew. La muerte del padre de Jim. La visita de Black Dog. El destino del capitán ligado al redondel negro. Y cuando, en un ataque de apoplejía, el capitán muere, Jim mira fijamente el cadáver curtido que yace en el suelo.

Quizá sea difícil de entender, pero, aunque jamás me había gustado aquel hombre, a pesar de que al final hubiera comenzado a inspirarme lástima, verlo allí tendido, muerto, me llenó los ojos de lágrimas. Era la segunda muerte que presenciaba, y el dolor de la primera estaba aún fresco en mi corazón.

Aquellas palabras me estremecieron: despertaron todo el dolor

que había dentro de mí, capa tras capa. Lloré con todo mi corazón. No podía contenerme. Mi cuerpo se negaba a hacer otra cosa. El dolor salía de los dedos de mis pies y de mis manos y ardía en mi pecho. Aquellas muertes, aquellos acantilados imprevistos en mi vida, fueron cayendo uno tras otro.

Lloré hasta que me quedé sin lágrimas.

Vacía.

Seca. Casi.

Y cansada de todo.

Y ahora Jim y el señor Trelawney y el doctor Livesey se preparan para seguir el mapa del viejo bucanero. Pero me he alejado un instante del mar y Lapis Lazuli me ha envuelto. Como si hubiera encontrado un ancla, he depositado mi pesado cofre marinero.

Una tontería quizá.

Pero reconfortante.

Como deben ser las historias.

Parece que Hawkes me ha encontrado un barco.

2 de diciembre

Me he llevado *La isla del tesoro* a la iglesia a modo de talismán.

—Qué preciosa Biblia —dijo la señora Trilby.

—¿Verdad que sí? —contesté confiando en que no me pidiera que le leyera en voz alta mi versículo favorito.

No creo que el salmista escribiera:

¡Quince hombres van con el cofre del muerto!
¡Yo-jo-jo, y una botella de ron!

Aunque me atrevo a decir que habría convertido a unas cuantas almas descreídas de haberlo hecho.

Hawkes dio un sermón sobre los talentos. Intenté varias veces captar su atención, pues sentía la ferviente necesidad de darle las gracias, pero el Joven Hawkes hizo caso omiso de la feligresa con el libro de *La isla del tesoro* pegado al pecho. Terminado el servicio, desapareció.

Fue imposible encontrarlo.

Con aire de resignación, me volví con mi aventura a casa y llevo toda la tarde en el salón, leyendo, mientras Teobaldo dormita a mis pies y Agnes me llena el plato de comida de la despensa.

Por primera vez en semanas, tengo apetito.

Notas sobre *La isla del tesoro*
Emma M. Lion hace determinadas observaciones

* ¿Me daría tanto miedo Pew si el primo Archibald no hubiera adquirido un bastón recientemente? El tac, tac, tac del pirata sanguinario en el libro era estremecedor. El tac, tac, tac de mi estúpido primo también.

* ¿Cuántas penurias debe uno soportar antes de recurrir al ron como completo consuelo? ¿Estoy yo cerca de ese límite? En cuyo caso todos mis amigos me abandonarán. Excepto Pierce, quien es posible que tenga un pequeño problema con la bebida y no pondrá objeciones al ron.

* De ahora en adelante voy a saludar así a mis conocidos favoritos:

«¿Qué viento favorable os trae aquí?».

* Ahora mismo desconfío bastante de todo el mundo.

3 de diciembre

Leí hasta entrada la noche y llevo todo el día en la cama haciendo lo mismo.

Agnes no dice una palabra, se limita a traerme comida y a llevarse los platos vacíos.

Teobaldo se ha convertido en un Gato de Compañía, adoptando perezoso cada postura que se le antoja a su mente felina.

Mientras tanto yo me aferro al libro, escondida en el barril de manzanas con Jim.

Dichosos piratas. Van a ser nuestra perdición.

Más tarde

Es tarde y he terminado.

Una hazaña y un triunfo, puesto que estoy leyendo más deprisa que de costumbre.

Estoy sentada en la ventana de mi buhardilla mirando una niebla espesa como sopa de guisantes y sigo pasando páginas. Hay varios comentarios garabateados en los márgenes.

> *Y los peores sueños que he tenido son de cuando oigo el oleaje retumbar en sus costas o me despierto sobresaltado con la voz penetrante del capitán Flint aún resonando en mis oídos: «¡Piezas de a ocho! ¡Piezas de a ocho!».*

Bien hecho, señor Stevenson.

¡Y mira por dónde! ¿A quién veo por la ventana? El amigo de Pierce, Chambers, nuestro Long John Silver particular, renqueando calle arriba con expresión asesina.

~~Debería comprarle un loro.~~

No debería.

Casi habría jurado que la niebla trae gritos, disparos y es posible que el último aliento de un traidor ahorcado meciéndose en la brisa.

4 de diciembre

Esta mañana he salido temprano. Muy temprano.

Agnes estaba encendiendo el fuego de la cocina, Parian y el primo Archibald seguían en la cama.

Por irracional que parezca, pensé que quizá vería a Hawkes volviendo de visitar a un enfermo, un club o donde sea que va en sus noches insomnes. No fue así. Se me ocurrió la descabellada idea de arrojar una piedra contra su ventana, pero me niego a hacer el ridículo. Si Hawkes quisiera que le diera las gracias, se prestaría a ello.

Quién habría dicho que un relato de piratería, tesoros e infortunios podría ser un bálsamo espiritual.

Bendito Hawkes.

Más tarde

Hete aquí que el misterio de la preocupación de Agnes por el correo se ha resuelto. Estaba esperando una carta de la Sociedad de Sirvientes de Rango Superior de St. Crispian's, compuesta de mayordomos, cocineras, ayudas de cámara, doncellas y amas de llaves. Agnes, bendita sea, entra en tres de esas categorías. Se ha presentado candidata y ha sido admitida para una serie de exámenes. Debe perfeccionar sus recetas y otros trucos del oficio y presentarse en una dirección desconocida (para mí, no para ella) el 19 de diciembre. Me lo contó mientras elegíamos el menú para mi té con la señora Penury mañana.

—Ay, señorita, creo que me voy a morir.

—¿Antes o después del examen?

—Probablemente durante.

—Bueno, pues, si te mueres, tendré té preparado.

—Pero si yo estaría muerta, señorita.

—Y agradecerías muchísimo un buen té inglés antes de retirarte a tu Descanso Eterno. No te preocupes, Agnes, las probabilidades de que te mueras no son elevadas. Creo que lo vas a hacer muy bien.

—¡No me diga eso, trae mala suerte!

Y se tiró sal por encima del hombro, dio tres vueltas alrededor de sí misma y corrió al jardín trasero.

Me parece que Agnes está nerviosa.

Más tarde

Ignoro lo que le dijo Hawkes a Teobaldo, pero, desde aquella solemne conversación bajo la lluvia, el gato es mi fiel escudero. No me ha dejado sola más de tres cuartos de hora, un grado de afecto altísimo para un gato.

Además, la *Gazette* de St. Crispian's sale mañana. No tengo ni idea de a qué hora se entrega, pero mi anuncio saldrá publicado y la campaña para seguir la pista a El Romano empezará oficialmente.

El único asunto del día no relacionado con El Romano será el té con la señora Penury. Agnes tiene una receta de pudin nueva para la ocasión.

5 de diciembre

Las discusiones son siempre embarazosas.

Las discusiones delante de otras personas lo son todavía más.

Aunque mi invitada se lo tomó con flema. Una reacción mejor que la que tuvo Islington cuando me siguió hasta la cocina y quedó mudo.

No era así como había imaginado que transcurriría el té con la señora Penury.

Llegó a las dos y media. Una hora razonable. La recibí en Lapis Lazuli y le advertí amablemente, todavía en el vestíbulo, que tal vez nos interrumpiría un loco, y que debía permanecer muy quieta e intentar evitar todo contacto visual…, como quien se enfrenta a un animal peligroso.

La estaba preparando para el primo Archibald. No imaginé que el consejo tuviera que aplicarse a nadie más.

Es una mujer encantadora, Rebecca Penury. En persona y en espíritu.

Le ofrecí asiento en el sofá verde. No lo aceptó de inmediato. En lugar de ello, recorrió la habitación con la mirada, fijándose en los colores, en la tela de las cortinas, en el muy rosa sillón —aquí sonrió — y luego dirigió su atención a los cuadros de las paredes. El primero de ellos, uno de los paisajes marinos de mi padre, estaba en la esquina, detrás de la puerta. Mientras lo estudiaba, la puerta se abrió de par en par, encerrando a la señora Penury dentro de una especie de triángulo.

Un pensamiento que se me fue de la cabeza en cuanto me saludó

un duque, que sostenía con fuerza un periódico entre los dedos.

—¿Ha perdido el juicio? —dijo a modo de saludo.

—Es muy posible —contesté—. Aunque no entiendo la pertinencia de esa pregunta precisamente esta tarde.

—¡¿Qué es esto?!

Y agitó lo que tenía en la mano.

—¡No me diga que es la *Gazette*! ¿Ha llegado ya la mía?

—¿Para esto fui su testigo de carácter, Emma?

—Vaya por Dios —dije—. Me está llamando por mi nombre de pila.

Arrugó su rostro ducal como diciendo «¿Qué?».

Se lo expliqué.

—Cuando se siente amigable, me llama Lion. Cuando está irritado —con o sin motivo—, me llama Emma.

Tiró el periódico sobre la mesa y se quitó el sombrero y los guantes mientras citaba:

Topografiando a El Romano. Se busca información referida a El Romano y a su paradero en St. Crispian's, de día o de noche. Si dispone de información relativa al patrón de sus movimientos, por favor, envíe una nota a Lapis Lazuli House.

Aplaudí. No pude evitarlo.

—¡Lo ha memorizado! ¿Qué le parece?

Pero mi entusiasmo no iba a ser tolerado.

—¿Cómo se le ocurre acechar a El Romano? Sí, acechar. ¡No me mire así!

—¿Se puede saber por qué está tan contrariado?

—¡Intimidad! ¡Dignidad! —declaró Islington (¡con la mayor

vehemencia!)—. ¿Es que un hombre no puede morirse sin que una mujer rastree todos sus pasos? Ya constriñen toda su existencia. ¡Su madre! ¡Sus hermanas! ¡Y más tarde su mujer! La lenta asfixia por tafetán y seda es nuestro sino.

—Pero, Islington, sea razonable —me defendí—. Hay clubes para caballeros de sobra si lo que quiere es librarse de nosotras. Y sus escuelas y universidades no son precisamente bastiones de inclusión femenina. Como mujer de ciencia, siento curiosidad por saber a qué dedica su tiempo el fantasma de nuestro vecindario. ¿Usted no?

—No, porque como caballero que soy respeto su autonomía…

—¡Toda una desfachatez, puesto que ahora mismo no está respetando la mía!

Que conste en esta honesta y veraz crónica que nuestro atildado duque pareció ligeramente turbado ante la acusación.

—Muy bien —dijo. Dos palabras de lo más lacónicas—. Lo último que desearía es que supiera usted adónde voy en todo momento. —Como si ello justificara su oposición.

—¡No tengo el menor interés en semejante cosa! Cuando lleve usted mil años muerto, tal vez organice una partida de búsqueda. Pero, hasta entonces, muchas gracias, pero no.

—Ja.

—Por no mencionar que El Romano ha entrado en mi casa… Sí, en mi casa, y no se ha molestado en quedarse lo suficiente para mantener una conversación cortés con nadie excepto Agnes. Si eso no es una violación de la intimidad, ¿entonces qué?

—¿Vino a esta casa? —Islington parecía intrigado.

—Eso hizo —respondí.

Pero no entré en más detalles, encaramada como estaba a mi

tribuna de mujer instruida.

—Y otra cosa, Islington: si hablamos en términos generales, las madres, hermanas y esposas rara vez tienen la última palabra. Son los hombres quienes lo dirigen todo. Todo el armazón que ha llegado a ser nuestra sociedad es obra suya. Ni siquiera podemos casarnos sin que se trate de un arreglo de negocios, por lo general en su favor. En cuanto a lo del acecho, un inglés puede ir a cualquier parte sin dar cuentas a nadie. Una mujer apenas puede visitar a una vecina sin ser objeto de escrutinio. Por consiguiente, rechazo sus afirmaciones.

Enderecé la espalda y recobré el aliento. Me abstuve de mencionar el voto, pero añadí, no sin malicia:

—Si la esposa de un hombre supiera perfectamente en qué emplea su tiempo, creo que ese hombre procuraría comportarse mejor.

Ahora pareció divertido.

—Ah, ¿sí?

—¡Sí! Tal vez eso le impediría pasar todo su tiempo libre en establecimientos como The Drunken Duck. Por no hablar de…

—Si no recuerdo mal, fue usted quien honró ese escenario con su presencia. ¿Ha mejorado su manera de bailar?

—Mi manera de bailar, permítame que le informe, ha sido comparada con nubes de crema…

Islington rio.

—¿Quién lo dice?

—¡El hombre que cree que va a casarse conmigo!

Islington guardó silencio.

—¿Lord West? Creí haber puesto fin a esa idea. Le dejé bastante

claro que actuaba como amiga. ¿La está importunando?

—No, no —dije, rechazando la idea con un gesto de la mano—. Charles Goddard.

—¿Así que hay Otro? ¿Quién puede ser tan necio?

Fue entonces cuando el sonido de unas bisagras hizo que Islington y yo nos volviéramos. Allí, saliendo del rincón tras la puerta, estaba la señora Penury, tan complacida como si fuera el día de Navidad.

Me había olvidado por completo de su presencia.

—¡Oh, señora Penury, le ruego que me perdone!

Me disponía a correr hacia ella cuando Islington, habiéndose colocado una máscara de serenidad perfecta e inalterable, dijo:

—¡Perdóneme, señora! Le ruego encarecidamente que me disculpe por esta escena tan sumamente descortés. La señorita Lion y yo somos viejos amigos. No debe tomar a mal nuestras disputas. Pero detesto que haya tenido usted que presenciar una de ellas.

Miró luego hacia mí, como esperando que hiciera las presentaciones.

—Señora Penury, el duque de Islington. Islington, ¿puedo presentarle a la señora Penury?

—Mucho gusto —dijo él tomando su mano e inclinándose con elegancia.

Logró arrancarle a la señora Penury una sonrisa ladeada.

Yo hice una mueca.

—La señora Penury no habla —expliqué cuando ella no respondió en voz alta—. O sea, ha decidido que no tiene ya nada que decir. La encontrará usted una compañera amable, aunque silenciosa, si decide quedarse a tomar el té con nosotras. Esto es, si puede usted

soportar que dos mujeres sepan con absoluta certeza que se encuentra usted en este salón.

—Será un placer —respondió Islington sin dejarse provocar—. Qué singular *modus operandi*, señora Penury. ¿Sigue con vida su esposo?

Formuló aquella pregunta tan extraña con tal amabilidad que no resultaba impropia.

Qué irritante es.

Con una ligera inclinación de cabeza, la señora Penury confirmó que el señor Penury sigue con vida.

—Lástima —repuso Islington sonriendo—. Me casaría con usted yo mismo si ello me ahorrase la mitad de la palabrería que la señorita Lion me hace soportar.

—¡Islington!

Pero la señora Penury, muy complacida con el cumplido, le dio unas palmaditas en la mejilla como si se tratara de un hijo predilecto. Nos sentamos. Islington ocupó el sofá junto a la señora Penury —y continuó diciendo cosas ingeniosas y agudas— mientras yo fui relegada a mi sillón rosa.

Rescaté de la mesa la *Gazette*, medio estrangulada, y durante el té leí con deleite mi anuncio en voz alta, explicando a mi invitada que, sí, teníamos un fantasma romano. Y sí, había decidido trazar un mapa de sus movimientos.

—Todos los estudiosos serios han sido ridiculizados por su trabajo. Véanse Galileo o Da Vinci.

—Usted no es Da Vinci —declaró Islington.

—No volvamos a discutir, Su Señoría —dije con una sonrisa de todo menos inocente.

La señora Penury se limitó a mirarnos con sonriente aprobación.

Logramos pasar veinte minutos encantadores (con lo que quiero decir que hubo solo tres pequeños desacuerdos) antes de que Pierce entrara en la habitación con aire cómodo a pesar de la cojera. Llevaba el traje marrón oscuro; sin embargo, tenía la chaqueta encima del hombro e iba arremangado. Su aspecto era decididamente desaliñado.

La señora Penury debió de imaginarse Muchas Cosas sobre Emma M. Lion.

—Hola, Pierce —saludé.

—Pierce —dijo Islington.

Me disponía a hacer las presentaciones cuando mi taciturno fotógrafo se enderezó bruscamente.

—Pido disculpas. No sabía que tuviera usted invitados. Aparte de Islington.

—Sí. Señora Penury, le presento a Niall Pierce. Es fotógrafo, y de talento, además de mi inquilino y vecino. Pierce, ella es la señora Penury, mujer de gran intelecto y misterio.

Las mejillas de la señora Penury se ruborizaron agradablemente y se levantó para dar la mano a Pierce.

—Un placer —dijo este.

Ella asintió con la cabeza para indicar que opinaba lo mismo.

—Quédese, Niall —propuse—. Acerque una silla de la mesa. Me ha dicho Hawkes que necesito otro sillón como es debido para el salón de recibir. Tenía razón.

Mientras le servía una taza de té a Pierce, Islington decidió que había llegado de nuevo el momento de abrir hostilidades.

—¿Ha visto usted los últimos intentos de infamia de la señorita

Lion?

Pierce esbozó una sonrisa inquisitiva, como una nube de tormenta que se aparta para dejar paso a un rayo de luz. Tenía un aire casi afectuoso.

—¿Qué está maquinando ahora?

—Que sepan que estoy aquí —intervine sin resultado—. Y me siento, en verdad, bastante acechada.

Islington prosiguió:

—Ha publicado un aviso en la *Gazette* solicitando información sobre El Romano.

—Ah, ya hemos tenido nuestras diferencias al respecto.

Los ojos de la señora Penury se iluminaron.

Yo fruncí el ceño.

—Si un fantasma romano no puede gozar de un poco de privacidad… —comenzó Islington.

—Me importa un bledo ese dichoso fantasma —interrumpió Pierce —. Perdón, señora Penury —le dijo a esta antes de volver a dirigirse a Islington—. Si va a pasarse mil años rondando un lugar, que se atenga a las consecuencias. A mí me importa Emma. En mi opinión, esta quijotesca mascarada trata enteramente de otro fantasma.

—¿Qué quiere decir con «otro fantasma»? —preguntó Islington.

Sentí cómo la sangre se me escapaba del rostro, y al intentar mover la taza de té se produjo un tintineo demasiado perceptible. Pierce no lo había hecho deliberadamente. Pero yo veía la tierra cayendo sobre la tumba de Maxwell una y otra vez.

A Pierce le bastó una mirada en mi dirección para advertir que había hablado de más. Hizo una mueca de reproche hacia sí mismo y trató de reparar el momento.

—No haga caso. No es asunto mío. ¿Ha ido usted recientemente al hipódromo?

Un caballero como Islington jamás habría introducido tal tema de conversación en presencia de la señora Penury, pero comprendió lo que Pierce intentaba y le siguió la corriente.

—No he ido recientemente, no —respondió con naturalidad—. Aunque hay un semental al que he estado siguiendo la pista.

La señora Penury también quiso ayudar, pues cuando la miré, esperando ya fuera incomodidad o regocijo a mi costa, encontré algo que solo puedo calificar de inmensa generosidad de espíritu. Escuchó un momento la conversación sobre el hipódromo —yo no sabía que Pierce estuviese al tanto de nada relativo a los caballos— y, sin decir palabra, se puso en pie, recogió los restos del té en la bandeja —posando una mano en mi mejilla cuando empecé a protestar— y salió de la estancia con la destreza de una doncella experimentada.

Debería haberme sentido humillada.

En lugar de ello, me sentí cuidada.

Islington miró interrogante.

—¡Ustedes dos! —exclamé—. ¿Es que tienen que hacerme la vida imposible? Es la esposa de mi banquero, Islington.

—Le aseguro que me avergüenzo. Aunque parece que la señora Penury posee un sentido del humor que disfruta galopando de vez en cuando.

No pude evitar reír.

—Voy a la cocina a buscar a mi invitada. A la única que invité a tomar el té. Confiemos en no haber escandalizado demasiado a la buena mujer.

Islington aceptó la invitación de Pierce de mirar unas fotografías de la Esfinge y yo tomé aire para reunir fuerzas y me dirigí a la cocina.

Cuando bajé las escaleras, el espectáculo era digno de verse.

Agnes —charlando como una urraca— estaba desmoldando *scones* mientras la señora Penury, con un delantal sobre su vestido de gusto exquisito, picaba verduras.

—¡Cielos! Agnes, ¿por qué está cocinando la señora Penury?

Esta le quitó importancia al asunto con un gesto de la mano y Agnes sonrió radiante.

—Ella ha insistido.

—¿En silencio?

Con una ceja arqueada, la señora Penury detuvo el cuchillo y lo apuntó en mi dirección con aire amenazador.

—Está bien —dije riendo—. Déjenme ayudar.

Y así, entre las tres, preparamos las verduras para el estofado de ternera que hacía Agnes.

Agnes y yo charlábamos de esto y aquello, dirigiéndonos a veces a la señora Penury y a veces no. Cuando el trabajo estuvo hecho, las galletas en el horno y las verduras cociéndose en un caldo aromático, Agnes salió a revisar la colada.

Puse el hervidor al fuego, y la señora Penury y yo nos sentamos a la mesa de la cocina para otro té que nos habíamos ganado.

—Debe de pensar que soy una perfecta hereje —dije apartándome un mechón rebelde de la frente.

La señora Penury sonrió y dejó escapar un levísimo suspiro de satisfacción. Guardamos silencio.

Entonces se oyeron pisadas inesperadas en el corredor.

—¿Lion? ¿Está usted ahí? —Era Islington. Y se quedó inmóvil al ver a la señora Penury aún en mi compañía—. Perdone, parece que vuelvo a interrumpir.

—Es usted bienvenido, Islington. La señora Penury le aprueba, creo, por mucho que usted me incordie.

La expresión de la señora Penury confirmó mi suposición.

Islington esbozó una sonrisa casi tímida y, Dios mío, era terriblemente atractiva.

Se le podía perdonar cualquier cosa.

Pero entonces la sonrisa se desvaneció. Su expresión pasó a ser primero vacía, luego desconcertada. Tensó los hombros y echó la cabeza ligeramente hacia atrás. Se había quedado mudo. Antes de que pudiera preguntarle si todo iba bien, seguí su mirada.

La pared.

Justo encima de la mesa de la cocina.

Islington estaba mirando su retrato.

Me tapé la cara con la mano y murmuré:

—Llévame ahora, Señor.

Me había olvidado de las guirnaldas de margaritas que Agnes había colgado devotamente sobre el marco, secas pero aún reconocibles. Parecía un santuario.

Tras decidir que la oración por sí sola no resolvería la situación, comencé a decir:

—Islington… —él no apartaba la vista del retrato—, no es lo que parece.

Dudé; no sabía cómo explicarlo sin avergonzar ni a Agnes, ni a Islington, ni a mí misma.

Por la expresión de la señora Penury, supe que estaba viviendo la

vida que siempre había deseado.

—Es un retrato mío —afirmó Islington.

—Lo es. Pero no era esa la intención. No es lo que yo habría colocado en la cocina. Por muy maravilloso que usted sea, y es francamente agradable de contemplar (lo cual no todos los hombres pueden decir), esto —hice un gesto hacia el retrato— fue un accidente. Verá, mi amiga la señorita March es pintora y me dejó escoger algunas obras para Lapis Lazuli House. Muy generosa. Realmente encantadora. Y yo elegí un paisaje y una buena pieza arquitectónica que creo que… En fin, Agnes llegó después. Quiso el destino que pensara que este… este retrato suyo transmitía… —Buscaba desesperadamente una explicación que evitara la muerte por humillación de Agnes—. Pensó que estaba bien ejecutado, la técnica, la paleta. Lástima, sin embargo, que fuera un retrato de usted. Pero no podemos elegirlo todo en la vida. Nadie puede. Nunca. Lo que quiero decir es que quizá haya acabado usted convertido en el santo patrono de nuestra cocina.

Hice una mueca.

—¿Una tal señorita March, dice? —preguntó Islington.

—Vive en Whereabouts. Ha regresado recientemente de Italia. Era amiga de mi padre. ¿La conoce?

Aquello pareció surtir efecto. Una sombra de comprensión apareció en los ojos de Islington.

—Su padre me pidió que posara para una colección de artistas, hace ya casi ocho años.

—Y no ha envejecido ni un día —lo halagué.

Islington fue a decir algo, vaciló, comenzó de nuevo, y entonces Agnes entró en la cocina con un montón de sábanas. Era toda

sonrisas, con las mejillas rojas por el frío, hasta que vio a Islington. Se le fue la vista al retrato. Nunca he visto a nadie poner los ojos tan completamente en blanco. Islington se adelantó para sujetarla si se desmayaba, pero Agnes se recompuso, dejó las sábanas en un banco y huyó. Oímos sus pisadas en cada tramo de escalera.

—Pobre muchacha —murmuré.

La señora Penury apretó los labios e inclinó la cabeza, compasiva.

Islington parecía de lo más perplejo.

Considero un gran logro personal haber conseguido apearlo de su proverbial aplomo.

—¿Le apetece otra taza de té? —ofrecí—. ¿Algo calmante? ¿Manzanilla quizá?

Pero Islington negó con la cabeza, se llevó una mano a su perfectamente peinada cabellera en un gesto distraído y se despidió cortésmente.

Con expresión resignada, me volví a mirar a la señora Penury y suspiré.

—Me gustaría poder decir que esto ha sido de lo más inusual.

Lo que hizo reír a mi querida dama.

Acabo de caer en la cuenta de que se me olvidó agradecer personalmente a la señora Penury sus diez libras.

6 de diciembre

Esta mañana Islington ha enviado dos ramos de flores.
El primero era para mí.

Lion:

Espero no haber arruinado las cosas con su invitada. La señora Penury parece una mujer digna de estima. También le he enviado flores a modo de disculpa por mi falta de decoro.

Islington

El segundo era para Agnes.

Señorita Agnes:

Me siento honrado de ocupar un lugar en la cocina de tan excelente cocinera.
Tiene usted mi bendición.
Saludos cordiales,

Islington

No sé dónde las habrá encontrado en diciembre, pero el ramo de Agnes contenía margaritas.

Más tarde

Esta tarde la he dedicado por completo a mi plan de estudiar a El Romano.

Después de adquirir un papel de gran tamaño en el Reed and Rite y extenderlo en la mesa del comedor, procedí a dibujar el mapa de St. Crispian's.

Empecé con Sterling Street justo en el centro y terminé con el bonito rectángulo de Baron's Square. A su izquierda dibujé Traitors Road, con su horca y su recodo. A continuación, a la derecha de Sterling, dibujé Whereabouts Lane, con ese quiebro tan simpático que le impide ser recta, y añadí Jacob's Well y el muro de El Romano.

Cuando estaba trazando la Diagonal desde Traitors hasta Whereabouts al sur, mi paz se vio interrumpida.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? —exclamó el primo Archibald al entrar en la habitación agitando su bastón.

—Hola, primo —dije yo.

—¡Este no es lugar para tus tontas ilustraciones! ¡No somos animales! —insistió, y posó con un golpe el bastón sobre la mesa.

Lo aparté.

—Estoy en mi perfecto derecho. Son las tres de la tarde y faltan horas para la cena. —Suspiré.

Entonces el maniático en cuestión vio lo que estaba haciendo. Se pasó el dorso de la mano por la frente.

—¿Eso es St. Crispian's? —me preguntó.

—Lo es —afirmé yo.

—Esta mañana he oído un rumor —declaró.

—¿Qué rumor?

—Que estás haciendo un mapa de los movimientos de alguien

conocido como El Romano.

—Es cierto —reconocí.

Y ocurrió lo más inesperado. El primo Archibald juntó las manos, dejando caer el bastón al suelo.

—Por favor, por favor, te lo ruego. ¡Déjame participar!

—No —atajé yo.

—¿Y por qué no?

—Porque la semana pasada dijiste a los vecinos que te había robado hasta la camisa.

Lo hizo. Lo oí por la ventana.

Habría temido por mi reputación, pero el primo Archibald estaba haciendo un trabajo tan verosímil culpándose a sí mismo que decidí que interrumpir a un necio solo empeoraría las cosas.

Él parpadeó.

—Un hombre se equivoca.

—¡Desde luego que sí! ¿Te importaría poner eso por escrito y enviárselo a Islington?

Volví a mi trabajo. Pero Archibald Flat no se dio por vencido.

—Déjame ayudarte. ¡Llevo años interesadísimo por El Romano! Te… te… ¡te dejaré usar el mapa!

Levanté la vista del papel.

—¿Qué mapa?

En aquel momento, Archibald Flat tomó una decisión. Aquella comadreja flaca y grasienta recogió su bastón del suelo, bajó los hombros y se marchó renqueando.

Minutos después volvió con un estuche de cartógrafo que yo nunca había visto.

Con más solemnidad de la que nunca le habría creído capaz, se lo

quitó del hombro, retiró la tapa al cilindro y lo ladeó hasta que cayó en sus manos un papel enrollado. Deshizo con cuidado el lazo y dejó que el mapa se abriera sobre la mesa.

Era el mapa más bonito que había visto en mi vida. Delineado a la perfección, coloreado con pinceladas claras. Una representación extraordinaria de nuestro querido St. Crispian's.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunté sin aliento.

Entonces vi la firma del rincón, fruncí el ceño y miré otra vez. Estaba firmado: «A. Flat».

—¿Tú? —Miré a mi primo—. ¿Lo has hecho tú?

Las mejillas de Archibald se tiñeron de rosa.

—En mis tiempos puede decirse que fui un artista. Cartógrafo sobre todo. Pero tu tía abuela prefería el trabajo de tu padre al mío, así que nunca colgamos nada en la casa.

Si alguien me hubiera dicho que un día Archibald Flat me rompería un poco el corazón, me habría reído en su cara.

Pero su confesión no dejó mi corazón ileso.

—Es precioso.

—¡Y justo lo que necesitábamos!

—¡Pero no podemos! ¡Esto es una obra de arte!

—Eso ya lo sé —saltó él, y con ello restituyó un poco el orden natural de las cosas—. Tengo un marco en el que podemos ponerlo, y podemos usar un adhesivo para pegar banderitas en el cristal. —Y se sacó del bolsillo un sobre lleno de banderitas verdes triangulares y un puñado de rojas—. Podemos colgarlo en el salón de recibir. El verde es para entre uno y cinco avistamientos. El rojo para cinco o más.

Tragó saliva, se pasó una mano por su casi calva cabeza y cruzó

los brazos.

Era un sistema tentador.

Me sentía como Eva en el jardín, sabedora de que la serpiente no abrigaba sino intenciones malignas, y aun así preguntándome si el fruto merecía una alianza temporal.

—No puedes ir despotricando por ahí —dije con tono serio—. Si vas a unirte a la empresa, no dejaré que me estropees la diversión. No debes acosar, ni siquiera hablar con ningún miembro del vecindario. No. Puedes ayudarme a anotar la correspondencia a medida que llegue. Puedes ser Maestro del Mapa.

Archibald arrugó la nariz mientras asentía con la cabeza y repitió:

—Maestro del Mapa.

—Ay de mí —dije yo.

—Voy a buscar el marco —dijo él.

Más tarde

Después de que el primo Archibald colgara el mapa en la pared detrás del sillón rosa —enmarcado en una monstruosidad de color dorado chillón—, nos sentamos cada uno con un ejemplar de la *Gazette* —Islington se había olvidado el suyo— y repasamos mi anuncio.

Cuando descubrimos la primera nota, que alguien metió por la ranura para el correo de la puerta principal, mi primo casi lloró de felicidad. Un temperamento impropio de Ladrones Viles y Ruines.

Supongo que todos tenemos nuestros pequeños placeres.

En la nota estaba escrito:

Vi a El Romano en la Diagonal, justo debajo de Sterling, hace tres

noches, a las cuatro de la madrugada.

—Bien, pues ya tenemos el primero —dije sonriendo.

El primo Archibald sacó una bandera verde del sobre, hizo una bolita con la pasta adhesiva y la pegó con cuidado al cristal. Nos quedamos mirándola como si fuera un niño adorado.

—Entonces está decidido —reiteré—. Solo yo abro la correspondencia.

—Y solo yo pongo las banderitas en el mapa.

Hicimos ademán de darnos la mano hasta que, alarmados por igual ante la idea, las retiramos y nos contentamos con una inclinación de cabeza.

Es mi cartógrafo.

También es mi enemigo.

Sospecho que una alianza así tiene los días contados.

7 de diciembre

Esta mañana ha venido Saffronia March a Lapis Lazuli con noticias jubilosas.

¡Una fiesta!

—De artistas y músicos y demás —explicó Saffronia—. Y te voy a llevar conmigo.

Dejé a un lado *La isla del tesoro*, que estoy releyendo.

—¿Le ha ordenado Hawkes que me invite?

—¿Hawkes? No he hablado con él desde mi vuelta. ¿Por qué lo preguntas?

—Pensó… pensó que necesitaba algo de suerte y me ha prestado la suya durante un mes.

Saffronia pestañeó.

—¿Funciona?

—¿Su suerte?

—Sí.

—De momento diría que funciona de maravilla.

—Tienes mejor aspecto que la última vez que te vi.

—He estado leyendo sobre piratas.

—Hum. —Asintió con la cabeza—. Cosas más raras se han visto. Trae tu suerte esta noche y lo pasaremos espléndidamente. Prometo no dejar que te desvíes.

—¿Desviarme de qué, si se puede saber?

—Del sendero de la ignorancia virtuosa.

—¿Puede ser virtuosa la ignorancia? —filosofé.

—¿Se puede desinvitar a Emma Lion de una fiesta? —replicó

Saffronia—. La respuesta es sí. Si se pone irritante.

Más tarde

La fiesta de esta noche ha sido la más singular a la que he asistido nunca.

Demasiado interesante, casi. Se me olvidó comer.

Ahora estoy sentada en la cocina sin hacer ruido para no despertar a Agnes, bebiendo té y tratando de consumir todo lo que hay decente en la despensa.

Empiezo por el principio

Convinimos en que Agnes y yo iríamos a casa de Saffronia —La Victoria de Thrush—, donde nos prepararíamos juntas para la velada. Nuestra perspicaz mirada se había decidido por una reciente adquisición de mi guardarropa, un vestido plateado pensado para La Más Elegante de las Casas. Cuando por fin me lo puse, después de lo que me pareció una hora de ropa interior, Saffronia —cuya doncella estaba peinándola— dijo:

—¡Mira qué borlas! Y los flecos. Delicioso. Si no me gustara tanto mi propio vestido, te pediría que cambiáramos.

—Me siento casi como unas cortinas.

—Unas cortinas muy bonitas —contestó Saffronia—. ¿No vas a llevar joyas?

No quería ponerme el colgante de oro. Ni explicar por qué.

«¡Qué baratija tan encantadora!», podría decir alguien.

«¿Verdad? Estaba en el bolsillo de un soldado muerto con el que

me iba a casar».

Me limité a decir:

—No voy a llevar joyas.

—Yo voy a ponerme los rubís de mi madre —contestó Saffronia, peinada a la última moda del continente—. ¿Por qué no te pruebas La Bonita Cuerda?

—¿Una cuerda? ¿Qué quiere? ¿Colgarme?

La Bonita Cuerda era una larga ristra de perlas que se ataba con un nudo. Pero lo que la salvaba de hacerte parecer una viuda eran unos pequeños diamantes incrustados entre las perlas, a intervalos aproximados de tres centímetros. Tres sartas que centelleaban entre los pliegues luminosos.

—No puedo llevar esto —objeté—. Debe de costar una pequeña fortuna.

—Estarás conmigo toda la velada. ¿Qué puede pasar?

—Ladrones de joyas.

—Como si conocieras a alguno.

Cerré la boca.

A continuación su doncella enseñó a Agnes cómo peinarme.

El vestido de Saffronia era verde azulado, con polisón a la moda parisién y una falda bellamente fruncida que se abría para dejar ver una enagua escarlata.

Era precioso.

Como un pájaro exótico.

Llego a la fiesta

Puesto que yo era una cría cuando mi padre estaba en la cima de su carrera, me resultan familiares algunos nombres del mundo del

arte, pero eso es todo. Nunca conocí a ninguno de sus amigos. Mi madre prefería mantener nuestra casita como un espacio tranquilo y privado y mi padre prefería contentar a mi madre. Viajaba a Londres para reunirse con un editor de revista o a otro lugar para cumplir un encargo, pero a medida que me hice mayor pasaba más tiempo en casa.

Pregunté a Saffronia si mi padre habría asistido a una reunión como la de anoche de haber estado vivo.

—Sin duda lo habrían invitado. Lo adoraban.

La casa estaba en Holland Park y era de un blanco hermoso e imponente, suavizado por las luces que se derramaban por las ventanas. El sonido complementario de conversaciones y música acompañó nuestra llegada: nos salió al encuentro junto con el calor que emanaba de tan populosa reunión.

Me esperaba cierto grado de *bonhomie*, pero puesto que mi vida social se reduce a la casa de mis padres, la escuela Fortitude para señoritas y los círculos elevados pero algo gazmoños de mi tía Eugenia, no estaba preparada para aquel mundo de arte y literatura.

Todos parecían conocer a todos.

Saffronia fue recibida calurosamente con besos en las mejillas, besos en los labios y carcajadas no constreñidas por las ~~cabezas~~ cadenas sociales. Quería decir Cadenas. Cadenas sociales.

Aunque las cabezas sociales constriñen a muchos cuando se menean en gesto de desaprobación.

Estoy divagando.

Los invitados llenaban varias habitaciones, las puertas de los distintos pisos estaban abiertas de par en par. Saffronia las recorrió, y yo con ella. Las habitaciones en sí eran chocantes. De una manera

maravillosa, resplandeciente. Cada una estaba basada en un solo color y a partir de ahí se expandía en una amplia paleta. Era como caminar de un cuadro impresionista a otro.

Los invitados contribuían al efecto. Indumentaria que podría parecer estridente allí resultaba, en cambio, arrebatadora.

Varias habitaciones del primer piso —inundadas de lámparas y de humo— parecían ser el corazón de la fiesta. Nos encontramos en una con alfombras color escarlata y paredes de tono coral, lámparas de latón de estilo marroquí colgadas en los rincones y, sobre sofás y divanes, unas telas que parecían importadas de los puntos más remotos del globo. Había un diván azul pegado contra una pared que parecía un oasis entre aquellos vivos colores. Me refugié en él siempre que pude, pero Saffronia me llevaba de un grupo a otro, presentándome como Emma Lion (sin el «señorita»). Yo sonreía, feliz cuando la atención de la persona en cuestión volvía a Saffronia y podía dedicarme a observar.

Había un nivel de ruido social que tía Eugenia habría encontrado obsceno.

Un hombre, al oír mi nombre, dijo:

—No me diga que es usted hija de Declan.

—Lo soy.

Y me alegré de hablar con alguien que había conocido a mi padre.

Hasta que.

—Lo maldigo. Enterró su genio y ahora está enterrado con él. Le dije que su destino era llegar mucho más lejos, pero se negaba a escucharme. ¿Terminó al menos la colección Shakespeare?

Yo no tenía ni idea de si se refería a las ilustraciones en mis *Obras*

completas o a otra cosa, así que opté por abrir la boca como una tonta.

—No me…

—Malgastó su talento en ilustraciones para no verse obligado a aceptar encargos importantes y así no dejar a su madre demasiado tiempo sola. Es una verdadera lástima. ¿Qué ha dejado al país? ¿Una docena de retratos? Es mejor que nada. Habría jurado que llegaría a alguna parte con Shakespeare. Qué hombre tan necio. Una esposa muere al cabo de cincuenta, sesenta o setenta años como mucho. Una obra en cambio permanece durante siglos, si no milenios, en las manos adecuadas. Aunque lo cierto es que su madre me agradaba. Una mujer hermosa. Claro que no me acuerdo de su nombre. Ah, el amor.

Parecía decepcionado.

Y se fue antes de que me diera tiempo a pestañear siquiera.

Qué crítica tan apasionada.

No pude reprimir la risa.

Sé que mi padre se habría reído.

El círculo de amigos de Saffronia, charlando sobre los poco habituales atardeceres, se había ido alejando de mí y me alegré de poder volver al diván azul y contemplar el espectáculo.

Menos de un cuarto de hora después, precedido por risas, entró un grupo de invitados. Entre ellos había una figura reconocible con ojos gris plateado, un brazo pasado desenfadadamente por los hombros de la mujer a su lado, un vaso con algo en la mano y otro hombre al otro lado refiriendo alguna anécdota humorística.

Casi me pareció oler la tormenta inminente.

Pierce. Mi taciturno fotógrafo. Parecía la encarnación misma de la

joie de vivre bohemia.

Dijo algo a sus acompañantes que hizo reír a la mujer bajo su brazo.

Mi expresión escandalizada me hizo sentir de lo más remilgada.

Entonces quiso el destino que Pierce mirara en mi dirección, aceptara un cigarrillo de un amigo y a continuación frunciera el ceño y me clavara sus ojos.

Lo saludé tímidamente con la mano.

Miró la bebida que tenía en la mano —con el brazo aún sobre los hombros de la mujer— y a continuación de nuevo a mí. Me pregunté cuánto habría bebido.

Se separó de sus amigos y se abrió paso entre la gente. Alguien lo llamó por su nombre y Pierce sonrió y dio una última calada a su cigarrillo mientras se acercaba. Con el ceño fruncido se sentó a mi lado, a una distancia bastante íntima.

—Es ridículo cómo sigue usted sorprendiéndome —dijo.

—Hola, Pierce.

—Emma —Hizo una inclinación de cabeza y apagó su cigarrillo en los restos de su bebida—. ¿Merece la pena que le pregunte qué hace aquí?

Por supuesto, en aquel momento el instinto guardián de Saffronia la impulsó a volverse y vio a Pierce sentado a mi lado con auténtico aspecto de ángel caído y humo saliendo de su vaso.

Me puse de pie cuando la vi acercarse. Pierce me imitó.

—Señorita March —dije en un tono tan solemne que temí ser blanco de las burlas de la habitación entera—. ¿Conoce al señor Pierce? Es mi inquilino. Pierce, ella es Saffronia March.

Saffronia nos miró a los dos fijamente.

Sorpresa y desaprobación no son la misma emoción.

Pero no fui capaz de identificar la que atravesaba su rostro.

—¿Dices que es tu inquilino?

—Vive en Lapis Lazuli Minor. En una casa separada.

—Muy separada —añadió Pierce en voz baja.

—Sin duda le he hablado de él. Tiene su estudio en el salón grande. Todo muy respetable.

Pierce sonrió. Acto seguido extendió una mano en un gesto que solo puedo describir como de un artista saludando a otro.

—Soy Niall Pierce, fotógrafo.

—Saffronia March, pintora. ¿Conoce a Gregory?

—Por supuesto. Todo el mundo conoce a Gregory. Pero ha sido Marianne quien me ha traído.

—Ah, sí —contestó Saffronia—. Es adorable. ¿La conoce de París?

—Nueva York —dijo Pierce sin inmutarse.

—He oído hablar de su casa en la Quinta Avenida, que parece salida de un cuento gótico. Con esculturas en cada habitación.

Pierce levantó una ceja.

—Esa es.

Y empezaron a intercambiar nombres igual que niños canicas. No me esforcé demasiado por seguir la conversación. Entonces Saffronia dijo:

—Ah, aquí viene Gregory a saludar a los invitados. Qué chaqueta tan asombrosa. Estoy decidida a venderle una de mis pinturas italianas.

Y nos dejó solos.

Nos sentamos otra vez.

Y entonces, puesto que Emma Lion es más impertinente que un

gato acechando una carpa dorada, dije:

—¿Quién era esa mujer?

—¿Cuál?

Una respuesta poco prometedora.

—Esa a la que pasaba usted un brazo por los hombros.

—Ah. Daphne. Expusimos a la vez en París. Es escultora.

—Parece…

—Está más loca que el sombrerero de *Alicia en el País de las Maravillas*.

—… encantadora —terminé—. Entonces ¿ha leído *Alicia en el País de las Maravillas*?

—El año después de la guerra. Un amigo pensó que me resultaría entretenido, simbólico incluso.

No pregunté a qué guerra se refería.

Pierce fue reclamado por un trío de personas que debatía sobre si el impresionismo estaba dando paso al postimpresionismo y Saffronia me secuestró para nuevas presentaciones. Las horas restantes de la fiesta las pasamos circulando, pero sin hablar.

Conocí a la anfitriona. Un destello de elegancia en un torbellino de caras.

Ojos de un tono sobrenatural en una cara pálida, pómulos que se marcaban cada vez que sonreía y pelo oscuro del color de la madera de cerezo pulida. Me cogió la mano cuando Saffronia nos presentó.

—Las mujeres audaces llevan vestidos plateados.

Y se fue.

—No ha nacido en nuestra época —le dije a Saffronia mientras la mirábamos abrirse paso elegantemente por la habitación—. Es demasiado bella.

—Su marido opina que tiene más de duende que de humana —comentó Saffronia—. Ven, está por aquí un compositor con el que llevo años queriendo flirtear.

Sentí cierto alivio cuando Saffronia dio por terminada la velada y volvimos a casa.

Dejo constancia de tres cosas dignas de mención

Primera, me dijeron que no podría ser modelo para un retrato extraordinario.

Segunda, me dijeron que podría ser modelo para un retrato extraordinario.

Tercera, Pierce. No le quité ojo. Como casera suya que soy, me reservo el derecho de vigilarlo. En realidad fue maravilloso verlo tan cómodo que hasta se olvidó de su cojera. No se disculpaba por existir entre estas personas. Quizá las guerras hacen salir su lado oscuro y las artes lo mantienen a raya.

Y sí, esa comodidad se ha manifestado pasándole el brazo por los hombros a más de una mujer.

A bastantes más.

8 de diciembre

Me he despertado desorientada y con un agradable dolor de cabeza; no de esos que laten y martillean, sino un recordatorio persistente que requerirá un día tranquilo antes de desaparecer.

Quizá fue todo aquel humo.

Pierce llegó tarde a casa —mucho más tarde que yo— y haciendo el ruido suficiente como para que me diera cuenta. Debió de costarle un buen rato dormirse, porque desde entonces no lo he oído.

Fue una velada bastante maravillosa.

No logro decidir si el mérito es de mi vida o de la suerte de Hawkes.

Más tarde

Emma informa sobre la venta anual en El Recaudo

Hoy ha sido la venta anual en El Recaudo. Sé de su existencia desde que tengo uso de razón, pero nunca había asistido. Todos los artículos que llevan más de un año en El Recaudo —y cuyo valor es menor de veinte libras— se venden con descuento. El propietario del Reed and Rite preside e incluso invita a auditores externos a que revisen los registros y comprueben los precios.

Es algo muy serio.

La alusión de Pierce a las Navidades me hizo darme cuenta de que, si voy a hacer regalos, más me vale ser inteligente. Mi presupuesto es pequeño, pero no raquítico, gracias a la generosa inyección de dinero para comida de Pierce y las diez libras de la

señora Penury. Al revisar los gastos de la casa con Agnes, ahorré en lo que pude y fui a la venta con la esperanza de reconocer el regalo adecuado cuando lo viera.

Esperaba encontrarme una buena selección.

Lo que me encontré es muchísima gente.

Era imposible abrirse paso entre la multitud, y las manos asían objetos de la mesa a tal velocidad que «afanar» sería un verbo más apropiado para describirlo. No vi nada que pudiera ser un buen regalo para nadie, y empezaba a desanimarme cuando encontré dos cosas. La primera era una lata de acuarelas a medio usar. Aunque no soy artista, se me ocurrió que podría usar los colores para hacer unas tarjetas sencillas. La segunda era una bolsa llena de hilos de bordar y plumas de ganso. Los hilos estaban algo enredados, pero no demasiado, y me di cuenta de que, con algo de esfuerzo y recurriendo a la destreza que me inculcaron en Fortitude, podría tener los regalos solucionados. Con la bolsa en una mano y las acuarelas en la otra, me abrí paso hasta la entrada y pagué una suma de lo más modesta antes de desear al hombre detrás del mostrador suerte con la venta.

Después subí al piso de arriba a ver los artículos nuevos y encontré —por un precio razonable— un libro encantador para apuntar recetas y un juego de plumas.

Creo que a Agnes le gustarán.

Más tarde

Emma informa sobre El Romano

Ya tenemos once puntos de referencia en nuestro mapa y hoy han llegado cinco notas nuevas. Hay un obstáculo imprevisto, a saber: algunos avistamientos son de la semana pasada mientras que otros ¡datan de hace treinta años!

El primo Archibald y yo hemos convenido en que debemos porfiar sobre el problema e idear un plan.

—Hemos de porfiar —dijo él.

—¿Porfiar, primo?

—Vivimos tiempos viles y modernos —zanjó él—, si no se puede utilizar la palabra «porfiar».

—Porfiemos, pues.

Es una cosa muy seria.

9 de diciembre

Hoy Hawkes ha llegado tarde a la iglesia. La congregación se había reunido, había cantado y el vicario seguía sin aparecer. Para el tercer himno, el corista y el organista intercambiaban miradas desesperadas.

Pero Hete Aquí que las puertas se abrieron con brío y entraron Los Diez Réprobos en tropel. Los diez.

Hawkes no parecía tan exhausto como los otros nueve, aunque me atrevo a suponer que no había dormido en su cama. Recorrió el pasillo con admirable seguridad, desapareció en su despacho del fondo —la antigua sacristía— y luego regresó al púlpito. Mirando a sus desconcertados feligreses, abrió el libro que llevaba en la mano y dijo con gran decoro:

—Marley había muerto.

La congregación comprendió, después expresó su aprobación, y todos nos acomodamos para escuchar a nuestro bendito vicario leer las tres primeras estrofas de *Cuento de Navidad*, de Charles Dickens. La señora Owlsfield (Campo del Búho, un nombre que siempre me ha gustado) había traído de contrabando una lata entera de galletas que compartió con toda nuestra fila.

Islington no estaba presente, probablemente en un intento de evitar que yo conociera sus horarios.

Tras el servicio, con todos agradablemente satisfechos, me encontré rodeada. Personas de todo St. Crispian's tenían historias que contarme sobre El Romano. No estaba preparada.

—¿Podrían ponerlo por escrito? —les pedía—. Envíenme una nota,

por favor.

Justo cuando estaba perdiendo la esperanza de recordar todos los sucesos mencionados, me pusieron una libreta en las manos junto con un lápiz.

Volví a casa con el corazón lleno de Dickens y el bolsillo lleno de avistamientos.

Cuando miré la libreta en busca de pistas sobre su dueño, solo encontré las iniciales F. N. H.

¿Quién es F. N. H.?

La H podría ser de Hawkes, por supuesto, cuyo nombre de pila es Nigel, según se ocupan de gritar los de la última fila. Pero ¿significaría eso que tiene otro nombre, uno que desconocemos?

Intenté encontrarlo, a Hawkes, no solo para preguntarle por la libreta, sino también para darle las gracias por *La isla del tesoro*. Pero, igual que la marea cuando se retira, había desaparecido.

10 de diciembre

Se ha corrido la voz. Dos veces me han llamado ya La Joven que Busca a El Romano unos desconocidos en la calle. Como si yo fuera una campesina enamorada del hijo del terrateniente.

Más tarde

Emma:

Tenemos invitados por Navidad. Te esperamos en el primer tren la mañana del 21. Traerás a tu acompañante. Te ayudará y prestará cualquier asistencia adicional que mi ama de llaves requiera para una casa llena de invitados durante las fiestas. Mantendrá su verruga fuera de la vista de mis invitados. Tú mantendrás tu sonrisa debidamente contenida. Tráete todo tu guardarropa de invierno; quiero inspeccionar su calidad. Y, Emma, dado que te proporciono la ropa pese a que tienes una asignación, trae un regalo para cada uno de los invitados. Adjunto una lista completa.

Tu tía Eugenia

No.

Me niego.

Me niego en redondo.

«Porque siempre tendréis a tía Eugenia con vosotros, mas a mí no siempre me tendréis».

No creo que a Dios le moleste la retraducción.

No. Dios me diría: «Emma, cabeza alta. Si la mentira te abrió la puerta, puede cerrártela al salir».

O quizá no.

Me vienen a la cabeza ciertas opiniones bíblicas sobre el falso testimonio.

Soy una cristiana decente, pero desde luego no ejemplar.

Tendré que preguntarle a Hawkes si el acoger generosamente a un villano degenerado en mi casa compensa ciertas pequeñas falsedades, a saber: una acompañante inexistente.

En cuanto a las Navidades, incluso si quisiera ir a Spencer Court —y no es el caso—, aún no estoy preparada para confesar mi falta de una acompañante apropiada y perder así la poca libertad que he conseguido ganarme.

¿Es demasiado pedir que se permita a una mujer joven pasar la Navidad en su casa con un gato que en realidad no es suyo, una cocinera escocesa ahogada de preocupación por su inminente examen y un pariente lunático?

Espero que Pierce no se marche a ningún sitio.

Más tarde

Hace un momento estaba en la cama y he oído campanas. No las ruidosas campanas del campanario de la iglesia resonando en el vecindario, sino pequeñas y nítidas, como campanillas de trineo o mágicas.

11 de diciembre

Agnes se está esforzando muy seriamente en mejorar sus recetas. Yo me estoy esforzando muy seriamente en asegurarme de que no miento cuando le digo que ha mejorado mucho desde que llegué, en marzo. Empieza a resultar cansado.

Me he puesto manos a la obra con los regalos de Navidad y tengo los dedos en carne viva de tanto pinchazo. Se me había olvidado lo torpe que soy con la aguja.

Más tarde

Querida tía Eugenia:

Su invitación es muy generosa, pero siento decir que no podré acompañarlas en Navidad. Me necesitan en Lapis Lazuli. Le informo de que he visto a lord West y, como sé que continúa en la lista de posibles maridos de Arabella, lo socorrí en su nombre.

Espero verlas a usted y a Arabella cuando regresen a Londres en el nuevo año.

Respetuosamente,

Su sobrina

Las probabilidades de que tía Eugenia acepte mi negativa son pequeñas. Pero no pienso irme a Berkshire sin oponer resistencia. He sellado el sobre y leído un soliloquio de Shakespeare encima de la carta para que me dé buena suerte.

12 de diciembre

Mi madre era de la opinión de que la Navidad —una Navidad como es debido— tenía que deleitar todos los sentidos sin excepción. Hacía que mi padre pintara escenas navideñas en las ventanas y colgara campanillas en la puerta para tener música de hadas. En la cocina hervía despacio una olla con canela y limón y había una manta navideña confeccionada con terciopelo y seda de vestidos que mi madre había llevado de joven, antes de que casarse con mi padre la apartara de una vida acomodada. Y cada 12 de diciembre horneaba galletas de jengibre.

Sin excepción.

Yo me despertaba con el olor a jengibre y melaza inundando la acogedora casita.

Mi madre horneaba una familia de galletas de jengibre y todas las piezas necesarias para construir casitas. Cuando se enfriaban, empaquetábamos una casa de jengibre para enviar a Arabella y Damian en Spencer Court y otra para Maxwell y Evelyn en Barrows Edge.

Mi padre dibujaba una tarjeta de Navidad y yo escribía las cartas.

Una vez enviados los paquetes, los tres construíamos nuestra propia casita, con glasa real sosteniendo toda la estructura.

A veces mi madre guardaba violetas confitadas desde la primavera.

Anoche soñé que mi madre estaba en Lapis Lazuli horneando galletas de jengibre. Yo la ayudaba. Nadie más. Hicimos una casa

para Arabella, y para Mary, y para Saffronia, Roland, Pierce e Islington, y para Hawkes.

«¿Y Maxwell?», pregunté cuando las dispusimos sobre la mesa.

Y mi madre —tan tangible que yo apenas podía respirar— me cogió del brazo. Me di cuenta de que éramos de la misma altura.

«Ya le he dado una a Maxwell», dijo. Y me besó en la mejilla.

Desperté del sueño.

Teobaldo ronroneaba como una pequeña tormenta junto a mí, con el hocico húmedo pegado a mi rostro, y la casa, toda ella, incluido el desván, olía a jengibre y a melaza. Me puse el chal de mi madre encima del camisón y corrí escaleras abajo.

La cocina estaba caldeada y Agnes sacaba una bandeja de galletas de jengibre del viejo y testarudo horno.

—He pensado que, como es Navidad, tal vez me examinen de galletas de jengibre —fue lo único que dijo.

Y me tendió un hombre de jengibre, tierno y perfecto.

—¿Tenemos suficiente para hacer una casa? —pregunté.

—Creo que tenemos suficiente para tres —respondió extendiendo más masa.

Me obligué a subir a cambiarme, pero pronto bajé y me puse a ayudar a Agnes.

Y en dos cajas puse suficientes galletas de jengibre para una casa. Una con una carta para Arabella. Una con una carta (breve) para Evelyn. Después de decorar una tarjeta con las acuarelas que había comprado en la venta de El Recaudo, cerré la caja con cordel de cocina y pedí a Parian que las enviara de inmediato.

La última casa la decoré yo misma.

Más tarde

Pierce tuvo clientes toda la tarde, entrando y saliendo, entrando y saliendo. Intenté mantener al primo Archibald lejos del recibidor, donde acostumbra a declamar las injusticias contra su persona a intervalos aleatorios cualquier día que se le antoje. Cuando se marchó el último cliente de Pierce y este entreabrió la puerta de su estudio, entré con una bandeja de té y una montaña de hombres de jengibre.

Pierce estaba enrollando algunos fondos y guardándolos en su sitio, con el equipo de fotografía esparcido por la habitación.

—Un regalo del cielo —murmuró. Se pasó una mano por el rostro y cojeó hacia mí. En mi lista de Cosas que he Notado de Pierce Pero Jamás me Atrevería a Preguntar (título no sustentado *in veritas*, pues mis preguntas inopinadas siempre me sorprenden), he llegado a la conclusión de que hace todo lo posible por controlar su cojera cuando trata con clientes, solo para pagarlo después, cuando los músculos de su pierna se resienten de tales maniobras.

—Siéntese —dije—. Ya sirvo yo.

Se acomodó en su sillón de cuero marrón y yo en el sofá, y le preparé el té como le gusta (que es más bien poco, salvo que lleve whisky), y lo obligué a comer unas galletas de jengibre.

—Huele a Navidad —comenté sonriendo—. Festivo y consistente.

Pierce gruñó y dio un sorbo a su té. Luego, sacando una petaca del bolsillo del abrigo que había abandonado sobre el brazo del sillón, lo aderezó a su gusto y el segundo trago le arrancó un sonido de alivio.

—Imagino que ha tenido mucho trabajo —dije.

—Necesito costear mi lujoso estilo de vida.

Resoplé y Pierce sonrió, aunque frunció el ceño cuando su tono de voz se endureció.

—Detesto esta época del año.

—¡Pero si es Navidad!

—Ya lo sé. No me gusta.

—¿Y eso por qué?

—Demasiada bebida —respondió con indiferencia—. Y demasiada alegría. No soy de alegrías.

—Hable en serio. ¿No recuerda ninguna Navidad feliz, Pierce?

Quería una respuesta sincera, no una ingeniosa. Y él lo supo, porque se sacó del bolsillo un cigarrillo y una cajita de cerillas, lo encendió, dio una larga calada y luego, dejando que el humo ascendiera lentamente, apuró el té de un trago.

De haberlo visto mi tía Eugenia, habría montado tal escándalo que habrían tenido que internarla.

Un argumento bastante sólido a favor de organizar tal encuentro…

Estoy divagando.

Pierce suspiró antes de responder.

—Cuando era muy pequeño.

—¿Era mágico?

—No. Sí. No sabría decirlo. Era acogedor, había pastel de carne y pudin, un regalo en la mesa en Nochebuena para mi hermana y para mí. Mi padre tenía una voz potente para cantar y…

Eso fue todo. Dejó de hablar, miró la taza vacía, luego se pasó la mano por el rostro y maldijo.

Me disculpé por haberle hecho recordar algo doloroso, a lo que Pierce replicó que todo era doloroso.

—No ha hecho nada malo —concluyó—. ¿Pasará las fiestas fuera? ¿Con su tía, quizá?

—Aquí —respondí cogiendo otro hombre de jengibre—. Tengo intención de pasar una Nochebuena festiva y un día de Navidad tranquilo y gratificante. Tenía la esperanza de que se uniera a mí, al menos en Nochebuena. A no ser que lo hayan invitado a otro sitio.

—Me han invitado, sí.

—Una lástima para mí, pero me alegro por usted. —Sonreí—. ¿Algún amigo artista?

—Tengo una docena de invitaciones, pero las he rechazado todas. Así que aceptaré la suya siempre que no se me pida participar en algún juego tonto. Ni que cante. O me muestre abiertamente festivo.

—¿Será simpático?

—Mucho.

—Perfecto.

Así pues, está decidido; no pasaré las Navidades sola con el primo Archibald.

Ni siquiera yo me merezco algo así.

13 de diciembre

Estoy en un tren.

De forma inesperada.

Un granuja de rostro impenetrable está sentado frente a mí, mirando por la ventana como descifrando una obstinada bola de cristal.

Jack ha reclamado su segundo favor y no parece contento.

Estaba trabajando en mis regalos de Navidad en la buhardilla esta tarde —bordando, Emma, ¿cómo has podido estar tan loca?— cuando subió Agnes y me informó de que había venido alguien.

—Parece contrariado.

—Ah, ¿sí? ¿Es Islington? ¿Ha venido a romper mi mapa? Llevamos casi cincuenta avistamientos registrados, ¿sabes? No todo St. Crispian's desaprueba mi plan.

—No es Islington, señorita. Creo que ya vino una vez, cuando estaban aquí todas esas mujeres que se creen Jane Eyre.

—Sí, Islington.

—El otro.

—¿Jack?

—Y el señor Flat le está hablando de batines y el hombre parece enfadado.

Corrí al salón de recibir.

Jack estaba junto a la ventana.

El primo Archibald caminaba en semicírculo mientras daba su conferencia. Por supuesto llevaba batín. Las comisuras de la boca de

Jack apuntaban peligrosamente hacia abajo y sospecho que el primo Archibald nunca sabrá lo cerca que ha estado de morir.

Mis intentos por evitar una investigación de asesinato por parte de Scotland Yard resultaron en algo como:

—¡Jack! Siento el retraso. Primo Archibald, Agnes te necesita en la cocina. Aún quedan galletas de jengibre y opina que te las mereces más que nadie. Sí, no te preocupes. No hace falta que termines tu discurso. El señor Hollingstell ya tiene mucho en lo que pensar.

Momento en el cual conseguí acorralar al primo Archibald, sacarlos a él y a su bastón por la puerta y cerrarla antes de que tuviera tiempo de darse la vuelta.

—Lo siento mucho, Jack —dije mientras mantenía cerrada la puerta contra los forcejeos del primo Archibald con la manilla—. Exorcizar al señor Flat es más difícil de lo que cabría suponer.

Debería haberme ahorrado mis palabras.

Jack no estaba de humor para bromas.

Me miró sombrío.

—Preséntese en la estación dentro de dos horas. Lleve equipaje para una noche.

Estaba claro que me había equivocado al pensar que The Drunken Duck era lo más lejos a lo que Jack podía llegar.

—Pero…

—Me debe un favor, ¿verdad? —Su interrupción fue cortante y mostró una frialdad que yo había sospechado pero no visto—. No rompa su palabra. Mandaré un coche de punto que la lleve a la estación Victoria a las cinco y media. —Cruzó la habitación hasta mí —. No se retrase.

Y no me dio otra opción que apartarme de su camino para que

pudiera salir.

Consideré no ir.

¿Puede una mujer viajar en tren? Sin duda.

¿Hacer la maleta para una noche, sin embargo, subir a un tren y desaparecer con un… lo que sea Jack?

Me parece una cosa muy distinta.

Pero tenía razón.

Habíamos hecho un trato.

Le debía otro favor.

No se trataba solo de que le hubiera dado mi palabra, sino también de algo que había en su cara. Estaba enfadado; peor, contrariado. Lo que sea que necesite de mí es algo que preferiría hacer él. Y no puede.

Así que me preparé para ir.

Después de guardar algunas cosas imprescindibles en una bolsa pequeña, informé a Agnes de que me requerían en otra parte.

—Tengo que ayudar a una amiga esta noche, así que solo tendrás que hacer la cena para el señor Flat.

—Y el señor Pierce.

—Pensaba que iba a salir. ¿Te importa?

—No, señorita, me ocuparé de que cene bien —dijo Agnes, que aprecia las virtudes de la contribución monetaria de Pierce para con los carniceros y los fruteros.

Me puse el vestido verde debajo del abrigo gris viejo —no pensaba poner en peligro el nuevo— y estaba preparada con los guantes y el sombrero puestos y la bolsa en la mano cuando llegó el coche. Salí antes de que a nadie le diera tiempo a hacer preguntas.

El cochero era el mismo que me había llevado a The Drunken

Duck.

—Buenas tardes —dije.

Por toda respuesta emitió un sonido y apenas esperó a que hubiera cerrado la puerta para azuzar a los caballos.

La estación estaba llena de viajeros cansados. Puesto que no conocía mi destino —y era sombríamente consciente de que no tenía ni idea del propósito de aquella excursión—, me preocupó no ser capaz de encontrar a Jack. No hizo falta.

Enseguida estuvo a mi lado cogiéndome el brazo en actitud posesiva, con los billetes en el bolsillo del abrigo. Nos subimos en el tren que iba a Essex.

Miré expectante a Jack en espera de una explicación.

—Estamos casados —dijo. A continuación se recostó en el asiento y cortó el aire con su mandíbula al girarse para mirar furioso por la ventana.

Nada más.

Así que un matrimonio, pero no feliz.

Resignada al misterio, he sacado mi diario para dejar constancia de lo sucedido. Por si aparece mi cadáver en las orillas del Támesis.

Más tarde

¡Jack es un bribón! Un bribón desesperado, quizá, pero eso no es excusa.

De todos los planes que podría haber imaginado, este no me lo esperaba.

¿Cómo puede vivir consigo mismo? ¿Y cómo se atreve a enredarme a mí?

No, no es asesinato. Pero sí un engaño de la peor especie.

Son casi las tres de la madrugada, pero no puedo dormir. Tampoco Jack. Está de pie frente a la ventana, mirando la oscuridad. Me había dormido en el tren, así que al bajar tardé un momento en orientarme. Jack ni se fijó. Llevaba mi bolsa y la suya y echó a andar en la oscuridad que rodeaba la pequeña estación con esa seguridad que solo puede ser producto de la familiaridad.

Su humor era más sombrío aún que la noche anterior.

—¿Se puede saber a dónde vamos? —pregunté furiosa llegado un momento.

No obtuve respuesta.

Después de lo que me parecieron unos tres kilómetros de una carretera en mal estado, torcimos por una calle pequeña llena de árboles. Sin luz que me guiara e insegura de por dónde pisaba, me resigné a cogerle el brazo.

Entonces la ventana de una casita iluminó los árboles. No era lo que me había esperado. Aunque, claro, tampoco sé lo que tenía en mente. ¿Un refugio de contrabandistas? ¿Una partida de cartas clandestina con grandes cantidades de dinero? ¿Enterrar un cadáver?

Visitar una casita en plena noche no había estado en mi lista. Pensé que quizá cada diciembre Jack elige hacer una buena acción. El pensamiento casi me hizo reír.

Jack llamó a la puerta con el dorso de su mano enguantada y esperamos.

Volvió a llamar.

Por fin abrió una mujer de mediana edad.

La puerta proyectó mitad luz, mitad sombra en la cara de Jack y la mujer dio un respingo.

Jack no dijo nada y yo tampoco. Abrió más la puerta y me invitó a entrar (lo de invitar es una interpretación generosa) antes de cerrarla. Se quitó el sombrero pero se lo quedó en la mano.

—¿Cómo está? —preguntó.

—Mal.

—No me extraña, después de sus cuidados… —dijo Jack—. Quédese en la cocina. O váyase a casa. No quiero que me moleste.

La mujer hizo ademán de protestar, pero la mirada amenazadora que le dirigió Jack le hizo cerrar la boca. Yo, en cambio, me había cansado de aquel comportamiento.

—Pero, querido —dije sin saber qué nombre usaría Jack en aquel lugar triste y desquiciado—, no hay necesidad de echar a nadie. Soy Emma —me presenté—. ¿Cómo está usted?

—Señora Shaw —contestó—. Soy la vecina que ha estado ayudando con las comidas y esas cosas.

—Gracias, señora Shaw. Por favor, disculpe el comportamiento de mi marido. Está de mal humor, lleva horas sin comer. ¿Y si tomamos un té?

La mujer me miró atónita, como si yo fuera Midas y hubiera convertido la habitación en oro. Jack no estaba tan admirado. Dejó nuestro equipaje, me cogió del brazo con los dedos y me sacó al pasillo. Tardé un momento en darme cuenta de que le temblaba la mano.

Abrió la puerta, me cogió de la mano y entró en la habitación.

—¿Hola? —dijo una voz débil desde la cama.

Había una única vela; era una escena bastante gótica.

Casi con amabilidad, Jack contestó:

—Deberías estar dormida.

—¡Jack! ¡Jacky! ¿Eres tú?

—Pues claro, madre —contestó Jack—. Y además te he traído un regalo de Navidad.

Para entonces la mujer se había echado a llorar.

—¡Has venido!

Algo cambió en el rostro de Jack. Un atisbo de culpa pronto reprimido.

—Sí —contestó en tono desdeñoso. Y añadió—: Quiero presentarte a mi mujer, Emma.

Y Jack me obligó a entrar más en la habitación y me empujó hacia delante.

Abrí la boca e intenté dar media vuelta, pero sus manos me sujetaban por los hombros.

—Emma, es mi madre, Abigail.

—¡Una hija! Ay, Jack. Es preciosa. Cuánto me alegro de conocerte, Emma. Nunca he visto una… —tomó aire despacio— una muchacha tan bonita.

Tragué saliva y conseguí decir:

—Hola.

—Emma es hija única —comentó Jack—. Su padre es…, bueno, es un buen hombre. Propietario de…

El gran Jack Hollingstell estaba aturullado. De haberse tratado de una situación distinta, de otro plan, lo habría mirado cavar su propia fosa y con placer, además. Pero me puso una mano en la cintura como si no quisiera perder el equilibrio.

Y tuve la certeza de que su madre se estaba muriendo.

—Es propietario de un negocio importante —contesté yo por Jack

—. Vajillas de té encantadoras, corderos de cerámica y esas cosas. Y alfombras, por supuesto. ¡Y una fábrica!

Jack me pellizcó el brazo. Mi *pater* ficticio, titán de la industria, ya tenía méritos suficientes.

—Es un buen hombre, madre. Me ha dado una oportunidad y he trabajado duro. Sé que no siempre has estado orgullosa…

La madre empezó a objetar, pero no era más que un gesto simbólico. Estaba claro que Jack le había roto el corazón.

—… pero he estado trabajando y luego conocí a Emma.

—Ay, Jack.

Desde luego que ay, Jack.

Confirmado, pues, que Jack es su verdadero nombre. Y que he sido traída aquí para hacer pensar a una madre moribunda que su hijo ha vuelto al buen camino y se ha casado con la hija de un hombre respetable.

Qué mentira tan atroz.

Jack me parecía el hombre más cruel del mundo.

Engañar a una madre agonizante.

Esta levantó una mano huesuda.

—Debéis de estar hambrientos.

—No mucho —empezó a responder Jack.

—Qué amable —dije con dulzura—. Jack, a los dos nos sentaría bien un refrigerio.

—La verdad es que…

—Jack —lo interrumpí con una sonrisa amenazadora.

—Ve, Jacky. No tardaréis mucho.

Así que Jack y yo salimos de la habitación de la enferma y cerramos la puerta. Nada más irnos, la mujer empezó a toser

desesperadamente. Cerré los ojos a un sonido que tan familiar me resultaba.

Jack hizo ademán de ir a la cocina, pero le aferré el brazo como con una tenaza.

—Jack —susurré furiosa—. ¡Me ha traído aquí para que mienta a su madre moribunda!

Levantó un dedo pidiendo silencio.

—Sígame la corriente. A ella le quedan horas como mucho.

Reuní fuerzas y di una bofetada a Jack.

Me hizo daño en la mano y el dolor me subió hasta el hombro. Estaba preparada para que me devolviera el golpe. Pero lo que hizo fue llevarse una mano a la cara y mover la mandíbula.

—¿Ha terminado? —preguntó.

—¡No pienso contribuir a esta mentira!

—Ya lo ha hecho.

—Jack…

—¡Emma! —Y me llevó no a la cocina, sino a un cuarto de estar atestado, oscuro y sin caldear, como si no hubiera ardido un fuego bajo aquel techo torcido desde hacía años. Me condujo hasta un rincón y una vez allí me cogió por los hombros y me zarandeó como si yo fuera una niña—. Emma, he sido el peor hijo que se pueda imaginar. Una decepción tras otra. Todo lo que mi madre quería de mí era un poco de decencia, una vida honrada. Un mes honrado, incluso. La he abandonado al frío, al cansancio y a la enfermedad. No se queja. Sigue creyendo que tengo un lado bueno. Se niega a decir una mala palabra en mi contra. Es una santa, Emma, una maldita santa. Se está muriendo y no soporto desilusionarla una vez

más diciéndole quién soy realmente. ¿Lo entiende? ¿Quiere que muera pensando que ha fracasado?

La tenue luz de la luna que entraba por la cortina iluminó sus ojos parpadeantes, decididos a hacerme comprender pero incapaces de sostenerme la mirada.

Creo que fue algo inusual en Jack, que miente con una naturalidad pasmosa. Pero la luz de la luna reveló la verdad. Jack estaba avergonzado. Estaba avergonzado de presentarse ante el lecho de muerte de su madre siendo el hombre que era.

—Por favor, por favor —susurró—. Hágalo por ella.

—Es por usted, Jack.

—No.

—Jack…

—Le devolveré el favor.

Herví de furia.

—¡Esto no es una transacción! Alguien se está muriendo.

—¡Entonces deje que muera en paz! —Y se apartó de mí—. No puedo cambiar nada a estas alturas, solo darle algo, lo que sea.

—Una mentira —le quise hacer entender.

—¡Una esperanza! Emma, déjela creer. Déjeme creer que podría ser cierto.

Era un embustero. Una víbora. Y estuve a punto de decírselo. Pero la madre de Jack empezó a toser. Una tos ronca y fatigosa.

—Vaya —dije.

—Emma.

—¡Vaya! Llevaré té.

Fue un momento de fría tensión, yo en un lado de la habitación desnuda, él en el otro.

—Vaya usted, Jack. —Me temblaba la voz—. Si muere esta noche, no debe apartarse de su lado, ¿me oye? Entre ahí y cójale la mano aunque sea lo último que haga.

Jack levantó el mentón, desafiante; se pasó las manos por el pelo.

Y se fue.

No fui consciente de que tenía lágrimas en las mejillas hasta que empecé a buscar la cocina. Pero era demasiado tarde para esconderlas de la señora Shaw. Era una mujer de facciones duras con una línea a modo de boca, pero al ver mi cara su expresión se suavizó.

—Perdóneme —logré decir—. ¿Hay algo de té que pueda llevar?

Se levantó sin asentir con la cabeza, me miró de arriba abajo y fue al hervidor que estaba en el fogón, en un rincón.

—Me sorprende que Abigail quiera té.

—Puede que no, pero le llevaré un poco a Jack.

La mujer resopló.

—¿Tendría algo de pan para acompañar?

Estaba muerta de hambre.

Preparó una pequeña bandeja. Tres tazas de té, dos trozos de pan basto untado con mantequilla.

—No comerá gran cosa —dijo a modo de explicación—. Lleva meses así. Tisis.

Me tapé la cara con las manos.

—Sí.

—¿Ya lo había visto antes?

—Mi madre.

Chasqueó la lengua. Respiré un momento y a continuación dije:

—Voy a llevarme a Jack a la leñera y darle una azotaina.

La señora Shaw no intentó reprimir una pequeña sonrisa.

Llevé la bandeja al dormitorio y reparé en lo viciado que era el aire ahora que sabía lo que estaba por llegar. Abigail estaba recostada en dos almohadas raídas, cogiendo a Jack de la mano. Sonreía.

—Qué amable —logró decir.

—¿Le apetece un poco de té? ¿Agua, quizá?

—No, toma tú un poco, querida. Y Jack. Un capataz debe… —tosió— mantenerse fuerte.

Capataz.

Qué ascenso tan impresionante.

Le di a Jack una taza de té y el pan basto, que miró con un desprecio apenas disimulado, y cogí el mío antes de sentarme en una vieja silla de un rincón.

—¿Cómo estás, querida? —preguntó Abigail.

—Estupendamente ahora, con un poco de té. —Traté de sonreír animadamente. Las hojas de té eran viejas y el agua no parecía de un pozo demasiado fresco.

—Me… —tomó aire— asombra que sientas apetito. Cuando yo iba a tener a Jack estuve cinco meses seguidos sin comer.

Por desgracia, escupí el té acompañándolo de un sonido de incredulidad.

—Pobrecita mía. Estás pachucha. Ya mejorarás. A medida que crezca el niño te encontrarás mejor. Me atrevo a decir que incluso hambrienta.

Presa de un torbellino de emociones, intenté asentir con la cabeza mientras con un pañuelo me limpiaba la cara y mi persona después de dejar la taza de té en una banqueta cercana.

—Eh…, sí —empecé a decir—. Ya veo que le has contado lo del

niño, Jack. Qué maravilla.

Jack estaba recostado en su silla mirándome con una sonrisa que no mitigaba en absoluto el brillo afilado de sus ojos.

—Pues claro, querida. Quería que madre supiera la buena noticia.

Así que Emma M. Lion reunió fuerzas y dio lo mejor de sí.

—¿Sabe? Jack quiere gemelos, puesto que los hay en mi familia. Chicos. Todos chicos. Mi padre es gemelo. Su primo. Su abuelo.

Y así proseguí el recuento ficticio de mi árbol genealógico y de todas las cosas que haría Jack con el pequeño Jacky y el pequeño George.

Abigail escuchó con los ojos cerrados hasta que tembló y se sumió en un sueño profundo. Yo seguí hablando de esta vida idílica en una cómoda casa cerca del parque, y el colegio al que quería que fueran mis hijos, y veranos en Escocia, hasta que supe que ya no oía nada.

—Me alegro mucho de que le hayas dado la feliz noticia, querido —dije cruzando los brazos y recostándome en la silla.

Por primera vez en toda la noche, vi un atisbo de sonrisa sincera en Jack. Me miró a los ojos.

—Sé cómo endulzar un trance.

—Nunca lo habría sospechado.

Y ahora llevamos aquí horas, Jack mirando por la ventana y yo haciendo vigilia desde el rincón, mirando dormir a su madre. En ocasiones su respiración se vuelve tan pausada que Jack gira la cabeza. Entonces el movimiento o el sonido más leves nos dicen que sigue con nosotros.

He estado intentando imaginar a Jack aquí de niño y soy incapaz.

Un intrigante como él tiene que haber crecido en la ciudad y haber aprendido su oficio desde joven.

—Jack, ¿tiene usted hermanos? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—No.

—¿Y su padre?

Se encogió otra vez de hombros, pero no contestó.

La señora Shaw hace rato que se ha marchado a casa, agradecida de ceder a otra persona su puesto junto al lecho de muerte. Hace una hora yo tiritaba —hay muy poca leña en la casa—, pero Jack, al darse cuenta, me puso su abrigo de lana sobre los hombros.

Ninguno de los dos hemos dormido.

Está resultando ser una noche muy larga.

14 de diciembre

De vuelta en Londres. Antes de lo que esperaba; mi bolsa de viaje sigue sin deshacer, puesto que no llegué a cambiarme de ropa. La madre de Jack ha muerto y él está enfadado.

Justo antes de amanecer se espabiló y empezó a cerrar la mano alrededor de nada. Pude ver arrugas de dolor en su cara, pero Jack, que llevaba horas junto a la ventana, se acercó y le cogió la mano consumida.

—Estoy aquí, madre.

—Jack —susurró ella—, ¿te acuerdas de aquel día en la playa?

—Me acuerdo.

—Fue la única vez, la única vez que te llevé al mar.

—Me acuerdo. Estaba tan sorprendido al ver tal cantidad de agua que me eché a llorar.

Entonces su madre respiró hondo y dijo algo de lo más peculiar:

—De niño nunca llorabas, Jack. De recién nacido sí. Todos lo hacen. Pero de niño eras un estoico. Incluso cuando te rompiste el brazo. Y en cambio allí estabas, con siete años y llorando ante la vista del mar.

La sonrisa de Jack era incómoda. Su madre continuó, pero casi en un suspiro.

—¿Por qué? Siempre me lo he preguntado. ¿Por qué no lloraste por el padre que nunca conociste? ¿Cuando estabas enfermo o cuando tuvimos que cambiar de casa? ¿O cuando esos niños no dejaban de hacerte daño? ¿Por qué con el mar?

Traté de no moverme en mi rincón a oscuras, pero tenía los ojos

abiertos.

—¿Por qué lloraste, Jack? —dijo la madre con voz ronca—. Dímelo.

—Lloré porque nunca había imaginado que nuestros problemas pudieran parecer pequeños.

Mi sollozo no fue intencionado. Me salió al apretarme las mejillas con los dedos. Jack me miró; sus ojos eran como dos monedas, no parpadeaban. Se había olvidado de que yo estaba allí.

—¿Me traes un poco de agua, Jack? —preguntó Abigail.

Y, cuando salió Jack de la habitación, Abigail susurró mi nombre y me reuní con ella junto a la cama, en la silla que había dejado libre Jack. Me tendió la mano y, aunque tenía algo de sangre en la suya por haber tosido con fuerza, se la cogí.

—Emma, no sé quién eres, pero perdona a una mujer moribunda por saber cuándo está mintiendo su hijo.

Casi lloro de alivio.

—Lo siento muchísimo —dije—. No conocía sus intenciones. Solo sabía que necesitaba mi ayuda.

—Me alivia —respiró hondo— saber que te cuenta entre sus amistades. —Abigail me apretó la mano—. Quería que tuviera una mejor opinión de él, ¿entiendes?

—Sí —susurré—. Quería darle un motivo para estar orgullosa.

Tosió, una sola vez.

—Nunca ha logrado entender que siempre le he querido.

Oímos las pisadas de Jack en el pasillo.

Cuando entró, me dio un vaso de agua, y ayudé a Abigail a dar un sorbito; después Jack acercó la silla en la que había pasado yo la noche y la colocó junto a la mía.

Parecía aliviado de tener a alguien entre él y su madre.

—Prométemelo, Emma.

De no haber sabido que la madre había descubierto nuestra pantomima, se me habría parado el corazón.

—No le pidas nada a Emma, madre —dijo Jack—. Ya le pido yo demasiadas cosas.

Fue un noble intento, pero Abigail no pensaba darse por vencida; su frágil mano asió la mía con toda la fuerza de la que era capaz.

—Prométeme que cuidarás de Jack. Le irá bien… Puede irle bien. Pero necesita buenos consejos, a alguien que no… —tomó aire— no lo deje atrás.

—Le daré todos los consejos que esté dispuesto a escuchar.

La sonrisa que me dio era de conmiseración. Entonces se estremeció y se agitó con un suspiro trémulo. Fue tan inesperado que Jack y yo tuvimos que acercarnos para entender lo que significaba el silencio que siguió.

Jack contuvo la respiración mientras su madre vaciaba sus pulmones enfermos en la habitación. A continuación… se marchó.

Jack se dejó caer en su silla. Yo mantuve la vista fija en la cara de Abigail, incapaz de mirarlo a él; no se me ocurría nada que decir. Todo el tiempo que Jack permaneció en silencio, hice lo mismo.

Cuando por fin se puso de pie, carraspeó y rodeó la cama para cubrir a su madre con la manta raída; yo salí de la habitación para darle intimidad.

Era muy temprano por la mañana, con una luz azul y escarchada de diciembre, y yo estaba en la puerta mirando el mundo helado y pensando. El alivio de que la madre de Jack supiera la verdad y de contar con su bendición era algo para lo que no había estado

preparada. Y creo que fue entonces cuando empecé a sospechar que la suerte de la que hablaba Hawkes podría ser en realidad un estado de gracia.

Poco después apareció la señora Shaw por el sendero, caminando con rigidez y trayendo el desayuno.

—¿Ya ha muerto? —preguntó al ver mi cara.

Y lo dijo con alivio.

—Sí. Jack está con ella.

Con una inclinación de cabeza, contestó:

—Debería haber estado con ella mucho antes.

Sí, debería. Pero me parecía desleal decirlo en voz alta.

No esperaba ver a Jack tan pronto, pero salió con el abrigo y el sombrero puestos, mi abrigo en el brazo y las bolsas en la mano.

—Nos vamos.

—Pero, Jack…

Me interrumpió volviéndose a la señora Shaw y poniéndole algo en la mano.

—Aquí hay dinero suficiente para su entierro. Para comprarle ropa decente. Por las inconveniencias que haya podido causar. Que el vicario diga unas palabras. Y flores, debería tener flores.

—Jack, no hablas en serio. ¿No vas a quedarte y…?

La señora Shaw ya había cerrado la mano con el dinero; un asomo de codicia mitigaba su desaprobación.

—¿Has tenido tiempo para despedirte? ¿Para despedirte como es debido? —intenté.

—Tenemos que coger un tren.

Su voz tenía un filo helado.

La señora Shaw se retiró sin decir palabra llevándose el dinero.

Jack ya bajaba el sendero hacia la verja antes de que me diera tiempo a ponerme el abrigo. Caminaba con tal ímpetu que pensé que la mañana se haría añicos a nuestro alrededor. No le di alcance hasta que no salimos a la carretera. Cuando le miré la cara, observé el rictus de su boca, los ojos fríos como el hielo y un único reguero de llanto atravesándole la mejilla.

Tomamos el tren de vuelta a la estación Victoria. Al llegar, y antes de que me diera tiempo a decir nada, Jack desapareció entre la multitud. Y me quedé sola.

Sin embargo, cuando me metí la mano en el bolsillo, encontré el importe exacto para un coche de punto.

Más tarde

He pasado el día dormitando, sueños llenos de Jack y una pequeña casita de campo, pero en la cama estaba mi madre, y se reía cuando Jack le decía que yo estaba embarazada. Me desperté, me lavé la cara y me froté las manos una y otra vez, aunque hacía tiempo que me había lavado la sangre. Haciendo un esfuerzo, me preparé para el día y descubrí que había llegado el correo y, con él, un recordatorio de lady Sheridan de que soy llamada a filas.

Cuento con su presencia en mi mesa para la cena del día 17. Mi tercer mejor carruaje la recogerá poco antes de las ocho.

Calurosamente,

Lady Sheridan

Calurosamente.

Qué distinción.

La perspectiva de una cena elegante, sin embargo, me animó inesperadamente, porque estoy cansada, y triste por Jack, y aliviadísima de que su madre haya tenido la amabilidad de ahorrarme una vida entera de culpa.

Que me habría atenazado.

15 de diciembre

Hoy he recibido noticia de cuatro avistamientos y un buen rapapolvo.

Seguido de un milagro por dos peniques.

Una agradable vuelta a mi rutina.

Los avistamientos han sido consignados en el mapa y el primo Archibald no hace más que estudiarlo. Es como un niño con bloques de construcción. De haber sabido que podía mantenerlo tan distraído, habría puesto en marcha el plan mucho antes.

El rapapolvo no fue tan grato.

Vino de una mujer que no conozco pero a la que he visto en la iglesia. Desaprueba la poesía, las flores en la iglesia y los hombres jóvenes, todo lo cual dificulta mucho una vida de devoción en St. Crispian's. Esto lo sé sobre todo a base de observar. Tengo un ojo atento. Mi imaginación hace el resto.

Su nombre es señora Halverstock, aunque me parece haber oído el rumor de que en realidad es una señorita que ansía una posición social más elevada. De esto no puedo dar fe. Pero a mi imaginación le es imposible evocar a un hombre dispuesto a casarse con ese rictus, así que me inclino a creer el rumor.

Esta tarde, después de comprar cordel de cocina y tinta en el Reed and Rite, prácticamente tenía la nariz pegada a la ventana de The Dalliance, deseando poder tener una reunión clandestina con algunos de los libros que veía allí, cuando la señora Halverstock tosió a mi espalda.

Me volví, levanté la vista —es alta— y decidí que una muerte

prematura podía no ser tan terrible si significa que nunca tendré pelos en el mentón.

—Está usted preguntando por avistamientos de El Romano —declaró.

—Así es.

—Tiene usted mucha desfachatez.

La afirmación era cierta, oh, desventura.

—Eso no puedo discutirlo, aunque no me importaría tener aún más. ¿Es usted su amiga? ¿Por eso está enfadada?

—¿Amiga de El Romano? No quiero saber nada de ese pagano. La que me incomoda es usted.

—Qué terrible para usted —dije, y era sincera.

Sé que he incomodado a más de una persona a lo largo de mi vida y estoy convencida de que no es agradable para ellas.

Tenía toda mi compasión.

—Ha desatado usted las lenguas del vecindario.

Al oír esto me vinieron mil pensamientos igual que pájaros posados en un cable. ¿Había lenguas desatadas por mi inquilino? ¿Habían sido vistos Los Diez Réprobos saliendo de mi casa a altas horas de la noche? ¿Me había visto alguien aparte de Islington en The Drunken Duck? ¿Acaso los rumores sobre…, bueno, sobre cualquier cosa se trasladaban de Lapis Lazuli a la calle? Fue un momento de condenatoria introspección y he decidido que mi vida ha degenerado de manera escandalosa.

Si no la disfrutara tanto…

—¿Hay algún acontecimiento en particular que sea motivo de ofensa?

—Ha modificado la conversación de todo el vecindario. Todos

hablan de los avistamientos que han tenido de El Romano. Existe un deleite particularmente perverso del que todos participan y estoy cansada. —Llegado este punto, hizo una mueca de desdén (de desdén, sí) y añadió—: Está usted demasiado segura del espacio que ocupa en el mundo.

Estuve a punto de replicar que ella estaba demasiado segura del espacio que ocupaba en mi mundo. Sin embargo mantuve la cabeza fría. Mi estrategia de físicamente morderme la lengua pudo ayudar hasta el punto de limitar mi respuesta a:

—Todos tenemos que estar en algún sitio.

Emitió un gruñido de desaprobación y se alejó a grandes zancadas.

—Cielos —dije mientras la miraba irse.

Una cosa es ofender a alguien con una acción o un comentario concretos, y otra, simplemente existiendo. En cuanto a su observación de que existe en el vecindario un particular deleite (no perverso, sin duda) conversando sobre El Romano, lo cierto es que me reconforta un poco.

Mientras seguía allí reflexionando sobre el encuentro, se abrió la puerta de The Dalliance. Era el señor Graves, mi enemigo literario.

—Bueno, será mejor que pase.

Me volví hacia él.

—¿Perdón?

—¿Va a pasar o no?

Y eso hice, sabiendo que me llevaría una decepción, pues no llevaba dinero para comprar un libro.

Se colocó detrás del mostrador y se volvió a mirarme con las dos manos apoyadas en el borde.

—He perdido una cubierta.

—¿Perdón?

—Una cubierta. La he perdido.

—Ah, ¿sí?

—Uno de mis libros apareció en El Recaudo, pero sin la cubierta, de modo que no me interesa. Si lo quiere, es suyo por dos peniques, aunque no lo merezca.

Sonaba demasiado bonito y me preocupó que el libro fuera algo del tipo *Conversaciones con la suegra* o *Instrucciones para planchar una enagua*. No estaba segura de que ninguno de esos dos temas mereciera dos peniques.

—¿Puedo preguntar cuál es el título?

Gruñó mientras rebuscaba en una caja y a continuación dejó de golpe un libro sin cubierta en el mostrador. Lo giré hacia mí y leí la portadilla.

Bermellón y la espada de fuego

—¡Es un relato!

Debí de sonar demasiado entusiasmada, pues el señor Graves contestó:

—¿Qué creía que iba a ser? ¿Un manual sobre el funcionamiento de las poleas?

Saqué una moneda de dos peniques del bolso y la dejé en el mostrador.

—Gracias, señor Graves.

Posó el dedo sobre la moneda y la deslizó por el mostrador hasta que cayó en su otra mano.

Yo cogí mi fajo de páginas sin cubierta y me fui a casa tan

contenta.

No solo he sido acusada de deleitar perversamente al vecindario, sino que también he comprado un nuevo libro. Un gran día para Emma M. Lion.

16 de diciembre

Hoy en la iglesia, Hawkes leyó las dos últimas estrofas de *Cuento de Navidad*.

—Qué delicia —suspiró la señora Owlsfield dándome una galleta.

—Lo es.

Más tarde

Esta tarde recibí una visita inesperada con una orden inesperada.

¡Arabella!

Había venido a la ciudad para una prueba con su modista. Acompañada de una prima mayor de su padre —sin parentesco conmigo— que no se dignó a venir a Lapis Lazuli.

Yo estaba leyendo *Bermellón* tranquilamente en el salón de recibir cuando me anunciaron su llegada.

Arabella, radiante por defecto, como siempre.

—Me sorprende verte. Y en domingo nada menos —le dije cuando nos sentamos.

—Tengo la prueba mañana a primera hora y mamá insistió en que para cumplir con la iglesia bastaría con pasar con el coche por la catedral de St. Paul. Y aquí estoy.

—¿Pasar en coche por delante equivale a ir a un servicio religioso?

Lo pregunté sabiendo que nuestro vicario acababa de leernos una novela de Dickens.

—Yo diría que algo cuenta —contestó Arabella arrastrando las palabras. Después fue al grano—: Mamá exige que vengas por Navidad, Emma. Insiste mucho.

En lo único que pude pensar fue: sé fuerte, Emma.

No te desmorones.

No cedas.

—Adoradísima prima, lo siento, pero no puedo.

—Pues claro que puedes.

—Voy a celebrar las fiestas aquí.

Arabella se recostó en su silla y me examinó con expresión tranquila y calculadora.

—¿Tiene esto algo que ver con que no quieres que te recuerden a Maxwell?

Es posible que pusiera los ojos en blanco, pero solo un poco.

—Desde luego que no. Está enterrado, Arabella. No hay nada más que decir.

—Mientras no te entierres tú con él… —replicó sin alterarse.

Quiero mucho a mi prima.

A veces tengo ganas de retorcerle el cuello.

Pero entonces caí en la cuenta de que nunca había hecho justicia a Arabella.

Sumida en mi dolor, no había dedicado tiempo a tomar el suyo en consideración.

—Ha sido verdaderamente terrible —reconocí—. Y siento mucho haber sido tan desconsiderada. No te he preguntado por ti en ningún momento.

La expresión de pasividad acaudalada de Arabella seguía allí, pero pestañeó demasiadas veces para no estar afectada.

—Sí, bueno. Si he de admitir que tengo un corazón, también puedo decirte que se ha visto un poco herido con todo este asunto.

Era un eufemismo, pero a Arabella no se le podía pedir más.

Sonreí. Ella también, y acto seguido volvió con presteza a la misión que la había traído: mi encarcelación navideña.

—Mamá ha planeado varias reuniones. Desde el 23 de diciembre hasta la noche de Reyes. Cuenta contigo.

—Y yo llevo todo el año obedeciendo sus deseos. Permíteme que disfrute de esta pequeña celebración lejos de la mirada manipuladora de tu madre.

Arabella ladeó la cabeza. Una concesión.

—¿Y qué le digo?

—Dile que tengo un invitado del primo Archibald y que mi sentido del deber me impide dejar Londres.

—¿Te refieres a Pierce?

—Me refiero a Pierce. El primo Archibald lo encontró, así que, si nos atenemos estrictamente a los tecnicismos, algo en lo que cree tu madre, Pierce es un invitado. Un invitado de pago.

—Un poco enrevesado —dijo Arabella con su sonrisa perezosa.

—No más que los malignos planes de tu madre. Quiero estar en casa, Arabella. No he pasado unas Navidades en mi propia casa desde que murieron mis padres y estoy decidida a hacerlo.

—Muy bien.

—¿Muy bien?

—Muy bien —repitió Arabella—. Yo arreglaré las cosas con mamá. Ya ha ordenado a Damian que vuelva a casa, así que tendrá a alguien más a quien dar órdenes.

—¿Y va a volver? —pregunté sorprendida.

—Mamá le informó de que nunca recibiría su herencia si no lo hacía. Damian necesita su herencia. No tiene muchas más virtudes.

—Bueno, tiene esa sonrisa pícara.

—Es verdad.

—¿Y la actriz? ¿Llegó a encontrar a alguna?

—Huy, sí. La siguió igual que un perrito faldero durante tres semanas, luego dejó que le rompiera el corazón. Salió todo muy bien, y creo que está pensando en repetir con otra después de Año Nuevo.

Tomamos un té rápido y, cuando Arabella se preparaba para marcharse, pregunté:

—¿Cuándo volvéis tu madre y tú a Londres?

—Tengo entendido que en marzo. Aún nos quedan unos cuantos Casaderos a los que cautivar en el campo, y además eso nos dará tiempo a instalarnos antes de La Temporada, cuando haré oficial mi compromiso.

—¿El novio no ha sido elegido aún?

—Minucias, Emma, minucias. Te he traído un regalo de Navidad —dijo mientras se levantaba y se ponía los guantes—. Está envuelto en seda roja con un lazo verde bastante atroz. Lo he dejado en el recibidor.

—¿Qué es?

—Tendrás que esperar. Si me entero de que lo abres antes de tiempo, que caiga una plaga sobre tu casa.

—Ya hay una plaga.

Arabella se puso el sombrero y dijo:

—¿Está en casa tu fotógrafo?

—No tengo ni idea.

—Hazme un favor, Emma, y dale un beso en la mejilla. Prométemelo.

No era la menos apetecible de las peticiones.

—¿Por qué en nombre del cielo iba a hacer yo algo así?

—Porque la semana pasada vi a Evelyn en una cena y tiene la nariz torcida. Me alegró.

Después de irse Arabella, miré mi regalo con ilusión y después llamé a la puerta del estudio de Pierce. Al ser domingo no esperaba que estuviera, aunque a menudo no distingue ese día de los demás.

—Pase.

Cuando lo hice, Pierce tenía abiertas las puertas de uno de sus armarios y había clavado en ellas una diana. De pie, jugaba una partida solitaria de dardos.

—Esto parece muy divertido —dije.

Gruñó y me dio tres dardos.

—¿Quiere probar?

—¿En domingo?

—No estamos apostando dinero. No creo que nos vayamos a condenar.

Tiré. Más cerca del centro que del borde.

Tiré el segundo y el tercero, en pleno centro.

Pierce me felicitó.

—¿Ha jugado mucho?

—Continuamente con Arabella y Maxwell. Jugábamos en los establos. No le diga nunca a mi tía que una vez le dimos a una de sus yeguas de cría.

Con una mueca, Pierce recuperó los dardos y los dividió a partes iguales entre los dos.

—Acaba de venir Arabella para intentar convencerme de que vaya a Berkshire por Navidad. Me he negado, por supuesto.

—Bien hecho.

Jugamos varios minutos en silencio hasta que añadí:

—Arabella me ha dicho lo mismo que lleva usted intentando decirme desde el principio.

Pierce me miró y esperó.

—Me ha dicho que no me entierre con Maxwell.

Pierce tiró otro dardo, que se clavó en el centro de la diana con un golpe seco.

—Parece una persona sensata.

—Arabella es demasiado sensata, Pierce.

Tiré mi dardo. Se clavó con un clonc (¿es «clonc» una palabra? Debería serlo) junto al suyo.

—Buen tiro.

—Gracias.

Pierce fue en busca de los dardos —incluyendo uno que había lanzado demasiado lejos, empalando la caja con el nombre de ASHANTI— y a continuación dijo:

—Últimamente, parece que vuelve a ser la de antes. Creo que se está recuperando.

Abrí la boca, pero entonces dudé. Pierce esperó.

—Ya no lo veo —susurré por fin.

—¿A qué se refiere?

Pero me había entendido.

Solo quería ayudarme a decirlo en voz alta.

—Durante estos tres años he estado viéndolo en otras caras. En el caminar de un desconocido. En parques, en la calle. Lo he buscado sin darme cuenta de lo que hacía. Luego vino el entierro. Y ahora se ha ido. No está aquí. Lo sé.

La media sonrisa de Pierce era triste. Y comprensiva. Me

entendía.

Luego dijo algo que no me esperaba:

—«Tu sol ya no se pondrá y tu luna no menguará, pues será el Señor tu luz para siempre y se habrá cumplido tu tiempo de luto».

—¿Isaías?

—Isaías.

—No le hacía yo leyendo la Biblia —conseguí decir.

Rio.

—Hay un gran abismo entre conocer y creer.

—Es un versículo precioso.

—Pienso en él de vez en cuando. No creo en lo que dice, pero parte de mí preferiría equivocarse a tener razón. Ni se le ocurra decirle a Hawkes que he citado el Antiguo Testamento.

Sonreí.

—Y en domingo, nada menos.

En silencio, me ofreció la mitad de los dardos.

—¿Jugamos en serio o no?

Y lo hicimos.

Gané dos partidas.

Él ganó cinco.

Se me olvidó darle el beso de Arabella.

17 de diciembre

Lady Sheridan —¿me atrevo a decirlo?— tiene la mejor cocinera de Londres. O eso creo. No lo sé de primera mano porque no he comido en todas las mesas. Sin embargo, nunca he probado una codorniz con salsa de menta comparable a la que sirvió.

Otra cosa muy distinta eran los comensales.

Yo llevaba el vestido azul noche, y Agnes me había peinado igual que la doncella de Saffronia había peinado a mi amiga. A la moda pero suelto.

—Seductora —dijo Agnes.

Sonreí. Si una va a ser la persona de menor rango social en una reunión, más vale resultar seductora.

Cuando llegué a casa de lady Sheridan esta noche —después de que me recogiera su tercer mejor coche—, me encontré rodeada de Compañía Distinguida.

La fiesta estaba compuesta por cuarenta invitados. ¿Y a quién me encontré entre los asistentes?

¡Nada menos que a Islington!

No tuvimos oportunidad de saludarnos (él había llegado con el elegante retraso de rigor) antes de que nos hicieran pasar al comedor, con Islington entre los primeros y Emma M. Lion entre los últimos, en el sector de la procesión sin títulos nobiliarios. Nos sentaron en lados opuestos de la mesa, en una larga diagonal. Yo entre dos viejos militares, viudos.

Pregunta: ¿Por qué sientan a una joven con un vestido azul noche de buen corte entre dos ancianos?

Respuesta: Lady Sheridan no iba a poner a la sobrina insignificante en el camino de caballeros solteros cuando había presentes jóvenes privilegiadas con sus guardianas.

El Viejo General y el Viejo Coronel eran Viejos Amigos, y al final de la velada me sentí muy vieja.

No les importó dejarme a menudo fuera de la conversación. Pasé toda la cena escuchando historias de Caza. Con una breve interrupción para deducir cuánto tarda un hombre adulto en desangrarse sin asistencia médica. Durante esa conversación, aproveché mi tapadera militar para observar a Islington en su entorno natural.

Hay que reconocerlo.

Tiene unos modales exquisitos.

Excepto cuando está conmigo.

Nadie podría acusarle de cometer un desliz. Nada fuera de lugar. No se pavoneaba ni protestaba. No era ruidoso, pero, cuando hablaba, los demás invitados (estaba flanqueado por dos mujeres encantadoras y solteras, por supuesto) le prestaban atención. Hubo un breve momento en el que sus ojos se desviaron hacia mi extremo de la mesa y nuestras miradas se cruzaron. No mantuvo el contacto visual directo durante mucho tiempo, pero levantó ligeramente su copa en mi dirección. Sonreí y aguanté otra pretenciosa historia de caza.

Después de la cena, cuando los hombres se quedaron con su whisky y sus cigarros y las mujeres pasamos al salón, una parte del chismorreo cortés se centró nada menos que en Islington.

Las guardianas hablaron de su fortuna: considerable.

—No se deja atrapar —dijo una mujer casada que parecía de la

edad de Islington—. Ese hombre es cortés con todas las jóvenes casaderas por igual. Sin distinción. No le interesan sus obligaciones matrimoniales.

—Terminará atrapado —afirmó otra de las guardianas con convicción—. ¿Qué tiene? ¿Treinta años solo?

Alguien más dijo algo que provocó risitas, pero no lo oí porque estaba de pie en un rincón y no conocía a casi nadie. Cuando al poco me abordó lady Sheridan para preguntarme por Arabella, quedé fuera de la conversación sobre Islington.

Y hay que ser educada.

Lo fui. A un alto precio. La mujer habló largo y tendido de sus nuevas cortinas.

Me alegro por ella. No todas encontramos el amor verdadero.

Cuando llegó el momento de que los hombres se reunieran con nosotras, el murmullo de sus conversaciones los precedió.

—Ah, los hombres. Esto animará el rebaño —comentó lady Sheridan—. Ahora veremos a quién dedica Islington su atención. Después no se hablará de otra cosa durante una semana. Verá usted, señorita Lion, el auténtico regalo de La Temporada es el chismorreo sin concesiones. Hay muchos «qué ha hecho quién» que comentar, no sé si me entiende. En cambio en invierno roemos los huesos mucho más de lo que sería prudente. Mi cena es la única reunión notable de esta semana. Vamos, apueste conmigo. Yo digo que dirigirá sus atenciones a la señorita Stokes, con la señorita Fouquet como segunda opción. ¿Qué dice?

—Ah —respondí—. Me temo que no conozco lo suficiente a las jóvenes como para…

—Mírelo, suave como la seda.

Aproveché la ocasión que se me brindaba de no proponer candidata alguna e hice justamente eso. Miré a Islington. Había muchos otros hombres en la reunión, varios solteros y bastante agradables, con fortunas considerables. Candidatos con más carisma, sin duda. Pero Islington tenía algo. Se movía entre los grupos centelleantes: los requerimientos de esta y aquella dama, su sonrisa distante, su ocasional inclinación de cabeza hacia un lado.

—Es muy complaciente —dije a lady Sheridan.

—Goza de una de las mejores reputaciones de Inglaterra. Otra razón por la que las madres están desesperadas por descifrar su enigma.

Se me escapó la risa por la nariz. Lady Sheridan me miró de soslayo un instante, pero luego una sonrisa le iluminó el rostro.

—Y que lo diga, señorita Lion.

Para entonces, ya habían empezado varias conversaciones en la sala.

—Viene hacia aquí —susurró lady Sheridan—. A hablar con la señorita Fouquet, si no me equivoco. —Me dio una palmadita en el brazo y dijo, nada más y nada menos—: Los grandes hombres se casan con las mujeres ricas y hermosas. El resto se queda mirando. Pero no se preocupe, señorita Lion. Hay un hombre adecuado para usted, aunque dudo que esté aquí esta noche.

Por frecuente que sea, nunca me he acostumbrado a ese amable insulto. Lo que explica mi extraña expresión cuando quedó claro que Islington venía, en efecto, hacia nosotras.

—Lady Sheridan —dijo Islington. Hizo una reverencia, tomando la mano que ella le ofrecía—. He tenido una conversación interesante con su marido hace un momento sobre su labor en la Cámara de los

Lores. También la elogia a usted como la anfitriona perfecta, con lo que no puedo sino estar de acuerdo.

—Gracias, Su Excelencia —dijo lady Sheridan.

Dudaba de si presentarme o no, preocupada por la momentánea elevación de mi posición social que eso supondría, cuando Islington se volvió hacia mí.

—Señorita Lion, nos encontramos de nuevo.

—Honrada como siempre, Su Excelencia.

El ojo derecho de Islington se contrajo, pero prevaleció la buena educación.

—El honor es mío, señorita Lion. Precisamente quería hablar con usted. Lady Sheridan, ¿me permite que le robe a la señorita Lion?

—Por supuesto.

Para ser justos con lady Sheridan, se acordó de sonreír.

Islington me ofreció su brazo.

—Dígame que tiene una buena anécdota de caza que contarme —dijo mientras me conducía hacia un canapé oculto detrás del helecho más monstruoso que yo había visto nunca.

—Estoy llena de anécdotas de caza —contesté—. Unos cazadores jóvenes dispararon a las crías de perdiz en la heredad del coronel Johnson. Se les ha prohibido el paso.

—¿Eso es todo?

—¿Prefiere que le cuente cuánto tiempo tarda un hombre en morir desangrado sin intervención?

La mueca de Islington fue cortés. Y allí y entonces decidí que debería interactuar más con él bajo la lente de la buena sociedad. Sus modales con una tal Emma M. Lion mejoran notablemente cuando están sujetos por las obligaciones ducales.

—¿Cómo se le ha ocurrido sentarla entre dos hombres mayores? —quiso saber Islington—. Había caballeros de sobra de edad más cercana a la suya. Quizá se habría divertido más.

Tengo un gran sentido del humor en lo referente al lugar intermedio que ocupo en este mundo, pero eso no quiere decir que disfrute recordando a Islington que era la invitada pobre de aquella fiesta.

Llegamos al canapé.

Yo, por desgracia, tuve que sentarme junto al helecho.

—¿Tiene la esperanza de que este helecho me devore? —pregunté en lugar de contestar a su pregunta.

—No seré tan afortunado —contestó.

—El hombre propone…

Me aparté el helecho del hombro e Islington esbozó media sonrisa.

—Me ha sorprendido verla aquí —dijo cruzando las piernas y apoyando el brazo en el respaldo del canapé mientras con el dedo se acariciaba distraído el labio inferior—. Con tanta gente como hay, ¿cómo la han embaucado?

—¿Con tanta gente como hay? ¿Eso es un desprecio a mi baja clase social? —pregunté.

Juntó las cejas y su mano se detuvo.

—Lo decía como un cumplido.

—¿De verdad? No estoy segura de que su círculo sepa distinguir entre cumplido e insulto. Es el tercero que recibo esta noche.

—¿Le ha dicho alguien algo esta noche?

Su tono era amable. También afilado.

—Cualquier desprecio hacia mi persona en reuniones de esta

clase surge del orden natural de las cosas antes que de malicia intencionada. Por lo general.

—Es un juego de necios y lo sabe.

Y en aquel terreno propicio para una réplica, mi agudeza y mi sentido del humor naturales me abandonaron.

—Es un juego de necios que rige el destino de muchos, Islington.

Calló un instante antes de decir:

—Creía que esas cosas no le importaban. Me refiero a la sociedad. Siempre la he visto… por encima, a su ridícula y personal manera.

—¡Tenga cuidado de no decir nada demasiado aprobatorio! En cuanto a la sociedad, preferiría frecuentar sus bibliotecas a sus salones. Sin embargo, en ocasiones los vizcondes disolutos son la solución. ¿Conoce usted a alguno?

—Unos pocos.

—Entonces aún hay esperanza.

Abrió la boca para contestar justo cuando lady Sheridan echó a andar hacia nosotros con paso decidido.

—Ya lo ha hecho —murmuré—. Ha elevado usted a una pobre. No lo tolerará durante mucho tiempo.

—Islington —sonrió lady Sheridan—. Por fin lo encuentro. Tengo un amigo al que me gustaría presentarle. Se lo robo, señorita Lion. Discúlpeme.

No tenía aspecto de alguien pidiendo disculpas sinceras.

Tenía aspecto de esperar que yo le rogara el perdón a ella.

Hubo una fracción de segundo en que la expresión de Islington dudó entre complacer a su anfitriona o a…, bueno, a mí.

—Por supuesto —dijo. Se levantó y se volvió hacia mí—. ¿Qué refrigerio le traigo, Emma, cuando vuelva?

Levanté una ceja.

Había trazado una línea clara y muy pública.

El duque de Islington conocía a la señorita Lion. Y no solo se había comprometido a buscar de nuevo su compañía, sino que la había llamado por su nombre de pila delante de una de las mujeres más importantes de la sociedad.

La cual pestañeó.

Tía Eugenia tendrá noticias de ello en menos de dos días, estoy segura.

—Té —contesté mirando a mi alrededor para ver qué tomaban los demás—. Gracias, Islington.

Pero se me invitó a unirme a una partida de cartas antes de que Islington volviera y los dos fuimos agradablemente sociables con otros invitados hasta que terminó la velada. Sin embargo, no me abandonó, puesto que se ofreció a escoltarme hasta mi casa.

Nunca me han Escoltado a ninguna parte.

Qué novedoso.

No hace falta decir que estoy segura de que Islington ha causado un revuelo.

En el coche de camino a Lapis Lazuli, después de cinco minutos de mirar en silencio por nuestras respectivas ventanillas, Islington se volvió hacia mí.

—¿Qué es eso de los vizcondes disolutos?

—¿Qué? —fue mi elegante respuesta.

—Vizcondes disolutos —insistió Islington desde las sombras del carruaje—. ¿Para qué los necesita?

Me arrebujé más la manta que me había ofrecido al subir al coche alrededor de la cintura.

—Bueno, en realidad solo necesito uno. —Me encogí de hombros y miré por la ventanilla—. Ya sabe cómo son esas cosas.

—En realidad no.

Islington, peor que sus sabuesos.

—No fue más que una broma. Tengo un dilema personal que estoy resolviendo, nada más. Pensaba que quizá Pierce se lo habría mencionado.

—Pierce es un caballero. No diría nada.

Estuve a punto de reír.

—¿Pierce? Sabe que lo aprecio mucho, pero ¿un caballero? ¿Estamos hablando del mismo fotógrafo?

Islington apretó los labios un momento antes de hablar.

—Lo que quiero decir es que Pierce tiene un sólido código de honor. No me revelaría intencionadamente sus asuntos personales sin su permiso expreso. Se sintió mal por casi haberlo hecho cuando estaba usted tomando el té con la señora Penury. Por cierto, ¿les gustaron las flores?

—Sí. Agnes no cabía en sí de contento.

Islington miró por la ventanilla esperando a que contestara a su primera pregunta.

Fue entonces cuando reparé en los copos de nieve que caían oblicuos, creando sombras danzarinas a la luz de las farolas. Los miré mientras calculaba lo que quería contarle a Islington. Habría podido mentir. Pero es probable que una mentira que incluye vizcondes disolutos cuente como dos ante san Pedro a las puertas del cielo.

Ya tengo bastante por lo que responder sin necesidad de empeorar las cosas.

—Mi banquero me ha pedido que busque una colocación —contesté—. Me encuentro, de manera bastante inesperada, en dificultades económicas.

—Entiendo.

—Obviamente tengo la esperanza de que aparezca un vizconde disoluto con abundantes fondos, y también de sobresalir en el whist —contesté con una gran sonrisa.

Pero estaba cansada de la velada y el peso de la preocupación se notaba en mi voz.

Un buen trecho de Londres discurrió ante nuestros ojos cuando Islington dijo:

—Su padre me habló una vez de lo que quería para usted.

Era lo último que había esperado oír de sus labios. Y con ello acudieron a mí recuerdos de formas extrañas, de visitar Lapis Lazuli siendo una niña y de ver al joven Islington —entonces no era duque, pero no recuerdo cómo lo llamaban— de vez en cuando en el vestíbulo, llegando o marchándose. Por algún motivo me hace pensar en el color verde. Como si el vestíbulo entero estuviera pintado así. No tengo ni idea de por qué.

—Le recuerdo entrando y saliendo de la casa —contesté sin estar segura de si esperaba que le preguntara por lo que mi padre le había contado.

Entonces, y sin necesidad de insistirle, Islington recitó un soliloquio que no tenía nada que ver con mi comportamiento.

Fue como un milagro de Navidad por adelantado.

—Acababa usted de entrar en el salón de recibir —empezó diciendo—. Tendría diez u once años y nos anunció que habría sido jacobita. Su padre convino en que era probable, como si se tratara

de una conversación de lo más normal, y usted volvió al jardín trasero a jugar. Yo era joven, y mi padre y yo no… No teníamos una relación precisamente fácil. Respetando a su padre como lo hacía y quizá deseoso de recibir palabras de afecto en vez de críticas, le pregunté qué quería para usted, su hija.

Me quedé sorprendida, conmocionada en realidad, y esperé con los ojos fijos en la cara de Islington. Él miraba algún punto detrás de mí.

—Anoté su respuesta en mi diario y el otro día la encontré por casualidad.

—¿Qué dijo?

Islington me miró con intensidad.

—Dijo que quería que fuera usted sensata, buena y fiel a los impulsos de su corazón, y confiaba en que no padeciera los extremos de la sociedad, ni la riqueza ni la pobreza exageradas, de manera que ni la necesidad ni el lujo arruinaran un alma que quería más que a nada en el mundo.

Ahora me tocó a mí apartar la vista. E Islington no hizo comentario alguno sobre mi carraspeo.

—Lo robé —dijo—. Aquel deseo, aquel consejo. Fingí que las palabras iban dedicadas a mí. Y me ha ayudado a no apartarme de mi camino cuando podría haber caído en cualquier tentación que pueda usted imaginar y hasta en otras que me atrevo a afirmar que no podría.

Lo miré y repuse:

—Gracias por contármelo.

—Gracias por dejarme tomar prestado un deseo que era para

usted. Espero no haberme demorado demasiado en restituirlo a su legítima propietaria.

No lo había hecho.

Y ahora que estoy sentada junto a mi ventana, mirando la noche fría, tengo la certeza de que no solo es el momento adecuado para esas palabras, sino también el más oportuno. Algo así le dije a Islington cuando su coche se detuvo delante de Lapis Lazuli. Islington esbozó una leve sonrisa que enseguida abandonó su cara.

—No dudo de que resolverá los problemas que la persiguen, sean cuales sean, pero no permitiré que se rinda. Espero que confíe en un amigo antes de unir su destino al de un vizconde, por disoluto que sea.

Fue tan inesperado como todo lo demás.

Sus palabras ocuparon su lugar en la noche entre nosotros, como si siempre hubieran estado ahí, no dichas, pero esperando.

—No dudo de que aprovechará para sermonearme en el proceso —contesté en tono ligero, aunque en mi cabeza no dejaban de agitarse recuerdos cargados de significado.

—De no saber que va a responder discutiendo, creo que incluso podría sentirme mal.

—Entonces no me deja elección —dije.

—¿Qué va a hacer?

—Invitarlo en Nochebuena. ¿Estará usted en St. Crispian's durante las fiestas?

—En Nochebuena sí. El día de Navidad voy a la heredad de mi hermana mayor a rodearme de sobrinas. Me lo exige.

—Cene con nosotros entonces. Con Pierce y conmigo. No sé si Hawkes querrá venir también. No he tenido ocasión de hablar con

él. Hizo algo de lo más generoso por mí y desde entonces casi no me ha mirado.

La nieve iba aumentando, creando extrañas sombras a la luz de las farolas. Uno de los caballos relinchó impaciente. Pero Islington permaneció pensativo, sin tranquilizar al cochero indicándole que terminaríamos enseguida de hablar.

—Es propio de él —empezó a decir despacio—. Desde que somos amigos, cada vez que da un paso para estrechar nuestra amistad, reacciona alejándose. Por algún motivo, desconfía.

—Pero si son ustedes amigos íntimos —repliqué.

—Sí, desde que llegó a St. Crispian's. Pero en realidad es muy poco lo que sé de él. Bueno, algo; después de tanto tiempo es normal. Pero es como si temiera estropear algo o causar dolor. Por eso mantiene las distancias.

—Qué extraño —contesté.

—Las almas nobles a veces lo son.

—Sí. —Sonreí—. Nochebuena entonces. Buenas noches.

—Buenas noches.

Recuerdo un verano, cuando mis padres me dejaron en Spencer Court, en que había una fiesta en el jardín. Los preparativos fueron *enérgicos*. Tía Eugenia iba de un lado a otro dando órdenes y haciendo llorar a sus criados más jóvenes. Damian había escapado al arroyo con Evelyn y Maxwell y Arabella estaba debajo de una sombrilla con un tutor, practicando francés.

Yo, en cambio, observaba a los hombres que habían venido a instalar el toldo.

Era hermoso y blanco, y descansaba en el suelo, sin tensión. ¿Cómo conseguirían elevarlo? Pero los hombres trabajaban deprisa,

tenían cuerdas y postes y, mediante una serie de lo que para mi mente juvenil eran trucos de magia, levantaron la carpa. Y, a continuación, a base de correas de sujeción, la tensaron, la aseguraron con estacas clavadas en el suelo. Decidí que era la cosa más perfecta que había visto jamás.

La fiesta del jardín fue un éxito, amenizada con una agradable brisa. E, incluso cuando se levantó viento y empezó a llover, todos seguimos secos y de buen humor bajo la carpa. «Es por las estacas —le expliqué a Maxwell mientras le enseñaba la física milagrosa que acababa de presenciar—. Todas esas estacas la mantienen tensa, en su sitio».

El recuerdo me vino a la cabeza. Y algo que no sentía desde hace más tiempo del que me gusta reconocer empezó a cobrar forma. Que, ya llueva o haga sol, voy a estar bien. Más que bien. En mi sitio, y fuerte, y anclada. Esta noche Islington se ha convertido en una estaca. Como Pierce. Y Mary. Y Saffronia. Y Hawkes.

No puedo pensar en nada que no sea el sonido de la lluvia en la carpa y en las sonrisas de todos.

18 de diciembre

Parian metió un ratón en la fresquera. Agnes, cuyo examen es mañana, corrió detrás de él con una sartén y le propinó tal tunda que le rompió el coxis. El primo Archibald bajó y subió hecho una furia tres veces y declaró que no podía vivir con tal estrépito.

En cuanto a mí, después de fregar la cocina con Agnes, la senté con una taza de té y *Jane Eyre* (medicinal, alego). A Parian le di la tarde libre, y la pasó en la cama gimiendo y con una bolsa de agua caliente en la espalda. El primo Archibald se entretuvo con el mapa, que empieza a revelar un patrón.

Quizá.

Un patrón laxo y sin fundamento.

De acuerdo. Reconozco que no encuentro orden ni concierto en los movimientos de El Romano.

En cuanto a mí, tengo los dedos en carne viva de bordar estos dichosos regalos de Navidad. No sé qué es lo que me empujó a asumir una tarea así; como no fuera mi propio y perverso sentido del humor…

~~Pero pienso terminarla, aunque me cueste la vida.~~

En fin.

Quizá estoy siendo demasiado vehemente.

19 de diciembre

Esta mañana he madrugado y bajado a la cocina. Agnes aún no se había despertado y ese era mi plan. Cuando por fin salió de su cuarto contiguo a la cocina frotándose los ojos y anudándose el delantal, allí estaba yo con el fogón encendido, el agua a punto de hervir, huevos, fiambre y un trozo de pastel. Le dije que, puesto que hoy era su examen de admisión en la Sociedad de Sirvientes de Rango Superior de St. Crispian's, quería que descansara y cogiera fuerzas.

—¡Ay, señorita! —Y se echó a llorar.

—¡Agnes! Cálmate. No querrás ir con la cara hinchada y los ojos rojos. La Sociedad de Sirvientes de Rango Superior parece ser un grupo de personas exigentes. Dudo de que aprueben a una cocinera llorosa.

Mientras desayunaba, Agnes revisó todas las recetas que le dio tiempo. La ayudé a arreglarse; tiene un único vestido de día y un único sombrero y le presté un buen par de guantes. (Tendré que comprarle unos para acompañar su regalo de Navidad).

Salió de casa a las diez de la mañana y aún no ha vuelto.

Más tarde

Esta tarde paseaba por King Henry's Road cuando de la parte trasera de un carro cayó nada menos que ¡una bolsa de naranjas! Enseguida las recogí y corrí a detener al cochero. Me costó cierto trabajo, pero, una vez logrado, me dijo que me quedara las naranjas.

Un regalo costoso. Intenté rechazarlo.

Pero el cochero se limitó a encogerse de hombros y a espolear a los caballos.

Muy navideño, ciertamente.

20 de diciembre

Agnes llegó a casa anoche a las ocho menos cuarto. Traía una cesta con pollo frío y acompañamientos —de uno de los exámenes, supongo— y la envié directa a la cama con una infusión de limón.

Pierce no estaba en casa, así que el primo Archibald y yo cenamos en lados opuestos de la mesa contemplando una vida hecha de pollo frío y guisantes helados. Llevé cinco avistamientos de los que me acababan de informar, los leí en voz alta y, cuando terminamos de comer, encargué al primo Archibald que actualizara el mapa. Está bastante bonito.

No he recibido una sola línea de aquella hija de un historiador de la que había oído hablar.

Me pregunto si debería ser entrometida y conseguir su dirección.

Sería una vulgaridad por mi parte.

Y aun así…

Llevé a Parian un plato de comida y después una taza de té. Ahora está sentado en su sillón con una almohada a modo de cojín y aspecto menos contrito de lo que debería.

Pasa la medianoche. Pierce no está en casa y tengo los dedos desollados de los regalos de Navidad. He terminado el de Pierce y casi también el de Islington. Falta Hawkes.

21 de diciembre

He caído en la cuenta de que aún no le he comprado un regalo a Parian.

Me he acordado esta mañana.

En consecuencia.

He hecho acopio de fuerzas y me dispongo a ir a The Hound en King Henry's Road.

He rezado todas las plegarias que se me han ocurrido.

El padrenuestro dos veces.

Ruego por que me dé suerte y no me encuentre a El Pirata.

Más tarde

Las plegarias no funcionan así.

O eso estoy entendiendo ahora.

Entré por la puerta de The Hound con ayuda de un viento frío que asustaba más que helaba. Traté de recobrar la compostura y cerré la puerta con alivio. Detrás del mostrador, abriendo una caja de cremas abrillantadoras para zapatos, estaba Ben Chambers. La tienda tenía el mismo aspecto que cuando la había visitado en julio, pero había un pequeño amago de festividad, con una guirnalda lacia festoneando el mostrador. De su centro colgaba un único lazo rojo. Estaba torcido.

—Hola —dije paseando la vista por el establecimiento.

—Ah, es usted —contestó él sin levantar la vista siquiera.

—A pocas personas les resulta tan fácil ser tan inmediatamente

hoscas. Sin duda es un don.

El Pirata, que seguía concentrado en su betún, sonrió. Fue una sonrisa bastante sarcástica.

Estaba encaramado a una banqueta con la pierna ilesa apoyada en el travesaño y la de palo en el suelo. Se había subido el parche del ojo, pero cuando entré se lo bajó. Por la mañana se había fijado con pomada el pelo castaño rojizo, pero ahora estaba despeinado y un mechón le caía sobre la frente.

—Este es un establecimiento para caballeros —dijo cuando me acerqué al mostrador.

Era lo más cerca que habíamos estado el uno del otro y vi que tenía una serie de cicatrices delgadas como cabellos que le bajaban desde el parche hasta la boca, y otra más pronunciada que le atravesaba la comisura izquierda de los labios.

—Si es un establecimiento para caballeros, ¿por qué ha colgado una rama de muérdago del marco de la puerta? —pregunté.

Torció el gesto.

—Es una broma.

—Ah. Por favor, deme por reída y le diré qué necesito.

—Usted no necesita nada de aquí.

—Claro que sí.

—Claro que no.

No me amilané.

—Estoy buscando un regalito, no demasiado caro, para mi… A ver, en realidad no es mayordomo. Es un ayuda de cámara, desencantado de la vida. Algo comprensible, puesto que lo contrató mi primo Archibald. Lo que quiero decir es que había pensado en un corbatín. ¿Tiene alguna sugerencia?

Expulsando el aire de sus pulmones por la nariz igual que expulsa fuego un dragón, el señor Chambers apartó las latas de betún a un lado del mostrador, tiró la caja al suelo y se volvió a mirarme. Sin ponerse de pie.

—¿Busca un regalo para Parian?

—¡Sí! ¿Lo conoce?

—Viene de vez en cuando. Lo hacía más cuando el señor Flat era cliente habitual. Tengo entendido que le ha cortado usted las alas.

Parpadeé.

—¿Qué yo le he cortado las alas? ¡Está usted muy equivocado! Hablo en serio. No crea nada de lo que diga ese hombre.

—No creo nada de lo que dice nadie.

—Eso quizá sea llevar las cosas demasiado…

—Parian no es ningún derrochador —interrumpió, recuperando con firmeza el tema de conversación—. Siempre mira, nunca compra. Sin duda habrá reparado en lo deplorable del estado de sus zapatos.

—Me…

No, no lo he hecho. He estado demasiado ocupada asegurándome de que no los tenía subidos en la otomana del salón de recibir.

Esto no lo dije.

El señor Chambers prosiguió.

—A Parian le gusta inspeccionar el género. Casi todos sus gustos quedan… —y me miró de arriba abajo con desdén— decididamente fuera de su alcance. Pero hay una cosa. Pequeña, bien hecha, útil.

Este insulto fiduciario surtió efecto. Ahora estaba decidida a comprar algo en la tienda del señor Chambers solo para demostrarle que podía.

—¿Qué artículo es? No me interesa algo barato.

Me miró a la cara.

—Yo no vendo barato.

—¿Haría el favor de enseñarme el artículo en cuestión? —contesté.

Gruñendo, el señor Chambers cogió un bastón y cojeó hacia un rincón.

No es tan agradablemente taimado como Long John Silver, pero desde luego lo creo capaz de pasarle una cuerda por el cuello a un hombre y colgarlo.

Lo seguí hasta una mesa, donde cogió un estuche de piel.

—Este es.

Era más voluminoso de lo que me había esperado, aunque no pesado.

Abrí el cierre de latón y saqué el objeto.

Una lupa.

Más pequeña que la mayoría, pero útil. Bonita asa de madera rematada en latón y más latón enmarcando el cristal.

—Encantadora —dije, y lo era—. Y bien hecha.

No pude evitar fijarme en que el señor Chambers parecía moderadamente complacido.

Debe de sentirse orgulloso de su tienda.

Sin dejar de mirarme, me cogió la lupa y su estuche de la mano.

—Se la envuelvo.

Mientras lo hacía, eché otro vistazo al establecimiento. Ofrecía lo que supongo que es la mercancía habitual en una tienda para caballeros. Abrillantador para cuero, pipas, cigarrillos, cigarros, libros para inventarios y asientos contables, corbatas y cosas por el estilo.

Pero entonces sonreí, porque había también objetos que, aunque esperables y de buen gusto, delataban cierta dosis de fantasía. Juegos de papelería, mapas, alfileres de corbata, sí, pero también globos terráqueos y estuches, y de esos cuadros que uno esperaría encontrar en una biblioteca o un despacho. Plumas bonitas, pisapapeles, libros sobre lugares lejanos. Bastones en un rincón, sombreros, binoculares, naipes, bufandas de lana, una notable selección de guantes de cuero. Por supuesto colecciones en vitrinas: monedas, sellos, insectos y mariposas raras. Lo miré todo con anhelo. Y entonces reparé, en la pared del fondo, en una estantería repleta de libros magníficamente encuadernados.

—¡Ah! —exclamé sin poder evitarlo mientras cruzaba la habitación.

Ahí estaba el *Diccionario de la lengua inglesa* del doctor Johnson en dos volúmenes. Uno de mis sueños.

Cuando hice ademán de acariciar el lomo —en mi defensa, con una mano enguantada—, Chambers dijo:

—Ni se le ocurra tocar.

Vacilé, alargué de nuevo la mano y a continuación apreté los labios y me giré hacia mi adversario.

—¿Por qué no?

—Algunas son encuadernaciones hechas por encargo a la espera de que sus legítimos propietarios vengan a buscarlas (que para eso las han pagado).

—¿Y las otras?

—Que no toque, he dicho.

—Disfruta usted siendo cruel, ¿verdad?

Levantó la lupa que había envuelto con papel y dijo:

—¿Pagará ahora?

De mala gana fui hasta el mostrador mientras miraba de reojo a la bien nutrida estantería y pagué lo que debía. Sonó la campana de la puerta y, cuando volví la cabeza, vi a un caballero con bigote a la última moda. Reconozco que los detesto.

—¿Eso es todo? —preguntó Chambers cortante deslizando el regalo hacia mi lado del mostrador.

—Ha mencionado usted el estado de los zapatos de Parian.

—Así es.

—¿Tan malo es?

Su expresión fue confirmación suficiente.

—¿Tiene usted un par —elegí la palabra con cuidado— decente de su número?

Chambers se esforzó al máximo por crear un silencio incómodo antes de contestar.

—Sí.

—Pues me los llevo también.

Otro dichoso silencio y luego desapareció en la trastienda para volver con una caja.

—Estos le quedarán bien.

Reuní valor y dije que los compraba.

Finalizada la transacción, Chambers miró al hombre del bigote, que estaba inspeccionando paraguas, y me dirigió un parco:

—Adiós.

Mi determinación —se puede llamar valentía— mantuvo mis pies firmemente plantados delante del mostrador.

El hombre que inspeccionaba paraguas miró brevemente hacia el mostrador.

Buscando algo de intimidad, saqué un trozo de papel de mi ridículo y escribí una nota:

¿Qué precio tiene el diccionario de Johnson en dos volúmenes?

Lo doblé y lo deslicé por el mostrador hacia El Pirata. Este estuvo mirándome no menos de quince incómodos segundos antes de abrir el papel y leer mi pregunta.

—¿Para quién es?

—Para mí.

Sus ojos volvieron al papel antes de posarse en mi persona. Cogió un cabo de lapicero y escribió una cifra con apresurada seguridad antes de devolverme la nota.

Era inalcanzable. Cogí el lapicero, taché su cifra y escribí una inferior y dentro de los límites mentales y morales de mi presupuesto. Deslicé el papel hacia él.

Abrió la nota. Y rio.

—Buenos días, señorita Lion.

Arrugó mi valiente propuesta y la tiró a una papelera detrás del mostrador.

Mi sentido de la dignidad exigía una despedida airosa.

—Gracias por su ayuda, señor Chambers. Si encontrara la manera de aproximar el precio de ese artículo a mi cifra, por favor, envuélvalo y envíelo a Lapis Lazuli House para Navidad.

Fue una respuesta firme, como un dedo apoyado en el gatillo de una pistola preparado para disparar. O eso me digo yo a mí misma. Chambers no parecía nada impresionado.

Me volví para salir.

Cuando me disponía a abrir la puerta, alguien la empujó para

entrar.

—Perdón —dije yo.

—Disculpe —fue la respuesta.

Y entonces caí en la cuenta de dos cosas a la vez y todo en el mundo se detuvo para absorber la conmoción. Estaba bajo la rama de muérdago y el hombre con el que había chocado no era otro que el primo Archibald.

Grité.

Él se sobresaltó y exclamó «¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre?» y siguió mi mirada.

Retrocedí y él, al comprender el peligro, se puso pálido y comenzó a dar saltitos mientras balanceaba su bastón.

—¡Qué es eso! ¿Será posible?

Me escabullí y corrí a ponerme a salvo en King Henry's Road. Ben Chambers se rio tan fuerte que juro que estuve oyéndolo durante la mitad del camino a casa.

22 de diciembre

Señorita Agnes Dowd:

Me disgusta sobremanera que no haya logrado ejercer su influencia en mi favor. ¿Qué es eso de permitir que la señorita Lion se quede en casa por Navidad? ¡Las necesito a ambas aquí! Mi hija me informa de que Lapis Lazuli tiene un invitado, y a usted le preocupa estar contrayendo algo similar a la peste. Me han decepcionado su escasa fibra moral y fortaleza física.

Esperaré mucho más de usted en el futuro.

Lady Eugenia Spencer

Más tarde

Hoy tenía que haber venido Mary a tomar el té.

No ha llegado aún. Estoy algo inquieta, pero no preocupada.

Saffronia March, en cambio, acaba de irse. Se marcha a pasar las Navidades en casa de una prima.

—Te he traído un regalito, Emma —dijo antes de irse dándome un objeto pequeño, envuelto y de forma rectangular poco más grande que mi mano—. No lo abras antes de Nochebuena. Da mala suerte, ¿sabes?

Más tarde

El destino ha querido que el primo Archibald no cenara hoy a su hora acostumbrada. No, estaba esperando en el comedor, de lo más taciturno, cuando entramos Pierce y yo a las ocho.

—¿No has comido aún, primo?

—Esta noche no puedo comer solo —dijo él.

—¿Y eso por qué? —inquirí yo.

—Tengo un Dilema Moral.

Un Dilema Moral.

Pierce y yo, de pie delante de nuestro sitio habitual, en lados opuestos de la mesa, nos miramos.

—Yo diría que todos hemos tenido unos cuantos —dijo Pierce magnánimo.

Respondí con un suspiro de lo más apesadumbrado.

Nos sentamos. Agnes, que había prometido dos platos, trajo el primero.

Fue una suerte que el Dilema Moral del primo Archibald lo sumiera en el silencio.

Pierce y yo hablamos del tiempo, húmedo y lluvioso, cosa que él sabía porque había estado fuera toda la tarde, yo por mi Observatorio Científico de la Buhardilla.

Entonces alguien aporreó estrepitosamente la puerta.

Puesto que Agnes estaba atareada en la cocina y Parian ausente, me levanté para ir a investigar.

—Permítame —dijo Pierce.

Así que me quedé en el comedor, con el primo Archibald respirando ruidosamente y escuchando a Pierce cruzar el vestíbulo y abrir la puerta.

Oí una voz pero no distinguí las palabras.

Luego Pierce dijo:

—No tiene buen aspecto. Pase e iré enseguida a por una manta. ¿Emma?

Pero yo ya me había levantado y llegaba al recibidor. Allí estaba Mary. Tiritando, helada, con aspecto de Jane Eyre. Se lo dije, como amiga suya que soy. Y añadí:

—¿Se puede saber qué ha pasado?

—El profesor es lo que ha pasado —balbució Mary, empapada de arriba abajo y dejando un reguero de agua en el suelo del vestíbulo.

—¿Te refieres al profesor Fletcher? ¿El de las ocho hermanas?

—No —interrumpió Mary—. Al de las cinco hermanas. ¡Pues claro que me refiero al profesor Fletcher!

Para entonces se nos había unido Pierce con la misma manta que me había puesto sobre los hombros la noche de Guy Fawkes. Le cogí el paraguas a Mary —de poco le había servido— y lo dejé en el paragüero junto a la puerta, luego le quité el abrigo. Cogí la manta de manos de Pierce, la envolví con ella y le di friegas en los brazos.

—Ahora me lo cuentas todo, pero, primero, ¿quieres té o comer algo? Acabamos de sentarnos a la mesa.

Mary se apartó el pelo oscuro de la cara.

—Tengo muchísima hambre. Llevo horas encondida entre los arbustos de Regent's Park.

—¿Se puede saber por qué has hecho eso?

—Los viudos no son de fiar —tartamudeó.

—No tengo la más mínima duda.

Llevé a Mary al comedor, donde Archibald estaba sentado en silencio en uno de los extremos de la larga mesa, por fortuna aún sumido en

los abismos de su Dilema Moral. Hice sentar a Mary en el otro extremo, junto al fuego.

Pierce la ayudó con la silla y luego volvió a la suya, cogió el periódico que había dejado, muy inapropiadamente, encima de la mesa y lo ocultó de la vista.

Agnes —que había oído el alboroto— se fue a buscar otro plato.

—Mary, este es mi primo Archibald…

—Estoy en un Dilema Moral —interrumpió él pesaroso y con la atención puesta en el pequeño escenario donde se representaban sus pensamientos.

—… ¿y conoces a Niall Pierce? Pierce, ella es Mary Bairrage, Extraordinaria.

—Emma me ha hablado de usted —contestó Pierce—. Un placer.

—El placer es mío —repuso Mary, temblando ya menos y con las mejillas sonrosadas. Parecía solo medio consciente de lo que decía —. Es usted tan apuesto como me lo había descrito Emma.

Pierce clavó en mí sus ojos color plata.

—Me halaga usted.

No se me ocurrió nada ingenioso para salir del atolladero en que me habían colocado las palabras de Mary, así que decidí mostrar aplomo.

—Se ha mirado en el espejo, Pierce. Bien, Mary, ¿entras en calor?

Me preguntaba qué habría hecho aquel profesor para dejarla en tal estado.

Justo entonces Agnes trajo un plato de pescado para mi amiga, acompañado de un consomé fragante. Mary dio varios sorbos lentos al caldo caliente y a continuación se recostó en el respaldo de su silla, aliviada.

—Me encuentro mejor, gracias. Por favor, coman. No me esperen.

Hasta nuestro segundo plato —ternera con guarnición de verduras, un auténtico festín—, Mary no se unió a la conversación desenfadada que manteníamos Pierce y yo.

Yo ardía de curiosidad.

La comida prosiguió. Una vez tomado el postre, y con el primo Archibald sentado con la cabeza entre las manos sin decir palabra y yo a punto de echar humo, Pierce se excusó amablemente y pude arrastrar a Mary al salón de recibir. Nos sentamos; Mary en el sofá, lo más cerca del fuego que pudo.

—Te esperaba a las cinco para tomar el té. ¿Qué ha pasado?

—Y tenía intención de venir —dijo—, pero decidí que caminar un poco me descansaría los dedos después de trabajar. Me fui a Regent's Park, blandiendo el paraguas cual espada…

—Por supuesto.

—Y, cuando iba tan contenta, golpeando ramas díscolas, apareció dando zancadas (zancadas, Emma) un varón bastante… varonil, ya me entiendes. Hombros anchos y mandíbula fuerte, y una gorra de tweed ladeada con desenfado. ¡Figúrate! Solo le faltaban la escopeta y los sabuesos. Y lo seguía una jauría de chiquillos. Los tres (uno con ambos brazos enyesados) gritando, llamándose, pasándose un balón. De haber llevado el hombre sus gafas puestas, quizá me habría sobrepuesto. Son demasiado ridículas. Me habría dicho: «Bien, Mary, ahí tienes a tu profesor con sus ridículas gafas».

—Lo son.

—«Tal vez deberías saludarle, concertar una cita para revisar tus apuntes, ya que es evidente que ha estado demasiado ocupado todo el mes para hacerlo él mismo».

—Muy razonable.

—Pero las gafas no estaban por ninguna parte; solo llevaba un libro bajo el brazo que indicaba que, sí, sabe leer. Entonces comprendí quién era. Me entró el pánico.

—Mary.

—Me tiré a los arbustos. De cabeza. Mira, me he arañado a base de bien.

—Pero si estaba lloviendo.

—Lo estaba. Y no podía abrir el paraguas sin llamar la atención. —Llegado este momento, Mary dejó escapar un suspiro resignado—. Tuvieron la mala idea de no seguir caminando y de ponerse a darle patadas al balón.

—¡No!

—¡Durante tres malditas e interminables horas!

—¡Qué injusticia!

—Si fuera un padre normal y corriente, no se le habría pasado por la cabeza semejante cosa. ¿Veinte minutos, tres cuartos de hora? Listo. Pero siendo viudo (¿entiendes ahora por qué son tan peligrosos?), sus hijos van camino ya del orfanato. Está obligado a esforzarse más de lo habitual. Y yo no podía moverme sin delatarme. Ni él mismo se tomaría en serio mis enmiendas académicas de saber que ando escondiéndome en los setos de los parques públicos.

—No tenías escapatoria —la consolé.

—Gracias en cualquier caso por la cena. Al menos he visto a tu fotógrafo. Al final ha merecido la pena. Es muy apuesto, Emma. Aunque casi… inquietante. Como si hubiera visto demasiado.

—Arabella lo llama mi Ángel Vengador.

Mary sonrió.

—Mejor eso que el Mefistófeles de Marlowe susurrándote al oído.

—Bravo, Mary, por ser siempre tan positiva.

He decidido que la positividad es el Everest de las virtudes. No solo hay que afrontar las realidades funestas de la vida, sino que también hay que elegir, muchas veces, hacer caso omiso de ellas.

23 de diciembre

Hoy ha amanecido nevado. La nieve ha debido de caer durante gran parte de la noche, pues se ha deslizado por los contornos de cada casa y acumulado en los alféizares. Agnes sirvió un desayuno caliente y hasta preguntó si Pierce se uniría. Le envié a Pierce una nota a través de la pared, pero sospecho que no estaba despierto.

—Iría a la iglesia, señorita Lion, puesto que casi es Navidad, pero tengo los nervios de punta y no consigo tranquilizarme. ¿Cuándo cree que lo sabré?

—Pronto —aseguré—. Serían unos necios si no te admitieran.

—Mi madre dice que a Dios no le gusta que llamemos necio a nadie.

—Quizá no, Agnes. Tú, sin embargo, eres divinidad pura.

Más tarde

La iglesia estaba adornada con acebo y bayas rojas, ramas verdes y piñas cerca del púlpito. Había un aire de encantamiento y bondad, y todos parecíamos contentos de estar allí.

Hawkes leyó Lucas capítulo 2 y Mateo capítulo 2, 1-12. Tras la lectura, anunció que el nuevo arzobispo de Canterbury no solo permitía los villancicos en la iglesia, sino que los alentaba, y dijo que cantaríamos villancicos el resto del servicio.

—The Cleopatra se ha ofrecido a proporcionar ponche caliente y leche templada para los niños —dijo—. No tardarán.

Eso sí que es paz en la tierra y buena voluntad.

Los Diez Réprobos, que se las habían arreglado para entrar —con

ojos somnolientos y algo aturdidos— justo cuando los Reyes Magos entregaban sus regalos al niño Jesús, gimieron al enterarse de que cantar estaba en el orden del día. Antes de que Hawkes hubiera terminado de hablar, se sacudieron el abatimiento y cantaron una versión ~~algo inapropiada~~ más bien impúdica de «God Rest Ye Merry, Gentlemen» y salieron de la iglesia en procesión cuando el ruido de nuestros aplausos resultó excesivo para sus perjudicadas cabezas.

El organista empezó a tocar «Good Christian Men, Rejoice» y todos cantamos.

Hawkes, sin embargo, caminó por el pasillo y salió por las puertas delanteras.

Como si tal cosa.

Desapareció.

Y nadie supo adónde había ido.

Cantamos. Viejos villancicos, nuevos villancicos. Alguno de los cuales no conocíamos bien y nos hacían sonar a todos como si también tuviéramos la cabeza perjudicada.

Salí sintiéndome inspirada y con ganas de celebrar la Navidad. Estaba nevando, y aunque mi abrigo negro me tapaba casi todo el vestido verde botella, algo asomaba y, junto a los guantes rojos, creaba un efecto de lo más navideño.

La llegada a casa no estuvo exenta de sorpresas tampoco. El primo Archibald despotricaba sobre alguna cosa en el salón de recibir (con la puerta cerrada, gracias a Dios), no se veía a Parian por ninguna parte y, cuando fui a la cocina a hablar con Agnes, la encontré acompañada.

Sentado en la mesa de mi cocina disfrutando de una taza de té

estaba Hawkes. Ese cuya alma siempre aparece, como arrastrada por la marea, en la orilla que se le antoja.

Saludó con la cabeza mientras daba un sorbo de té. Y, antes de que yo pudiera decir nada, Agnes exclamó:

—¡Señorita Lion! Ha venido el vicario a decirme que no debo preocuparme por la Sociedad. Que está seguro de que todo saldrá bien y que pasar las Navidades preocupada sería tonto.

—Dije que sería agotador —corrigió Hawkes en voz baja.

—Un gran consejo —repuse sonriendo, todavía algo atónita.

—¿Té, señorita?

—Desde luego. ¿Por casualidad sabes sobre qué debate el señor Flat en el salón?

Agnes respondió con remilgo:

—Su Problema Moral.

—Tenía entendido que era un Dilema.

—Sí, su Dilema Moral se ha resuelto, y está contrariado con el resultado.

Miré a Agnes y después a Hawkes, quien estaba sentado en silencio y con los ojos entrecerrados, como si aquello no lo concerniera. Pero a mí no me engañaba.

—¿Hawkes?

Justo entonces oímos los sonidos repetidos de Parian arrastrando un baúl por las escaleras: pum, pum, pum.

—La señal que estábamos esperando —dijo Hawkes poniéndose de pie y saliendo de la cocina.

—¿Cómo que la señal? —pregunté—. ¿Vamos a meter al señor Flat en un baúl y a enviarlo a Australia por correo?

Hawkes no contestó.

Fui detrás de él. A pesar de que la Biblia condena a los que buscan señales, mi curiosidad era ilimitada.

Y en el pasillo encontramos a Parian, sin resuello y con el baúl de viaje del primo Archibald, del que asomaba un batín. Hawkes fue hasta la puerta del salón de recibir, llamó con el dorso de la mano y dijo:

—Es la hora.

Cuando se abrió la puerta, apareció un resignado primo Archibald.

Hay un pasaje del Antiguo Testamento que describe la lucha de Jacob con el ángel. Siempre he imaginado a Jacob después, exhausto pero rodeado de luz por sus esfuerzos.

En fin.

El primo Archibald, terminada su batalla, tan solo parecía exhausto. Su cara tenía un brillo desagradable, llevaba la corbata sin anudar y el poco pelo que le quedaba estaba revuelto.

Y frente a él en cambio estaba el Joven Hawkes, que parecía la encarnación misma del ángel, envuelto en luz.

—¿Tengo que ir? —preguntó Archibald al Joven Hawkes como si se hubieran invertido sus edades.

—Sabe que es decisión suya.

—Ya he ido una vez este año, cuando estaba enferma —gimoteó Archibald.

Hablas de Matilde, estuve a punto de decir, pero el Sentido Común intervino y puso una mano firme en la boca de Emma M. Lion. De otro modo lo habría arruinado todo.

—Ha llegado el coche de punto —dijo Parian desde la puerta.

—Tienes que venir conmigo, Parian. ¡Parian!

—El día de San Esteban me voy a Shepherd's Bush con mi

hermano. —Parian parecía más aterrado que contrito—. Es nuestro día libre. De Agnes y mío.

—¿Pero vendrás después?

Parian empezó a parecer nervioso. Su inclinación de cabeza no disipó demasiadas dudas.

—Habría que consultar a la señorita Lion, por supuesto. Si ella está de acuerdo…

Archibald tenía la expresión de alguien que se dispone a descender por los círculos del infierno de Dante. En cuyo caso yo solo autorizaría a Parian a descender uno o dos. Se ha convertido en alguien de cierta utilidad en Lapis Lazuli House.

—¡Hawkes, ay, Hawkes! —se lamentó el primo Archibald.

—Le sentará bien —dijo Hawkes dándole un apretón de ánimo en el hombro.

—Siempre me ha odiado —gimió el primo Archibald siguiendo de mala gana su baúl y a Parian peleándose con él hacia la calle—. Y yo siempre la he odiado a ella. Pero supongo que nuestras aversiones en común terminarán por unirnos. —Me miró furioso—. En eso sí coincidimos.

Para entonces Hawkes y yo habíamos llegado a la puerta. Yo estaba apoyada contra el costado izquierdo del marco; Hawkes contra el derecho, con los brazos cruzados.

Hacía frío fuera y el aliento del primo Archibald dibujaba nubes mientras le daba a Parian instrucciones sobre el mantenimiento de los batines en su ausencia.

A continuación nuestro Dante se subió al coche. Parian cerró la portezuela con un suspiro de alivio audible y subió las escaleras

dando saltos —saltos, sí— mientras Hawkes y yo mirábamos el coche alejarse.

La comisura izquierda de la boca de Hawkes se elevó levemente. Después, cuando mi némesis hubo desaparecido de la vista, ladeó la cabeza y me miró.

—Feliz Navidad —dijo.

Sonreí.

—Deduzco que el Dilema Moral del primo Archibald era si pasar o no la Navidad con su hermana.

—Lo era.

—¿Y lo planteó usted, no él?

Hawkes encogió un hombro.

—Es posible que ayudara a formular el dilema.

—Más bien lo organizó todo, diría yo.

Hawkes dirigió su media sonrisa hacia la calle y miró el día gris y encapotado.

—Quería que su primera Navidad en Lapis Lazuli House fuera…

—¿Superable? ¿Soportable?

—… apacible.

—Gracias. ¿Cuándo vuelve?

—El doctor Fairchild le ha recomendado que pase al menos un mes fuera de Londres. El aire frío invernal podría empeorar las cosas, ¿entiende?

—¿Qué cosas?

—Todas.

Lo dijo con gran compasión, pero había un brillo innegable en su mirada.

—Gracias, Hawkes. —Mi declaración sincera no recibió respuesta

—. Islington pasará aquí la Nochebuena, lo mismo que Pierce. Llevo días queriendo invitarlo a que se una.

Hawkes tampoco contestó a esto. Siguió mirando Whereabouts, aparentemente disfrutando del aire quieto y frío en su cara. Además del alzacuellos, que no siempre usa, llevaba un abrigo azul de costuras un tanto raídas. No era algo llamativo, que destacara a simple vista, pero delataba una cabeza ocupada en otras cosas.

—Ha sido usted muy bueno tranquilizando a Agnes —añadí.

—Los londinenses paganos hacemos lo que podemos. —Me miró —. Su madre parece tener opiniones sobre todo.

Reí.

Se separó del marco de la puerta y enderezó la espalda.

—Encuentre un sillón para el salón de recibir y yo encontraré tiempo para Lapis Lazuli después del servicio de Nochebuena.

—¿Un sillón? ¿Quiere que le encuentre un sillón?

—Ya le dije que necesitaba uno.

—Lo hizo, pero no sé si se da cuenta de que Nochebuena es mañana.

—Sospecho que se las arreglará.

Se me había olvidado que en St. Crispian's hay servicio religioso en Nochebuena en lugar del día de Navidad, y se lo dije a Hawkes.

—Muy breve. De las diez y veintitrés a las diez cincuenta y tres.

—¿Por qué ese horario tan raro?

—Uno de los primeros vicarios de St. Crispian's vivía a siete minutos caminando de la iglesia. Le gustaba estar en casa a las once. —Hawkes salió al porche y bajó las escaleras antes de volverse—. ¿Por qué es la vela? —preguntó.

No tenía ni idea de qué estaba hablando.

—¿A qué se refiere?

—Hoy es día 23. Cuando paso de noche por Whereabouts siempre veo una única vela en su ventana el 23 de cada mes. ¿Por qué?

Qué observador. Crucé más los brazos para protegerme del frío.

—Si viene a sentarse en ese sillón que de alguna manera me las arreglaré para encontrar, se lo diré.

Hawkes se pasó la mano por el pelo, sonrió y se fue.

Como una ola del mar que rompe en la orilla y se retira.

Me dejó preguntándome cómo iba a encontrar un sillón decente en Nochebuena.

Más tarde

¡Ha llegado un paquete de The Hound!

Estoy espeluznada.

No, creo que esa no es la palabra que busco.

Estoy estupefacta.

Tal vez El Pirata ha descubierto mediante artimañas que he leído *La isla del tesoro*. Dos veces. Y ha decidido recompensar mi espíritu corsario.

Está claro que no se trata del Desorbitadamente Caro diccionario en dos volúmenes.

De serlo, sin embargo, podría mirar la definición correcta de «espeluznar».

Es un único libro envuelto en papel verde oscuro. Sin lazo, sin adorno, solo una gota de cera rojo cereza con el sello de un sabueso sujetando una nota.

Elegante pero masculino.

Islington daría su aprobación.

La nota estaba escrita en la presuntuosa caligrafía de El Pirata.

Tendrá que conformarse con esto. Debe a The Hound 1 chelín con 5 peniques.

24 de diciembre

Lo primero que pensé cuando abrí los ojos fue: «Emma, ¿en qué demonios estabas pensando?».

¿La respuesta? No lo sé.

¿Qué locura me llevó a pensar que invitar a tres… hombres —más me vale usar la palabra. No son muchachos. No están de vacaciones después de la universidad. Son hombres— a Lapis Lazuli para celebrar la Nochebuena era una buena idea? Nunca he organizado una reunión así.

Y Lapis Lazuli House, aunque parezca grandiosa, se encuentra en el velo de la pobreza.

El Velo.

Cuando una vive en dicho Velo, no debería organizar la clase de cena de Nochebuena a la que, por ejemplo, un duque querría asistir. Ni aunque la esposa de su banquero le envíe diez libras. Agnes se negó a repasar el menú conmigo. «Es una sorpresa, señorita Lion. Estará muy orgullosa». Se olvida Agnes de que sé cuál es la asignación para la cocina. Aunque las aportaciones de Pierce impedirán un desastre absoluto.

Lady Sheridan sirvió once platos. Once.

Cuando en Lapis Lazuli hay más de dos, es un acontecimiento digno de mención en el periódico. Y, aunque sé que Pierce no dirá nada, y no creo que Islington sea capaz, me aterra que me compadezcan en silencio.

En cuanto a Hawkes, se alimenta principalmente de poesía y

prosa y, en cualquier caso, no llegará hasta terminado el servicio religioso.

¿En cuanto al entretenimiento? No tengo piano. Cantar villancicos sin un instrumento se antoja disparatado. De acuerdo, cantar villancicos en sí mismo se antoja disparatado. Y desde luego no voy a convencer a P, I y H para que jueguen a las charadas.

¿O sí?

Es tentador.

Ahora estoy casi desesperada por ver algo así.

En cuanto a los regalos que he preparado, ¿en qué momento decidí que serían adecuados para un duque, un fotógrafo de guerra y un vicario?

Debe de ser Puck.

Y las cosas que más me agradan
suceden de forma absurda.

Sí. Culpo a Puck. Simplemente he leído *El sueño de una noche de verano* demasiadas veces.

Parafraseando a Wordsworth: «Shakespeare me pesa en exceso».

He sido una tonta.

Pero mira ahí fuera. Por la ventana. El sol de la mañana ha deslizado unos rayos por debajo de las nubes que iluminan el cristal escarchado. Me hace pensar que todo irá bien.

Que quizá no soy tan tonta, después de todo.

Más tarde

Alguien tenía que enfrentarse al frío y conseguir guirnaldas de ramas verdes y una corona.

Agnes y yo votamos por Parian.

Parian votó por la austeridad, es decir, nada de vegetación, nada de esfuerzo.

Después de quitarle la idea de la cabeza, lo abrigamos bien y ~~prácticamente~~ lo empujamos a la calle.

La cocina llevaba días oliendo a dulces navideños, ya que Agnes, sobre todo después de enterarse de que Islington iba a ser nuestro invitado, ha trabajado sin descanso.

Subí a la buhardilla oeste.

Mis motivos para subir a la buhardilla oeste eran dos: buscar viejos adornos navideños y ver si por casualidad había un sillón para el salón de recibir que no estuviera terriblemente raído.

No había nada parecido a un asiento digno.

Tampoco había decoraciones relacionadas con la Navidad.

Sí había un baúl lleno de ropa vieja.

No eran muchas prendas, y comprobé que en Lapis Lazuli habían residido unas polillas bastante laboriosas. Debajo de todo había una capa de terciopelo azul oscuro en estado irrecuperable, pero, entonces, ¡victoria! El forro de la capa resultó ser de un festivo color carmesí.

Armada con una aguja e hilo escarlata, llevé mi proyecto al salón, donde cosí un surtido de lazos. Uno para la puerta principal, dos para la escalera, tres pequeños para la guirnalda que quería poner sobre la repisa de la chimenea del salón y otros tres para el comedor.

A regañadientes, bendije Fortitude por haber concedido a mi

reticente persona una habilidad útil, aunque fuera solo aceptable.

Más tarde

Acabo de terminar mis lazos y ha vuelto Parian.

Lo recibí en la puerta principal, que abrí de par en par mientras él entraba a trompicones y dejaba caer su carga en el vestíbulo. Parecía que venía del buhonero de las plantas navideñas. La mayoría eran ramas marchitas y delgadas con unos pocos mechones de agujas en los extremos.

A Parian se le veía excesivamente complacido.

¿Habrá celebrado este hombre la Navidad alguna vez?

—¡Anda! —fue lo único que se me ocurrió decir.

Él sonrió radiante.

—Siempre me han gustado las ramas bonitas.

—Hum —respondí—. Muy bien. Veamos qué se puede hacer.

Dado que Agnes nos había prohibido entrar en la cocina, nos pusimos a trabajar en el vestíbulo. Con ayuda de cordel y unas tijeras, logramos componer una corona bastante verde. Puse el lazo sobre la parte más desnuda y luego la colgué en la puerta principal.

Después hice dos guirnaldas, frunciendo el ceño ante los mechones ralos de verde mientras les anudaba los lazos más pequeños. No quedaron ramas para la barandilla de la escalera, pero los dos lazos rojos aspiran a poner por sí solos el toque festivo.

Cuando salió a inspeccionar, Agnes vio la cara de Parian y la mía y decidió equilibrar el júbilo del primero y mi resignación sugiriéndome que me llevara las tijeras de podar al jardín trasero.

—Hay un poco de acebo en el rincón —dijo— y el tejo del vecino sobresale por encima de la valla.

Cuán lista eres, Agnes.

Su plan dio como resultado una pequeña pero decisiva cantidad de vegetación.

Trencé el acebo y una ramita de bayas rojas en la corona, que ahora parece menos triste, y entrelacé el tejo en las guirnaldas.

Terminada la primera tarea antes del mediodía, me concentré en la adquisición de un sillón.

En la buhardilla no había nada que sirviera.

No debía robar el de Pierce.

(¿Debería robar el de Pierce?).

No.

Sí.

Si no encuentro nada más…

Así que subí al cuarto piso.

Aunque he recuperado Lapis Lazuli —algo muy conveniente, debo añadir—, reconozco que sigo siendo reacia a allanar las habitaciones de la cuarta planta. El primo Archibald sigue decidido a que nadie las use. La alfombra que tomé prestada para la buhardilla ha sido mi única infracción.

—«La rebelión, era evidente, se cernía sobre nosotros como una nube de tormenta» —recité mientras abría la puerta de la primera habitación llevada por un espíritu corsario.

Era un dormitorio, aquel del que había ~~robado~~ tomado legítimamente la alfombra. Polvo y telas descoloridas, las cortinas casi todas corridas. Una habitacioncita contigua no reveló más que una puerta que daba a un trastero, demasiado pequeño para un sillón. Las dos habitaciones siguientes estaban conectadas; otro dormitorio, este no solo más elegante, sino también más original, a

pesar del polvo. La segunda era una sala de estar y ¡tenía dos sillones! Aliviada, me acerqué a investigar. Algunas esquinas estaban completamente desgastadas. Se me ensuciaron los dedos de polvo.

No eran un espanto, pero tampoco adecuados. No podía sentar a Hawkes en un sillón harapiento. Examiné la habitación: la mayoría de los cuadros habían sido retirados de la pared, la estantería estaba vacía salvo por una pequeña imitación de Afrodita, pero no había un solo asiento a la vista. El vestidor: más de lo mismo. Un viejo espejo, moteado por el paso del tiempo, proyectaba una luz simbólica en la habitación.

Qué lástima, pues son unas habitaciones bastante bonitas.

Solo necesitan un poco de atención.

—Bien, Hawkes, parece que su suerte se agota —murmuré mientras bajaba las escaleras.

Cuando iba por el pasillo con la intención de preguntar a Pierce si podía tomar prestado su sillón, sonó el timbre. Parian no estaba por ninguna parte, así que abrí yo la puerta.

—Hola —le dije al muchacho que tenía delante. Traía un papel en la mano.

—¿Es esta Lapis Lazuli House?

—Lo es.

—Tengo una entrega.

Miré detrás de él y vi su carro en la calle, con una lona cubriendo una forma extraña.

—¿Es un caballo muerto? —pregunté.

El muchacho pareció desconcertado.

—¿Es lo que está esperando?

—No. —Conseguí negar con la cabeza sin sonreír—. No soy un

matarife. Cielos.

Pregunta interesante: ¿debería Emma M. Lion hacerse matarife?

Nota: «Consultar a Mary».

El muchacho señaló el carro.

—¿Me puede ayudar alguien con el sillón?

Eso dijo.

De verdad lo digo.

Me quedé atónita.

—¿El qué? —pregunté.

—El sillón. Vengo a entregárselo.

—Cielos. ¿Puedo verlo?

Así que bajó las escaleras delante de mí y retiró la lona de la parte trasera de su carro.

Y hete aquí que había un sillón. Un sillón de verdad. Solo levemente usado. Parecía, y más tarde se demostró que era, bastante cómodo.

—Es amarillo —dije asombrada.

Y lo es. Un amarillo bonito, un poco bruñido, un poco dorado.

El muchacho estaba desconcertado.

—¿Debía ser de otro color?

—No tengo ni idea. ¿Quién lo envía? ¿Es Hawkes?

El chico se encogió de hombros y me entregó un sobre.

—¿Hay algún hombre que pueda ayudarme?

No lo había.

Solo Parian.

Pero tendría que servir, y sirvió.

A regañadientes.

Llevamos el sillón al salón de recibir y lo colocamos junto a la

chimenea, con una mesita entre él y el sillón rosa, y el sofá verde frente a ambos. Este salón empieza a parecer una caravana gitana. Si mi tía Eugenia llegara a ver semejante combinación de colores, es posible que quemara Lapis Lazuli hasta los cimientos.

Después de darle una propina al joven y despedirlo, abrí el sobre.

Señorita Lion:

Mi marido me ha sorprendido con un regalo de Navidad adelantado y bastante voluminoso, lo que me ha obligado a deshacerme rápidamente de algunos muebles. Cuando estuve en Lapis Lazuli tomando el té, recuerdo que le faltaba un sillón para los invitados. Permítame satisfacer esa necesidad. El color tan peculiar me ha parecido especialmente adecuado.

Feliz Navidad.

Suya siempre,

Rebecca Penury

Parece que la suerte de Hawkes no se acaba nunca.

Más tarde

Toff ha estado llevando notas entre las tiendas y las casas de St. Crispian's, así que lo intercepté cuando pasó corriendo y le di una misiva para Hawkes.

Hawkes:

He cumplido mi parte del trato. El universo ha enviado un sillón.

No entiendo cómo se las arregla usted para resolver las cosas como lo hace. Espero que se una a Islington, Pierce y a mí misma después de la misa de Nochebuena. Habrá pudin.

Emma

Más tarde

De niña siempre pensé que las sombras que se proyectaban en Navidad tenían algo de mágico. Que, si levantabas los bordes, se derramaría luz desde los rincones y recovecos del día. Y, aunque la Navidad con Arabella y Damian era agradable (de Bournemouth mejor no hablar), la Navidad con mis padres resultaba prodigiosa. Brillante como una constelación.

Así es como me siento ahora mismo.

Estoy sentada en el sillón dorado de Hawkes —del que él se acaba de levantar— mirando mis regalos inesperados y escribiendo en mi diario.

Pierce e Islington están en el otro extremo de la habitación, en la mesa, jugando a las cartas.

—¿Qué está tramando? —acaba de preguntar Islington.

Pierce ha respondido en mi nombre mientras lanzaba una carta sobre la mesa y con el rostro en sombras. Está coqueteando con el límite de una embriaguez respetable.

—Escribe en su dietario.

Fruncí el ceño.

—Diario, Pierce. Es un diario.

—Que Dios nos ayude —respondió Islington lanzando también él una carta—. No me atrevo a preguntar más.

—Tengo un registro bastante profuso de su mal comportamiento —respondí.

Islington, todavía quisquilloso a pesar de que pasaba la medianoche, me miró.

—No será cierto.

—Le toca, Islington —murmuró Pierce.

—¿Puedo confiar en que no exagerará? —preguntó Islington.

En mi esfuerzo por ser más cristiana hasta el día de San Esteban, fui sincera.

—Probablemente no.

Ahora su atención ha vuelto al juego y su conversación pausada llena el silencio.

Llevo mi vestido rojo, pero estoy tentada de cambiarlo por algún atuendo más viejo y cómodo.

Que conste, sin embargo, que he estado muy presentable.

Agnes se tomó unos minutos para ayudarme a vestirme de gala antes de la cena. Ya casi llenaba el vestido y por tanto me ahorré comentarios sobre mi escote.

Pequeñas victorias.

Al recogerme el pelo, acentué su inevitable aspecto alborotado por el viento con una ramita de acebo, y bajé a prepararme para la velada.

Parian había encendido más velas que lámparas en el salón de recibir, lo que me gustó bastante, y se había molestado en lustrar sus gastados zapatos. Él y Agnes esperaban con ilusión sus propias celebraciones navideñas en la cocina una vez sirvieran la cena y el postre.

Después de haber estado atrapada en Bournemouth los últimos

tres años, era tal mi euforia por sentirme libre *y* en mi casa que no sabía qué hacer conmigo misma. Se oían villancicos procedentes de la calle. De la cocina subía olor a asado y a salsas. El aroma de las chimeneas y el aire frío me envolvían cada vez que se abría una puerta.

—¿Cree que nevará esta noche, señorita? —preguntó Agnes cuando me asomé a la cocina.

—Espero que sí. ¿Y tú?

—Pero es que, si nieva, el duque podría pasarlo mal de camino a casa.

—Creo que se las arreglará, Agnes —dije con un punto de ironía.

Islington llegó vestido de negro, con una camisa blanca impecable bajo el chaleco, y observó con sus ojos verdes penetrantes las decoraciones humildes —aunque, en mi opinión, no carentes de mérito— de la escalera.

Parian acababa de entrar en el vestíbulo con el madeira que pensaba servir como aperitivo y tres copas en una bandeja —nada de ginebra de endrinas en Nochebuena— cuando Pierce abrió la puerta de su estudio.

—Me ha parecido oírlos a los dos. Tengo algo que enseñarles. Parian, sea bueno y traiga eso aquí.

Así pues, entramos en el estudio.

La mesa estaba cubierta de fotografías de gran tamaño que resultaron ser de su viaje a Escocia. Islington empezó a mirarlas mientras Pierce respondía a sus preguntas sobre la ubicación o la hora del día. Eran evocadoras, atmosféricas y, por lo poco que sé, muy buenas. Parece que el talento de Pierce no se limita a capturar personas.

Parian había dejado la bandeja sobre la mesa frente al sofá color ciruela y le serví una copa a Islington, quien me dio las gracias, distraído con las fotografías. Pierce dejó a Islington con ellas y se acercó a donde yo le estaba sirviendo un madeira.

—Tiene usted muy buen aspecto —dije—. Más elegante de lo habitual.

—Le prometí ser buena compañía. —Y se inclinó y me besó en la mejilla—. Feliz Navidad, Emma. Está usted encantadora.

—Feliz Navidad, Pierce.

~~Le di bruscamente la copa intentando no sonrojarme.~~

~~Le di la copa con elegancia; quedó impresionado por mi refinamiento y mi aplomo.~~

Moví la copa en su dirección. Es posible que Pierce diera un pequeño paso atrás para evitar que le salpicara la camisa. En cualquier caso, la entrega se completó.

La conversación no se desvió de Escocia, y ambos hombres hablaron de sus viajes. Yo me limité a escuchar, pues solo había estado allí una vez, a los cuatro años. No recuerdo nada más que tener frío, sentada mientras mi padre pintaba los páramos.

Parian anunció la cena cuando seguíamos en el estudio.

Era una celebración ambiciosa, una muestra de derroche para Lapis Lazuli House. Agnes, bendita sea, había puesto tarjetas con el menú en cada cubierto, y me sorprendió lo que había conseguido. La cena empezó con un consomé claro y terminó con un pudin de ciruelas. Entre ambos platos hubo bacalao, pan, queso y —tal y como Agnes ordenó a Parian que lo describiera— «panaché» de verduras y asado.

Sonriendo y actuando como una anfitriona cortés, decidí que,

cuando las almas que habitan en Lapis Lazuli terminen en el arroyo, al menos tendremos el recuerdo de esta comida única.

Pierce encontrará otro alojamiento. Es probable que algún vecino de St. Crispian's robe a Agnes. Parian solicitará una colocación muy por encima de sus capacidades. ¿Y yo? Incapaz de soportar la pérdida de Lapis Lazuli, me negaré a vender la casa y viviré como la señorita Havisham. Pero sin combustible para la calefacción, sin comida y sin una niña preciosa a la que manipular para que torture a jóvenes perfectamente agradables.

No demasiado prometedor.

~~El primo Archibald, con un poco de suerte, habrá perecido tras ingerir una ostra en mal estado.~~

Debo recordar que me he propuesto ser una cristiana ejemplar hasta el día de San Esteban.

Estoy divagando.

Lo pasamos bien. No tenía por qué haberme preocupado. No se dijo nada de gran importancia, sobre todo intercambiamos recuerdos, opiniones, anécdotas de viajes pasados. Recuerdos y opiniones tengo muchos. ¿Viajes pasados? Ninguno.

—¿No ha ido nunca al continente? —Islington se sorprendió.

—No.

—Pero si dijo que terminó la escuela hace…, ¿qué? ¿Más de tres años?

—Sí, y en el intervalo entre terminar la escuela y honrar a nuestro St. Crispian's con mi divina presencia, trabajé de acompañante de la hermana del señor Flat.

—Miserable —dijo Pierce entre dientes.

—Suponía que habría estado con su tía —dijo Islington frunciendo

el ceño.

—Estuve en el quinto círculo del infierno de Dante. Mi tía habita el segundo.

Pierce rio.

Islington parecía apesadumbrado.

Después de la comida me sorprendió que Parian trajera una botella de oporto. Habiendo tratado con suficientes ingleses adinerados, reconocí la botella como de calidad.

—Cielos —dije, más atenta a mi presupuesto que a morderme la lengua—. ¿En qué estaba pensando Agnes?

—Lo he enviado yo —dijo Islington—. Feliz Navidad.

Así pues brindamos; luego Pierce se fumó un cigarrillo y caímos en la cuenta de que, si no nos dábamos prisa, nos perderíamos la misa de Nochebuena. Cuando le pregunté a Pierce si nos acompañaría, rio sombrío.

—Voy a quedarme aquí y a emborracharme hasta caer redondo. No me mire así, Emma. Es Navidad. Estoy celebrando las fiestas.

—¿De verdad?

Islington y yo nos pusimos abrigos, guantes y sombreros y nos dirigimos a la iglesia. Hacía frío, y la luz de gas enmarcaba nuestro aliento. Había algunas personas más caminando delante de nosotros, y en algún lugar un flautín tocaba «The Holly and the Ivy».

Islington me ofreció su brazo. Saciados de la cena, caminamos en silencio.

La iglesia tenía guirnaldas frescas y una hermosa flor de pascua cerca de la puerta. Los feligreses de St. Crispian’s fueron entrando, con las mejillas enrojecidas no solo por el frío. Estábamos casi todos

sentados y el órgano tocaba un preludio cuando Hawkes entró por las puertas traseras y subió por el pasillo de la nave. Llevaba una chaqueta a la última moda y no parecía en absoluto un vicario.

—Islington —susurré—, ¿está completamente seguro de que Hawkes es un clérigo de la Iglesia de Inglaterra?

Islington murmuró algo a modo de respuesta, pero coincidió con cuando nuestro organista comenzó a tocar con entusiasmo «Joy to the World».

Hawkes sorprendió a todos al leer la colecta, la epístola y el evangelio tradicionales.

No hubo poesía, pero sí algunos himnos antes. A exactamente las diez y cincuenta y tres, nos echaron. Tras el servicio, Hawkes se encontró rodeado de feligreses. Cuando me estaba preguntando si debíamos esperarlo, me miró y asintió como diciendo que enseguida vendría a Lapis Lazuli.

Confiando en haber interpretado bien la señal, Islington y yo echamos a andar por la Diagonal, con los restos de escarcha y nieve crujiendo bajo nuestros pies.

Crujiendo.

Qué palabra tan extraña. La forma en que obliga a la boca a hacer precisamente eso.

Se lo comenté a Islington y respondió con una sonrisa.

Pierce estaba en su estudio, con un vaso de whisky en la mano, mirando al vacío. Mis cálculos internos confirmaron que había bebido mucho más de lo que parecía…, en fin, razonable.

Islington había ido a la cocina a desear a Agnes una «feliz Navidad» mientras yo convencía a Pierce de que pasara al salón.

—Vamos. Está caldeado y acogedor.

—¿Qué tal el servicio religioso? —preguntó.

—Breve. Incluso usted lo habría aprobado.

El sonido que emitió denotaba más bien desaprobación.

—Adelántese mientras apago las lámparas.

Cuando salí al pasillo, llamaron a la puerta.

Hawkes.

—Ha escapado de la boca del lobo —le dije a modo de bienvenida, apartándome para que pudiera entrar y resguardarse del frío.

Hawkes me estrechó la mano con aire distraído y cuando pasó a mi lado me pareció oler un suave perfume de mujer.

Arqueé una ceja.

Me había olvidado del sillón, pero, cuando Hawkes lo vio —color dorado cálido, acogedor, junto a la chimenea—, volvió la cabeza y una sonrisa izó la comisura de su boca igual que una vela.

—¿Le gusta? —pregunté.

Al momento cruzó la habitación, se sacó un delgado volumen de lo que creo que era poesía del bolsillo interior de su chaqueta y se sentó a leer.

—Tiene usted un gusto peculiar, Lion —comentó Islington cuando se reunió con nosotros un minuto después.

—Deje tranquilo mi sillón —fue todo lo que le dijo Hawkes a modo de saludo.

—Opino que es delicioso —contesté—, si bien inesperado.

Islington ya se había sentado en el sofá frente a mi sillón cuando entró Pierce con dos dedos más de whisky en su vaso. Ocupó el otro extremo del sofá y miró a Hawkes, su libro y el sillón.

—¿Cuándo ha llegado?

—Supongo que se refiere al sillón, no a Hawkes —dijo Islington con sorna.

Hawkes miró a Pierce un instante, después volvió a su libro y pasó de página.

—El sillón —dijo Pierce. Y asintió con la cabeza—. Hawkes.

—Buenas noches, Pierce.

—El sillón es para Hawkes —dije tomando asiento—. Y creo que alegra mucho la habitación.

—Desde luego es un color alegre —comentó Islington.

—¿No lo encuentra algo chillón? —preguntó Pierce.

—Es como una estrella —declaró Hawkes sin levantar la vista de su libro.

Pierce dio un sorbo a su bebida.

—Es como esa endemoniada alquimia con la que nos ha castigado.

Islington rio.

Hawkes sonrió.

Y al parecer quedó todo dicho.

¿Cómo describirlo? Cada uno a nuestro aire. Ni cumplidos ni aspavientos. Nos sentamos con un vaso en la mano y hablamos de la infancia.

Islington habló de hermanos y de tradiciones, pero no de sus padres.

Pierce, de recuerdos de infancia, pero sin mencionar a la familia.

Yo conté recuerdos de la casita y de mis padres, y nada de Maxwell.

En cuanto a Hawkes, nos escuchó mientras movía un poco tres dedos, como si tocara una y otra vez las mismas notas al piano.

—¿Y usted, Hawkes? —pregunté—, ¿tiene recuerdos navideños?

Se revolvió en su asiento y por toda respuesta dijo:

—Siempre estaba el mar.

Ojalá pudiera transcribirlo todo palabra por palabra. No divertiría a nadie, pero a mí sí. Hubo retazos preciosos de conversación.

Por ejemplo

Islington: En esta habitación debería haber algún instrumento.

Emma: ¿Qué haría yo con él?

Islington: Tocarlo. ¿Sabe tocar?

Emma: Sé tocar una versión muy virtuosa y esforzada de «Poderosa fortaleza es nuestro Dios». En Fortitude, escuela preparatoria para señoritas, cambiamos la letra por «Poderosa fortaleza es nuestra escuela». A todas nos azotaron y nos mandaron a la cama sin postre.

Hawkes: Quizá le pida que la interprete el próximo domingo.

Emma: Ni aunque me fuera la vida en ello.

Pierce: Pues yo iría a la iglesia solo para verlo.

Después de que las voces de Agnes y Parian cantando en la cocina provocaran una pausa en la conversación, anuncié que tenía regalos.

Me miraron como si estuviera hablando en hindi.

—Regalos —repetí—. Les he hecho algo a cada uno.

—En ese caso…

Y Pierce salió de la habitación.

Islington también salió al pasillo.

—Mis regalos no son tan espantosos —le dije a Hawkes.

Él pasó una página de su libro.

—Creo que ellos también tienen algo para usted.

La idea me cogió completamente desprevenida. No puedo decir que la timidez sea un sentimiento propio de Emma M. Lion, pero cuando Pierce e Islington volvieron con objetos de un tamaño que recordaba sospechosamente al de un libro, de repente no supe dónde mirar. Por suerte, tenía la excusa de ir a buscar sus regalos.

—Bien —anuncié al volver—. Pierce, este que se me resbala de los brazos es para usted. Cuidado, no rasgue el papel. Ahora Islington, y por último Hawkes.

Pierce acariciaba su regalo con los dedos con expresión divertida. Islington frunció el ceño ante el suyo, como si desconfiara de la idea misma de los regalos. (Quizá lo haga). Hawkes estaba recostado con los ojos entrecerrados, tamborileando distraídamente con los dedos sobre el paquete.

—Son todos iguales y todos diferentes —anuncié—. Están hechos con escasa habilidad pero mucho corazón. Creo que deberían abrirlos a la vez.

Solicitar a tres hombres adultos que abran regalos al mismo tiempo resulta una petición extraña cuando se dice en voz alta.

Islington fue el primero en acceder, y desenvolvió aquello en lo que yo había estado trabajando con denuedo estas últimas semanas.

Un cojín.

Sí. Lo reconozco ante el mundo. Le regalé al duque de Islington un cojín.

Pero no un cojín cualquiera.

Un pequeño cojín rectangular pensado para sentarse en una silla mientras se lee un libro. El de Islington era de color verde oscuro y

¿qué había bordado en el cojín con nítidas letras blancas? Una frase en latín.

ACTORE NON PROBANTE REUS ABSOLVITUR

Islington leyó la frase y, con un dominio envidiable de la lengua, echó la cabeza hacia atrás y rio. Dio la vuelta al cojín y Hawkes lo leyó, ladeó la cabeza y me lanzó una mirada de —me atrevería a decir— casi fervorosa aprobación.

—¿Qué dice? —preguntó Pierce, que no había estudiado en un internado británico de élite.

—Dice —respondió Islington—: «Un acusado es absuelto si la acusación no demuestra su caso».

Pierce sonrió.

—¿Es porque siempre está regañando a Emma?

—Eso parece.

No pude evitar sonreír.

—Siempre he sido capaz de defenderme, y así seguirá siendo.

—*Spectemur agendo* —murmuró Islington.

Pierce estaba ahora desenvolviendo el suyo, letras blancas sobre fondo negro, y todos se inclinaron un poco hacia delante, curiosos.

FLECTERE SI NEQUEO SUPEROS, ACHERONTA MOVEBO

Islington tradujo:

—«Si no puedo doblegar la voluntad del cielo, moveré el infierno».

Pierce se pasó un dedo por la barba incipiente, entre divertido y pensativo. Levantó su copa en mi dirección.

—Bien hecho, Emma.

—Me pareció pertinente —expliqué.

Solo quedaba Hawkes.

Su cojín era azul oscuro, y admito que me complació ver que era exactamente del mismo tono que su abrigo. Pero no esperaba su reacción.

Hawkes palideció.

Sus ojos leyeron la frase tres veces, como si hubiera visto un fantasma. No como El Romano, no un fantasma que uno acepta como algo normal. Sino como algo que te persigue.

ASTRA INCLINANT, SED NON OBLIGANT

«Los astros predisponen, pero no nos atan».

Se levantó bruscamente y miró el cojín que tenía en las manos, con la luz del fuego acentuando sus facciones. No estoy segura de por qué la elegí, pero me atrajo la frase y la frase se sintió atraída por Hawkes.

—Gracias —dijo.

Como si lo sintiera de verdad pero no estuviera seguro de creerlo.

—Ya basta de que Emma presida la velada cual parca. Aquí tiene, Emma. Feliz Navidad.

E Islington me dio un regalo antes de recostarse en el sofá con su aristocrática desenvoltura.

—No traía esto al llegar.

—Lo mandé enviar con el oporto. Agnes me lo guardó.

Desenvolví el libro y me encontré ¡una preciosa edición de *Vidas de Plutarco*! Es un volumen deliciosamente grueso, de cuero marrón labrado con un motivo color oro. Las páginas tienen el canto dorado.

Nunca en mi vida he tenido un libro tan bonito. (Excluyendo el Shakespeare de mi padre, siempre excluyendo el Shakespeare de mi padre).

—¡Islington!

—Teniendo en cuenta que creía que Plinio el Joven era hijo de Plinio el Viejo, pensé que Plutarco sería un buen punto de partida para impulsar su proyecto de instrucción propia.

—¿Será mi vida más ilustre?

—Confío en que menos ridícula.

Lo dijo con humor.

Pierce me regaló otro libro, no dorado y bastante más delgado, pero hermoso como un sueño. Es de un poeta estadounidense al que no conozco, Walt Whitman. El volumen contiene su poema titulado «Canto a mí mismo».

—No es el volumen completo de su poesía, solo el poema que da título al libro. Le pedí a Ben Chambers que lo encuadernara por separado. Sus otros poemas tratan la guerra y temas por el estilo. Pensé que este le gustaría más. De momento.

Eso explicaría la cubierta. Era una edición personalizada. Papel jaspeado en verde mar, azul cielo y marrón, con lomo y esquineras de piel verde.

—Gracias —dije acariciando la cubierta.

—Creo que le gustará.

Pierce hizo un gesto con la mano como restándole importancia.

Hawkes pidió ver el libro, cruzó las piernas a la altura de los tobillos y empezó a leer. En cuanto a Islington, parecía desaprobarlo un poco, pero no iba a decir nada. Lo cual no ha hecho más que aumentar mi interés por el libro. *Ipso facto*, Hawkes, al marcharse

hace unos instantes, se lo guardó en el bolsillo. Me miró mientras lo hacía y arqueó una ceja. Asentí con la cabeza. No me opongo a este prestatario en particular. Si un bandolero me apuntara con una pistola a la cabeza y me preguntara «¿A quién confiaría su libro más preciado?», yo respondería con nerviosismo pero con audacia: «¡Al Formidable Nigel Hawkes!».

No estoy segura de por qué creería un bandolero que hace falta violencia para obtener esa información, pero no todas las acciones humanas tienen explicación.

A propósito de Hawkes, me sorprendió muchísimo cuando, tras el regalo de Pierce, se sacó un librito envuelto del bolsillo y lo dejó sobre la mesa entre nuestros dos sillones.

—Me topé con esto hace unos meses en una librería de lance.

Momento en el cual, lo reconozco, me eché a llorar.

No fue algo previsto ni planeado.

Y apuesto a que tanto Islington como Pierce prefieren mi faceta menos sentimental. Pero, cuando abrí el regalo de Hawkes, supe lo que tenía entre las manos y lloré.

Estaba maltratado y estropeado, un ejemplar viejo con la cubierta medio remendada por mi madre. En el lomo llevaba una etiqueta adhesiva amarilla que indicaba que este libro era propiedad —o había sido propiedad— de la biblioteca circulante de Mudie. Mi padre se había apuntado a la «sociedad infernal de los puritanos esnobs literarios», como él la llamaba, en realidad conocida como Biblioteca Escogida de Mudie, para ver si le gustaba.

Tomó prestado *Irlanda: mito, leyenda e historia*, escrito por un inglés y un escocés. Antes siquiera de terminar el prefacio, ya había

empezado a tachar, a garabatear, a ilustrar los pocos párrafos que le gustaban y a ridiculizar el resto.

Mi madre estaba horrorizada.

—¡Los lectores me lo agradecerán!

—De ninguna manera. Y te multarán, te expulsarán de la biblioteca de Mudie.

—Tanto mejor. Un hombre debería poseer su propia biblioteca.

De manera que mi padre se quedó con *Irlanda: mito, leyenda e historia* y mi madre envió una carta a la biblioteca adjuntando el dinero del libro.

Estaba temblando cuando lo abrí por la portadilla.

IRLANDA: MITO, LEYENDA E HISTORIA
Por Alistair T. Moddle y Jonathan L. Kirk
Comentado por el bribón de Declan Lion, irlandés de pura cepa

—Gracias, Hawkes. Muchas gracias.

Me levanté con el libro en la mano y me excusé. Tardé media hora en recobrar la compostura y dejar de leer las frases escritas por mi padre en las páginas de aquel libro manoseado.

Cuando volví, Hawkes estaba leyendo a Whitman e Islington y Pierce jugaban a las cartas en la mesa junto a la ventana. Agnes había servido café.

—¿No se regalan nada entre ustedes? —pregunté cuando me senté.

Islington y Pierce se miraron.

—¿Quiere que le elija una corbata, Islington?

—Desde luego, Pierce. ¿Y qué le parece si yo le elijo a usted un buen par de zapatos?

—De acuerdo, de acuerdo. —Les hice un gesto para que siguieran jugando.

Hawkes cambió de postura y cerró mi Whitman.

—Me debe una respuesta —dijo.

—¿A qué?

—¿Por qué enciende una vela cada día 23?

Me había olvidado por completo.

Dejé *Irlanda: mito, leyenda e historia* en la mesa y dije:

—Mi padre nació en un día 23.

—¿De qué mes?

—No sabría decírselo. Todo lo que sabemos (mi madre y yo) es que nació un día 23. De manera que celebrábamos su cumpleaños doce veces. No siempre con regalos, pero sí con tarta y una buena comida. La mejor fiesta repetida todas las veces que el año lo permite.

Hawkes se llevó los nudillos a la comisura de la boca, pensativo.

—Maravilloso.

—Lo era.

—¿Y nunca ha consultado los libros parroquiales?

—Nació en Irlanda. Nunca he estado.

—¿Le gustaría saberlo? —preguntó Hawkes.

Era una cuestión de la que mi madre y yo hablábamos constantemente, apostando por un mes u otro.

—Es posible que algún día, pero no ahora. Ahora mismo disfruto con la naturaleza sacrosanta del día 23. De cada 23.

Hawkes asintió con la cabeza.

—¿Cuándo es su cumpleaños?

—El 13 de enero. El mes que viene alcanzaré la mayoría de edad.

—Ah, sí. El señor Flat lo llama El Día de la Cadencia y la Ruina.

El primo Archibald.

Le retorcería el cuello.

—¿No es Decadencia y Ruina?

—Sí —contestó Hawkes—, pero creo que no lo sabe.

Guardé silencio un momento hasta que los pensamientos sobre mi padre me recordaron algo que había querido preguntar a Hawkes.

—Hawkes.

Esperó.

—¿Hablaba en irlandés con Teobaldo? ¿El día que me regaló su suerte?

Se frotó con los dedos sus ojos cansados y me miró.

—Siempre he pensado que los gatos de esta parte del mundo prefieren el gaélico irlandés. ¿No está de acuerdo? —Y, dicho eso, se levantó, cogió su cojín y dijo—: Gracias por el regalo de Navidad, señorita Lion.

—Gracias por el libro, Hawkes.

—Pronto le devolveré a Whitman.

Hizo una única inclinación de cabeza y, después de despedirse de Islington y Pierce, salió a la noche.

Cuando miré por la ventana, estaba nevando.

25 de diciembre

Es la mañana de Navidad perfecta.

Una gruesa capa de escarcha cubre todo St. Crispian's y, sentada en mi ventana con una taza de chocolate caliente, veo mil cristales que cuelgan de cada rama refractando la luz, festoneando los contornos de cada tejado.

Madre mía, empiezo a sonar como el diario de Islington.

Cuando se marchó anoche «a pasar una docena de días atendiendo los caprichos de mil sobrinas», le deseé lo mejor.

—Para Año Nuevo estaré enterrado por agotamiento.

—Voy a tener que conocer a esas sobrinas, si son capaces de enterrarlo en menos de una semana.

—Lo hará, sin duda. —Se puso el sombrero—. En mi funeral. Feliz Navidad.

Más tarde

En lugar de esperar a San Esteban, les he dado a Agnes y a Parian sus regalos esta tarde. A Agnes le encantaron el recetario, el juego de plumas y también los guantes.

—¿No ha visto lo que me ha regalado el señor Pierce, señorita?

—Pues no —contesté algo sorprendida.

Me enseñó una fotografía en blanco y negro en un marco de plata. Era de las afueras de un pueblecito y la mirada se me fue detrás de las casas de piedra y hacia los páramos.

—Fishwick. Mi pueblo. El señor Pierce pasó por él y se acordó de que es donde nací.

Qué bonito gesto por parte de Pierce.

—Es precioso, Agnes.

Parian torció el labio un momento y abrió mi regalo con expresión de desinterés y, cuando apareció la lupa, trató de aparentar indiferencia. Parpadeó, se sorbió un poco la nariz y dijo:

—Muy útil, debo decir.

Llegó el momento de los zapatos. Mi instinto me había aconsejado que sería mejor que no vinieran de mí, así que había conservado el envoltorio de The Hound y no había escrito ninguna tarjeta.

—También ha llegado esto para usted —dije—. Se me ocurrió reservarlo para Navidad.

Parian estaba perplejo.

—¿De quién es?

—El envoltorio es de The Hound —dije sin mentir.

Estaba tan sorprendido que, después de mirar el regalo de arriba abajo varias veces, salió corriendo de la habitación.

Agnes y yo nos miramos y sonreímos.

Cuando volví a ver a Parian, se había puesto los zapatos nuevos y llevaba el cuello de la camisa más recto.

He abierto el resto de mis regalos sola en el salón de recibir.

REGALOS DE EMMA
Comentados

Tía Eugenia me ha enviado una crema para el cutis.

Arabella debe estar prometida para agosto. Te recomiendo una

enérgica rutina de belleza, puesto que insiste en que formes parte del cortejo nupcial.

Arabella ha enviado tres regalos. El primero son unas cómodas zapatillas para estar en casa; el segundo, un folleto titulado *Casarse con un tonto por su dinero*, y el tercero, ¡un catalejo!

Imagino que en esa buhardilla tuya debes de tener los pies helados.

Me encontré este folleto en el club. Está escrito en broma y mis amigas lo leyeron en voz alta simulando escandalizarse. Yo opino, sin embargo, que contiene algunas máximas que toda joven debería seguir. Por mercenarias que sean.

Si te conozco bien, te gusta mirar por ese mirador tuyo que parece el nido de un cuervo. Cuando vi esto sospeché que lo encontrarías útil. No se lo digas a mamá. Opina que una joven no debería ver nada más allá de su salón.

¡Y un encantador regalo sorpresa de Roland! Entradas para una ópera cómica titulada *Princess Ida* que estará en el Savoy a principios del año que viene.

Emma:

No me he atrevido a comprarte un libro. Para alguien de naturaleza tan competitiva como yo, mi historial es descorazonador. Pelearé esa batalla otro día. Me he decidido por una noche de diversión.

Puesto que estaré retenido en Spencer Court hasta la noche de

Reyes, no puedo evitar sentir que me haces una gran ofensa no viniendo. Mi día de Navidad estará sujeto a las estrictas órdenes de lady Spencer, mientras que tú estarás cómodamente recostada en tu salón, leyendo, comiendo y disfrutando del placer hedonista que todo eso supone. No quiero desearte algo tan extremo como la peste, pero ¿qué clase de antiguo archienemigo sería si no te deseara algo de mala suerte en tu deserción?

Tu seguro servidor,

Roland Sutherland

Creo que conservaré a Roland.

El regalo de Saffronia era una vista de Primrose Hill con orientación este, la luz rosada del atardecer atrapando las agujas de los edificios al fondo. Sencilla, elegante, bella. La colgaré en mi buhardilla.

Con una sonrisa, me dispuse a abrir el paquete sin identificar de The Hound. Tengo más que suficiente del… —¿Cómo debería llamarlo? ¿Mecenazgo? ¿Diez libras y un sillón color oro? Pues sí, un mecenazgo donde los haya— mecenazgo de la señora Penury para saldar la deuda pendiente. The Hound había envuelto el paquete con gran cuidado y yo lo desenvolví con igual delicadeza.

Proferí un sonido de incredulidad. Ante mis ojos estaba el primer volumen del *Diccionario de la lengua inglesa* del doctor Johnson.

Y era mío.

De acuerdo, tras inspeccionarlo comprobé que no se trataba del volumen A-K completo, sino de un ejemplar bastante dañado de A-J en el que faltaba la K entera.

(¿Cómo va a consultar una el significado de «kermés»?).

La encuadernación hace juego con la de Whitman. Cubierta jaspeada verde mar, azul cielo y marrón, con lomo y esquineras verde oscuro. El título estaba estampado en letras doradas y en el interior de la cubierta ponía: EML.

Aunque las páginas sean de un ejemplar defectuoso, solo la encuadernación vale más de lo que me pedía.

También venía una nota.

Señorita Lion:

Adjunto los restos de un ejemplar dañado que no vendería a nadie.

Excepto a usted, parece.

Lo he encuadernado igual que el libro que me encargó Pierce. Es su encuadernación, única y que no replicaré para nadie más. No usaré ninguna otra encuadernación en un libro para usted. ¿Entendido?

B. Chambers

No olvide pagar a The Hound.

26 de diciembre

Pierce está leyendo el periódico mientras yo busco palabras indignantes para leer su definición en voz alta.

Por ejemplo, *finesse*: una palabra innecesaria que se infiltra sigilosamente en la lengua.

Puesto que es San Esteban, debo procurarme Mi Propio Solaz, pues Agnes se ha unido a las celebraciones de una amiga y criada como ella que trabaja para el general Braithwaite, y Parian se ha ido a visitar a un hermano que vive en Shepherd's Bush.

Le he dicho que se quede unos días.

Me gusta esta tranquilidad.

Más tarde

Agnes estaba invitada a pasar los tres últimos días de diciembre con la tía de su amiga. La tía está casada con un granjero y parece ser que hay todo un ejército de braceros y mozos de cuadra.

Un lugar de lo más deseable en el que terminar el año.

—Me dice mi madre —me explicó Agnes mientras dejaba la bandeja del té en mi mesa— que en el servicio nadie se toma días libres.

Algo que sé de buena tinta después de vivir con mi prima Matilde.

—Agnes, creo que deberías ir a la granja. Trabajas muy duro. Le he dado permiso a Parian para que se quede unos días más con su

hermano. Esto no es una prisión y quiero que seas feliz en tu trabajo.

—Oh, lo soy, señorita. Me gusta mucho Lapis Lazuli House. —Agnes adoptó la expresión más seria de la que era capaz—. Pero no tendría la ciencia tranquila si me marchara ahora. Ni siquiera para algo tan emocionante.

Ni siquiera para algo tan emocionante.

Querida Agnes.

—¿Quieres decir «conciencia»? ¿No te dijo una vez tu madre que la señora de la casa es también la conciencia de la casa?

Asintió con la cabeza.

—Pues, aunque opino que esa afirmación es tremendamente falsa y peligrosa —añadí cauta—, en este caso particular te digo que debes ir. ¡Ve!

—Si me voy, señorita, se quedará usted sola. Con el señor Pierce.

Levanté una mano para objetar, pero no podía desoír a mi conciencia diciéndome lo mismo.

—No vive en la casa, Agnes —logré decir.

Agnes se ruborizó, pero se mantuvo firme con valentía.

—Cena con usted la mitad de las noches de la semana, la puerta de su estudio está a menudo abierta y o bien entra usted o viene él al salón de recibir cada día, señorita.

Creo que había estado practicando.

De acuerdo, mi comportamiento con Pierce no es siempre aceptable. Es algo que sé, pero de lo que disiento. Que en mi opinión son dos cosas distintas. Podría culpar a mi padre por el mero hecho de que, cuando era niña y mi madre empezó a enseñarme

modales, él se dedicara a hacer comentarios poco constructivos desde el rincón.

Mi madre enderezaba la espalda.

Mi padre hacía otro comentario ingenioso, y a continuación se sentía mal.

Mi madre insistía en que su hija sabría cómo comportarse en el mundo.

Mi padre proponía que mi madre empezara a inculcarme las necias ideas sobre lo que es una joven dama respetable cuando tuviera edad suficiente.

—Tiene diez años, Mirabel. No exageres. Cuando tenga quince o dieciséis, entiendo que le rompas el corazón enseñándole las verdades de la vida.

—¿Quince o dieciséis? ¡No es una convicta en Australia! Va a vivir en Inglaterra y, puesto que tengo familia en determinados círculos de la sociedad, se esperará de ella que se comporte como una joven dama.

—Es perfecta tal y como es.

—Trepa por los árboles con falda.

—Eso se soluciona con unos pantalones.

—¡Declan!

Así eran las conversaciones.

Al final hicieron un trato. Yo sería niña hasta los doce años y después mi madre me puliría hasta convertirme en algo parecido a… Arabella, incluso si moríamos en el intento.

Nunca tuvo ocasión de hacerlo.

Mi madre no tendría que haberse preocupado tanto.

Su hermana mayor la relevó en la tarea.

«Emma, si vas a comer galletas, finge que te es indiferente».

«Emma, vierte la leche en el té. ¡Pero no tanta! Ni tan poca. Cielo santo, niña. ¡Un flujo uniforme! ¡Un flujo uniforme!».

«Emma, si te vuelvo a ver sentada como un pájaro apaleado…».

«Emma, no uses la palabra "apaleado"».

«Emma, modera tu sonrisa o de lo contrario nadie querrá verla».

«Emma, me desesperas».

Aunque tía Eugenia me enseñó modales de sociedad durante mi juventud, lo que de verdad me ayudó a desenvolverme fue recordar a mi madre. Era elegante. Saludaba con sinceridad. Se ladeaba el sombrero lo justo para que le favoreciera más el rostro.

Todo esto para decir que mi madre no habría aprobado lo de Pierce y lo sé.

—Haces bien en quedarte, Agnes —reconocí—. Pero prometo compensarte.

Agnes dio un suspiro de alivio.

Algo exagerado.

—Cuánto me alivia, señorita. Si soy admitida en la Sociedad, no puedo permitir que cause usted un escándalo.

Ah.

Motivo revelado.

27 de diciembre

Mi madre siempre insistía en que la semana entre Nochebuena y Nochevieja era sacrosanta.

—Tengo dos revistas ilustradas y un libro nuevo —decía—. No me habléis de nada desagradable.

Y nos acomodábamos frente a la chimenea leyendo y haciendo pasatiempos. Mi padre lo intentaba, pero al final terminaba cogiendo un lapicero, y mi madre le decía:

—Declan. Es Navidad. ¿De verdad tienes que trabajar?

—Solo estoy abocetando, mujer. ¿Tienes que regañarme tanto?

Mi madre chasqueaba la lengua.

Mi padre sonreía.

Y más tarde ese día yo me encontraba un recuerdo de la jornada, dibujado a lápiz en el estilo inconfundible de mi padre, sobre la almohada.

Más tarde

Tengo once avistamientos de El Romano que me han llegado por varias vías. Dos me los gritaron por la calle dos individuos que bien podían estar ebrios. (Tomo nota de cuáles de estos informes son de la variedad beoda, pero los cuento igualmente). Y hoy, al anochecer, un hombre ha dejado una nota diciendo que El Romano había sido visto junto a la fuente de Baron's Square las últimas tres noches.

Le di las gracias, lo señalé en el mapa y, después de cenar, me puse la falda de caminar y el abrigo de lana gruesa y fui hasta

Baron’s Square. La plaza estaba silenciosa, fría, y El Romano no estaba.

El general Braithwaite me vigilaba desde el segundo piso de su casa y lo saludé con la mano.

Me senté, con las manos protegidas bajo los brazos, todo el rato que pude. Luego me fui a casa.

28 de diciembre

Basta mentar al diablo para que comparezca.

A decir verdad, yo no lo había mentado y tampoco es exactamente el diablo.

Pero sí compareció.

Después de leer *Irlanda: mito, leyenda e historia* en mi buhardilla hasta bien pasada la medianoche, me puse una bata encima del camisón y bajé a comprobar si había algo en la despensa que mereciera la pena conocer mejor. Agnes duerme a pierna suelta, el primo Archibald aún deambula por Bournemouth y Parian sigue en casa de su hermano.

¿Y Pierce? No tengo ni idea de dónde está.

Espero que no en The Cleopatra.

Ayer se bebió tres vasos de whisky, y antes de la cena.

Estoy divagando.

Cuando bajaba por la escalera al silencioso recibidor, me pareció oír algo. No era alguien llamando a la puerta, tampoco una voz. Pero un presentimiento frenó mis pasos. Abrí la puerta y me asomé.

Vacío como una tumba.

Frío. Silencio.

Cerré la puerta y eché bien el pestillo, pero, cuando me giré para volver a la cocina, la puerta del salón de recibir me hizo detenerme. Estaba abierta. Apenas un par de centímetros. Y no tenía duda de que la había cerrado antes de subir a la buhardilla esa misma noche.

Con el corazón desbocado, cogí un paraguas del paragüero,

preguntándome por qué, en el nombre del cielo, no tengo un palo de criquet, y empujé la puerta.

Las cortinas estaban descorridas y la luz de una farola iluminaba los contornos de la habitación.

Y, en el sillón de Hawkes, una figura.

Por un momento pensé que podía ser él.

No lo era. Porque en la oscuridad flotaba el resplandor de la brasa de un cigarrillo.

—Hola, Jack —dije intentando no parecer sobresaltada.

—Hola, Emma.

Me senté frente a él.

—¿Cómo ha entrado?

—Abrir cerraduras es parte de cómo me gano la vida. —Una sonrisa se dibujó sobre su expresión dura, pero debajo de ella había una desolación que no se molestó en disimular—. ¿Fuma? —preguntó.

Supongo que era una manera de pedirme permiso para hacerlo.

—No.

—¿Le gustaría aprender?

—No especialmente.

Soltó una nube de humo.

—Me gusta lo que tiene de ritual.

—Hay otros rituales.

—Supongo.

—¿Le apetece un poco de té? —Cuando no contestó, probé con—: ¿Algo más fuerte quizá?

Sacó la mandíbula y negó con la cabeza.

Entonces me sorprendió.

—Tiene chocolate.

No había signo de interrogación. Era una afirmación de lo único que le parecía aceptable.

—Sí —contesté—. Agnes tiene en la despensa. Enseguida vuelvo.

Pero se levantó y salió conmigo al vestíbulo, me siguió por el pasillo y escaleras abajo hasta la cocina. Encendí las lámparas y le dije que podía sentarse en la mesa mientras yo calentaba agua.

—Nunca habría sospechado que Islington fuera su ídolo.

Con la ceja arqueada lo miré.

—¿Mi ídolo? ¿Se puede saber de qué está hablando?

Miró la pared.

Ah, claro. Islington en todo su esplendor. Solo que las guirnaldas de margaritas que adornaban su retrato habían sido reemplazadas por acebo, hiedra y muérdago.

—Oh, cielos. Sí. Quiero decir, no. Una amiga pintó el retrato y mi cocinera se encaprichó de él. Lo cierto es que le he tomado cariño a este duque en dos dimensiones. Es menos crítico que la versión en carne y hueso.

No había preparado chocolate desde que dejé la casa de la prima Matilde.

Ella prohibía ese acto de traición —el té era lo único aceptable—, así que yo me escabullía a altas horas de la noche y me preparaba una taza de chocolate espeso y amargo. La visita nocturna de Jack había resucitado en mí la deliciosa sensación de lo prohibido. En el armario encontré galletas de mantequilla, unas cuantas pastas de mermelada de tres días de antigüedad y un cuenco con avellanas.

Disfrutamos del festín en silencio. Jack alternaba beber, comer y

fumar. Todo con expresión abstraída. Después de servirnos una segunda taza, me miró a los ojos.

—No le debo ninguna disculpa, pero he pensado que voy a ofrecérsela igualmente.

Levanté una ceja.

—Debió de suponer una carga para su conciencia mentir a una mujer moribunda.

Tuve ganas de estrangularlo por lo que me había pedido.

Cuando no dije nada —una decisión sensata que rara vez tomo—, Jack hizo su propio y crudo análisis de su comportamiento.

—Se merecía algo mejor que eso.

—Así es —respondí con cautela.

Tenía la sensación de que Jack no solía despojarse del disfraz de depredador que ocultaba a la persona real que había debajo, pero la curva de sus labios y el pestañeo sincero de sus ojos eran una clara señal de que allí, en la cocina de Lapis Lazuli, necesitaba ser un joven que había perdido a su madre antes que una pieza eficaz en el engranaje de la maquinaria más turbia de Londres.

—Jack.

—¿Sí?

—No puedo decirlo con seguridad, pero creo que, si su madre lo hubiera visto en Fortitude ayudándome a recuperar *Jane Eyre*, si hubiera visto las gafas, el rápido ingenio y los aún más rápidos dedos, y todo por una buena causa, le habría parecido bien.

Sacó otro cigarrillo, lo encendió, expulsó el humo encima de la mesa y dijo:

—Es posible.

—No creo en cambio que hubiera aprobado lo ocurrido en The

Drunken Duck.

Esto le hizo sonreír.

—Mi madre prefería una capilla a un salón de baile.

—Lo supongo. —Y a continuación, puesto que su madre me había dado todo el derecho a ser curiosa, pregunté—: ¿Ese hombre de la cicatriz a quien di la pulsera es un buen hombre con quien hacer negocios?

Jack entrecerró los ojos, desafiante, y el humo que salió despacio de entre sus labios acentuó la sensación de amenaza.

—No.

Quise decir:

—Entonces ¿por qué trata con él?

Pero me conformé con:

—Tenga cuidado. Por favor.

—¿Está preocupada por mí, pastelito?

—No.

—Sí lo está.

—Solo estoy cumpliendo la promesa que le hice a su madre.

—¿Y protegiendo su inversión?

Levantó las dos cejas y medio sonrió.

—¿Se puede saber de qué habla?

—Soy un hombre justo. Tengo un código y me rijo por él. Me hizo el segundo y último favor que me debía, y de una manera más que generosa. Se ha inclinado la balanza. Estoy en deuda con usted.

—Su madre no era una transacción.

—No, pero aun así hizo más de lo que se le había pedido. No puede negarlo, ambos sabemos que es verdad.

Jack. Debiéndome a mí un favor.

Qué peligro.

Qué intriga.

Posiblemente un as que guardarme en la manga.

—Usted siempre tan embaucador —contesté.

—Siempre —dijo apagando el cigarrillo en su plato—. ¿Le importa si me escabullo por la puerta de atrás?

—Sería lo más aconsejable.

Ladeó la cabeza en señal de asentimiento y a continuación hizo algo inesperado: apiló los platos, cogió las tazas por el asa y fue hasta el fregadero. Vertió el agua que quedaba en el hervidor y procedió a lavar cada plato. Yo lo miraba asombrada. Antes de que pudiera preguntarle por qué, dijo:

—Mi madre fue fregona de niña. Le estropeó las manos.

Fue un pequeño gesto, fregar los platos. Pero mitigó algo de la culpa que siento por tener a Jack Hollingstell en mi vida.

29 de diciembre

¡Han aceptado a Agnes en la Sociedad de Sirvientes de Rango Superior de St. Crispian's!

Las dos improvisamos una celebración en la cocina.

—Hace años que no preparo chocolate. ¿Le apetece una taza, señorita?

Puesto que había chocolateado ya con Jack, decliné la oferta y pregunté, alegre:

—¿Qué clase de cosas hace la Sociedad de Sirvientes de Rango Superior de St. Crispian's?

Agnes, con los hombros rectos y gestos seguros adquiridos solo una hora antes al abrir la carta, contestó:

—Pero, señorita, eso es privado. ¿Lo entiende?

Así que fui despachada.

Eso sí, en marcado acento escocés.

Más tarde

Acaba de volver Parian. Diría que parece descansado, pero sospecho que sus fiestas han sido mucho más enérgicas que las mías.

—Bienvenido, Parian —dije con amabilidad cuando nos cruzamos por las escaleras—. Supongo que se irá enseguida a Bournemouth a cuidar al primo Archibald ahora que ha vuelto de sus vacaciones.

A lo cual Parian contestó hincándose de rodillas —no miento—, cogiéndome de la mano y diciendo:

—La serviré a usted aquí, señorita Lion. Ayudaré a Agnes. Fregaré los suelos. Pero no me mande otra vez a ese lugar.

Tras recuperar mi mano lo más deprisa posible, contesté:

—No estoy acostumbrada a que los hombres se arrodillen ante mí. Me resulta medieval.

—Por favor —suplicó.

—De acuerdo. Enviaré una carta al señor Flat diciéndole que se le necesita a usted en Lapis Lazuli.

La expresión de Parian era todo alivio.

—Ahora vaya a pedir a Agnes una lista de tareas domésticas para las que necesita ayuda.

Empezó a esbozar su habitual mueca de desdén, pero se contuvo e inclinó la cabeza hasta que me alejé.

30 de diciembre

Esta mañana no he conseguido ir a la iglesia.

Era mi intención.

Lo que quiero decir es que mi intención era ir, no faltar.

Pero me puse a leer el ejemplar de mi padre de *Irlanda: mito, leyenda e historia* y se me pasó la hora por completo.

Por la tarde, después de bañarme, peinarme y ponerme uno de mis mejores vestidos de tarde a modo de penitencia, llamaron a la puerta.

Abrió Parian —ganándose su salario— y entró en el salón de recibir un chiquillo de unos once años. Gorra en mano y vestido con el traje de los domingos, aunque sospecho que había pasado la última hora jugando a las canicas. Yo estaba en el sillón rosa, pero, al ver su estado, me abstuve de invitarlo a sentarse.

—Hola —dije.

—¿Usted es la que busca a El Romano? —preguntó el chiquillo.

—Lo soy. ¿Tienes un avistamiento que comunicarme?

—Qué va. Quiero decir…, no. Yo tengo mis propios enjuagues. Mis negocios son míos. —Para ser tan joven se tomaba a sí mismo muy en serio. Me resultó inmensamente simpático—. Pensé que podía ser usted la que lo estaba buscando y eso —terminó.

—¿Nos conocemos?

—Detrás de la valla. Buscaba usted pistas.

—¡Ah! Para *Julio César*. Un placer volver a verte. ¿Puedo preguntar cómo te llamas?

—Racket.

¿Racket de «raquero», como la embarcación pirata?

—Encantada de conocerte, Racket. Soy la señorita Lion.

—Tengo un mensaje para usted.

—Ah, ¿sí?

—De parte del vicario.

—¿El Joven Hawkes?

—Eso, Hawkes.

Racket arañó el suelo con su bota.

—¿Cuál es el mensaje?

—Le gustaría que fuera mañana a confesarse.

—A confesarme.

—Eso ha dicho.

—¿Dónde? —pregunté.

—En la iglesia.

—¿Cuándo?

—Ha dicho —y Racket escogió las palabras con cuidado—: «Dígale que es más fácil confesarse por la mañana, pero más hermoso al anochecer».

Ni más ni menos.

El evangelio según Hawkes.

—Ah, ¿sí? —contesté—. Entonces dile que iré al anochecer.

—También me ha dicho que hemos cantado «Poderosa fortaleza es nuestro Dios». Y se lo ha perdido.

Reí.

—Es una lástima. Ahora te voy a dar yo un mensaje.

La expresión de Racket se volvió desconfiada.

—El mes pasado visité a una tal señora Burns, que vive aquí, en Whereabouts.

Un destello de comprensión en los ojos de Racket.

—Le preocupa mucho que los muchachos del vecindario jueguen a las canicas en su jardín, ¿sabes? Y me ha pedido que intervenga. ¿Crees que podríais encontrar un lugar mejor para vuestras actividades gimnásticas?

Racket se encogió de hombros; era todo desinterés.

—No sé por qué no. Además, su jardín es mejor para jugar a la pelota.

Dio media vuelta y salió dando saltitos del salón.

Ahora necesito descubrir ~~si tengo alguna indiscreción importante que confesar~~ cuál de mis indiscreciones espera Hawkes que le confiese.

Contárselas todas no tiene sentido.

Creo yo.

31 de diciembre

He encontrado mi propia expresión latina, Pierce.

AH, ¿SÍ?

Igne natura renovatur integra.

¿EN INGLÉS?

La naturaleza se renueva por el fuego.

ES MUY BUENA. BUENA Y ADECUADA, OPINO.

Yo también lo creo.

Más tarde

Después de poner por escrito mis últimos pecados y decidir que no son nada por lo que merezca la pena huir del país, estoy preparada para ir a enfrentarme al (poco ortodoxo) representante de mi Hacedor en la tierra.

No estoy diciendo que Dios tenga favoritos; insiste con énfasis en que No Hace Distinción entre las Personas.

Aun así, si los tuviera, podría ser Hawkes perfectamente.

Más tarde

Faltan veintisiete minutos para medianoche, el nuevo año empezará tras las doce campanadas. Y me siento como si hubiera entrado en el reino de Titania y Oberón, donde los mortales son bendecidos y condenados en un solo y centelleante aliento. Las fiestas han llegado y se han ido. Y todos han hecho las paces.

Esta noche le he devuelto su suerte a Hawkes, y confío en que le siga haciendo el mismo bien que me ha hecho a mí. ¿En cuanto a la parte de mi vida que invoca la gracia? Creo que debo quedármela.

Cuando entré en la iglesia, estaba silenciosa. Vacía. Un frío casi azul. Recorrí el pasillo central de la nave y me dirigí hacia el transepto norte, donde la puerta del despacho de Hawkes —antes conocido como la antigua sacristía— estaba sin cerrar. Una luz tenue se derramaba en el transepto.

Llamé.

—Adelante.

Hawkes estaba con el codo derecho apoyado sobre una estantería llena de libros; la última luz del día se colaba por un ventanuco hasta las páginas del libro que tenía en la mano izquierda.

Era mi Whitman.

—Hola, señorita Lion.

No levantó la vista, así que aproveché para fisgar.

Libros en el estante. Creo que no me equivoco si digo que leídos y queridos. Uno de los lados de la mesa estaba pegado a la pared de modo que, cuando se sentaba, veía la puerta. Había dos sillas. Una detrás de la mesa para Hawkes, otra enfrente para las visitas. Un único cuadro —no uno de los de mi padre—, de un jardín.

El libro se cerró de golpe y di un respingo.

Hawkes me miraba con más de un pensamiento en la cabeza.

—¿Nos sentamos?

Me señaló la silla delante de su mesa. La ocupé y lo miré mientras encendía una lámpara en la estantería y la dejaba allí, proyectando su cálida luz contra el frío crepúsculo al otro lado del cristal. A continuación se sentó en su silla.

Entiendo por qué Islington escucha los sermones de Hawkes desde esa habitación.

Es un lugar apacible, como apartado.

Me quité el sombrero y los guantes e inspeccioné el espacio.

—¿Dónde está la famosa cortina?

Juraría que un destello asomó a los ojos de Hawkes. Buscó debajo de la mesa y sacó…, sí, una cortina. Era un artilugio sencillo, un marco con una tabla en la parte inferior para mantenerlo en pie. Cerca de la parte superior había una varilla de madera colocada dentro del marco, y de la varilla colgaba una cortina. Parecía estar hecha con la seda de uno de los batines más extravagantes del primo Archibald, con colores de todo tipo en un estridente estampado de cachemira.

Me deleitó y me repugnó a partes iguales.

Hawkes la dejó en la parte de la mesa pegada a la pared.

—Si quiere la experiencia genuina —dijo—, debería acercar su silla a la pared hasta quedar completamente tapada por la cortina.

Lo hice.

Si una va a experimentar la confesión, la genuina parece la opción más razonable.

Esperé solo un instante y después, echando mano de los escasos conocimientos que poseo sobre lo que constituye una confesión, dije:

—Perdóneme, Joven Hawkes, porque he pecado y sospecho que volveré a hacerlo.

Lo oí sonreír detrás de las cortinas.

—No me cabe duda —respondió al fin—. Pero no la he hecho venir aquí para que confiese nada relacionado con sus muchas y encantadoras transgresiones.

Aparté la cortina para verle el rostro.

—Ah, ¿no?

Hawkes me sostuvo la mirada; la última luz de la ventana atrapada en sus ojos azules mientras el resto del rostro permanecía en sombras.

—No —dijo—. Si bien la confesión auricular ya es una práctica más habitual en la Iglesia anglicana, no soy partidario de fomentarla en St. Crispian's. Mi objeción tiene más que ver con mi propia cordura que con las quejas más extendidas.

—¿Qué quejas son esas?

—Algunos sostienen que debilita la autoridad masculina en el seno del hogar.

Creo que en ese momento fruncí la nariz.

—¿Se puede saber qué lleva a alguien a pensar algo así?

Hawkes se encogió de hombros.

—Una esposa podría venir y confesar lo que quisiera, hablar con un clérigo en lugar de con su marido. Ha habido varias críticas respecto a la práctica.

—Bueno, yo ni siquiera sabía que se practicara fuera de la Iglesia católica. No se me da demasiado bien ser anglicana. La parroquia de mi infancia tenía un rector anciano que apenas era capaz de recitar unas pocas bienaventuranzas.

—Estoy seguro de que su padre apreciaba la brevedad.

—Así era —respondí—. Mi madre siempre le decía que le habría beneficiado un Cristianismo en Versión Extendida.

Esto mereció una sonrisa completa de Hawkes.

—¿Para qué me ha hecho venir aquí, si no es para una confesión? —pregunté.

Hawkes me miró la mano con elocuencia.

—Baje la cortina y se lo diré.

Bajé la cortina.

—Emma —dijo.

Lo cual fue todo un hito. Nunca antes me había llamado por mi nombre de pila.

—Hawkes el Zorro —contesté.

Calló.

Sonreí.

Haciendo de manera ostensible caso omiso del título honorífico que le habían dado Los Diez Réprobos, continuó.

Hawkes: Procuro no entrometerme en asuntos ajenos.

Emma: Concurro.

Hawkes: ¿Eso hace?

Emma: ¿Concurrir?

Hawkes: Sí.

Emma: Sí.

Hawkes: No creo que esta clase de conversación exija concurrencia.

Emma: Qué lástima. Siga, Hawkes.

Calló un momento y continuó.

—Ser vicario significa que uno a menudo participa en los

acontecimientos significativos de la vida de sus feligreses o, cuando menos, está al tanto de ellos. Aunque está usted rodeada de individuos discretos…

Aparté la cortina. El primo Archibald no conoce la discreción ni de lejos.

—Exagera usted un poco, querido vicario. Se olvida de mi Desafortunado Pariente.

—Cierto.

Se revolvió el pelo. Yo cerré otra vez la cortina.

—Todo esto es para decirle —continuó— que sé que ha perdido usted a alguien importante. Y que fue enterrado hace poco. No me entrometeré más, solo digo que tiene usted mucho mejor aspecto que hace un mes.

—¿Ha dicho Pierce…?

—Pierce no ha dicho nada. El primo Archibald lo mencionó en su momento, puesto que creo que su tía le escribió cuando sucedió. Agnes me contó el resto el domingo, creyendo que lo sabía.

Me recosté contra la pared y apoyé la cabeza en ella. Sentí la fría piedra en la piel de la sien. No sabía que mi tía Eugenia había escrito a Archibald cuando murió Maxwell y, por mucho que este sea la última persona del mundo a la que nadie confiaría información tan íntima, me pareció que era un gesto amable aunque equivocado por parte de mi tía.

No me sorprende que Agnes diera por hecho que Hawkes lo sabía.

No la culpo por ello.

Hawkes no había esperado, ni siquiera propiciado, mi confidencia, pero en aquel momento yo lo sentía más como un lugar que como

una persona, un lugar aparte, donde el tiempo se comportaba de manera distinta y una podía encontrar refugio. De manera que dije lo que no había dicho nunca en voz alta a nadie. Ni siquiera a mí misma.

—No estaba preparada, por mucho tiempo que llevara pensando que ese día llegaría. No estaba preparada para lo difícil que fue.

Cerré los ojos, pero Hawkes esperó hasta que estuve lista para seguir hablando.

—Nadie te advierte de que puedes desgarrarte hasta la última articulación y el último hueso solo mirando un ataúd, solo sosteniendo un puñado de tierra. Mi madre era una gran admiradora de la Virgen María y esta frase siempre la conmovía: «Y una espada traspasará tu misma alma». Puede que sea blasfemo decirlo, pero así me sentí en ese momento. Y la espada no solo me atravesó, sino que se retorció antes de clavarse hasta el fondo.

No podía creer que por fin hubiera pronunciado esas palabras en voz alta. Completamente sinceras y desnudas.

Ayudó que no pudiera ver a Hawkes, por mucho que me agradara que fuera él mi interlocutor. Supongo que la consecuencia de ser tan secreto es que los demás se sienten seguros confiándote los suyos.

Dije las palabras que sentí que yo misma quería oír.

—Estoy curándome. He empezado a respirar más profundo. Y sus tontos piratas y piezas de a ocho… En fin. —Abrí los ojos y el resplandor de la lámpara reemplazó la luz del día—. Me dijo adiós y yo casi soy ya lo bastante valiente como para decírselo también. Para ver una vida por delante, incluso si es distinta de la que había planeado.

Después me callé.

Hawkes empezó despacio.

—Lleva mucho tiempo confiar en el futuro una vez que se ha conocido la pérdida.

—Parece imposible durante más tiempo del que resulta reconfortante. Y, después, demasiado impreciso como para fiarse.

—Es cierto. Pero parece ser que la espada atravesó a Cristo para que siempre tengamos un futuro. Incluso si es distinto del planeado.

He pensado en esto desde que lo dijo. Y confieso que esa gracia de la que hablaba mi madre con tanto sentimiento adquirió una dimensión mayor que el interés pasajero que siempre le había prestado.

—Así pues, hay que confiar en el futuro —contesté— a pesar de saber que la pérdida llegará de nuevo.

—Parece que es lo que estamos llamados a hacer.

—¿A seguir buscando el sol en el horizonte?

—A seguir buscando el sol en el horizonte.

—La fe en lo abstracto me resulta más reconfortante —dije.

Entonces oí un sonido divertido.

—Lo es. Pero empiezo a sospechar que la fe en algo concreto es más reconfortante.

Sonreí para mí con tristeza.

Entonces Hawkes cambió, o algo lo hizo. Y no sé explicar cómo lo supe porque no podía verlo, ni él a mí, pero fue como si alguien abriera una ventana.

—Cierre los ojos —dijo.

—Si no lo veo —contesté.

—Cierre los ojos.

Lo hice. Y no hay como que te ordenen cerrar los ojos para que te

resulte difícil. Mis párpados no hacían más que temblar y dejar pasar la luz de la lámpara, hasta que por fin compuse el gesto, apreté fuerte los ojos y a continuación me sosegué.

—Aquiete sus pensamientos; están saltando de un lado a otro —dijo Hawkes, como si fuera completamente normal saber lo que alguien estaba pensando. Obedecí, respirando hondo hasta que la tensión abandonó mis hombros—. Piense en los meses y años venideros. Véase en ellos. Haciendo su vida normal. Lo que sea que le arranque una sonrisa, lo que desee encontrar allí. ¿Qué ve?

Fruncí el ceño, concentrando mis pensamientos en un futuro que…

—No intente forzarlo usando la razón —interrumpió Hawkes.

Torcí la boca, solté aire y, con cualquiera que fuese la artimaña que mi mente intentaba conjurar, me asomé al futuro que deseaba tener.

Estaba sentada en una mesa junto a la ventana, con dos o tres libros a mi lado. Tenía una pila de cartas listas para enviar. En el otro extremo de la habitación había un gato hecho un ovillo en una silla. No era Teobaldo. Era principios de primavera y la ventana estaba abierta, pero un pequeño fuego caldeaba las sombras de la habitación.

No había nadie conmigo. Estaba sola y feliz de que así fuera. Pero había una sensación de que a menudo había tenido compañía en aquel lugar. No parecía vivir en la opulencia. Tampoco con estrecheces. Era feliz y estaba en mi casa. Había narcisos en un jarrón. Y, justo cuando pensé que los contornos se desvanecían, que ya había visto cuanto necesitaba ver, las oí.

Claras como el día.

Pisadas en las escaleras.

Había pisadas en las escaleras. Y supe que no pertenecían a Agnes. Ni a nadie a mi servicio. Sonaban a las de alguien que también estaba en su casa. Y, en lo más profundo de mi corazón, supe que pertenecían a aquel lugar.

Abrí los ojos y la extraña sensación de volver a mí me hizo parpadear.

Aparté la cortina.

—¿Cómo ha hecho eso? —exigí saber.

Hawkes, recostado en su silla con los brazos cruzados, no se inmutó.

—¿Hacer qué?

—Esa magia, fuera lo que fuera.

Hawkes no dijo nada y se limitó a esperar.

—Estaba allí —exclamé—. Me veía a mí misma, y la chimenea, el frío de la ventana, la mesa llena de libros y estaba escribiendo algo. Y era una vida, mi vida, y… oí pisadas en las escaleras.

—¿De quién?

—No lo sé, pero sonaban como la parte que completaba mi hogar.

Hawkes se pasó una mano por el pelo alborotado y dejó caer la cortina antes de reclinarse de nuevo contra la pared.

Ahora que lo escribo casi parece una locura, pero entonces lo veía todo tan claro… Sentados allí en silencio, algo empujó a mi corazón a adoptar la actitud de mirar hacia delante. Quizá fue una jugarreta de la mente. Pero no me lo pareció. Pareció tan real como una profecía.

No sé cuánto tiempo había pasado cuando Hawkes se puso de pie, retiró la cortina de confesión de la mesa y la dejó en el suelo.

Al otro lado de la ventana estaba oscuro.

Terminaba el año.

Hawkes se puso el abrigo, una bufanda y apagó la lámpara. Cogió mi Whitman de la mesa y se lo guardó en el bolsillo. Yo me había puesto el sombrero, sujetándolo con el alfiler, y me había enfundado los guantes sin decir palabra.

En silencio, dejamos la antigua sacristía y caminamos entre las sombras de la nave. Hawkes cerró con llave al salir. Aunque el cementerio estaba a oscuras, The Cleopatra resplandecía y por la puerta escapaba una música alborotada cada vez que entraba alguien. Las farolas de todo Traitors Road estaban encendidas y había parejas paseando, señalando sus favoritas.

—¿Le gustaría venir a Lapis Lazuli a celebrar el Año Nuevo? —pregunté a Hawkes, y mi aliento convirtió mis palabras en nubes.

—Tengo otro compromiso, pero se lo agradezco. —Se sacó el libro de Whitman del bolsillo y me lo dio—. Gracias. Creo que encontrará algo en él.

—¿Usted lo ha hecho?

—Un recordatorio de que vivir es algo asombroso.

—Lo es.

Hawkes juntó las manos detrás de la espalda. Miró hacia The Cleopatra y a continuación a mí.

—Tengo algo que decirle. Espero que no le moleste oírlo.

—¡Cielos! —Reí—. ¿Tan terrible es? ¿Me va a pedir que recite el padrenuestro en penitencia por mis pecados?

—El Romano ha pedido que ponga fin a su petición de testimonios de avistamientos.

Desde luego no era lo que me esperaba oír.

Sentí una mezcla de vergüenza y de diversión.

—¿Ha hablado con él, con El Romano?

—Hace unas noches. Los dos estábamos paseando.

—Y le dijo que no quiere que Emma Lion vigile sus movimientos.

—Dijo que necesitaba ir y venir a su antojo, y que por favor le dijera a la encantadora doncella de Whereabouts Lane que abandonara su investigación. Sin ánimo de ofender ni ofenderse. De hecho, se sentía enormemente halagado.

—¿Se burla de mí, Hawkes?

Hizo una inclinación de cabeza.

—No, señorita Lion.

—De acuerdo entonces. Quitaré el mapa antes de que regrese el primo Archibald.

Y, con eso, Hawkes asintió y sus ojos se posaron un instante en los míos antes de alejarse Traitors Road abajo.

Yo me fui a casa.

Cuando me acercaba a la puerta, Pierce salía de Lapis Lazuli Minor.

—Emma —dijo con la cara tapada por el sombrero. Llevaba su atuendo más elegante.

—Imagino que va a una fiesta —dije.

—No hay paz para los malvados. Creí que usted había salido a cenar.

—Esta noche creo que quiero quedarme en casa. Quizá me siente en la ventana. Quizá me retire pronto.

Algo en la oscuridad recién llegada me recordó a la noche en que yo estaba a la puerta de Lapis Lazuli y él subía por Whereabouts y una suerte de magia envolvió todos los fragmentos de la noche.

Algo similar debió de pensar Pierce, porque dio medio paso

adelante y sus ojos grises eran dos faros bajo el ala de su sombrero. Levantó una mano un instante y la dejó caer.

Dijo:

—Feliz Año Nuevo, Emma.

—Feliz Año Nuevo, Niall.

Su manga rozó la mía y se alejó Whereabouts Lane abajo, cojeando menos de lo habitual.

Entré.

La cena fue caliente y sencilla y Agnes preparó un postre especial para la ocasión. Me llevé mi porción a la buhardilla y dejé que Agnes y Parian celebraran en la cocina. Una vez en mi cuarto, me cambié de ropa, me lavé la cara y me trencé el pelo. Con el deber cumplido, me envolví en una manta, cogí mi diario y me dispuse a mirar la calle.

Bien. El Romano ha hablado.

Me asombra que le importara lo que estaba haciendo yo.

Ay.

Mañana empieza un nuevo año y tengo la cabeza despejada. No hago más que pensar en el principio de *Sueño de una noche de verano*. Cuando Teseo, mientras espera su boda, decide amenizar las horas que le quedan con diversiones.

Mover a la alegría a los jóvenes de Atenas.
Despertar al vivaz y alegre espíritu del gozo.

A continuación promete pompa, triunfo y regocijo. ¿Y por qué no? ¿Por qué no aferrarse al espíritu de la alegría para el año que viene, si se deja alcanzar?

El año es nuevo y está sin estrenar, y llevo tanto tiempo sin

querer mirar hacia delante, hacia delante de verdad, que estoy decidida a reunir el valor para hacerlo.

Ya es casi medianoche, tengo la cara pegada al frío cristal.

Casi puedo oírlas.

Las pisadas en las escaleras.

BIBLIOTECA PARTICULAR *de* EMMA M. LION
Hasta la fecha

Obras completas de Shakespeare, de William Shakespeare
Ilustradas por Declan Lion

La Sagrada Biblia

Jane Eyre, de Charlotte Brontë
Regalo de la Sociedad Jane Eyre de Fortitude, escuela preparatoria para señoritas

Las comedias de Shakespeare. Íntegras
Regalo de Roland Sutherland

Jane Eyre, de Charlotte Brontë
Regalo de Roland Sutherland

Frases en latín para los impenitentes, de Barclay Stafford
Ganado en la rifa de The Dalliance

Autoconfianza, de Ralph Waldo Emerson
Regalo de Niall Pierce

Ensayos, de Ralph Waldo Emerson
Regalo de Niall Pierce

El significado de las flores
Encontrado en la sala del desayuno

Bermellón y la espada de fuego
Comprado sin cubierta en The Dalliance

La isla del tesoro, de Robert Louis Stevenson
Regalo del Joven Hawkes

Vidas de Plutarco, de Plutarco
Regalo de Islington

Canto a mí mismo, de Walt Whitman
Regalo de Niall Pierce

Irlanda: mito, leyenda e historia,
de Alistair T. Moddle y Jonathan L. Kirk
(Comentado por el bribón de Declan Lion, irlandés de pura cepa)
Regalo del Joven Hawkes

Diccionario de la lengua inglesa A-J, del doctor Samuel Johnson
Comprado en y encuadernado por The Hound
(Falta la letra K entera)

Querido lector:

Por feo que sea leer un diario ajeno, me gustaría dar las gracias a todos aquellos que hicieron posible que hayas empezado a leer el mío.

Gracias a la familia y los amigos de Beth Brower. Son numerosos y siempre la animan y creen en ella. Lo cual resulta muy agradable. Se siente especialmente agradecida por el tiempo que le han dedicado Caitlin, Jenesse, Kimberly, su madre, su padre, Rose, Alena y Lori; vuestras aportaciones significan mucho para ella.

Gracias, Angie, por escuchar este plan descabellado entre taza y taza de cacao.

De acuerdo, Rob. Te has ganado un Gracias. Con G mayúscula.

Gracias, Tyson Cantrell, por permitir que tu encantador diseño adorne las cubiertas de mis diarios.

Gracias, Jennifer Lerud. Por tu brillante edición, tu generosidad y tu bondad. Duermo mejor sabiendo que Beth te tiene a su lado.

Gracias, Allysha Unguren, por tu talento y tu sabiduría. Por percatarte de las cosas. Y por tu forma de ser curiosa, singular y peculiar.

Gracias, Ben Unguren, por tantos trucos de magia. Y por limpiar la máquina de escribir de Beth. Y por poner tinta morada en las bobinas. Eres una rara combinación de lo analógico y lo digital en estos tiempos degenerados.

Gracias, Kip, por hacer posible lo bueno. Y por ser el mejor. Beth será tonta si algún día deja de valorarte.

Un apunte sobre la osada Beth Brower, quien consideró que mostrar mis diarios al mundo era una buena idea. Vive con el ya mencionado Kip, su marido químico, y su gato, Spy Cat Grey.

A Beth le gustan los aromas cítricos, los libros, las alfombras tejidas a mano y pasear con independencia de la meteorología. Oye canciones sin parar. Está muy apegada a sus seres queridos y necesita ventanas que den luz y paredes en las que colgar obras de arte.

Beth Brower ha escrito los siguientes libros:

The Queen's Gambit
The Ruby Prince
The Wanderer's Mark
The Q
The Beast of Ten
Los diarios de Emma M. Lion

Puede encontrarse más información en su página web y en Instagram.

www.bethbrower.com
@bethbrower

Asimismo, es posible suscribirse a su newsletter y leer relatos cortos sobre los personajes de St. Crispian's en Substack.

Beth Brower Scribbles Away
bethbrower.substack.com

Atentamente,

EMMA



«Me he llevado *La isla del tesoro* a la iglesia a modo de talismán.
—Qué preciosa Biblia —dijo la señora Trilby.
—¿Verdad que sí? —contesté confiando en que no me pidiera que le leyera en voz alta mi versículo favorito.
No creo que el salmista escribiera:
¡Quince hombres van con el *cofre del muerto*!
¡*Yo-jo-jo, y una botella de ron*!
Aunque me atrevo a decir que habría convertido a unas cuantas almas descreídas de haberlo hecho».

En 1883, Emma M. Lion acaba de regresar al barrio en el que se crio, St. Crispian's. Pero sus planes de llevar una vida tranquila y de estudio son saboteados por su excéntrico primo Archibald, su intimidante tía Eugenia y los peculiares habitantes del vecindario.

Armada con su ingenio, su espíritu indomable y su irónico ojo crítico, esta señorita muy poco victoriana da cuenta en sus diarios de su

insólita vida en Lapis Lazuli House.

Beth Brower se graduó en Estudios Literarios y durante la escritura de las cuatro primeras novelas de Emma M. Lion trabajó como jardinera profesional. Actualmente se dedica a escribir St. Crispian's Gazette, una publicación online de carácter mensual basada en los personajes de Los diarios de Emma M. Lion, y las novelas que no dejan de golpear las puertas de su mente, porque ninguno de sus personajes tiene la paciencia suficiente para esperar su turno. Vive en Utah con su marido, su gato atigrado y los libros que ocupan todos los rincones de su casa.



Título original: *The Unselected Journals of Emma M. Lion, Vol. 5*

Primera edición: noviembre de 2026

© 2021, Beth Brower
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Laura Vidal, por la traducción
© 2026, Ana Isabel Sánchez, por la traducción
Mapa: © 2026, Zoë Barker

Adaptación de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Diseño e ilustración de portada: David Mann

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-88163-26-5

Compuesto en www.voringran.com
Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras

Instagram: @sumadeletrased
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Los diarios de Emma M. Lion. Vol. 5

Personas de interés mencionadas con anterioridad

- 1 de noviembre
- 2 de noviembre
- 3 de noviembre
- 4 de noviembre
- 5 de noviembre
- 6 de noviembre
- 7 de noviembre
- 8 de noviembre
- 9 de noviembre
- 10 de noviembre
- 11 de noviembre
- 12 de noviembre
- 13 de noviembre
- 14 de noviembre
- 15 de noviembre
- 16 de noviembre
- 17 de noviembre
- 18 de noviembre
- 19 de noviembre

20 de noviembre
21 de noviembre
22 de noviembre
23 de noviembre
24 de noviembre
25 de noviembre
26 de noviembre
27 de noviembre
28 de noviembre
29 de noviembre
30 de noviembre
1 de diciembre
2 de diciembre
3 de diciembre
4 de diciembre
5 de diciembre
6 de diciembre
8 de diciembre
9 de diciembre
10 de diciembre
11 de diciembre
12 de diciembre
13 de diciembre
14 de diciembre
15 de diciembre

16 de diciembre
17 de diciembre
18 de diciembre
19 de diciembre
21 de diciembre
22 de diciembre
23 de diciembre
24 de diciembre
25 de diciembre
26 de diciembre
27 de diciembre
28 de diciembre
29 de diciembre
30 de diciembre
31 de diciembre
Sobre este libro
Sobre Beth Brower
Créditos